

20

D-U

5846

LA AMÉRICA ACTUAL

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

LA BIBLIOTECA NACIONAL

SEVILLA.—Oficina tipográfica de esta BIBLIOTECA, Churruca I.

316.3
(73)
JON

~~30 (72)~~
~~JON~~

LA
AMÉRICA ACTUAL

COLONIZACION, ENSEÑANZA Y RELIGION

EN LOS

ESTADOS-UNIDOS

POR

EMILIO JONVEAUX

PRECEDIDA DE UNA INTRODUCCION

POR

EDUARDO LABOULAYE

TRADUCCION

DE R. M.

SEVILLA

EDUARDO PERIÉ, EDITOR

PLAZA DE SANTO TOMÁS 13

1871



R. 4.012

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

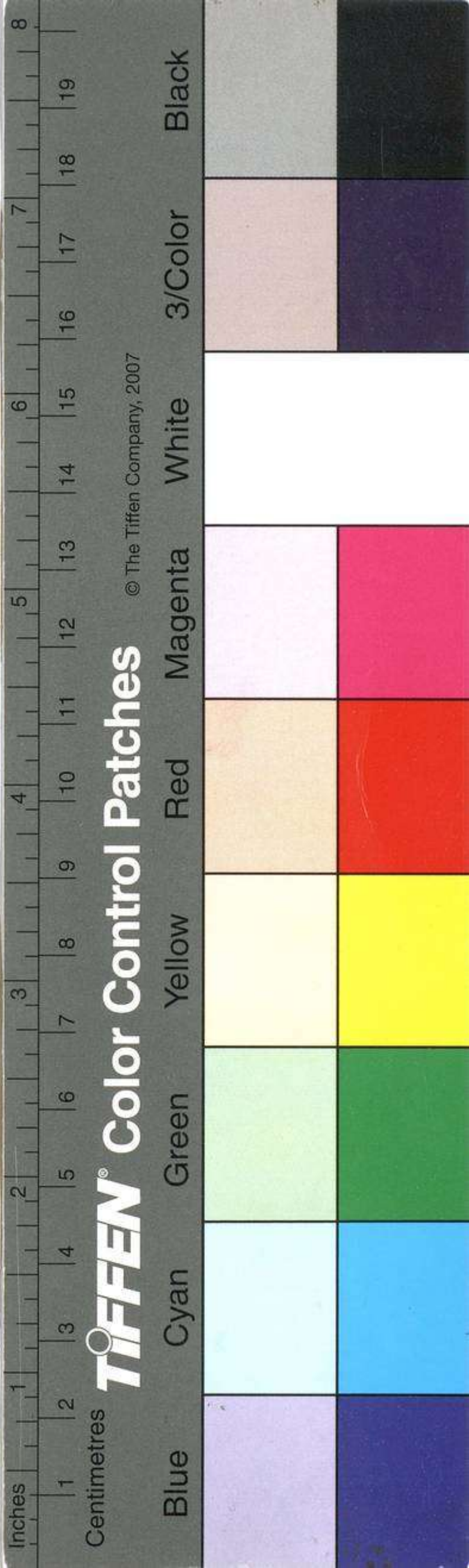


INTRODUCCION.

La América está de moda: hace tiempo se buscan y leen con curiosidad los libros que se ocupan de los Estados-Unidos, y esta predileccion pública acrece lejos de disminuir. Y no se admira solamente al pueblo americano por haber concluido enérgicamente una guerra civil sin igual, triunfando de la sedicion sin refugiarse en una dictadura siempre mortífera para la libertad: se le admira, y con justicia, porque ofrece el espectáculo de una democracia todopoderosa, á la que debe su grandeza y prosperidad.

Hay allí un modelo, del cual la vieja Europa no puede separar sus ojos: el problema que perseguimos hace ochenta años á través de tantas agitaciones y miserias, lo han resuelto los Estados Unidos.

¿Cuál es la causa del sufrimiento de Europa?



VI

El cambio completo que se va operando en sus condiciones de existencia. Es un mundo nuevo que comienza entre pueblos envejecidos; es una antigua sociedad que ensaya su transformación y rejuvenecimiento hasta 1789, y hasta más tarde acaso, el trabajo era considerado entre nosotros como una obra servil, y mientras todos los honores, los favores todos, han sido para el oficio de las armas, para la justicia, para la administración, se relegaba al último rango al obrero y al paisano, que llevando el peso de las cargas públicas, recibían en cambio el desorden de los privilegios. Hoy la industria es la reina del mundo; el trabajo es cada vez más respetado; dá la esperanza; con él se alcanzan la riqueza y la influencia. Es cierto que todavía el servicio militar conserva un pequeño barniz de nobleza: no hay duda que la clase media procura los empleos públicos y se encuentra alguna vez en el fondo de las provincias, pequeños hidalgos, que colocan su nobleza social y pobre por encima de la posición de un plebeyo rico y laborioso. Pero estos ejemplos son las últimas palpitaciones de una sociedad que se muere; la marea de la democracia sube sin cesar y se aproxima el momento en que conociendo sus fuerzas la agricultura y la industria, se hagan las leyes por los que trabajen, y en su provecho. El gobierno del país por sí mismo, ese deseo de todos los espíritus ilustrados y liberales, no será otra cosa que la victoria del trabajo sobre la ociosidad.

Esta cuestion que nos alarma, los americanos, mejor servidos por las circunstancias, la han resuelto hace largo tiempo. Emigrados de la vieja Europa, dejaron detrás de sí la monarquía, la nobleza, la Iglesia establecida, la centralizacion, los ejércitos permanentes: el privilegio no se introdujo jamás entre ellos, la ociosidad fué mirada como un deshonor, y su sociedad se fundó y reposa sobre dos bases inquebrantables, el trabajo y la igualdad. Pero no es esto todo: para mostrar al antiguo mundo que el nuevo principio de civilizacion no reside en la raza ni en la sangre, han abierto los americanos su país á todos los pueblos del universo. Irlandeses, escoceses, ingleses, franceses, españoles, alemanes suecos, noruegos, llegan en grandes masas, sin que este torrente turbe en lo mas mínimo la marcha tranquila y ordenada de la gran República porque el espíritu del trabajo y de la libertad transforma rápidamente á los reciénllegados, y los convierte en verdaderos americanos.

¿Cómo se efectúa tan sorprendente metamorfosis? ¿Cómo es, por ejemplo, que la California invadida por emigrantes de todos los paises, de diferentes razas, se halla convertida en menos de diez años en un estado completamente americano en ideas, costumbres y sentimientos? Este milagro tiene su esplicacion natural en los tres elementos que constituyen el espíritu nuevo que anima la democracia americana y que Mr. Jouveaux presenta á la luz del dia. Estos tres ele-

VIII

mentos son, libertad, educacion y religion, que faltan casi siempre en el viejo continente europeo.

Para una escuela que ha imperado largo tiempo en Francia, y que conserva aun algunos adeptos, la libertad solo significa libertad política. Con ella constituian la libertad de un pueblo, la responsabilidad de los ministros, elecciones hechas fuera de la administracion, gobierno de las cámaras, prensa y jurado, incurriendo de tal manera en un error, segun mi opinion, error capital que esplica el poco éxito de las dos últimas monarquías. El ejemplo de los ingleses y las teorías de Montesquieu les seducian sin ver que entre nuestros vecinos (los ingleses) el régimen parlamentario no es el edificio mismo, sino el coronamiento de las libertades individuales y locales, que son su base y constituyen la gloria y la fuerza de la vieja Inglaterra. La libertad política es uno de los elementos de la libertad, pero no es toda la libertad; es una garantia esencial; nada, es cierto, puede reemplazarla, mas es preciso que una garantía garantice algo, que detrás de las fortificaciones haya una ciudad y ciudadanos que estas defiendan. Con las instituciones del antiguo régimen y del imperio; con la centralizacion, el privilegio de los funcionarios, la dependencia y el subsidio de la Iglesia, la enseñanza en manos del Estado, y ausentes de las libertades comunales y departamentales, el derecho de asociacion, de reunion, de peticion, ¿qué viene

á ser el régimen parlamentario? Un sistema engañoso que promete la libertad y no la dá; y mas frecuentemente el reinado de algunos far-santes políticos que gobiernan lo mismo que los que han derribado, haciendo lo mismo con la pretension de hacerlo mejor. ¿Qué importa al labrador, al obrero, esas querellas de tribunas que no cambian en nada su condicion? Sin duda pueden en un dia de cólera buscar en la oposicion mas extrema un remedio á los males que sufre; puede destruir, romperlo todo para concluir; pero ya hemos visto en 1848 para qué sirve una revolucion, si lleva al poder gentes imbuidas en las viejas ideas, y que se imaginan hacer la dicha de un pueblo cambiando la etiqueta del gobierno. Para fundar la democracia en Francia se necesitaban otros políticos diferentes de los republicanos del 48. No, no se establecerá jamás la libertad en nuestro pais con los errores de una revolucion abortada, ni con los tristes oropeles de la Convencion.

Que nos sirva de ejemplo la América: allí no está la libertad concentrada en una Cámara legislativa, sino existe en todas partes como el aire y la luz: es la riqueza del hogar, el patrimonio del último ciudadano, del extranjero mismo que desembarca del otro lado del Atlántico. Dueño de establecerse donde le parece, de vivir como quiere, de adorar á Dios á su manera, de educar sus hijos á su gusto, libre para escribir, hablar, llevar armas, reunirse ó asociarse con quien le

X

place, tomando parte desde el primer dia en el gobierno de la escuela y de la Iglesia de su comun, apenas percibe la existencia de un gobierno central y de un Congreso. Y ese gobierno existe sin duda alguna, pero solo para representar en el exterior la unidad nacional, para mantener la paz interior, por su presencia, mas que por su autoridad, porque jamás interviene en los asuntos del ciudadano, porque nunca un americano se vé obligado á doblegarse ante un funcionario para obtener como un favor lo que le pertenece como un derecho. Cada uno es dueño y soberano de sí mismo, no una vez cada seis años, sino todos los dias, bajo la sola condicion de respetar la independendencia de su vecino, y sin temor ninguno á las leyes que son aplicadas justamente por un jurado ó por jueces que no dependen del gobierno. Es el reinado de la perfecta igualdad, de la libertad perfecta, sin ejército permanente, quintas ni administracion. Ese es el origen de esa enerjía individual que nos asombra; de ahí proviene esa actividad que crea prodigios; cualquiera puede pretenderlo todo, pero contando solo consigo mismo, porque no hay protegidos, por la sencilla razon de que tampoco hay protectores. Así la vida es mas ruda que en Europa, es cierto, pero es á la vez mas noble y mas intensa. Se conoce que es uno hombre y ciudadano, y lo que cuesta serlo, y se tiene orgullo de ello.

¿Pero cómo se sostiene semejante sociedad sin

policia, sin gendarmes, sin soldados? Porque allí no hay, como entre nosotros, ciegas pasiones, furiosos apetitos. Y esta furia y esas pasiones tienen su origen entre nosotros en la ignorancia, únicamente en la ignorancia. Solo la educacion puede fundar la libertad en las instituciones y en las costumbres, haciendo de cada ciudadano un guardia de orden público, defensor de las leyes.

Así se ha comprendido en América desde el primer dia, y se comprende cada vez mas. Al leer lo que dice Mr. Jonveaux sobre las escuelas y la educacion de la mujer en América, se concibe cómo una misma enseñanza dada á todo un pueblo, inspira en él idéntico espíritu. En la escuela se encuentra la sávia y fuerza de América. «Entregadme la educacion, decia Leibnitz, y con esa palanca levantaré el mundo.» Semejante idea tenían los griegos: sin educacion comun no hay ciudadanos. Así lo han comprendido los americanos, y se han aprovechado de la antigua máxima. Y de la misma manera que sus comunes, con su gobierno popular y directo, recuerdan las ciudades griegas que no habian conocido el régimen representativo; igualmente su educacion recuerda la educacion cívica que produjo las maravillas de la civilizacion antigua. Pero hay una diferencia á favor de América, que esa educacion no es privilegio de una raza superior, sino se estiende desde los mas pequeños á los mas grandes, y funda, no una aristocracia, sino una democracia.

XII

Lo mas admirable del sistema americano es la rapidez de sus efectos: basta una generacion para transformar un pueblo. En el relato de Mr. Jonveaux en el capítulo, *La cuestion de los negros*, se asiste á uno de esos milagros de la democracia moderna: regenerar cuatro millones y medio de esclavos, sostenidos en constante ignorancia y brutalidad, enseñar al hombre, y sobre todo á la mujer esclava, el respeto de sí misma, decencia y honestidad, cuando durante dos siglos, crueles y empedernidos dueños han ahogado en esta desgraciada raza hasta los últimos gérmenes de humanidad. Ante esa obra de evangelizacion palidecen todas las misiones lejanas; y sin embargo, esa es la empresa de las mujeres en la Nueva-Inglaterra. Han arrostrado el desprecio, el insulto, hasta los malos tratamientos, por abrazar este apostolado; y por fin, han triunfado. La cosecha dá ya mas que esperanzas; el negro emancipado de ayer, apenas se ha instruido, se convierte á su vez en emancipador de sus hermanos. «Mi pueblo se levantará por la educacion y la religion,» me decia hace dos años el reverendo Paine, hijo de un negro y de una india que habia llegado á obispo de la iglesia metodista. Tenia razon: esas pobres gentes pagan ya y administran ellos mismos una parte de sus escuelas; los maestros negros no tienen nada que envidiar á los blancos, ni por inteligencia ni por celo. En Europa entre las clases desheredadas, ¿se encontrarían muchos que tuviesen una per-

cepcion tan clara de su redencion, y que hiciesen en tan poco tiempo tan grandes progresos?

La escuela americana no produce solo la educacion del hombre y del ciudadano: hace tambien la educacion del productor y aumenta la riqueza nacional, desenvolviendo el espíritu del obrero; y tiene además una influencia económica que la antigüedad no ha conocido, porque desdeñaba el trabajo. El pais donde se leé mas, es al mismo tiempo en el que se hacen mayor número de invenciones. El buque de vapor, el telégrafo eléctrico, los clipers, los monitores, el algodón, *pólvera* (gin), las máquinas agrícolas, las máquinas de coser, las de hablar, la nueva prensa mecánica, y otras muchas, son de invencion americana. En los Estados-Unidos es donde primero se ha reconocido que el trabajo del obrero está en proporcion con su inteligencia mas que su fuerza muscular; y así se ha resuelto el problema de acrecer la produccion, disminuyendo las horas de taller. Personas activas, instruidas, responsables, han llegado á concluir en diez horas trabajos que los obreros ordinarios no hacian en doce, con tanta perfeccion, y se aproxima para mas de un oficio ese dia en que las horas de trabajo no pasarán de ocho asíduas, siendo este el primer gérmen de una revolucion grande y pacífica. No es por una ley como se pueden cambiar las condiciones del trabajo y de la produccion, sino llegando á ser el obrero mas instruido, mas inteligente, mas laborioso, mas moral, trabajando

XIV

mas pronto y mejor: así puede rescatar algunas de sus horas de penas y conquistar su libertad.

En Europa se exclamará al leer esto, ¡utopia! porque todavía no se cree que las diferencias de clases son cosas artificiales destinadas á desaparecer. En América el cambio se ha efectuado: el obrero por la mañana es hombre y ciudadano: por la tarde sale del taller para oír una lectura de historia ó literatura, asistir á un meeting político ó religioso. Esta perfecta igualdad no asombra á nadie, y lo que parece extraño á los americanos son nuestras viejas preocupaciones.

Hay verdaderamente la seguridad de que la libertad y la educacion dan al obrero alguna ventaja sobre el resto de sus conciudadanos. Efectivamente, las penas de su infancia, la dureza de su primer trabajo, el esfuerzo incesante y continuo para aprender, las privaciones que se impone, maduran su espíritu en temprana edad, conoce mejor la vida y los hombres, y tiene mas energía que el hijo de familia que no ha conocido nunca el aguijon de la necesidad. De aquí proviene un fenómeno que solo asombra á los que no reflexionan. Los hombres mas nobles de América, aquellos que hacen el primer papel en el Estado son en su mayoría antiguos obreros: sin hablar de Franklin, el aprendiz de impresor, basta nombrar entre los contemporáneos á Clay, el molinero; Horacio Mann, el labrador; Lincoln, el leñador; Johnson, el sastre; Wade, el serrador de vigas; Grant, el curtidor, etc. El alcance

de estos ejemplos en una democracia, es inmenso. Entre nosotros, un soldado que ha llegado á general anima á todo un ejército; allí en aquel ejército civil que comprende toda la nacion existe el ejemplo de Lincoln, para decir á cada uno que con trabajo, honradez y patriotismo, no hay humilde ciudadano que no pueda ser un dia gefe de la república. Comparad una sociedad semejante á estos pueblos envejecidos donde todas las ventajas son para aquellos á quienes una fortuna patrimonial asegura el privilegio de la educacion.

En fin, la religion es uno de los primeros elementos de la grandeza americana, y no cede á ningun otro en importancia. En los Estados-Unidos se tiene á gloria el ser cristiano, y se dice voluntariamente que la civilizacion moderna es hija del Evangelio y que perecería con él. Esta asercion hará sonreir á mas de un lector; el escepticismo está hoy de moda en el país de Voltaire, pero no disgustará á las almas rectas, porque el escepticismo es estéril y no conduce á nada. Para obrar, es neceserio esperar, es necesario amar. Jamás ningun hombre ni ningun pueblo ha hecho grandes cosas sin ir acompañado de gran fé. En cuanto al materialismo, que es hoy un grito de guerra mas que una creencia razonada, ha aparecido mas de una vez en el mundo, pero triste es decirlo, siempre ha sido signo de decadencia y de servidumbre: es la doctrina de los dias aciagos. La libertad no se aco-

XVI

moda con tan pobre concepcion del destino humano. Para servir á los hombres, para sacrificarse por ellos, á pesar de sus vicios, su ignorancia y su ingratitude, es necesario suponer en ellos almas inmortales de un precio infinito, y no el mas estúpido y el mas miserable de los animales. El efecto mas general del materialismo es conducir á la mayor parte de los hombres al egoismo y á los placeres groseros. *Goza de la hora presente, mañana morirás*, será siempre la última palabra de la escuela epicúrea. Los estóicos son mas fieros y mas nobles, pero no menos desesperados ni menos impotentes.

Si la religion representa tan gran papel en los Estados-Unidos, es necesario confesar que está colocada en condiciones singularmente favorables, y que nos han faltado siempre. «El pueblo de los Estados-Unidos, se dice con toda verdad, ha encontrado el secreto de ser el mas religioso de los pueblos sin religion del Estado.»

Y es de creerlo así, porque justamente esta separacion política, esta perfecta independencia de las Iglesias, es la que ha mantenido el espíritu religioso en América. Entre nosotros, donde la Iglesia y el gobierno son tan pronto aliados como enemigos, la religion pierde su verdadero carácter, y no es mas que un medio de política ó de oposicion. Mezclarse los obispos en las elecciones sería un verdadero escándalo en los Estados-Unidos. Entre nosotros cualquier partido que tomen, se comprometen, y lo que es mas triste

aun, comprometen la religion, que no tienen el derecho de mezclar en cuestiones políticas. De aquí esos ódios furiosos de que son los primeros responsables, los que ponen las cosas divinas á los piés de los príncipes; de ahí esa impiedad que frecuentemente es solo la protesta de la conciencia indignada. Mientras no sigamos el ejemplo de América, mientras continúe alianza tan funesta á la religion como el Estado, jamás veremos el estrecho lazo que une el Evangelio á la libertad. Oponemos frecuentemente una á otra ambas fuerzas que deben obrar reunidas, y que no están hechas para paralizarse mutuamente.

Que el sacerdote sea dueño en su iglesia, pero solo en ella, es lo que exigen el Evangelio y la civilizacion. Una vez manumitida de la política, la religion se convierte en el mas seguro baluarte de la libertad, que se aprovecha de ella, la ama y la hace amar.

Sin duda alguna es necesario que la Iglesia cubra con su manto á los fieles y desee que estos formen algun dia la sociedad entera, pero su autoridad debe ser puramente moral. El brazo secular que la protege es su mas cruel enemigo; la corrompe, la envilece, la esclaviza.

No seguiré á Mr. Jonveaux en lo que dice del protestantismo, de sus divisiones y su decadencia en los Estados-Unidos. En este punto no soy de su opinion. La sociedad americana es para mí el mas bello fruto, la mas bella flor de la reforma; sus divisiones, sus variaciones religiosas

XVIII

son la precisa condicion de su progreso: la libertad de las Iglesias sostiene y apoya la libertad política. En cuanto al unitarismo, si bien es cierto que cuenta con un pequeño número de fieles, tan no ha muerto con Channing y con Parker, que ha producido tres obras de las mas impercederas en nuestros tiempos: la abolicion de la esclavitud, la reforma de la educacion popular, la creacion de la comision unitaria para los heridos. Garrison, Horace Mann, el doctor Bellows, son unitarios: se puede no participar su creencia; pero ¿cómo no admirar la enerjía y la fecundidad de su fé? ¿qué Iglesia no se orgulleceria con tales nombres?

En lo que estoy completamente de acuerdo con Mr. Jonveaux y lo que me parece la parte mejor de su libro, son los últimos capítulos donde muestra cómo el catolicismo, lejos de sufrir con la libertad, obtiene de ella nueva enerjía. Al principio del siglo habia en los Estados-Unidos 90.000 católicos, 53 curas y 1 obispo: hoy hay 5.000.000 de católicos, 3.000 curas, 7 arzobispos y 40 obispos. ¿En qué país del mundo ha hecho el catolicismo progreso semejante? Donde quiera que se le protege, siempre se está á la defensiva, se le teme y se le ataca. En América, donde se le abandona á sí mismo, se estiende, se engrandece y adquiere popularidad. ¿No se comprenderá nunca lo que esto significa? Es cierto tambien que en los Estados-Unidos la Iglesia católica se acomoda á las instituciones libres, y aun parece

gozarse en medio de ellas. Nada mas curioso que la biografía del padre Heller, fundador de la órden de Paulistas, monjes bien americanos, que dan á la institucion una nueva fisonomía en la historia. Su gran medio de apostolado es la prensa, llamando en su ayuda para defender y propagar el catolicismo la opinion y la razon. Cualquiera que sea el resultado de esta audaz empresa, es un buen ejemplo que oponer á esos tembladores que hacen de la fuerza y el silencio la proteccion necesaria y la condicion de existencia de la religion. ¡Qué mas harian si lo que defendieran fuera el error!

No concluiré sin elogiar en Mr. Jonveaux una cualidad rara entre los críticos; su honradez. No ha escrito una novela, no nos pinta los caprichos de su imaginacion como verdades, por el contrario, se vé que tiene minucioso cuidado de beber en las mejores fuentes para no decir nada que no sea exacto y cierto. Su libro hace comprender la América, nadie lo leerá sin enterarse y aprovechar su lectura. En Francia frecuentemente nos atrincheramos detrás de nuestra vanidad nacional, pareciendo que fuera de nosotros nada existe en la creacion. Este papel de Narciso no es bueno ni para los individuos ni para los pueblos; así es como se enervan y perecen. Estudiemos las otras naciones, vayámos á su escuela, cuando saben mas que nosotros; tomémosles lo que tienen de bueno, y solamente así mantendremos el rango que ocupamos en el

XX

mundo. Se nos apreciará mas, si reconocemos nuestros defectos, y cuando nos olvidemos de admirarnos á nosotros mismos, se nos hará mas justicia.

EDUARDO LABOULAYE.

Glatigny-Versalles 10 de Junio de 1869.

CAPÍTULO PRIMERO.

CHICAGO, LA REINA DE LOS LAGOS.

Mas allá de los florecientes estados, que agrupan sus numerosas poblaciones sobre los bordes del Atlántico, se extiende entre los Alleghanys y las montañas Rocosas, vastas llanuras, en parte labradas, en partes salvajes, que ofrecen una extraña mezcla de barbarie y de civilizacion. Ciudades construidas de ayer, rivalizan ya en prosperidad con los centros mas importantes de la Nueva-Inglaterra, y cuando se vé á Chicago la Reina del Oeste, brotar del suelo por encanto, con sus iglesias, sus universidades, su comercio, su vida política, créese asistir á una escena de las *Mil y una noches*. Leavenworth, Omaha, Denwer y otras muchas ciudades, testifican igualmente la actividad, la *furia* creadora del génio americano.

Mientras que por una parte la mies se madura, arroja por otra el trabajador infatigable nuevas simientes; dejando trás sí las ciudades construidas, avanza con su *bowie knife*, cuchillo en la cintura y armado del *rewolver* y de la pala, disputa el desierto á las *pieles rojas* y obliga á la naturaleza á entregarle sus tesoros. La sociedad, vírgen como el suelo, no sufre el yugo de ninguna preocupacion, de ninguna tradicion, y allí un hombre es igual á otro en toda la acepcion de la palabra, porque en el fondo de la pradera solitaria no hay rangos, clases ni aun nacionalidad, solo la inteligencia y la energía merecen el aprecio del colono americano. Las dificultades dan temple á su carácter, el grandioso paisaje que le rodea, la vista de sus campos recientemente labrados, le inspiran amor á la independencia, desprecio á las vanas distinciones y respeto al trabajo.

Aquel centro, aquellos sitios, prestan libre curso al desenvolvimiento de sus facultades intelectuales y debe tener gran influencia sobre los destinos del pueblo que se forma en el extremo Oeste. ¿Qué llegará á ser? ¿Qué accion ejercerá en el porvenir de los Estados-Unidos?

Las praderas del Nuevo Mundo son como un crisol gigantesco, en el cual los mas diversos elementos entran en fusion para componer una sociedad nueva. Para formarse idea de esta América futura, es necesario seguirla en su origen y su progreso. Pero el tiempo marcha apresura-

damente en aquellos lejanos paises: donde ayer el *Sioux* y el *comanche* perseguian libremente los búfalos salvajes, se eleva hoy la casa del *pionier*: mañana habrá una ciudad, algunos dias mas y la sábana entera habrá llegado á ser un país civilizado.

¡Y en qué extension se manifiesta ese prodigioso movimiento! Los Estados del Oeste tienen ocho veces la superficie de los del Atlántico, comprendiendo el Norte y el Sur; el Oregon solo es mas grande que Inglaterra; Tejas que Francia, la California que España. La inmensa llanura comprendida entre los montes Alleghanys y las montañas Rocosas, ofrece al comercio y á la industria 7.000 leguas de rios navegables y puede alimentar una poblacion de 300 á 400 millones de habitantes. Cuando se piensa en las grandiosas perspectivas abiertas delante de los nacientes Estados, se siente una especie de asombro, se comprende la fiebre americana, esa audacia de empresas que nada detiene y que para nosotros, habitantes de la vieja Europa, parece vecina del delirio.

El progreso de la colonizacion debe producir necesariamente el desenvolvimiento de la vida política en los nuevos estados. Hasta aquí el Oeste, todavía jóven, se somete con docilidad á la influencia de la Nueva-Inglaterra; pero no está lejana la hora, en que sintiéndose fuerte, reclame su parte de poder: ya el Ohio y el Illinois han contado su poblacion, comparado la exten-

sion de su territorio con la exigüidad del Rhode-Island, Connecticut y Massachusetts; saben que el próximo empadronamiento les dará en el Congreso una influencia que no han tenido todavía y algunas imaginaciones ardientes llegan á predecir que la capital del gobierno, será trasladada á un punto más central de la gran república retirándola de Washington. No creemos tan próximo el cambio de capital apesar de la rápida transformacion que se opera en el Oeste, cuyas consecuencias prometen ser fecundas para el porvenir.

No es nuestra intencion recorrer todas las ciudades americanas, que semejantes á la Minerva antigua nacen con el completo desarrollo de su fuerza y llenas de vida. Solamente tomaremos una sola, Chicago, porque es una de las obras mas gloriosas del génio americano y donde encontraremos reasumidos los rasgos característicos de las otras. Gigantescos edificios, espléndidos caminos, escuelas, todo ha sido improvisado en el corto espacio de algunos años sin que sufra la riqueza pública, que léjos de ello ha aumentado considerablemente y en proporcion. ¿Qué gobierno por hábil que se le suponga ha hecho jamás cosa semejante?

Remóntase la fundacion de Chicago á principios de este siglo, pero hubiera sido demasiada complacencia dar el nombre de aldea á aquel parador perdido en el fondo del desierto. Pero sobre este punto la confianza intrépida de un

americano no tiene igual: lo oís hablar de una nueva ciudad, os elogia con entusiasmo su futura grandeza, pedís verla y os enseñarán.... una casa de madera en medio de un campo apenas laborado. Mas dejad hacer al *settler*, dejadle libre y lo que no es aun mas que un sueño de su imaginacion no tardará en ser una realidad. El espíritu de empresa no era antes, sin embargo, en el Oeste tan activo como hoy, porque los Estados del Atlántico salidos hacía poco de la tutela colonial, tienen demasiado de qué ocuparse en sí mismos, para pensar en diseminarse en las praderas, y la Europa no enviaba entonces al nuevo mundo la marea siempre creciente de emigrados que en el dia.

En 1830 no pasaba de ser Chicago un puesto militar y pequeña estacion para el comercio de pieles; solo contaba una docena de casas, una fortaleza hecha con troncos de árboles abrigo de un puñado de soldados y á un lado dos ó tres innobles tabernas que vendian á los indios, pieles rojas, el *agua de fuego* (aguardiente), armas y alcohol. Hé aquí la forma bajo que primero se presenta la civilizacion en casi todas partes al pobre salvaje, y cuando le vemos embrutecido nos asombramos de su degradacion. La raza sajona en general, y la raza americana en particular, no se distinguen por su dulzura para con los pueblos que desposeen. Pero dejemos este asunto y volvamos á Chicago.

En 1833 principiaron los colonos á dirigirse á

la ciudad naciente y antes de concluir el año, cincuenta familias se esforzaban en transformar en calles, en jardines y en campos de maiz, la inculta pradera. ¡Cincuenta familias en medio de la inmensa soledad! ¡Cualquiera creería habia suficiente lugar para ellos y los Indios! Pero los previsores *settlers* no lo juzgaban así, y en el mes de Setiembre de 1834, 7.000 Pielas Rojas convocados en Chicago, cambiaban por mercancías de escaso valor un territorio de 4 á 5.000 leguas cuadradas, estipulándose en el acta de venta, que los salvajes se retirarían mas al Oeste, al otro lado del Mississipi. A la siguiente semana, cumpliendo el tratado, cuarenta carretas con cuatro bueyes cada una, trasportaban á través de la llanura, los hijos y el miserable bagaje de los *Pottawatomies* que seguian á pié, con sus mujeres, el largo covoy. Veinte dias despues, llegaron á las orillas del gran rio, le atravesaron y continuaron durante otros veinte dias, la marcha que les alejaba cada vez mas y para siempre del pais de sus antepasados. Cuando hoy se pasea por las calles de Chicago, cuesta trabajo comprender, que hace treinta y cuatro años eran todavía los Pielas Rojas dueños del suelo en que está edificada la ciudad.

No se habia alcanzado todo con la marcha de los Indios; quedaba á los Colonos la ruda tarea de hacer algo habitables los distritos que acababan de adquirir, porque la pradera en esta orilla del lago Michigan apenas se eleva sobre el lago mis-

mo, y al principiar las primeras labores, se descubrió un arenal que formaba toda la campiña, y que la mas ligera lluvia convertía en un inmenso pantano, y el menor rayo de sol en un sofocante océano de polvo. Durante la estacion de las aguas, la ciudad permanecía como ahogada en un inmenso charco de agua, y para llegar á ella era necesario atravesar una especie de estanque que cubria los caballos hasta el pecho. La agricultura parecia no tener probabilidades de éxito, teniendo necesidad para mantenerse la poblacion de obtener sus provisiones de la orilla oriental del lago.

¿Por qué entonces eligieron los colonos tan incomodo lugar? y apesar de todos los obstáculos ¿cómo se mostraban llenos de esperanza? Es que en el punto elegido, el lago Michigan forma un excelente puerto; sus aguas han abierto un foso de cien metros de ancho y 1.200 de largo que avanza en la llanura y se divide luego en dos brazos, de los que uno se dirige al Norte y otro al Sur paralelamente á los bordes del lago. Esta ensenada ó caleta estando desprovista de marea y corriente, tiene la ventaja de ofrecer seguro abrigo á los buques puestos en peligro por las frecuentes tempestades del Michigan, y es accesible á los mayores buques de la navegacion interior, poniendo á Chicago en posesion de una línea de astilleros y almacenes de diez leguas de longitud. Gracias á su situacion, debia concentrar en parte el comercio de los lagos america-

nos, pero entonces no era sino una pequeña aunque activa plaza de cuarto ó quinto orden.

Expedían al principio un poco de carne de vaca salada, industria que adquirió algún desarrollo en 1839, en que fueron preparadas y exportadas tres mil cabezas de ganado traídas de las praderas; al mismo tiempo, un atrevido negociante tuvo la idea de crear en Chicago un almacén ó factoría de cereales y cada año llegaban desde el fondo de la llanura á las orillas del Michigan grandes cantidades de granos. Desgraciadamente, la época del transporte era en la estación de las lluvias y se hacía penosísimo para las carretas el largo camino en un suelo fangoso, y aun era peor la llegada á la ciudad, donde se atascaban en el profundo pantano, ahondaban las calles transformándolas en barrancos, y los pesados vehículos tropezaban y se enredaban los unos en los otros, produciendo una confusión imposible de describir. Chicago entero se conmovía; los transeuntes, detenidos en su camino, se veían al momento cubiertos de piés á cabeza de un fango espeso y negro, deslucida librea de la ciudad entera; por último, cuando se conseguía desembarazar el paso, era necesario para restablecer la circulación, colocar tablas á través de las zanjas formadas por las ruedas; de manera, que la futura reina de los lagos, era de todas las poblaciones de las praderas, la mas incomoda y desagradable. El extranjero á quien la casualidad hacía llegar á Chicago, huía precipitadamente

sin sospechar en lo mas mínimo que aquella mal construida y pantanosa villa, llegaría á ser un dia no muy lejano el orgullo del nuevo mundo, el gran almacén, las oficinas y la capital del Oeste.

Pero nada asusta ni desanima al colono Yankee; podría resistir apropiadamente la conocida frase «Imposible no es palabra americana.» Faltaban á Chicago para desenvolver sus gérmenes de prosperidad comunicaciones por agua y tierra y comenzaron en 1836, concluyendo en 1848 el canal que une la ciudad al río Illinois y este al Mississipi, con el cual se abrió una nueva era para los *seilers* y labradores que se ocupaban en roturar las fértiles praderas del Oeste. Sus granos, sus ganados, sus forrages, conducidos facilmente á Chicago por el canal, eran expedidos por los lagos hácia el litoral del Atlántico y hasta Europa. La creacion de caminos de hierro vino á dar nuevo impulso y rapidez á su adelantamiento. En 1849, un año despues de concluido el canal, el silvido de la locomotora resonaba por primera vez en los campos de Michigan; solo recorría una distancia de tres leguas, pero los colonos habian comprendido su importancia, y la ventaja para ellos de hacer mas rápidos y numerosos los medios de transporte, y todos y cada uno repetían que cualquier pedazo de tierra puesto en comunicacion con la ciudad sería un manantial de durable riqueza. En un pueblo que tiene el hábito de pensar y de obrar, la ejecucion sigue

inmediatamente al proyecto. Ningun hombre de estado conoce las necesidades de un país tan bien como los mismos interesados; así ninguno puede proveerlas con tanto celo é inteligencia como ellos mismos. Aun no habian trascurrido quince años, cuando una red de 3.000 leguas de vías férreas irradiaba al rededor de Chicago, uniéndola á los principales centros del Este y del Sur, y haciendo afluir á ella todas las riquezas del Oeste. Hoy no hay en el Illinois un solo cortijo ó granja que esté á mas de 15 leguas de una estacion del ferro-carril, y la mayor parte estan mucho mas próximos, siendo la distancia general de dos leguas. Se cuentan por millones las hectáreas que se han roturado por el desarrollo de las vias de comunicacion.

Fácil es de comprender el impulso que tan gigantescos trabajos imprimieron al comercio. De algunos años á esta parte hace Chicago tan innumerables y prodigiosos negocios, que ella misma se asombraría si tuviese tiempo de detenerse á alinear las cifras. La exportacion de granos principi6 en 1838 en la bien humilde escala de 78 *bushels* (1) llegaba á 16 millones en 1855 y en 1867 á 60 millones de *bushels* anuales. Las aguas del Michigan, antes silenciosas y apenas turbadas por la piragua india, han llegado á ser el punto de reunion de una numerosa flota; bricks, vapores, goletas, buques de todas

(1) Equivale el Bushel á 30 litros próximamente.

clases midiendo en junto 220.000 toneladas y empleando 10.000 marineros, distribuian en 1867 en las orillas de los grandes lagos una parte considerable de los cereales conducidos á Chicago por los canales y caminos de hierro.

¿Qué habrá sido, preguntará el lector, de esa ciudad tan mercantil, en medio de esa inmensa masa de productos que de todas partes llueve sobre ella? Si algunos centenares de carretas bastaban antes para obstruirla, sus actuales transacciones deben haberla hecho inhabitable. Nada menos que eso. Gracias al espíritu activo y práctico de los colonos, siempre en busca de útiles mejoras, esas montañas de grano cuya cantidad turba la mente, son cargadas y descargadas sin que apenas se aperciban de ello los habitantes; pudiendo un extranjero permanecer en Chicago mas de un mes, sin acordarse de que haya allí personas que se ocupan de la venta y compra de cereales. Setenta poderosas máquinas elevadoras establecidas á lo largo de los muelles esperando la llegada de los granos, los toman del buque ó wagon que los trae, y haciendo un movimiento giratorio sobre sí mismas, trasportan el grano en grandes artesones ó recipientes, hasta la embarcacion de los wagones colocados al lado opuesto del aparato, y que se tiene despues para recibirlo y partir. Las máquinas son movidas por el vapor, y la operacion entera se efectua en pocos minutos.

Este progreso no satisfacía completamente á

los habitantes de Chicago; habían disminuido los gastos, simplificado la conservación, ganado tiempo, pero siempre encontraban que los granos ocupaban mucho espacio por su gran cantidad.

¿Quereis, le dijo un día un oficial economista, expedir en un solo bulto diez ó doce sacos de maiz? Nada es mas fácil. Convertidlos en sustancia animal. ¿Qué es, por ejemplo, un puerco? diez ó doce sacos de maiz sobre cuatro patas. De esa manera se encarna: el puerco come el maiz y el hombre se come el puerco.

Los negociantes juzgaron bueno el consejo, y el comercio de salazones tomó bien pronto colosales proporciones, expidiendo Chicago solo en la estación en tres meses, 900.000 puercos ya preparados y que vienen á ser las tres cuartas partes de los que prepara todo el Oeste. Este ejército de animales formaría marchando en fila una línea de 250 leguas. Entregar al consumo esta enorme masa de carne, no era cosa fácil para una ciudad naciente, por la falta de brazos ocupados en el comercio de granos que necesitaba un gran número; pero las dificultades no hacían sino estimular el espíritu inventivo de los habitantes de Chicago. Aumentándose cada día el trabajo, se fundaron fábricas, se imaginaron procedimientos para preparar las salazones como se habían inventado elevadores para manejar los trigos. Gracias á una ingeniosa combinación, gracias á la división del trabajo, al empleo de máquinas, á la destreza de los obreros, la incesante oleada de

puercos, llega viva y gruñendo desde la mañana á la tarde á la entrada del matadero, y sale algunos minutos despues por la parte opuesta bajo la forma de jamones, salchichas, tocino, morcillas; habiendo sido cada uno de los animales en su paso por el edificio, degollado, chamuscado, raspado, despedazado, salado, acomodado en barriles, todo con la rapidez del relámpago y la regularidad de un relój. Un establecimiento servido por cincuenta hombres, puede expedir tres puercos por minuto, y esto durante diez horas al dia.

Nada diremos del mercado ganadero, construido á una legua de la poblacion, con sus famosos establos, llamados pomposamente por una guia americana, la gran *ciudad bovina del mundo*. Dos millones se han gastado en el parque y edificios, pudiendo estos contener á la vez 20.000 vacas, igual número de corderos y 75.000 puercos.

Estas grandes obras y trabajos no absorvian completamente la actividad de Chicago: tenía tiempo todavía para pensar en embellecerse y se transformaba con una rapidez que podia dar celos al París de M. Haussmann; mas con la diferencia á favor de la ciudad de los lagos, de que en esta el progreso del lujo representaba el desenvolvimiento de una prosperidad real y verdadera y no un acrecentamiento de déudas, de cargas y pesados impuestos como en la ciudad francesa. La americana queriendo ser suntuosa, quiere continuar siendo ciudad de trabajo. La fangosa Chicago que asustaba antes á los viajeros, ha

llegado á ser con el solo esfuerzo de sus habitantes, una de las mas brillantes metrópolis de los Estados-Unidos. Contaba hace algunos años con 300.000 almas y pronto tendrá un millon.

El arenoso pantano y el agua eran los enemigos con que era necesario luchar. Raro ha sido el municipio que se haya atrevido con semejantes obstáculos y raramente han sido coronados sus esfuerzos de un éxito tan asombroso y rápido. No se trataba de demoler casas nuevas ó viejas, con las que unos cuantos golpes de pica hubieran concluido, era necesario cambiar la naturaleza del suelo en que la ciudad estaba construida, y la primera condicion, elevar el piso de la ciudad sobre el de la húmeda pradera que la rodea.

Levantar una ciudad entera ¿cómo ejecutar ese proyecto en un país donde la expropiacion forzosa es casi desconocida? Decidiendo que los barrios que nuevamente se construyeran por los colonos que diariamente llegaban, se edificasen sobre terraplenes de seis piés de alto se ganó alguna cosa, ya las calles no se cambiaban en estanques durante la estacion de las lluvias, pero un espeso y obstinado fango las llenaba todavía; en cuanto á los sótanos nada se podia poner en ellos, porque los objetos hubieran nadado en el agua. Un segundo alzamiento fué decretado, siempre para las nuevas edificaciones, pero no tardó en reconocerse como insuficiente y se tomó luego el actual nivel, que dominando 12 piés sobre el de la pradera, hace perfectamente saludable la ciu-

dad. Durante la transformacion presentaba un aspecto singular; las aceras de madera de las calles, eran una série de escaleras que era necesario subir y bajar constantemente. Pero se podia asegurar que los habitantes remediarian ese estado de cosas. Aquellos cuyas casas estaban en los antiguos barrios mucho mas bajas, comprendieron lo ventajoso que les era no quedar encerrados en el fondo de aquel foso cenagoso y les inspiró una inteligente emulacion, que dió por resultado al cabo de algunos años la nivelacion de la ciudad.

Los gastos debieron ser enormes, y cualquiera se sorprenderia de que los particulares se hubiesen decidido á hacerlos, si no recordase que en el Oeste no hay ociosos ni paseantes en córte: cada uno trabaja, y como los recursos del país son inagotables, casi todo el mundo se enriquece. Aun cuando haya conquistado una gran fortuna, el Americano continúa infatigable su trabajo. ¿Es la avaricia la que le impulsa? ¿Cede únicamente al deseo de acumular duro sobre duro? Así se ha dicho, pero la generosidad con que esparce alrededor de sí su oro, prueba lo contrario; no hay nadie que abra mas pródigamente su bolsa á todas las obras de beneficencia ó de interés público. Es que tiene sed de actividad y de trabajo y no creeria llevar una existencia digna de un hombre, digna de un ciudadano, de una gran nacion, si solo se limitara á gozar estérilmente de sus riquezas sin producir nada útil.

Un imprevisto descubrimiento vino en ayuda del ensanche de Chicago. Los materiales para la construcción de las casas faltaban, y era necesario buscarlos lejos y pagarlos caros, porque se reducían generalmente á hacer las casas de madera. Es verdad que esta industria habia alcanzado la altura de un arte y hoy todavía dá lugar á una considerable exportacion de elegantes quintas, rientes escuelas, iglesias de severas líneas, casas de labradores y habitaciones de todas clases fabricadas á corto precio y enviadas á los diferentes puntos del Oeste, en piezas numeradas de madera. Estas praderas tienen poca madera, y Chicago es la que provee á los settlers de este indispensable artículo. Pero la ciudad, poco satisfecha de las frágiles construcciones que una chispa puede inflamar, aspiraba á poseer mas sólidos edificios.

Se hizo al principio venir del Estado de New-York granito negro, costosa materia cuyo color armonizaba demasiado con el del fango; así continuaban las cosas, hasta que se descubrió una cantera de piedra blanca al abrir un canal, pero tan blanda que se rompía al primer golpe, por lo que fué desechada, hasta que unos obreros descubrieron que esa misma piedra se endurecia expuesta al aire y tomaba un color amarillento. Este fué un tesoro para Chicago. Aquellos materiales fáciles de trabajar cuando son extraídos, adquieren prontamente gran solidez, sirviendo para los mas suntuosos edificios, al mismo tiem-

po que su tono dorado y grato que recuerda el del Partenon, imprime á las calles un aspecto elegante y alegre.

Chicago se enorgullece ya, de tener á lo largo del lago, magníficas avenidas y encantadoras casas de campo, que han hecho se la llame la ciudad de los jardines. Este rincon de paraíso terrestre, lleno de sombra y de frescura, desde donde la mirada se pierde en la inmensidad de las azules aguas del Michigan, forma singular contraste con el ruidoso barrio mercantil. Allí las grandes escenas de la naturaleza, aquí el movimiento, la febril actividad de la industria y el comercio. Esta reunion de diversos elementos, presta á Chicago particular encanto. En el dia se trabaja en formar un *boulevard* ceñido con palacios de recreo y jardines, que rodearán la poblacion con verde cintura y proporcionarán á los habitantes deliciosos paseos de cinco ó seis leguas. Para accidentar el paisaje uniforme de ese país de llanuras, se proyecta la creacion de un gran parque con valles y colinas.

Al mismo tiempo que los habitantes de Chicago daban á su ciudad el aspecto de grandeza y opulencia, procuraban multiplicar en su seno las fuentes de riqueza, comprendiendo con su raro buen sentido que una prosperidad que no se renueva se agota prontamente y roba al país una de sus fuerzas vivas. Hasta entonces se habia limitado su ambicion á ser la metrópoli comercial del Noroeste; pero cuando se vió grande,

anheló ser manufacturera; nada le impedía favorecer la industria; la temible cuestión del proletariado no existe en América, ni se conocen los ódios sociales. El sentimiento religioso que combate las malas pasiones, la igualdad absoluta de clases, la educación esparcida á manos llenas, facilitan á todos el libre acceso á la universalidad de las profesiones: no queda, pues, pretexto al descontento ni á la envidia y no hay temor alguno en atraer á las ciudades una numerosa población de obreros. Comenzó Chicago por hacer los útiles mas simples y mas groseros de la agricultura; bien pronto los pedidos aumentaron, la producción se extendió, progresó y adelantó y hoy las fábricas de la ciudad proveen de instrumentos y máquinas á la mayor parte de las fincas del Oeste.

Otras empresas no obtuvieron menos éxito: la fabricación de calzado emplea mas de 3.000 personas, el tejido de algodón y lana adelanta rápidamente. Una manufactura establecida en un barrio de las afueras, provee al comercio de cien mil relojes de mesa por año, otra se ocupa solo de relojes de bolsillo. En fin, la industria naciente no olvida las necesidades del arte y de la inteligencia, á juzgar por el número creciente con que cuenta de constructores de pianos, de grabadores de música, y de libreros editores.

¿Se quiere saber ahora, qué hombres son los que en menos de treinta años han realizado la obra colosal de que acabamos de dar una idea? ¿Se

desea conocer el secreto de su poder creador? Vedlo: oídlo en pocas palabras: el americano cree, piensa y sabe obrar. No solamente le estimula la vista de inmensos campos abiertos á sus esfuerzos, sino que además le fortifican los dos principios que hacen toda acción fecunda: la fé y la inteligencia.

Cuando se agrupan, formando en el desierto un caserío dos ó tres cabañas de *settlers*, lo primero en que piensan es en hacer una iglesia y una escuela. La casa del Señor se eleva magestuosa en medio del mas pequeño caserío del desierto y abriga con su paz la habitación del trabajador; á cualquier punto que se llegue, la hospitalaria casa indica esperanza. Se encuentran templos en el fondo de los valles, en lo alto de las montañas: protegen lo mismo el cultivo del labrador que la explotación del minero, cuya aldea se sujeta, parecida á un nido de águilas, á los flancos de las rocas del colorado, y en todas partes el reposo del Domingo se observa con un rigor que satisfaría al mas austero de los puritanos.

Igual sentimiento religioso existe en toda la extensión de la Union. «Nuestro país conserva el temor de Dios,» dicen los americanos. Solo la ciudad de Chicago con sus 300.000 almas cuenta con 150 iglesias y este número no es bastante grande para el fervor de los fieles, puesto que á la hora de los oficios están llenas de una multitud compacta. Que se compare esta situación con la de París y se encontrará una enseñanza triste

pero saludable. El extranjero que viaja por Francia nota dos cosas: la escasez de edificios religiosos y la abundancia de prisiones y cuarteles: uno de estos hechos es consecuencia del otro; cuando el freno moral pierde su fuerza es necesario aumentar la represión exterior. ¡Cuán ciegos son los que procuran separar la libertad de las creencias! Imaginan emancipar al hombre arrebatándole los socorros divinos que le ayudan á dirigirse él mismo, y no observan que le condenan fatalmente á dejarse conducir por otro: la incredulidad ha sido siempre el camino de la servidumbre.

Pero no es suficiente entronizar en el corazón el amor y la voluntad hácia el bien, es necesario que la inteligencia tenga suficiente luz para reconocerlo. El sábio desarrollo de nuestras facultades no es menos aprovechable en el órden moral que en el de los intereses materiales; así no hay un solo americano que no piense con Horacio Mann, el ilustre fundador de las escuelas comunales: «toda criatura tiene un derecho absoluto á la educacion, rehusársela, es condenarla al embrutecimiento y á la miseria, es violar una de esas leyes divinas que jamás se desprecian impunemente. El ignorante es un peligro para la sociedad; viene una crisis, viene la pasion, y la béstia bruta se convierte frecuentemente en béstia feroz.»

Es una verdadera pasion el celo que hay en la union americana por la enseñanza; nadie duda en prodigar su bolsa, su tiempo y sus afanes: el

capitalista regala sumas enormes sin contarlas siquiera, para la fundacion de escuelas, el industrial, el fabricante dejan sus negocios á fin de vigilar el progreso de los discípulos; las jóvenes consagran los mas bellos años de su vida á la educacion de la infancia, y lejos de ocupar por eso la posicion equívoca y secundaria que tienen en Europa las jóvenes maestras, tienen á gran honor la mision que se les ha confiado. Todo el mundo juzga lo mismo. »Entre dos personas »igualmente amables, decia un rico yankee, es »cojería sin titubear por esposa á aquella que »hubiera enseñado en una escuela comunal.»

Los maestros encargados de dirigir la instruccion pública proceden en su mayor parte de la Nueva-Inglaterra, que hasta el dia ha conservado su supremacia intelectual y modelado á su imágen los Estados del Oeste; pero, ya algunas ciudades de los lagos y de las praderas tienen universidades célebres, semillero de eminentes profesores llamados á ejercer una legítima influencia sobre sus conciudadanos; la enseñanza, nuevo y poderoso elemento, va á entrar en todos los ámbitos del pais; el Oeste, conservando siempre los grandes principios sociales y políticos que son la gloria de América, tomará una fisonomía particular, y Chicago será sin duda alguna la capital de este nuevo mundo. Ya presente las grandezas de sus destinos y procura hacerse digna de ellos. Sus escuelas son de las mejores de los Estados-Unidos, los profesores,

mejor remunerados que en la mayor parte de las otras ciudades, poseen estensa y vasta instrucción, los locales son grandes y cómodos, y en fin, hoy se preocupan seriamente de la higiene de los niños, frecuentemente olvidada en ese pueblo dominado por el vértigo del trabajo.

La gimnasia y otros ejercicios corporales alternan muchas veces al día con el estudio; pero el tiempo que á ellos se dedica, no le creemos suficiente todavía. En Chicago, como en casi toda América, se necesita la educación, se quiere que se aprenda pronto y mucho sin considerar si la débil organización de los discípulos pueda resistir á tal fatiga, así desde la primera ó la segunda generación los hijos de los robustos colonos llegados de Europa principian á enervarse.

El vigor moral sostiene todavía estas débiles constituciones, pero hay allí un peligro el cual debe precaver la América con sumo cuidado.

No es menos atendida la enseñanza superior que la primaria; Chicago posee una universidad, una academia de ciencias, dos seminarios, tres escuelas de medicina, y ha fundado á todo coste un observatorio provisto de los mejores instrumentos y dirigido por un hábil astrónomo. Los habitantes, animados de una generosa emulación, quisieron tener un museo antes que New-York. En pocos días se hicieron suscripciones, se compró el terreno y las construcciones principieron, y si no nos equivocamos, este estableci-

miento abierto en 1866 encierra ya notables colecciones.

Pero la escuela, por sábia que sea, no es sino el principio, el vestíbulo de la educación. Entre nosotros cuando se ha concluido el curso de los estudios pedagógicos se cree haber hecho provisión completa de ciencia y no tener necesidad de aprender nada más. Una vez terminado se entrega cada cual á sus asuntos ó sus placeres, se lee una novela, se ojea uu escandaloso folleto sin apercibirse de que el nivel de los espíritus decrece, que los caracteres pierden su generosidad y que mas allá de su estrecho círculo se llega á ser incapaz de juzgar sanamente de los hombres y de las cosas. Los americanos consideran que la cultura de la inteligencia es la obra de toda la vida, y con raro criterio en medio del torbellino de empresas industriales, del oleaje de intereses políticos, saben encontrar tiempo suficiente para leer mas libros, estudiar mas cuestiones religiosas, científicas ó sociales que un hombre libre de toda ocupacion en los países latinos.

En ninguna parte se encontrará sobre cada millon de personas de todas clases desde los mas ricos hasta los pobres, los lectores que en América, y este es un termómetro infalible de la actividad intelectual de un pueblo. El americano no espera de otro su opinion, él mismo se la forma despues de haber leído, escuchado y pesado el pró y el contra. Las sanas lecturas le conservan el ardor de sus convicciones y el vigor del espíritu, aumentando

su saber, poderosa palanca del trabajo.

Sin temor de equivocarse y juzgando á los habitantes de Chicago por sus obras, se puede asegurar que han sabido aprovecharse de este manantial inagotable de instruccion y progreso. El comercio de libros ha tomado proporciones fabulosas; las librerías se ven asaltadas continuamente por compradores, recibiendo un verdadero diluvio de pedidos. Para satisfacer los gustos de su clientela, les ha sido necesario tener un surtido tan variado y numeroso como el de los colosales establecimientos de la Nueva-Inglaterra: las obras mas costosas se venden con suma facilidad, de la que no podriamos formarnos idea, porque nosotros miramos los libros como un objeto de lujo, pero del menos deseable porque alhaga poco la vanidad. Austeras y secas enciclópedias de 200 dollars (pesos) de valor, se venden por centenares y aun podiamos citar una multitud de obras de elevado precio, cuya venta ha sido mucho mas crecida todavía.

Si pasamos del dominio intelectual al órden político, encontraremos una exuberancia de vida digna de fijar nuestra atencion. La prensa ocupa en el Oeste un puesto mas importante acaso, que en los Estados del Atlántico donde tiene tanto poder. El lazo principal que une al mundo del pensamiento á las poblaciones de las praderas, frecuentemente separadas unas de otras por enormes distancias, es la prensa periódica; mil écos llevan de una parte á otra de las llanuras la voz

del país, gracias á ella, el corazon del settler perdido en el fondo de la soledad, late unísono con el de sus demas compatriotas. Conociendo que pertenecen á una gran nacion, cumplen su mision con mas ardor; el menor pueblo de Kansas ó Nerraska, sabe tambien como la ciudad de Washington, cuales son las preocupaciones del momento y cuales las cuestiones que agitan el Congreso.

De esta manera y casi sin sospecharlo, es la prensa un maravilloso agente de naturalizacion para los extranjeros. El emigrado se penetra tan bien de la vida del pais y se encuentra de tal manera arrastrado por la corriente de las ideas, que le es necesario muy poco tiempo para convertirse en americano. En los Estados-Únidos nadie permanece indiferente á los asuntos públicos y de ello resulta una fuerza inmensa.

No negamos que este cuadro tiene sus sombras. Sin duda en un país donde cada ciudadano se apasiona por los intereses políticos, se forman poderosos partidos, que se disputan el poder y turban la seguridad general. Pero el sistema contrario ¿nos ha dado acaso una estabilidad de que podamos orgullecernos? En Francia, un puñado de facciosos pueden en un momento dado disponer de la suerte del país: las personas honradas se contentan con lamentarse: la falta de costumbre, de vida pública, les impide reunirse para obrar y solo una crisis suprema es capaz de arrancarlas de su inercia. Mas valiera arran-

carlas para la defensa del bien: la victoria seria entonces cierta y el órden social se hallaria mejor establecido que hoy lo vemos, porque el derecho y la justicia tienen mas partidarios que el error.

La libertad no favorece tanto como se cree la extension de las malas doctrinas: las mas de las veces una palabra dicha al oido en el misterio de las sociedades secretas, puede ser peligrosa; pronunciada en público cae bajo el ridículo y el desprecio.

De cualquier manera que sea, los americanos se encuentran bien con su sistema y todos están acordes en elogiar sus ventajas. Las ciudades del Oeste adoptan con entusiasmo las tradiciones de los antiguos Estados; la multitud de periódicos es increíble y lejos de ver en ello un peligro se estimula sin cesar la creacion de otros nuevos. Este hecho no tiene nada que deba sorprendernos: la prensa no está en manos de un pequeño número de hombres: es la obra de la nacion entera cuyas opiniones espresa en lugar de dirigirlas á su capricho. Tomando cada ciudadano parte activa en la vida política, los sentimientos moderados que son los de la mayoría se hacen lugar de una manera rápida y sorprendente. Todo se encadena y se sigue, el desenvolvimiento de las libertades públicas es la mejor salvaguardia contra los excesos del periodismo y los esfuerzos de las doctrinas subversivas.

La prensa de Chicago es dirigida con gracia

y talento, digno de la ciudad, y muchos de sus periódicos tienen corresponsales en Londres, París, y la mayor parte de los países de Europa. *El Republicano*, entre otros, está en relación con mas de siete á ochocientas personas residentes en casi todos los puntos del globo y encargadas de enviar informes detallados de los acontecimientos de los países en que habitan.

Hemos dibujado ligeramente la fisonomía de Chicago y hemos mostrado qué suma de nobles y fuertes cualidades le ha sido necesaria para llegar en poco tiempo á su actual prosperidad. Y este no es un hecho aislado: se repite en mayor ó menor escala en todas las ciudades del Oeste. No es la obra de un príncipe ó de un ministro, los esfuerzos individuales son los que han realizado estos milagros. ¡Qué justo motivo de orgullo tienen los americanos al pensar en esto! Un hombre de génio pasa, el pueblo queda, y en él, en el desarrollo de sus virtudes viriles, es en donde se ha de fundar el porvenir de las naciones.

CAPÍTULO II.

LAS PRADERAS.

El Oeste no abraza solamente los Estados ya constituidos donde la sociedad sigue una marcha regular: comprende vastas soledades en las cuales se agita un mundo en via de formacion, en que la escoria se encuentra frecuentemente al lado del mas puro metal y la efervescencia de los sentimientos y las ideas produce algunas veces crímenes, dá con mas frecuencia obras útiles y fecundas. Todo en este extraño centro, el rudo aventurero, la pradera ilimitada, la apenas levantada ciudad, todo adquiere un carácter de salvage grandeza que fascina la imaginacion.

Para el que ama la vista del mar, las praderas americanas tienen un indefinible encanto. No solamente las ondulaciones del suelo recuerdan el movimiento de las olas, sino que la ausencia

de árboles, el uniforme aspecto de las yerbas, sombreadas de millares de flores despiertan en el alma el sentimiento de la inmensidad; la aspereza de los vientos que ningun obstáculo detiene aumenta su semejanza con el Océano. El espectáculo que ofrece una pradera americana en un tiempo claro de la estación en que la yerba está verde, tiene algo de mágico. Ningun objeto anguloso ó recto, ni bosques, ni cercados ó muros, caminos, rocas, colinas, nada detiene la vista del viagero á cuyos piés se estiende por todas partes una alfombra interminable de verdura. Una colonización de muchos años no ha transformado aun el aspecto del paisaje. El rasgo característico de esas vastas llanuras es de recibir millones de habitantes, absorverlos y parecer siempre vacías.

Silenciosas y vastas, parecidas á un campo cultivado aunque la mano del hombre no les haya tocado jamás, tienen espacio para todas las multitudes que la Europa y el Asia vierten sin cesar en su seno. Puede alimentar la mitad de la población del globo terrestre. La pradera no opone á los esfuerzos del settler barrera alguna ni cadenas de montañas, ni ardientes arenales, ni mefíticos pantanos, y la azada y el arado necesitan poco trabajo para hacerla productiva: en muchos distritos se puede trazar á través del mas rico suelo un profundo surco sin que se encuentre en diez leguas la menor raiz, sin que se tropiece con el mas pequeño guijarro.

Este bello país tiene, apesar de todo, mas de un defecto: el primero, la desigualdad de su temperatura donde se pasa súbitamente de un calor tropical á la helada brisa del Norte. El calor llega algunas veces á cuarenta centígrados, y el frio es bastante rigoroso para helar á mas de un méetro de profundidad las aguas del Missouri y del Mississipi, produciéndose frecuentemente en el invierno en el corto espacio de algunas horas, una variacion de treinta y cinco grados. Por la mañana, por ejemplo, el sol brilla, hace calor, se deshiela el camino; por la tarde todo cambia de aspecto y el viento Noroeste sopla con tal violencia que el viagero corre el peligro de helarse la cara.

Además de la inconstancia del clima el settler americano tiene todavia que combatir la sequedad del suelo. La llanura cercana del Mississipi vivificada por esta gigantesca arteria ofrece al cultivo inapreciables ventajas; pero hoy en el extremo Oeste se encuentra el labrador enfrente de sérias dificultades. Los rios se agotan al ardor del sol, y la labor, falta de suficiente riego, no dá frecuentemente sino escasas cosechas; solo le queda el recurso de los pozos artesianos, gasto demasiado considerable para el colono provisto de ordinario de mas enerjía que dinero. De todas maneras, para ellos es solo cuestion de tiempo regar y colocar esta parte del llano á la altura de las otras, ya sea por medio de pozos artesianos, presas, canales, charcas ó receptáculos.

Plantarán árboles que disminuyendo la influencia de las fuerzas de evaporacion del sol y la del viento, dulcificarán las desigualdades del clima: el cultivo atraerá las benéficas lluvias, y los inconvenientes de que acabamos de hablar serán con ello puramente temporales.

Las ventajas que el gobierno de Washington ofrece á los emigrados son suficientes para reintegrarles de sus sufrimientos y fatigas. Todo jefe de familia que desea fijarse en América y ser ciudadano de la república, recibe gratuitamente 60 hectáreas de terreno pudiendo á la mayor edad reclamar cualquiera de sus hijos el mismo privilegio. Esto se refiere solo á los extranjeros, y se les dá generosamente, para animarlos á la naturalizacion. En cuanto á los yankees y á los colonos extranjeros que quieren guardar su nacionalidad, una ley, el *Komestead Bill* les concede el derecho de comprar por el insignificante precio de 16 pesetas la hectárea, todo el terreno que hayan desmontado y cultivado durante cinco años y sobre el cual hayan construido una casa.

Se creerá que siendo tan corto el valor de la tierra, los settlers que ván á buscar fortuna al Oeste llegan á poseer vastos dominios y que una aristocracia semejante á la de los plantadores del Sur, se forma rápidamente en el seno de los nuevos territorios. Nada seria tan erróneo como semejante suposicion. La propiedad está al contrario extraordinariamente dividida, y la esten-

sion de los cortijos ó granjas no excede de 50 á 60 hectáreas, porque la mano de obra es allí muy costosa; un mozo de labranza se hace pagar 30 dollar al mes y hay que alimentarlo.

Pudiendo cualquiera ser con poco gasto dueño de finca, nadie se apresura á trabajar para otro; por esto los labradores esplotan ellos mismos sus tierras. Hombres de rudo aspecto, si han nacido en América poseen, sin embargo, gracias á las escuelas comunales, cierto grado de instruccion. Leen mucho, están al corriente de todos los nuevos procedimientos y el gran número de periódicos y publicaciones agrícolas que circulan en el Oeste, demuestran su buen deseo de poseer á fondo los conocimientos propios de su profesion. Ningun pueblo ha sido menos rutinario que el americano: hacer las cosas del mejor modo posible es su divisa constante. Los periódicos especiales hacen tiradas de ciento cincuenta y doscientos mil ejemplares. Entre ellos se hallan *The Agriculturist*, *The Farmer*, *The Country-Lentleman* etc, etc.

Además de las informaciones abiertas á todos que esta publicacion proporciona, cuenta el emigrante europeo al arribar á los Estados-Unidos con una comision fundada expresamente para ayudarle; ilustrar su inesperienza y proporcionarle todas las noticias necesarias á un extranjero. Se le indican las especies de granos, de legumbres ó de frutos que dán mejor resultado segun los distritos, se le enseñan los

métodos mas apropiados á cada cultivo, las dificultades que encontrará y cómo podrá vencerlas.

En el museo de agricultura fundado en Washington por esta comision, halla reunidos los productos de todos los Estados desde el Maine á la California, y del Massachusetts á la Florida. Los cereales que cultivamos en Europa, figuran al lado de la caña de azúcar, el arroz, el tabaco, la banana y el cacao, porque el suelo de la Union que mide mas de quinientas leguas de Norte á Sur, ofrece una prodigiosa variedad de vegetaciones.

No hay nada que desenvuelva tanto la actividad comercial de un pueblo como la variedad de productos de su territorio, y la América, ofrece las condiciones mas favorables á los cambios y al comercio. En el Norte se hallan las maderas de construccion y los manufactureros; en el Sur la mas preciosa de las plantas textiles, el algodon, y el Oeste es la despensa que provee al país de cereales y ganados. Únanse á este ya productivo comercio los productos de las minas de metales preciosos, de hierro y de carbon esparcidas por el país y podrá concebirse la gigantesca escala, la importancia del tráfico y de las transacciones interiores de los Estados-Unidos.

El maiz tiene un puesto importante en las estadísticas agrícolas publicadas en América. La citada recoleccion sobrepuja de tal modo

á la de los otros granos, que á primera vista se para en ello la atencion. Cesa, sin embargo, el asombro que este produce cuando se han reunido los Estados del Oeste, porque se observa entonces que este cereal es el mas apropiado á las condiciones actuales del país. Sin él, no habria podido tomar América su maravilloso impulso. Sin esta planta salvadora, quedaria el colono en medio de la pradera ó el bosque sin poder roturar la tierra, sin construir su casa. Está solo; ha de buscar el pan para su familia y no tiene que esperar ayuda de nadie: sin ferrocarriles, sin rutas que lo unan al resto del mundo: tiene que crearlo todo con sus brazos. No puede llevar su equipage pesado, porque sus provisiones no tardarían en rendirle. Por eso tiene allí dichosamente el maiz. En el suelo apenas surcado que se resistiria á producir todo otro fruto, arroja el emigrante la bienhechora semilla, que algunos meses despues cuando su cabaña de planchas está concluida, le proporciona una recoleccion suficiente para alimentar á sus hijos y cebar sus puercos hasta la próxima siega. El maiz madurado, no necesita como el trigo ó el centeno, de ser inmediatamente entrojado: la naturaleza le ha provisto de una envoltura apropósito para resistir al viento y ha conservado la espiga en una vaina que la protege contra la humedad.

Los americanos sobresalen en la preparacion de este grano, de una porcion de maneras, sien-

do para ellos lo que la patata á los irlandeses. Le dán lo mismo á sus ovejas que á sus gallinas, á sus mulos que á sus caballos. El maiz se presta á todo y brota en cualquier terreno. Nada mas fácil que su cultivo, su recolección, conservación y transporte; por eso es el cereal de los nuevos distritos y conserva aun su puesto de honor en los antiguos Estados. Una mazorca podia servir de emblema nacional á los Norte-americanos.

La vida excepcional del colono produce costumbres excepcionales. Para avanzar en aquellas soledades es necesario una indomable energía y una audacia que nada espante. El settler cuida muy poco de su propia vida y menos aun de la de los demás; y como la ley es impotente para protegerles ha de saber defenderse por sí mismo de sus numerosos enemigos, entre los cuales se encuentran los Piel-Rojas, que rechazados implacablemente por el paso rápido de la civilización creen usar de un justo derecho de represalia degollando blancos; las partidas de aventureros que atrae el deseo de hacer fortuna por cualquier medio y no tienen que temer la acción de la justicia, y otros que pueden conocerse por su disposición desde luego.

El settler es, por tanto, un hombre rudo, capaz de todo y cuya inaudita tenacidad es hasta peligrosa para los demás. Vá derecho á un fin sin tener en cuenta los obstáculos: si hay que trazar una ruta ó abrir un camino no se in-

quieta para nada de la seguridad general, sino de no emplear mas tiempo ni mas dinero que el que ha calculado de antemano como absolutamente indispensable.

Esto que se observa en toda la Union, lo encontramos aun en mayor escala en las ciudades del extremo Oeste. Esta fiebre de actividad, esa enérgica audacia para todas las empresas, produce resultados como el de que Cheyenna, en el Nebraska, haya sido construida en ocho meses. En el año de 1867 no habia una sola casa en el lugar que ocupa esta ciudad. En la primavera del año siguiente contaba ya con 3000 habitantes, casas de dos pisos, grandes almacenes, talleres de construccion etc., etc.

Los trabajos de los caminos de hierro del Pacífico son los que han producido la súbita creacion de esta ciudad. Terminada la línea hasta el pié de las montañas Rocosas, todos los viajeros que venian de San Francisco para dirigirse hacia el Este, tenian que afluir á este punto, y lo mismo sucedia á los mineros que partiendo de las riberas del Atlántico iban á esplotar los criaderos auríferos de California. Como la ciudad mas próxima sobre la vía ferrea, se halla además á 150 leguas, Cheyenna es tambien el punto de reunion del ejército de trabajadores que abre el camino del Pacífico á través de las montañas. Esta poblacion nómada atrae otra mas sedentaria, los posaderos y mercaderes, y por su desgracia tambien los vagos y los malvados. Las

ciudades nuevas parecen á la gente de esta clase ser soberbio palenque en que ejercitan sus talentos; la policia es rara en ellas, y la ley siempre lenta y defectuosa no ha tenido aun tiempo de establecer su autoridad en las praderas. El robo y el asesinato es desplegado allí con una impudencia cínica. Es tal su cantidad de malhechores que se lanzan sobre estas sociedades nacies, que todo desconocido se hace objeto en ellas de una desconfianza poco halagüena. A un honrado sacerdote que pasó una noche en un hotel de Cheyenna, le dijo el posadero cuando queria continuar su viaje al dia siguiente.

—Esperad un momento, voy á asegurarme de que no os habeis llevado las mantas de la cama echándoias por la ventana.

La falta de una justicia regular ha obligado á los habitantes á buscar los medios de reprimir por si mismos las violencias y los crímenes. La ley de *Lynch* que domina en una gran parte de las ciudades del Oeste, ha sido apreciada diversamente; la mayor parte han visto en ella un retroceso á la barbárie, un insulto á la civilizacion; pero los que han examinado las cosas de cerca, la miran con ojos menos severos. Ello es, que un comerciante de Nueva-York que no cesaba de declamar contra esa costumbre, obligado por un negocio á residir algun tiempo en el Colorado, formaba parte al mes de un *comité de vigilancia*, reconociendo que los procedimientos ordinarios de la justicia son impracticables donde

no existen agentes de policía, alguaciles, prisiones ni jueces.

Por eso se ha imaginado un sistema con el que no hay necesidad de calabozos, que no cueste nada y que tiene la ventaja de aterrar á los criminales por la rapidez de sus golpes y por el misterio de que se rodea, el cual es su comité secreto de *vigilancia* que ejerce sus funciones poco mas ó menos como los de la Edad media. Nadie sabe el nombre de sus miembros, aunque se supone que todo colono influyente y rico forma parte de él. Nadie escapa al conocimiento de este terrible tribunal: todos doblan la cabeza ante sus providencias. Si desaparece un hombre de la ciudad, nadie exclama que se hagan pesquisas, sino se murmura por lo bajo: «Está arriba,» lo que quiere decir: «ha sido ahorcado.»

En una sociedad completamente organizada, la ley de Lynch seria monstruosa; no existe ya ni en Chicago ni en Cincinnati, á pesar del poco tiempo que cuentan; mas cuando una ciudad en la infancia y sin proteccion se vé invadida por la peligrosa escoria que arroja el viejo mundo, el comité de vigilancia se convierte en su salvaguardia. Las personas honradas no tienen nada que temer de él y es necesario que la culpabilidad sea muy evidente, para que el juez misterioso arriesgue su vida ejecutando la sentencia que ha dictado contra el criminal.

La experiencia ha demostrado ademas claramente la eficacia de la ley de Lynch, que ha

restablecido el orden en los distritos mineros, donde el apetito del oro habia amasado todos los elementos de corrupcion y purificado los territorios del Extremo-Oeste, entre otros Denver, capital del Colorado. Hace tres años era esta ciudad una especie de degolladero como hoy Cheyenna, y gracias al comité de vigilancia, los principales malhechores han sido ahorcados y los aventureros sospechosos han tenido que alejarse de un lugar en que se hacia tan difícil pescar á rio revuelto. La ciudad podia servir ahora de modelo á los mas pacíficos comunes de Nueva-Inglaterra y cualquiera que conozca ambos paises, preferirá dejar su equipaje por la noche, en medio de una calle de Denver que en las de cualesquiera otra ciudad de la Union.

Los jueces-francos colorados han sido poderosamente secundados en su obra por dos hombres de un carácter intrépido y de una resolucion á toda prueba: el gobernador Gilpsio, natural de Pensylvania, descendiente de uno de los compañeros de Penn, jóven teniente coronel que hubiera sido el émulo de Grant y de Sherman, sino hubiera comprendido que tenia la verdadera naturaleza de su fundador de Estado, y por el Sheriff Roberto Wilson, llamado comunmente Rob Wilson, hombre de clarísimo entendimiento, de pocas palabras y de indomable voluntad, que dotado de una fuerza hérculea á pesar de su pequeña estatura ha sido un magistrado que se ha convertido en el terror de las

gentes de mal vivir, no vacilando nunca en arriesgar su vida arresando por sí mismo á los malhechores, en cuya pista no podian ponerse los agentes ordinarios de la justicia.

Gilpsio y Rob Wilson condenan en teoría el comité de vigilancia, predicacion oculta que se coloca por encima de todos, pero en el fondo no se incomodan, porque el tribunal secreto les ayuda á purgar el país.

Como complemento de este sistema expeditivo de saneamiento moral, figura el uso del revolver. Ha pasado de tal manera á las costumbres en todos los Estados, que hace poco en una linea de camino de hierro, habiendo querido el jefe de tren tirar á una pieza, pidió á los viajeros que le prestasen sus armas, y en seguida se abrieron todas las portezuelas y salieron todas las manos presentando cada una su revolver. El solo hombre que iba que no se hallaba provisto de él, era un europeo. Esta costumbre que se conserva en las orillas del Atlántico, donde no tiene ya razon de ser, se justifica mejor en los nuevos territorios. El órden social no protege la vida, los bienes ni la dignidad de los ciudadanos, y estos tienen que hacerse respetar de la turba brutal de aventureros, en medio de los cuales se ven obligados á vivir. El hombre del Oeste se halla convencido de que si recibe una injuria ó se vé amenazado de alguna manera, está obligado, no solo en su interés propio sino en el de todos, á levantar la tapa de los sesos al agresor. Es-

tas costumbres son atroces y no pretendemos elogiárlas, pero en la ausencia de leyes que velan por la seguridad pública, producen el saludable efecto de impedir que las personas honradas se vean oprimidas por un racimo de malhechores.

El estado rudimentario de la organización social en las llanuras, no impide que la vida política sea activa, ni que los habitantes del Oeste trabajen para consolidar entre ellos las libertades que constituyen la gloria de los antiguos Estados. En este punto, como en tantos otros, usan unos procedimientos que unas veces sublevan y hacen sonreír otras; pero bajo esta corteza grosera se encuentran las ciudades que forman un gran pueblo: ódio de la abyección y del vicio; firmeza, é iniciativa, amor al trabajo y pasión por la independencia. Las mas pequeñas poblaciones tienen inmensos periódicos encargados de representar sus opiniones y sus sistemas. Con frecuencia aun no está edificada la ciudad cuando tienen un papel grosero, tipos incompletos y una tinta pésima; pero nada de eso obsta á que el settler tenga su hoja periódica. La *California Alla* apareció un día con una advertencia concebida en estos ó en los siguientes términos: «La W falta en nuestros caracteres, (ya se sabe cuan necesaria es en el inglés) no podemos sustituirla aquí porque no existe en el alfabeto español, pero la hemos pedido á las islas Sandwicg, y mientras tanto usamos dos V para figurarla.»

La Gaceta de Danver no se halla mejor pro-

vista, impresa en un papel de color negro, con una tinta no muy pronunciada, no podía ser descifrada sino por los ojos de un americano. Los extranjeros tienen que renunciar á su lectura, con gran pesar por cierto, pues lo poco que consiguen adivinar basta para inspirarles el deseo de conocer el resto. Y no son los beneficios de remuneracion material, nulos por completo, ni las pequeñas ventajas del periodismo con los funcionarios y otros detalles que no ejercen prestigio sobre los americanos, exentos de ciertas vanidades, los móviles que animan á los escritores en la vida laboriosa, y á veces peligrosa, que tienen que llevar para redactar estos diarios, obedece á la conviccion profunda, esparcida por todos los Estados-Unidos, de que la prensa es una de las primeras necesidades de un pueblo libre. El patriotismo, esa santa cosa que inspira tantos nobles esfuerzos, vive siempre en el corazon de los americanos: están todos persuadidos de que el país tiene derecho á su trabajo, á sus sudores, á sus esfuerzos, y les dan tan sencilla y naturalmente como el soldado marcha al campo de batalla.

La abnegacion por el bien público se encuentra en todos los grados de la escala social: el comerciante dá lecturas y conferencias para instruir á los obreros; el *settler* de las praderas, el industrial de las ciudades, dan sin contarlo su dinero y su trabajo cuando se trata de elevar el nivel moral de las poblaciones. Por eso maravilla

ver cuantas instituciones de los antiguos Estados funcionan desinteresadamente en las jóvenes sociedades del Oeste, á pesar de la madurez política que exigen. No hay ciudad que no tenga sus meetings, y ya se sabe cuanta sabiduría y buen sentido exigen estas asambleas para producir buenos frutos. Las reuniones públicas han traído con frecuencia extrañas divagaciones, en que los oradores han hollado igualmente con sus piés la gramática y la moral, permaneciendo las personas honradas, segun su costumbre, apartadas y en silencio. Si estas supieran tambien espresar su opinion en voz alta, cuando los violentos se vieran obligados á contar su escaso número, se harian mas moderados.

Unos y otros podrian ganar mucho en la escuela de las colonias del Oeste.

Estas costumbres políticas que colocan los Estados-Unidos en primera línea entre los países libres, parecen mas notables cuando se examina el medio con que se producen. La América no puede decirse que es un cuerpo homogéneo; todas las razas, todos los pueblos de Europa concurren á su formacion, siendo los yankees los primeros en reconocerlo y en bromear sobre ello.

La marejada de la emigracion vuelve siempre, y los yankees, lejos de quejarse de ello, se la atraen y la llaman. Doscientos ó trescientos mil europeos desembarcan todos los años en las costa del Atlántico. Esta poblacion extranjera viene de distritos enteros, empezando por Nueva-York

y Pensylvania. En las ciudades del Oeste la mitad lo menos de los habitantes son alemanes é irlandeses. Como los puritanos que poblaron en otro tiempo los Estados del Este, los hijos de la desventurada Erim van á pedir á América refugio contra la injusticia de los hombres, sabiendo que encontrarán allí el libre ejercicio de su religion, un trabajo remunerado y la plenitud de los derechos del ciudadano. De 4.000.000 de emigrados que desembarcan todos los años en la sola ciudad de Nueva-York, pertenecen las dos terceras partes á Irlanda. El yankee acordándose de que él ha nacido tambien de la persecucion, alimenta en el fondo de su alma el pensamiento de que su país ha recibido la mision providencial de servir de asilo á los miserables y á los oprimidos. No teme que esto ni varie ni desnaturalice su carácter y las costumbres, las instituciones y los hechos han justificado su grosera confianza. Vayan á Kansas ó al Colorado, al Illinois ó á Vermont, se vé en todas partes el último yankee triunfando sin esfuerzo; por todas partes el espíritu público es tan potente, tan contagioso, por decirlo así, que borra las diferencias de nacionalidad.

Una sola inquietud oscurece el horizonte. Los americanos saben que formarán á su imágen política los innumerables contingentes que les envíe Europa; pero se sienten menos fuertes en cuanto á la religion. Un gran número se alarma de la incredulidad que observa en muchos emi-

grantes, y en particular entre los que llegan de Alemania: «esas gentes, dicen, tienen la fiebre del materialismo; parece que no comprenden nada de las cosas del alma».

Felizmente para el porvenir de los Estados-Unidos, las áridas doctrinas del escepticismo llegan á romperse contra el sentimiento cristiano que forma la base del carácter nacional. El catolicismo presta al país un poderoso concurso para ayudarle á arrojar de su seno esos gérmenes de corrupcion y de muerte. Nada muestra mejor un progreso que las quejas de sus adversarios; «el protestantismo sajón se vá, exclama con amargura el escritor inglés Dilke: los fondos de los Estados se emplean en fundaciones católicas: Boston mismo, el centro intelectual de la Union, encierra 80.000 católicos.»

Tambien se estiende aun mas en el Oeste con la inmigracion irlandesa y con las adherencias que obtiene entre la poblacion disidente, y aun los mismos á quienes no atrae á su causa, facilitan su esterminio por patriotismo, para fortificar entre los colonos el sentimiento religioso. En Goldew-City, cerca de Denver, un protestante americano ha regalado á los católicos un hermoso trozo de terreno de 300 metros de largo y la mitad de ancho, situado en el centro de la ciudad, con la sola condicion de que la Iglesia, el presbiterio y la escuela, han de estar construidos en el término de un año. En 1855, cuando se fundó la primera mision en Kansas tenia el obispo

por palacio una cabaña, y por catedral una hermita de madera. Este humilde principio estaba en relacion con el número de fieles, que no pasaba de ocho ó nueve. Hoy cuenta la diócesis con 15.000 católicos, sobre una poblacion europea de 40.000 almas; posee 28 templos ó capillas, 15 escuelas y un colegio. El trabajo de los obreros evangelistas no ha sido menos recompensado en otros territorios, y la anexion de Nuevo-Méjico acaba de aumentar la fuerza de la Iglesia católica en los Estados-Unidos.

CAPÍTULO III.

LA CALIFORNIA Y EL CAMINO DEL PACIFICO.

La naturaleza parece haber preparado la unidad política de las llanuras: el mismo suelo, las mismas condiciones, comunicaciones fáciles de establecer: todo indica que estos vastos territorios deben pertenecer á un solo pueblo. Pero entre las montañas Rocosas y las playas del Pacífico, cuya situación parecía sustraerle á la dominación americana, está el país de la California, esa tierra privilegiada, de que sus riquezas mineras son el menor de los dones, puesto que posee gérmenes mas duraderos de prosperidad en la maravillosa fertilidad de su suelo y á las facilidades comerciales que le proporciona un mar, que baña á la vez sus costas y las de la China.

Los indios, que habitan las praderas situadas al pié de las montañas Rocosas, cuentan que las

almas justas vuelven despues de la muerte al Oeste, pátria de sus antepasados, atravesando espantosos desfiladeros y regiones desoladas, para llegar al bendito lugar de la eterna primavera. Estos relatos, reminiscencias de las antiguas tradiciones de la tribu, no exajeran ciertamente las dificultades que esta travesía ofrece por todas partes al viajero. Cadenas de cordilleras sucesivas, un suelo árido que no fecunda un solo hilo de agua potable, llanuras de arena en que no crece una sola yerba; tales son las barreras acumuladas por la naturaleza entre la California y Kansas. La vida se ha retirado de estas tristes regiones: no solamente no se encuentran en ellas un indio, pero ni siquiera un búfalo ni un pájaro. El Sahara no merece tan perfectamente el nombre de desierto. Los arenales de Egipto tienen un oásis, los de Arabia se ven interrumpidos por pozos y bosquecillos de palmeras, pero en las montañas Rocosas no se encuentra nada, ni aun tierra, porque el suelo es de roca y el aire y el agua están impregnados de su sal.

El aspecto del país se hace aun mas salvaje en la Sierra-Nevada. La cordillera se eleva como una muralla inalterable, con bosques de árboles gigantescos, los primeros que se encuentran despues del Missouri, coronando las alturas; pero léjos de ser un halago de la naturaleza esta vegetacion es una nueva asechanza. Al considerar los terrenos apartados de los abetos, los formida-

bles bastiones de rocas y las nieves espesas de estas montañas, deja de causar sorpresa el que durante doscientos años haya hecho el comercio un rodeo tan considerable, pasando por el istmo de Panamá y hasta por el cabo de Hornos.

Mil recuerdos siniestros se unen á los valles que atraviesa el viajero. Los emigrantes que en 1848 se dirigían á California, sorprendidos por el invierno tuvieron que detenerse en Sierra-Nevada. Los sufrimientos y el hambre, son capaces de convertir en bestias feroces á otros hombres menos groseros que aquellos aventureros ávidos de oro: los indios que guiaban la marcha fueron muertos unos despues de otros para servir de alimento á los Europeos, despues llegó el turno á los enfermos y á los débiles, y estas horribles escenas de carnicería se renovaron durante tres meses.

La temperatura es tan inclemente como inhospitalario el suelo; los frios comienzan en Agosto y duran hasta Junio, y aun en esta corta estacion favorable, las noches son heladas. Las bestias de carga que sucumben por centenares, bordean con sus esqueletos el camino, añadiendo mayor melancolía á aquellas tristes regiones.

Las tierras estériles que se extienden al pié de las cadenas de montañas están salpicadas de lagos salados. El mar interior, situado cerca de la capital de los Mormones, es el mayor de ellos, pero no el único, contándose por docenas en los valles vecinos, haciendo creer diferentes indi-

cios que en una época aun reciente cubría el agua todo el país. La base entera de las montañas Rocosas, anchas de más de 300 leguas, ha debido ser un mar, de que las altas sierras del Este y del Oeste formaban las playas, mientras que las cordilleras intermedias el Wasatch, el Goshont, el Warodja, el Humboldt y otras ciento que aun no han recibido nombre, figuraban las rocas y las islas. El agua debió elevarse en esta época 200 ó 300 piés por encima del lago Salado, siendo la acción constante de los vientos y del sol durante siglos, la que ha producido gradualmente la evaporación de una parte de esta masa líquida. El mar de los Mormones baja de uno á otro año y en las tierras esterilizadas por la roca, se han comenzado á descubrir ya bajo ella, algunas trazas de una vejetación miserable.

El descubrimiento de las minas de California, arrancó estos valles á su soledad. Un tropel de emigrantes se precipitó hácia este nuevo Dorado; poseidos por la fiebre del oro, no tenían mas pensamiento que el de llegar cuanto antes, y los desfiladeros de las montañas Rocosas les ofrecían el camino mas corto. Algunos años despues, los mormones arrojados de las praderas echaban al borde del lago Salado, los cimientos de su ciudad, cambiando con su trabajo obstinado la faz del suelo, y disputando el país á una esterilidad que se habia creído irremediable. Indicada la vía, el comercio no vaciló en seguirla. Hansas y Nebraska comenzaban á colonizarse y los settlers

del Oeste habituados á no tener nada, establecieron frecuentes comunicaciones con la California.

En la época en que se mostraron los criaderos auríferos al gobierno mejicano, que no conocia la riqueza del suelo que abandonaba, acababa de ceder á los Estados-Unidos la provincia que encerraba estos tesoros. La influencia del espíritu yankee no tardó en hacerse sentir en los nuevos territorios abiertos á su accion, efectuándose importantes transacciones entre las costas del Pacífico y los Estados del Este. Se han fundado ciudades nuevas en el mismo seno de las montañas Rocosas, y el camino de hierro, haciendo fácil la travesía, hasta ahora tan peligrosa de las sierras, vá á dar al comercio un impulso gigantesco.

El audaz pensamiento de atravesar con una vía férrea semejante desierto, exigía llevar de léjos todos los materiales necesarios, incluso los obreros y sus movibles habitaciones, puesto que, apesar de la actividad de la inmigracion, los cien mil europeos dispersos en las praderas del Extremo-Oeste, no eran sino unas cuantas gotas de agua añadidas á aquel Océano de vastas soledades. Este enorme trabajo que ha unido Nueva-York á California y dotado á los Estados-Unidos con el ferro-carril mas largo del mundo, se comenzó en 1862 habiéndose fijado su terminacion para 1870 por el acta que decretaba la creacion, y habiéndose acabado, sin embargo, algunos meses antes todavía.

Este milagro de actividad se explica por el

tenor del acta de concesion, que en vez de confiar á una sola compañía la ejecucion de los trabajos, supo sacar partido de la consecuencia. Dos sociedades se repartieron las 700 leguas que separan las costas del Pacífico de las líneas ya establecidas en el Este. Considerables capitales le han sido prestados por el Estado, estimulándose su emulacion con beneficios de todo género. Cada milla de camino terminado, les daba derecho á un lote de tierra cuya extension variaba segun las dificultades que habia habido que vencer, siendo los acordados en las montañas de triple extension que los de las llanuras. La totalidad de estas concesiones se evaluaron en nueve millones de hectáreas. No habiéndose limitado la parte de trabajo de las dos compañías constructoras, se establecieron entre ellas una especie de puja á quién avanzaría más para obtener mas tierras. *La Sociedad Californiana* se esforzó naturalmente en prolongar su línea hácia el Este, mientras que en nivel *La Unión del Pacífico* buscó por el contrario la direccion del Oeste, resultando que en los lugares en que la superficie del suelo era casi plana, se construyera por término medio una legua de camino de hierro diaria. Las ciudades se elevaban al rededor de los talleres, ciudades de posadas y tabernas que frecuentemente emigraban con la poblacion nómada que les habia dado origen. La estacion de Juleiburgo floreciente hace tres años, está hoy abandonada por esto.

La prosperidad de las cabezas de línea es menos efímera. Una ciudad de Nebraska, Omaha sobre el Missouri, ha tomado desde el establecimiento de la vía, una extensión que promete convertirla en una segunda Chicago. En ella es donde los convoyes se separaron de las locomotoras que los arrastran por las praderas, para ser remolcados por máquinas fijas de una gran potencia, con ayuda de las cuales, subirán las rampas escarpadas de las montañas. Dos ramales parten de la ciudad, dirigiéndose el uno á Denver capital del Colorado, y el otro á los ricos criaderos, aun no explotados, al Norte de Montana.

Hace apenas dos años que solo á costa de largas fatigas é incesantes peligros, podia atravesar el viajero las praderas del Oeste; el trayecto de Missouri á Chevenna se hace hoy en veintisiete horas y los wagones, verdaderos palacios ambulantes, ofrecen al público, verdadero monarca de los Estados-Unidos, cuanto puede contribuir á la comodidad y al *confort*, sirviendo de salones por el dia y transformándose en cómodas alcobas á la noche.

Las secciones acabadas han funcionado enseguida, continuando los trabajos con vertiginosa rapidez unas cuantas leguas mas allá, divididas de varias maneras entre los obreros del formidable ejército industrial. Cuando la vía estaba esplanada, una inmensa plataforma giratoria avanzaba á su vez y conducía el material necesario para la construcción del camino. Para facili-

tar la descarga se hallaba provista de un cilindro móvil donde se colocaban los railes que hacian deslizarse tres hombres con presicion matemática. Dos veces por minuto sonaba la palabra de órden del gefe de construccion: *Down* (dejar caer) y dos veces por minuto se alargaba la vía cuatro metros, tamaño de cada rail, continuando el wagon de colocacion su marcha sin cuidarse de la consolidacion, trabajo reservado á los obreros de retaguardia. Sobre el camino recién conquistado se lanzaban los trenes de maniobra y de construccion, y los enormes carruages de 80 metros de longitud que sirven de almacenes, cocinas, comedores y dormitorios. Por todas partes el ruido del trabajo, el choque de los rails, la repercusion del martillo y el martinete. El desierto habia sido tomado por asalto.

En la parte del camino que vá de Cheyenna al Pacífico, han demostrado los ingenieros una rara habilidad. Apesar de los abismos y las pendientes de las sierras, se han hecho las operaciones geodésicas con extrema perfeccion. En medio de la confluencia de las dos grandes cordilleras Rocosas se encuentra el Estado de Nevada, territorio desolado que aun permanecería desierto si no se hubieran hallado en él filones de plata de inmensa riqueza. La via férrea entra en este país por el desfiladero de Humboldt, llega despues á Austria, pequeña ciudad minera de tosco aspecto, aunque con muchos miles de habitantes, por poseer metales preciosos, pero no agua ni verdu-

ra. Franquea enseguida la línea nuevas montañas y otras llanuras estériles y pasa por Virginia-City donde existe un segundo criadero que en cinco años ha producido cincuenta millones.

La táctica de la lucha emprendida contra la naturaleza, cambia en las montañas californienses; hay en ellas un enemigo mas, las nieves, y para desembarazar la vía se ha imaginado un instrumento de potencia proporcionada á la obra que debe llenar: una pala de hierro que tiene la forma de un doble extremo de arado y cuyo pico no es menor de 40.000 kilogramos. Colocándole á la cabeza de la locomotora desaparece toda entera en el inmenso agujero que abre ante el tren, el cual no experimenta ninguna sacudida sensible, mientras el espesor de la nieve no escede de cincuenta centímetros. Si esta tiene una altura de algunos metros, se añaden dos, tres ó cuatro locomotoras y á veces se desenganchan los wago-nes durante la operacion. En las gargantas profundas en que los vientos acumulan sin cesar nuevas avalanchas, se ha protegido la vía por medio de una sólida techumbre que permite al convo y franquear con entera seguridad estos peligrosos desfiladeros.

Pocos europeos, ni americanos, han acudido á la construccion del ferro-carril á los distritos mineros; la vecindad del oro es peligrosa para los hombres de nuestra raza, les acomete el vértigo y dejan los trabajos en busca del filon de oro que debe proporcionarles de un golpe su fortuna im-

provisada. Mas paciente y menos ambicioso, ha tomado el Chino la plaza abandonada por los blancos. Cuatro mil de entre ellos se han empleado por los constructores de la línea californiense. Cualquier trabajo es bueno para estos hijos del Celeste Imperio y lo reciben como un beneficio, con tal de que les produzca algunos dollars, y la inteligencia con que llenan sus faenas; prueba que en circunstancias favorables puede aun resucitar este pueblo petrificado en su vejez. Cien mil chinos han atravesado ya el Pacífico y la emigracion continúa. El camino de hierro abriéndoles fácil acceso á la capital de la Union, los sacará del confin de la California y la Sierra Nevada, haciendo que se les encuentre en Nueva-York y en todas las grandes poblaciones del Norte y del Sur.

Si los chinos miran con confianza el ferrocarril que les proporciona un trabajo lucrativo y extiende el campo de su perseverante industria, los Indios asisten con la rabia en el corazon á la transformacion del desierto. Los Caras-Pálidas, dicen, nos han despojado y engañado. En vano, añaden que han abandonado la mayor parte de su territorio, esperando al menos que los dejaran pacíficos en las praderas á que se habian retirado; nada es bastante á la codicia de los blancos, contra los cuales defienden ya hoy los indios sus últimos recursos de territorio.

Algunas veces se acuerdan los colonos de su título de cristianos y de hombres civilizados, y

tratan de revestir sus usurpaciones con apariencias de justicia, comprando por precio ínfimo bienes de que el propietario no conoce el valor; pero el indio se apercibe bien pronto de que ha sido engañado en el negocio y el mismo europeo no disimula su abuso de la credulidad de un pueblo niño.

La economía política ha proporcionado al invasor una justificación cómoda. ¿Qué derecho tienen las tribus salvajes sobre las tierras que lo han visto nacer? ¿El pescador reclama como suya la mar donde arroja sus redes? ¿Por qué se atribuye al cazador la propiedad de las soledades en que persigue la caza que le sirve de alimento? Nada ha hecho por el suelo en que vaga al acaso, no ha descuajado ningún bosque, desecado ningún pantano, encauzado ningún río, cultivado ningún campo, construido ciudad alguna. ¿Dónde están sus títulos de posesión? Por otra parte, cuando nuestro planeta rebosa de habitantes ¿hemos de dejar á unos pueblos bárbaros que conserven un género de vida, que exige para cada uno de sus miembros una superficie de terreno capaz de alimentar un millon de labradores?

La sentencia del hombre rojo se halla, pues, pronunciada, y debe desaparecer para dejar á los europeos multiplicarse y extenderse. Esto no obstante, los indios á quienes han condenado á perecer, han sido en otro tiempo una raza hospitalaria y benévola, y aun hoy conserva cierta grandeza de carácter. Ninguno de entre ellos se

rebajaría hasta la mentira; demuestra un valor invencible y una paciencia á toda prueba, honran la ancianidad y la bravura, y sus sentimientos religiosos son mucho mas puros de lo que podría esperarse entre salvajes. Un eminente publicista inglés, M. Dixon, llega hasta sostener que la influencia de estas tribus no ha sido extraña á la transformación que se opera en los Estados-Unidos en el carácter americano. Arrojadados del Atlántico á los Alleghanys, despues al Ohio y á Arkansas, han dejado en los distritos abandonados las huellas de su presencia, y la vida pública, el hogar de la familia, la ciencia misma, todo está marcado por su traza; se la encuentra entre los Espiritistas, los Mormones y los Shakers de Nueva-Inglaterra.

El espíritu indiano ha pasado tambien, segun el mismo autor de la Constitucion política de los Estados-Unidos. En la conferencia de 1774, cuando los comisarios del Maryland y la Pensylvania se dirigieron á Lancaster para consultar á los *sachems* iroqueses, el gefe Casannatego les habló en estos términos, que no hubiera desdeñado un miembro de la famosa liga ágnea:

«La sabiduría de nuestros padres ha establecido entre las *Cinco Naciones* la union indisoluble que nos ha hecho formidables. Por ella hemos conquistado la fuerza y la autoridad, y hemos extendido nuestra dominacion sobre las tribus vecinas. Seguid este ejemplo, y os vereis, como nosotros, poderosos y prósperos.»

El consejo no fué perdido. Las colonias en número ya de trece, se unieron para formar una confederacion cuyos estatutos estaban modelados sobre los de los indios. Los iroqueses estendieron su territorio no llevando mas allá los límites de uno de los pueblos confederados, sino incorporándose nuevas tribus. Gracias á este sistema, las *Cinco Naciones* llegaron á ser las *Ocho Naciones*, y siguiendo los mismos principios las tres colonias han agrupado en torno suyo otras treinta y tres. Igualmente tomaron de los indios la primera idea de los derechos de los Estados, que parece investir cada territorio de la facultad de obrar independientemente de la Union y hasta de separarse de ella.

Las creencias de las tribus salvajes han hallado igualmente entre los colonos su refugio, que el cristianismo no parecía ofrecerles. ¿De dónde vienen sino de los indios, las ideas singulares sobre la pluralidad de la naturaleza divina, la poligamia y el espiritismo que tan profundamente conmueven en la actualidad, el pensamiento religioso de los americanos? El bosque en que habita el hombre rojo, la pradera en que caza, el rio sobre el cual lanza su canoa, están llenos para él de seres sobrenaturales; le aparece el alma de las cosas, y la naturaleza hace vibrar para él, una voz de cada hoja y de cada piedra. Cree en una multitud de dioses y de espíritus, mas no les eleva templos, le basta encontrarlos en el árbol y en la flor, en la tempestad y en el rayo de sol.

Sea lo que quiera de la teoría emitida por Mister Dixon, es lo cierto que los indios tienen nobles y viriles cualidades. Son animosos, pacientes, francos y tienen sus mas puras nociones acerca de la libertad. Entre ellos reina una igualdad perfecta; no reconocen rango hereditario, título ni gerarquía; el mismo *sachem* debe á la eleccion la autoridad de que se halla revestido. Todo hombre nace libre y no puede ser reducido á servidumbre; los prisioneros hechos en la guerra, ó son muertos ó adoptados por la tribu vencedora, pero no se hubiera hallado un solo esclavo entre los Pielas Rojas, ni aun en los tiempos en que millares de negros eran comprados y vendidos en los Estados del Sur.

El sentimiento de la poesía no les es tampoco extraño, simbolizando en gran número de leyendas graciosas ó terribles sus ideas religiosas, y perpetuando los recuerdos de sus guerras.

Habiendo acogido los Pielas Rojas á los europeos como á hijos del Gran-Espíritu, habrían acabado sin duda, por abrazar el cristianismo, si la avaricia de sus invasores no hubiera provocado ódios de raza que opusieron su obstáculo invencible á esta conversion. Los misioneros católicos habian conseguido, sin embargo, hacer prosélitos entre las tribus rechazadas hasta el Extremo-Oeste, les habian arrancado de esa vida nómada de pesca y caza que tanto atractivo tiene para el salvaje, haciéndoles tomar gusto por la agricultura y enseñándoles á agrupar sus ca-

bañas en torno de la capilla de la estacion; pero los emigrantes y los buscadores de oro cayeron sobre este territorio: el progreso de la colonizacion sugirió á los indios no convertidos amargas convenciones, y se hizo inminente una lucha que los europeos precipitaron con sus violencias.

Los aventureros mezclados á la parte sana de la inmigracion, llevaron consigo el desórden y la anarquía, siendo los primeros en sufrir sus efectos los indios: ¿qué precio podía tener la vida de un salvaje, donde el de la de un blanco era tan escaso? En vano algunos colonos impulsados por sentimientos de justicia, trataron de aproximar las dos razas. El ódio atrae el ódio, las represalias suceden á las represalias cada vez mas encarnizadas y violentas.

Bastará referir un hecho para dar de ello una idea. Habiendo ido á quejarse los habitantes del Colorado de las incursiones de los indios en 1865 al coronel Shevington, marchó este á la cabeza de un destacamento de voluntarios contra un campamento de unos mil indígenas, sobre los cuales cayeron los settlers de improviso, degollando sin piedad á toda la tribu incluso las mujeres y los niños. Al Oriente de los Estados-Unidos en las provincias que no estando en relaciones directas con los indios pueden considerar los hechos bajo un punto de vista mas imparcial, este combate fué condenado por la opinion pública y considerado como un degüello; pero mas allá del Mississipi fué considerado

como un acto de indispensable severidad, «que debería repetirse al menos dos veces por año, hasta que los Piel-Rojas fuesen completamente expulsados de las praderas.»

En los territorios del extremo Oeste se mata á un indio sin mas vacilacion que si se tratase de una bestia feroz; el objeto que los invasores se proponen, segun su propia confesion, es la extincion completa de la poblacion indígena. Si se pregunta á un habitante del Colorado su opinion acerca de los indios, contestará: «Tenemos dos medios de destruirlos, el revolver y el *whisky*; pero este segundo procedimiento impacienta por su lentitud; vale mas el primero.»

La inmensa mayoria de los americanos no es cómplice de esta barbarie, solo en las sociedades nuevas del Extremo-Oeste, mezcladas aun de demasiados elementos impuros y enardecidos por la lucha, se proclaman tales doctrinas. Washington envia todos los años al Colorado comisarios encargados de tratar con las tribus hostiles y de poner fin á la guerra de esterminio. Mas ¿qué pueden ofrecer á los indios? ¿Estorbarán á la colonizacion que invada los territorios de caza dejando hambrientos á los salvajes? ¿Transformarán en pocos dias al Piel-Roja, embriagado por los deseos de venganza, en cultivador pacífico? La situacion no tiene otra salida que la ruina de los indígenas. Este cisma de la sociedad americana consiste en haber dejado que el mal tome proporciones sin aplicarle remedio.

Objétase que los indios no podían plegarse á las costumbres de la civilización. Algunos filántropos han hecho laudables esfuerzos por enseñarles la agricultura; roturáronse tierras y edificaron casas para ellos; pero no se les pudo hacer adquirir los hábitos de un trabajo regular. Una buena cosecha los hacía perezosos é imprevisores y una mala les diezmaba de hambre. Habitados á las emociones, á los peligros, á la libertad de una existencia nómada, no tardaban en encontrar monótonos los goces de la vida sedentaria. La mayor parte de ellos vendieron sus tierras y se volvieron á las praderas.

¿Debe deducirse, sin embargo, de este fracaso que el hombre rojo sea incapaz de civilización? No lo creemos y estamos mas dispuestos á atribuir á la impaciencia de los europeos la falta de éxito de estas tentativas. Se quiere que la semilla produzca inmediatamente sus frutos, que el salvaje pase sin trasmisión del último grado de ignorancia á los mayores de la escala social, sin tener presente el número de siglos que nuestros antepasados han necesitado para penetrarse de una civilización que se hallaba, sin embargo, implantada en el suelo que habían conquistado. El ejemplo del Canadá basta para demostrar lo que podían haber hecho los Estados Unidos. Los Hunnes que se han hecho labradores aplicados y reciben la misma educación que los habitantes europeos, no eran superiores

á los pottavatomios y á los delawares; solo las circunstancias y los trabajos de asimilacion han sido diferentes.

Los indios han hecho esfuerzos desesperados para impedir la terminacion del camino de hierro del Pacífico. Un dia supieron por sus espías, que un tren de viajeros debia inaugurar una línea atravesando los bosques, y que uno de los vagones iba lleno de pólvora. Reuniéronse en seguida, prendieron fuego á algunos árboles y esperaron con el cuchillo en la mano el paso de sus víctimas no lejos de allí. La noticia no era cierta por fortuna, mas que en parte; el convoy no llevaba ninguna sustancia explosiva. Cuando el maquinista apercibió las llamas, vió tambien á los indios y comprendió la emboscada. Si continuaba su camino, locomotora, wagones y viajeros serian devorados por los llamas; si se detenia, estaban allí los indios para aprovecharse del desórden y degollar aquel puñado de blancos. En presencia de aquel doble peligro, adoptó el americano una resolucion extrema; lanzó audazmente el tren en medio de la floresta incendiada forzando el vapor hasta sus últimos límites. La violencia de la marcha desarrolló á los dos lados del convoy una poderosa corriente de aire, las llamas se separaron y el terrible elemento fué atravesado por el convoy.

En otros lugares han sido levantado los rais, cortada la vía: y los obreros han tenido que trabajar armados de rewolvers y los trenes de cons-

truccion que marchar erizados de carabinas. Gracias á estas precauciones y gracias, sobre todo, á la actividad con que se han llevado los trabajos, ha tenido fin la empresa. Los Pielles-Rojas no destruian tan rápidamente como construian los ingenieros, y han tenido que tomar al fin tristemente la direccion del Sur, ocupando las llanuras aun desiertas, comprendidas entre Kansas y Deyer, que no tardarán en serles disputadas, mas donde por el pronto no les inquietan los colonos.

Aunque no forme sino un solo Estado el territorio comprendido entre Sierra Nevada y las orillas del Océano, puede ser dividido en tres regiones distintas con escenas y caractéres diferentes. En la falda de las montañas se encuentran bosques de árboles gigantescos, valles sombríos y criaderos auríferos; viene despues la abrasadora llanura de Sacramento en donde los mejores y mas hermosos frutos de los trópicos se mezclan á los de las zonas templadas, en que la vegetacion presenta su esplendor desconocido á ningun otro país, en que la pera *duquesa* llega al increíble peso de tres y cuatro libras con la mitad del trabajo que su cultivo exige en Francia; se estienden mas allá los campos de avena salvage que bastarian para alimentar millones de carneros y bueyes; las vertientes de la pequeña cordillera Contra-Costa, llegarán á ser un dia escelentes viñedos; y, en fin, la primavera perpétua que reina en la faja de tierra

vecina al Pacífico, dá todo el año legumbres y frutas al cultivador.

Con tan rara fecundidad se hace incomprendible que la California haya podido permanecer casi desierta bajo la dominacion mejicana. Hoy han cambiado las cosas. Aunque permanecen improductivos muchos millones de hectáreas por falta de brazos, comienza ya á recogerse bastante trigo para alimentar además de los habitantes del país á los de los Estados de Oregon y Washington, obteniendo sobre el de Richmond la ventaja en precio y en calidad.

Las exportaciones han tomado el camino de Chile y del Perú antes de dirigirse hácia los Estados del Este á causa de la mayor facilidad de comunicaciones por el Pacífico. Un excelente puerto, el solo que en una longitud de 700 leguas existe en estas playas, abria anchos horizontes á la California para el comercio marítimo; pero apesar de esto, no es á su magnífica bahía á lo que ha debido San Francisco su rápida prosperidad, sino á la fiebre del oro. La ciudad, ó mejor dicho, la aldea existia hacia un siglo. Dos misioneros católicos habian edificado en 1770 un monasterio en sus costas. Españoles franciscanos le dieron el nombre de *mision de San Francisco*. Este viejo edificio de ladrillos está á una legua de la ciudad. Entonces empezó la colonizacion, caminando lentamente. Dos mil mejicanos escasos habitaban la pequeña poblacion, cuando en el mes de Enero de 1848 produjo

la casualidad el descubrimiento de las primeras pepitas de oro. Millares de hombres acudieron enseguida de todas partes; convictos libertados de la isla de Norfolk y de Sidney, marineros desenfrenados, aventureros corrompidos vomitados por los puertos de la América meridional, se precipitaron sobre la California como buitres sobre su presa. En la primavera siguiente, treinta mil emigrados llegaron de Europa y de los Estados-Unidos; habían atravesado las praderas solitarias, franqueado 300 leguas de montañas y de desiertos áridos, perdiendo en el camino mas de cuatro mil de los suyos; mas para llegar á la tierra prometida del oro, no se cuentan los sacrificios.

San Francisco presentaba entonces un aspecto extraño; la mayor parte de los habitantes vivian en tiendas; hombres distinguidos por su nacimiento llevaban la blusa del minero haciéndose ellos mismos la comida. Pobrementemente alimentados, sin mas lecho que una manta, sujetos á los trabajos mas penosos, sin familia, no conocian mas distracciones que el juego y el whisky. El precio de todas las cosas se habia elevado á proporciones fabulosas, el salario de un criado variaba de cien á doscientos duros cada mes y un caballo se alquilaba en cien duros. En las mismas calles tenian lugar verdaderos combates, las tabernas no se veian nunca desocupadas y todas las noches se verificaban bailes de máscaras pagados no se sabe por quien y diri-

gidos por mugeres desconocidas. La policía no existía mas que en el nombre: sus agentes, presa del vértigo universal, abandonaban sus puestos para correr á las minas y si alguno permanecía en él durante quince dias, era que se habia dejado corromper.

Los convictos se habian reunido en un barrio llamado Lidney, y habian organizado bandas rivales de las de los aventureros chilenos. Los asesinatos se sucedian con espantosa frecuencia, sin que un solo malhechor fuera inquietado por la justicia. Los agentes de policía pretendian que era imposible descubrir á los culpables en una sociedad donde la poblacion se renovaba sin cesar. Algunos ciudadanos resueltos, viendo que no podian esperar nada de las leyes, tomaron el partido de obrar por sí mismos, y de su autoridad privada arrestaron veinte de los principales malvados, y los expidieron con buena escolta á la China y la América meridional. No se sabe á punto fijo en qué lugar desembarcaron: lo esencial es que no se les volvió á ver.

Durante una semana ó dos, reinó el orden en la poblacion, pero nuevos perversos volvieron á engrosar las filas de los bandidos, empezando de nuevo las violencias. Cinco veces fué incendiado San Francisco por manos criminales con la esperanza del pillage, permaneciendo la justicia inactiva como de costumbre. Los mercaderes y notables se reunieron en la plaza pública.

—No hay seguridad para los bienes ni las personas, dijeron: la ley se pierde en argucias, la policía está corrompida y las prisiones no tienen cerrojos para guardar á los culpables. En tales circunstancias, nosotros, el pueblo, debemos ser á la vez los jueces, la ley y los ejecutores.

Esto sucedió el 7 de Junio de 1851. El comité de vigilancia de San Francisco no fué un tribunal secreto como los de las ciudades de las praderas: se organizó al aire libre, compuesto de 200 ciudadanos y sostenido por toda la prensa californiense. Nadie podía ser admitido en él sin un exámen severo, nombrándose una comision para examinar los títulos de todos los candidatos, á fin de no recibir mas que hombres honrados. Los miembros celebraban reuniones á cualquier hora del dia ó de la noche cuando sonasen dos campanadas en el intévalo de un minuto.

La ocasion no se hizo desear; al dia siguiente dos marineros capturaron á un hombre de aspecto sospechoso, y le encontraron encima un saco de oro que acababa de robar en un barco. Conducido á la sala de audiencia de los vigilantes, se dió la señal, acudiendo de toda la ciudad, no solo los miembros del comité, sino un número considerable de habitantes, provistos de armas y dispuestos á defender el tribunal cívico. Una hora despues se presentó el gefe de la policía ante la puerta del consejo, acompañado

de una numerosa escolta pidiendo imperiosamente á nombre de la ley ser introducido. Los comitentes hicieron brillar á sus ojos por toda respuesta unos cuantos miles de cañones de revolvers y se retiró sin esperar mas.

Algunos instantes despues, sonó de nuevo la campana y un estremecimiento recorrió la multitud. El presidente del comité salió de la sala y dirigiéndose á los ciudadanos congregados en torno suyo, dijo.

—El acusado se llama Jenkins, es un convicto escapado de Sidney, ha sido interrogado ante ochenta de nosotros y declarado culpable por unanimidad. Los vigilantes me envian á preguntaros si este hombre debe ser ahorcado.

—Sí, contestaron á una voz todos los asistentes.

Los miembros del comité, revolvers en mano, se formaron en dos filas, el prisionero fué colocado en medio y la lúgubre procesion, alumbrada por la pálida luz de la luna, se puso en marcha atravesando las calles de San Francisco. Cuando llegaron al Ayuntamiento

—¡Que lo cuelguen del asta de de la bandera! exclamaron algunas voces.

—No, contestaron otros, no hay para qué profanar la bandera de la libertad.

El prisionero fué conducido á la Aduana y ahorcado del techo del edificio.

Otras ejecuciones purgaron la poblacion de los bandidos mas infames, y el comité hizo ade-

más vigilar los buques que llegaban al puerto, siendo sometidos á la inspeccion mas rigurosa los procedentes de Sidney y reembarcado para la Nueva-Gales del Sur todo pasajero sospechoso de ser un convicto.

Las autoridades legales no podian ver sin cólera un tribunal que increpaba así sus derechos; pero los vigilantes, fuertes con el apoyo de sus conciudadanos, defendieron con energía el poder de que usaban en bien de todos. Solo cuando la seguridad de la poblacion pareció asegurada, consintieron en hacer algunas concesiones, limitándose á descubrir y guardar los culpables y dejando á la justicia regular el cuidado de castigarlos.

Por desgracia, los magistrados de la ciudad, no tardaron en ser infieles de nuevo á su mision. Segun la costumbre universal en los Estados-Unidos, tenian sus empleos por el voto de los habitantes; pero se descubrió mas tarde que los encargados del escrutinio habian sido sobornados, y que por consecuencia la eleccion habia sido falseada. Con semejante administracion tenian que producirse los desórdenes con mayor audacia que nunca, y solo en el año de 1855 perecieron 400 personas de muerte violenta. El comité de vigilancia, que habia abdicado voluntariamente una parte de su autoridad, volvió á tomarla creyendo necesario obrar con energía. La ley de Lynch fué aplicada en el espacio de cinco meses á cincuenta culpables. El Gobernador de la California, Mister Johnson, se irritó

contra la rapidez de este procedimiento y suprimió el comité por un decreto. Los vigilantes no se dieron por vencidos con ello; abrieron registros donde fueron á inscribirse todos los que se declararon dispuestos á apoyarlos, y á los cuatro dias cubrieron ya las listas nueve mil firmas. San Francisco no fué el solo que se declaró por su causa; como el mal se sentia en todo el territorio, la ciudad de Sacramento envió mil hombres en socorro del comité y los demás siguieron su ejemplo. Instruido el gobernador de estos preparativos, se dirigió al comandante en jefe de las fuerzas federales en la California; pero este tuvo la prudencia de no intervenir, y Mr. Johnson no se obstinó en una resolución que no podia conducir sino á un resultado ridículo. Fué cercado por los voluntarios y hecho prisionero sin combatir.

Este triunfo dió al comité de vigilancia un poder omnímodo sobre el Estado entero y se aprovechó de él para terminar su obra. Los bandidos se hicieron objeto de incesantes persecuciones: cuatro fueron colgados; se trasportó á cuarenta y un gran número de ellos huyó. Obtenido este resultado, volvieron los miembros del comité con gran pompa á la plaza pública, escoltados por sus regimientos de voluntarios, y en presencia del pueblo resignaron definitivamente sus funciones.

Así terminó esta lucha singular de los ciudadanos pacíficos contra las autoridades legales

del país. Nunca han demostrado los americanos mejor que en estas circunstancias deplorables la rara sabiduría con que saben mirar por la causa del orden sin comprometer los intereses de la libertad. Todo se reunía contra ellos: las pasiones escitadas por la vecindad infectante de las minas de oro, la violencia sanguinaria de los convictos y los aventureros, el estado de infancia de la sociedad mal asegurada aun sobre sus bases, y la defección de los mismos que estaban encargados de hacer respetar las leyes. Ase-diada por tantos males, no parecía tener la colonia otra alternativa que perecer ó arrojarse temblando en brazos de la dictadura, y dicha, todavía, si abdicando sus derechos obtenia su seguridad. La firmeza de los yankees no se dejó vencer sin embargo: una poblacion de comerciantes y mineros, encontró su salvacion en sí misma; sin espantarse del temor que combatió á la vez con su propio gobierno que le hacía traicion y con la anarquía que amenazaba invadirla, procedió sin cólera, con la calma de la fuerza; y cuando el orden quedó establecido, cada uno de aquellos hombres que habia luchado valerosamente por los intereses comunes, volvió á la vida privada.

San Francisco es hoy una ciudad de mas de 100,000 almas: los juegos de azar se hallan prohibidos en ella; la paz domina en sus calles y el movimiento de los negocios ha sucedido al tumulto del vicio. El domingo, profanado antes por las

asquerosas predicaciones de las bandas de perturbadores, es hoy observado con el respeto que distingue á las poblaciones americanas; los edificios religiosos se hallan en gran número, notándose la iglesia de Santa María, su magnífica catedral construida por los católicos, que forman la comunión mas influyente del Estado.

La enseñanza no ha merecido menos atención; posee San Francisco 20 escuelas comunales y ocho colegios particulares, dirigidos por hábiles profesores y ha fundado hospicios, asilos y todas las instituciones caritativas de la civilización cristiana, y las bibliotecas populares se hallan organizadas en ámplia escala, poseyendo preciosas colecciones.

En cuanto á los habitantes, aunque domina en ellos el espíritu americano como hemos tenido ocasion de ver por la historia del comité de vigilancia, son los mas cosmopolitas de los Estados-Unidos. Se concentra allí, además de los yankees é ingleses, una multitud de franceses, italianos, mejicanos, australianos, chilenos etc. etc. La China está ámpliamente representada; los hijos del Celeste Imperio forman la sexta parte de la población, manteniéndose separados y formando una ciudad dentro de la otra con su barrio especial, sus hoteles, teatros y establecimientos particulares de socorro y beneficencia. Los blancos los miran con desprecio; les imponen crecidos tributos, y les cierran las carreras lucrativas; no obstante, algunos se han

hecho á fuerza de trabajo ricos comerciantes y muchos llegan á reunir un pequeño peculio con el que vuelven á China, estimulando con ello á sus compatriotas que emprenden por millares el camino de las *Colinas de oro* como llaman á San Francisco. ¿Quién puede predecir donde se detendrá esta corriente? La Irlanda, á pesar de los estrechos límites de su territorio y la consiguiente exigüidad de su poblacion, ha enviado á América tres millones de emigrantes de veinte años á esta parte. ¿Qué enorme masa no podrán enviar las provincias centrales del Celeste Imperio que cuenta 400 millones de súbditos?

Los californienses se preocupan poco, sin embargo, de esta invasion. Explotan las minas, cultivan el suelo y extienden sus relaciones comerciales. Los negociantes organizan empresas gigantescas; una compañía tiene *steamers* en todos los rios navegables de los Estados-Unidos; otra, agentes en todos los distritos mineros encargados de los giros, de los lingotes y del polvo de oro; una tercera pone una flota entera y trafica en los dos Océanos.

San Francisco parece llamado á adquirir en el Pacífico el inmenso rango que Liverpool en Inglaterra ó Nueva-York en los antiguos estados de la Union; su puesto ofrece las mismas ventajas y su situacion comercial y geográfica no es menos importante. Todas las vías férreas de la Union vienen á terminar en ella, y será el centro de un inmenso comercio de exportacion

é importacion, distribuyendo en el nuevo mundo los productos de la China, el Japon y la India, y espidiéndolos acaso á Europa. El paso á través del continente asiático seria preferible para venir á Europa; la Rusia al Norte, y la Inglaterra al Sur, se ocupan con ardor en establecer líneas férreas que acerquen el extremo Oriente á los territorios europeos, pasando una por la Tartaria y otra por la India y la Persia; pero han trascurrido bastantes años antes de que el comercio pueda tomar estos nuevos caminos. La vía de los Estados-Unidos es menos corta, pero está ya terminada. América ha sabido llegar la primera y con esta ventaja que ha tomado, conseguirá momentáneamente al menos que rodeen en su provecho una gran parte de los negocios de Oriente.

Aun no realizándose estas congeturas, tendrá siempre la línea del Pacífico incalculable importancia. Con ella la California se encuentra cerca de Nueva-York; la solidaridad de intereses, se establece entre los diferentes territorios, y la unidad política del país se consolida al mismo tiempo que crece su riqueza. La distancia oponia antes un obstáculo invencible á la duracion de los grandes imperios; no teniendo las provincias ningun lazo sólido con el centro, no tardaban en desprenderse de él. Este estado de cosas ha cesado; sea un bien ó sea un mal, las grandes aglomeraciones se han hecho posibles y no será la situación de los Estados-Unidos lo que

impida su progreso. Bañados por dos Océanos, tienden la mano por una parte á Europa y por otra al Asia, atrayendo las riquezas á su seno y ensanchando por todas partes el campo de su comercio.

En medio de su brillante fortuna no olvidan, sin embargo, que las prosperidades materiales son precarias cuando no reposan sobre el vigor moral y el desenvolvimiento intelectual de las naciones, que son los que constituyen su verdadera grandeza.

CAPÍTULO IV.

LA CUESTION NEGRA.

Al abolirse la esclavitud en América, se suscitaron muchos peligros á la nueva sociedad que debia constituirse sobre las ruinas del antiguo estado de cosas. Reputábase al negro como inapropiado para la libertad, desprovisto de todo sentimiento moral, enemigo de todo trabajo. Habia que temer además la malevolencia de los del Sur, cuyo desprecio hácia la raza oprimida, se habia cambiado en profunda irritacion desde que el Norte tomó su defensa. Las peticiones de un vencedor son rara vez bien acogidas, y los derechos de los negros, aunque establecidos en principio, se negaban de hecho.

Ver á sus antiguos esclavos convertidos en sus iguales, parecía á los plantadores monstruoso, extraño, imposible: la mayor parte se rié-

ron de ello pensando que bastaba enviar una proposición semejante para que cayese sobre ello el ridículo.

Los espíritus estaban con efecto poco preparados para una revolución tan completa en aquellos espacios del Sur, donde Alejandro Stephens vicepresidente de los Estados confederados escribía en 1861. «La esclavitud es la condición natural, normal del negro.... no dudo que esta verdad acabará por ser reconocida por todos los pueblos dotados de razón.... el sistema esclavista está aun en la infancia.»

El árbol que debía extenderse por toda la tierra ha sido arrancado del suelo, sin embargo, y no solamente ha dejado el negro de ser una mercancía, si no que se pertenece, puede tener una familia, y participar de la vida política de la nación.

Que el negro estaba lejos de poseer todas las virtudes deseables, se concibe sin dificultad, embrutecido desde su nacimiento, educado sin idea moral, sin noción religiosa, con lo que la esclavitud había hecho de él. ¿Cómo había de poseer los sentimientos de la familia cuando se le separaba de ella vendiéndolos en el mercado como vil rebaño? ¿Cómo había de levantarse en su alma la idea de su deber cuando solo se empleaba con él la violencia y por único argumento el látigo? Muchos negros se habían entregado al robo, al engaño, á la fiereza; y sus antiguos dueños en vez de pensar que la responsabilidad

debía recaer sobre ellos mismos, veían en esto la justificación de sus impías doctrinas. Después de su manumisión se hicieron culpables los negros de más de un delito; la opinión pública estaba contra ellos y fueron castigados con la mayor rigidez.

Las ofensas que causaban los negros á los blancos, eran reprimidas con una severidad que llegaba á la barbárie, al paso que los mismos tribunales hallaban siempre disculpa para las de los blancos que llegaban hasta producirles la muerte. Los libertos exasperados por las injusticias de que eran víctimas, se abrogaron el derecho de represalias. Una guerra de razas con todos sus horrores estaba á punto de estallar y los fogosos partidarios del Norte, tomando cartas en el asunto á favor de estos, aumentaban la violencia de la situación escitando á los suyos.

En estas circunstancias fué cuando el Congreso para restablecer el órden decidió la ocupación militar del Sur. Pero esto no bastaba, y pensando que la tranquilidad pública debía tener otra garantía que la fuerza de las armas, quiso movilizar la población negra que corrompida é ignorante era un peligro continuo. A este efecto, estableció en todas las ciudades una *oficina de libertos*, encargada de defender á los negros, de guiarlos y de esparcir entre ellos los beneficios de la educación. Los del Sur pretendieron que el Congreso no tenía derecho para

introducirse entre ellos, reglamentando su administracion interior; pero si los Estados rebeldes retrasaban trabajar en la rehabilitacion moral de los negros, si en vez de ayudar su debilidad los condenaban á encenagarse en la miseria y el vicio ¿no era esto restablecer de otra manera la esclavitud? El patriotismo y la humanidad permitian al Norte el deber de tomar bajo su amparo la causa de los libertos.

«Las preocupaciones contra los hombres de color, decia el periódico americano *Atlantic Monthly* en Enero de 1869, eran aun harto poderosas en los Estados-Unidos para hacer fracasar los proyectos de reforma, si estos no hubieran sido atacados con furor por los enemigos de la nacion y del órden público. En presencia de estas violencias, reconoció el país que el interés de su seguridad le mandaba olvidar sus prevenciones y manifestarse equitativo. Los adversarios de la libertad humana no tenian necesidad mas que de un poco de moderacion y prudencia para obtener su objeto; pero estas cualidades no son el carácter distintivo de los que defienden la obra del mal. La Providencia se ha servido de sus faltas para redimir una raza injustamente proscripta.»

El Norte no tenia entera confianza en la obra que se habia propuesto: la hostilidad de los del Sur fué la que estimuló su esfuerzo haciendo que el éxito sobrepujara en breve sus esperanzas, y es de creer que la raza negra justificará



lo predecido por sus defensores mas entusiasmados, puesto que hasta ahora ha sacado el mejor partido de las situaciones en que se ha visto. Los libertos son ávidos de instruccion, pacientes en el trabajo y el general Grant, juez competente en la materia, los ha declarado escelentes soldados en la guerra civil, elogiando su disciplina y su valor. Las aspiraciones religiosas, su humor sociable y la facilidad para recibir las impresiones nuevas, abren al mismo tiempo ancho campo á su mejoramiento.

A pesar de las prevenciones que les dificultan todavía la totalidad de las carreras en la Nueva-Inglaterra, han llegado ya algunos á hacerse ricos y sábios, sobresaliendo en el foro, enseñando en las iglesias y ejerciendo con éxito las profesiones liberales. La inteligencia desplegada en diferentes ocasiones por estos hombres á quienes se quiere rebajar al nivel del bruto es verdaderamente notable, y nada prueba lo susceptibles que son de desenvolvimiento como la manera con que han acogido la creacion de escuelas en los Estados meridionales.

La oficina de libertos tomó la iniciativa en este movimiento civilizador y gracias á ella han sido abiertos nuevos establecimientos para los hombres de color de todas las edades.

Parece increíble que sus esfuerzos para sacar á los negros de su ignorancia se hayan convertido en uno de los principales motivos de queja de los del Sur contra él.

«¿Qué hacen los enviados del Norte por sus protejidos? decían los plantadores. Se ocupan de enseñarlos á leer, inculcándoles de este modo la idea falsa y peligrosa de que la necesidad suprema de la vida no es el trabajo, sino la educación, é invirtiendo el orden de las cosas coloca en primera línea lo que solo tiene una importancia secundaria, mientras que el negro vá á la escuela, el cultivo de los campos, se suspende, y la miseria crece cada dia. ¿A qué conduce, por otra parte, esa instruccion tan decantada? A inspirar á los negros la ambicion de ser comisionistas ó comerciantes y á quitarles toda aficion por las ocupaciones manuales.»

Se vé por esto que los adversarios de la instruccion pública no brillan por la imaginacion, y que sus argumentos son poco mas ó menos los mismos en todos los paises. El Norte no se detuvo por estos clamores: una larga esperiencia le habia demostrado que la educación dada solamente á una parte de la sociedad puede producir el efecto de despertar ambiciones malsanas, pero que cesa de producir este resultado cuando en vez de ser el privilegio de algunos, es el bien comun para todos. Sabia igualmente que el hombre no vive solo de pan, que la base de la prosperidad de las naciones se halla en la inteligencia que dirige el trabajo mucho mas que en la accion magistral que lo ejecuta. En los Estados del Sur no eran tampoco los brazos los que faltaban á la agricultura, sino los capitales y el espíritu

de empresa: las plantaciones quedaban sin cultivo porque los propietarios no tenían dinero para pagar su salario á los obreros y para los demás gastos de explotación.

Fieles al principio de que las escuelas son la verdadera salvaguardia de la sociedad, se ocuparon los del Norte activamente en abrirlas por todas partes á los negros. «Invocamos la misma justicia para todos, dice á este propósito uno de los superintendentes de la oficina de libertos, reclamando los derechos inalienables que Dios ha dado á todos sin distincion de raza ni color, segun la declaracion de los ilustres fundadores de nuestra república. Cuidando de estos derechos con relacion á aquellos cuya educacion estamos encargados de dirigir, desarraigando sus hábitos viciosos, formando su corazon para el saber y haciéndoles tomar gusto por la virtud, es como imprimiremos á la sociedad ese carácter esencial de moralidad, que es la garantia del órden público.»

El ejército federal habia establecido ya en los diferentes puntos en que se habia detenido, escuelas para la educacion de los soldados de color que contaba en su seno. Estos establecimientos fueron conservados, y abiertos á toda la poblacion negra, creándose un número aun mayor por las sociedades de beneficencia del Norte. Algunos Estados del Sur, animados de un generoso espíritu de conciliacion instituyeron tambien muchas. La oficina de libertos estimuló estas tentativas ayudándolas con sus consejos y sus dones, pues

se dedicó sobre todo á enardecer la energía individual de la raza emancipada. América posee el *self-government*, y quiere introducir en los Estados del Sur y entre los negros la *self-education*, ó lo que es lo mismo, la educacion por el pueblo y para el pueblo.

Los negros se prestaron admirablemente á esta innovacion, comprendiendo con una prontitud de entendimiento que hubiera hecho honor á blancos civilizados, cuan importante era para ellos instruirse, y se vió á aquellas pobres gentes, en las que era de esperar la torpeza moral producida de ordinario por la opresion, imponerse los mayores sacrificios para contribuir á la fundacion de escuelas. En Tejas la poblacion de color creó por su solo esfuerzo y con sus solos recursos 26 escuelas de dia y noche, y en Georgia ha tomado la iniciativa de los primeros establecimientos de instruccion pública destinados á sus hijos. En otros muchos Estados sus subvenciones personales contribuyeron poderosamente á ayudar la obra de la oficina.

En ninguna parte han sido los resultados tan notables como en la Luisiana. La autoridad militar, escediéndose acaso del mandato del Congreso, organizó en vasta extension la enseñanza pública. Se declaró solemnemente que el Estado tenia el deber de poner la instruccion al alcance de los negros, y se mandaron impuestos con este objeto; pero estalló una violenta reaccion, y fué necesario suprimir estos impuestos. La noticia

de esta medida causó entre los libertos una verdadera consternación. En el corto tiempo en que el acceso á las escuelas les habia estado abierto, 50.000 de entre ellos habian aprendido á leer, y otros se disponian por millares á seguir su ejemplo. ¿Estas quimeras fecundas iban á ser ahogadas? ¿El porvenir y el desenvolvimiento intelectual de la raza negra se veian comprometidos? Los negros se reunieron para buscar remedio al mal. Desde su emancipacion pagaban á su calidad de ciudadanos una parte del impuesto general establecido por la instruccion pública; pero estos fondos se empleaban por entero en sostener las escuelas destinadas á los blancos, de que ellos estaban escludidos. A pesar de esta injusticia, á pesar de su estado de indigencia tomaron la noble resolucion de pedir se les impusiese una contribucion especial para la educacion de sus hijos, sin quedar por ella exceptuados del impuesto comun.

Una multitud de peticiones cubiertas de cruces, que representaban las firmas de los padres que no sabian escribir, solicitaban el beneficio á la instruccion para la casta desheredada, añadiendo los peticionarios que ellos mismos sufragarian el gasto. No se podia desconocer este llamamiento: se abrieron escuelas á los alumnos de color, y los negros, empleados en diferentes trabajos por la Oficina de los libertos, dieron de su modesto jornal la suma necesaria para el alquiler del local y el pago de los profesores. Una sed

ardiente de instruccion se manifestó entre los esclavos emancipados: en el umbral de las casas mas pobres se encontraba á los niños hojeando sus abecedarios; hombres á quienes ya encorvaba la edad se esforzaron en suplir por la energia de su voluntad las facultades de la juventud, y llegaron á ejecutar aquella ciencia que hasta entonces les habia estado prohibido.

Sigamos á esos negros que al anochecer recorren con paso rápido las calles de las grandes ciudades, dirigiéndose unos hácia miserables mazmorras ó sotanos infectos; allí se hallaban establecidas las escuelas, porque el dinero es escaso y las necesidades numerosas. Algunos bancos, mesas groseras y un pequeño número de libros, hé ahí todo el moviliario. No estamos en ellas, dentro de esos magníficos establecimientos del Norte, de proporciones arquitecturales, con sus clases espaciosas, ricamente provistas del material escolar. Miremos bien, sin embargo, y descubriremos en estos humildes asilos, una belleza, que la desnudez exterior hace mas conmovedora; veremos inclinados sobre sus pupitres, ancianos de cabellos blancos, ensayarse de una manera asídua en el trazado de caracteres, cerca de hombres en el lleno de la vida, de niños á los que el deseo de aprender hace olvidar el sueño, á pesar de lo avanzado de la hora. Todos los semblantes expresan la atencion, no se oye otro ruido que el del trabajo, y no hay, sin embargo, ninguno de los medios de emulacion que se dirijen al amor

propio; nada de recompensas públicas ni de ceremonias pomposas, escasas visitas estrañas. El solo móvil que aguija á estas almas es el deseo de regenerarse, igualando en inteligencia al hombre blanco.

«Estos cinco millones de esclavos emancipados súbitamente, dice Mr. Alvord, inspector general de la enseñanza pública en el Sur, son una nacion nacida en un dia. La guerra ha sido para ellos una excelente escuela de reflexiones y progreso. Esta multitud se levanta á la vez y pide instruccion. Los libertos deben ascender á la escala social por la educacion, sin ella descenderán rápidamente en las simas de la ignorancia y el vicio; creyéndose libres para hacer lo que mejor les plazca y cercados de peligrosos ejemplos se dejarán llevar por todos los caminos de perdicion. Pero ¿qué hecho sorprendente llena de dulce satisfaccion á la misma filantropía? Uno lo menos de esos cinco millones de libertos y especialmente la generacion nueva, se muestran ávidos de estudio.»

Los testigos mas prevenidos contra ellos hacen justicia á los esfuerzos de los negros para levantarse de su abatimiento moral. Un viajero inglés muy imbuido en las preocupaciones de razas, el doctor Zinke dice:

«No soy de los que creen que la inteligencia de la raza mas civilizada, mas desarrollada del mundo pueda ser igualada por la de un pueblo que no ha disfrutado el menor reflejo de civiliza-

cion; ó en otros términos, que los hombres que han manifestado su inteligencia de una manera brillante están al nivel de los que nunca la han mostrado en nada. A causa de mi opinion me considero obligado á tener presentes todos los hechos que parecen contradecirla. Confesaré, pues, mi admiracion extrema ante el espectáculo de la suma viveza de entendimiento de estos 400 niños de color. En poco tiempo han adquirido una suma de conocimientos verdaderamente notable. En ninguna escuela de Inglaterra, y he visitado muchas, he encontrado en los alumnos tanta penetracion para comprender el sentido de las lecciones leidas ante ellos, jamás he oido preguntas tan juiciosas ni una inteligencia tan clara del texto.» (1)

Es verdad que nuestro viajero termina insinuando que este rápido desenvolvimiento se detiene muy pronto y que la naturaleza condena al negro á envejecer en una perpétua infancia; pero se hallaba entre los plantadores é impulsado sin duda y á su pesar de los rémoras de estos. Si hubiera visitado la Universidad de Oberlin, por ejemplo, donde los negros concurren con los blancos al estudio de las matemáticas, la astronomía y las ciencias naturales; si hubiese entrado solamente en alguna de esas escuelas de Virginia ó la Carolina tan hábilmente dirigidas por maestros de color, su sistema etnológico hu-

(1) *Last Winter in the United States.*

biera recibido un golpe de que difícilmente se habría repuesto.

Los mismos sudistas que expresan mayor desden hacia la raza negra, manifiestan por su conducta que no están muy seguros de la inferioridad de esta. Las medidas adoptadas por la Oficina de educacion de libertos, han encontrado entre ellos una oposicion encarnizada; han saqueado las escuelas, las han reducido á cenizas y han hecho objeto á sus profesores de persecuciones odiosas. ¿Porqué este odio y esta violencia? Si los negros son incapaces de progreso ¿qué mejor medio de probarlo que dejar libre á los filántropos el campo de demostracion de su imposibilidad de mejoramiento? Pero los del Sud temen ver á sus antiguos esclavos adquirir influencia y autoridad por medio de su educacion y están tan convencidos de su aptitud para instruirse que tratan de poner trabas por todos los medios á la fundacion de escuelas.

Los blancos pobres no se manifiestan menos hostiles que los grandes propietarios; sienten insoportables celos de los negros, que segun dicen, van á hacer á su trabajo una competencia desastrosa dentro de poco, oponiéndose por la fuerza á los ensayos á favor de los libertos, en vez de animarse por una generosa emulacion.

«Las instituciones colocadas bajo la tutela de la Oficina, escribe en uno de sus informes Mr. Alvord, son objeto de una animosidad increíble. Mientras yo visitaba el Estado de Mississipi fue-

ron enviados dos profesores á una ciudad donde no habia fuerza militar. Al dia siguiente de su llegada se les comunicó la órden de partir, amenazándoles con la muerte si no obedecian. Esta malevolencia que estalla á veces públicamente, se oculta con más frecuencia para dar sus golpes descendiendo á mil intrigas á fin de impedir que se encuentre local para la escuela proyectada.»

«Seria difícil, dice otro individuo de la comision, el general Howard, dar idea del ódio que persigue en el Sud á todo hombre que tiene la abnegacion necesaria para dedicarse á la educacion de los negros. Sin la firmeza de la Oficina, ese gran número de escuelas que dan los mejores resultados, quedarian suprimidas por la influencia de los blancos.»

Debemos reconocer que hay entre los plantadores hombres equitativos y cristianos que protestan contra las injusticias de que son víctimas los negros. Aun antes de que hubiese estallado la guerra, se habian creado algunos establecimientos de instruccion pública en Charleston, para los niños de color. Esta conversion hácia las ideas filantrópicas, se acentuó mas cada dia, comenzando á apercibirse la clase ilustrada de que debe organizar la enseñanza y hacerla popular, si no quiere quedar vencida y humillada en la lucha.

Desde la conclusion de la paz se han obtenido muchas importantes mejoras y los libertos en vez de oponer, como se habia predicho, una resistencia pasiva y estúpida á las intenciones

de sus protectores, las han secundado con grande ardimiento. Las asociaciones de caridad han podido establecer un vasto sistema de instruccion y sus dones en union con las cuestaciones que los negros se han impuesto, han bastado al mantenimiento de mas de mil doscientas escuelas, fundadas en dos ó tres años en los antiguos estados esclavistas. La Oficina no ha provisto al principio mas que á los gastos de viajes de los maestros y entretenimiento de las clases, porque las casas abandonadas por los rebeldes, habian sido puestas en muchas partes á disposicion de los profesores que reunian allí sus alumnos, bajo la proteccion de las tropas; mas los antiguos propietarios volvieron á tomar posesion de sus habitaciones y fué necesario buscar otros locales que la honda hostilidad de la poblacion blanca hizo harto difíciles de encontrar, aun por un precio elevadísimo.

En este embarazo destinó el Congreso la suma de tres millones de dollars á la compra de terrenos destinados á escuelas y hospicios, asociándose generosos americanos al mismo pensamiento. Mr. Peadoby, tan conocido por sus larguezas filantrópicas, ofreció un millon de dollars á los establecimientos de instruccion elemental. Las asociaciones del Norte tomaron á su cargo la construccion de edificios y 150.000 negros pudieron recibir los dones de la educacion, tan indispensables, aprendiendo á leer y escribir y oyendo hablar de religion y moral.

Este es un magnífico resultado si se considera el embrutecimiento profundo en que se había hallado á los esclavos; pero esta cifra de 150.000 escolares sobre una población de 5.000.000 de libertos, dejaba mucho que desear al celo de los abolicionistas. Desgraciadamente escaseaban los profesores; muchos de ellos, alistados voluntariamente en los ejércitos federales, habían perecido durante la guerra, sintiendo su vacío las escuelas del Norte que tenían que satisfacer, no solo sus propias necesidades, sino también las de los del Oeste. El Sud no podía proporcionar ningún recurso, puesto que carecía de maestros hasta para los hijos de los ricos. El estado de la enseñanza era allí deplorable; los plantadores se negaban á enviar sus hijos como antes á los colegios de Yate, de Haward ó de Cambridge. Para poner remedio á semejante situación se dedicaron algunas almas nobles á la educación abandonada. Los hijos del general Lee, comprendiendo la necesidad de combatir entre sus compatriotas las preocupaciones contra la enseñanza, no vacilaron en hacerse maestros de escuela, y muchos jóvenes pertenecientes á familias elevadas siguieron este ejemplo. Sus esfuerzos no se estendían, sin embargo, mas que á la población blanca y á la parte mas escogida de ella.

El activo espíritu de propaganda del Norte no había llegado á reunir mas que 1.500 profesores, cuyo nombre de *yankees* les esponía en el Sud á la aversión general ó los acusaba de ocul-

tar bajo falsas apariencias miras políticas y el encargo de inspirar á los libertos ódio hácia sus antiguos señores. Los comisarios de la Oficina de educacion volvieron la vista en torno suyo y hallaron una multitud de negros que habian aprovechado admirablemente la enseñanza que se les habia dado. Se resolvió tomarlos por auxiliares. Los negros habian ayudado con sus sudores y su bolsa á la construccion de escuelas y debieron llevar á esta obra un concurso más eficaz todavía. Se escojió á los más hábiles de entre ellos, se desenvolvieron sus conocimientos y al cabo de algunos meses se hallaban en estado de enseñar á los que aun no sabian. «No he encontrado entre los libertos, decia Mr. Alvord en 1866, un solo hombre que haya rehusado hacerse profesor.»

Estas escuelas normales, por elementales que fuesen al principio, producian inmensas ventajas: elevaban la raza negra á los ojos del pueblo, proporcionaban un plantel de profesores indígenas, abrian, en fin, á la juventud, una carrera honrosa. Se comprenderá la importancia de este último resultado si se tiene en cuenta que á despecho de las instituciones nuevas, escluye la opinion pública á los negros de una porcion de profesiones. En el primer semestre de 1867 el número de escuelas se aumentó en unas 700, siguiendo en una proporcion análoga el de profesores y haciéndose este aumento casi exclusivamente en la raza negra. Entre esta multitud

de alumnos de todas edades, que poco antes no sabían ni aun leer, 45.000 aprendían la aritmética, 24.000 la geografía y la historia y 5.000 llegaban á los estudios mas elevados, cuadruplicándose esta cifra en los seis meses siguientes. Todo hace presumir que la educacion de los negros se verá muy pronto organizada en tan amplia escala como la de los blancos en los Estados del Norte.

La enseñanza profesional es objeto de tanta solicitud como la de las ciencias: 500 escuelas se dedican á formar buenos obreros en los diferentes ramos de la industria propia del Sud. Por desgracia hay que sostener en este punto una lucha mas viva todavía: los blancos pobres se rebelan contra la idea de verse en los mismos talleres con los negros, queriendo confinar á estos al trabajo de la tierra y en los lugares donde sea mas penoso y malsanos. Si un contratista ó un fabricante admiten un solo obrero de color, abandonan los demás el trabajo y no vuelven á él hasta que se despide al desgraciado liberto cuyo contacto seria para ellos una mancha.

A la religion corresponde extinguir estas funestas antipatías. Aun mas que la educacion tiene ella el poder de civilizar á los hombres verdaderamente, inspirándoles el amor de la justicia y del deber, y una activa propaganda les inicia hoy en el sentimiento cristiano de que sus dueños les dejaban carecer, pensando acaso que la divina sangre de la cruz no se derramó por

ellos. El trabajo es grande y hay pocos obreros, pero la obra realizada permite tener confianza en el porvenir. Las escuelas dominicales se multiplican rápidamente y 200.000 negros van á recibir en ellas la enseñanza religiosa.

Pero el protestantismo no satisface mas que á medias las necesidades morales de estos hombres, colocados en una situacion tan difícil, mal defendidos contra los peligros de todas clases que les rodean, y les seria necesaria una regla mas segura, una direccion mas poderosa. Muchas inteligencias imparciales lo reconocen y se manifiestan dispuestos á favorecer la accion de los misioneros católicos entre los negros.

La iglesia no ha esperado este llamamiento para hacerse cargo de los ámplios horizontes que la emancipacion de los esclavos ha abierto á su caridad. En el último concilio nacional, celebrado en Baltimore, los obispos presentes declararon unánimemente, que era de urgente atencion multiplicar las escuelas parroquiales á fin de esparcir ámpliamente la instruccion religiosa, sobre todo entre los negros, cuya desnudez moral exige pronto socorro. Los prelados propusieron, en consecuencia, la creacion de un sistema de enseñanza en que religiosos y hermanos de la doctrina cristiana, pertenecientes en su mayor parte á la poblacion de color, dirigen los establecimientos fundados por el celo católico, mostrándose plenamente dignos de la mision que se les ha confiado.

No se ha tratado de mezclar en estas escuelas los niños negros y blancos; la preocupacion pública está aun demasiado arraigada y afrontar-la hubiera sido comprometer el éxito de la empresa, importando ante todo asegurar la instruccion, á la que por confesion general ninguna comunion ha hecho mas servicios á los Estados del Sur que el clero católico.

En las escuelas de los negros se han separado los americanos del sistema seguido en el Norte, de aislar casi por completo la religion de la enseñanza de las ciencias. Si el gran número de sectas que se dividen el país, han hecho necesaria esta separacion, se sabía al menos que podía descansarse sobre el cuidado de la familia para inspirar á los niños ideas cristianas. Entre los negros no habia esto, el padre y la madre tenian que instruir á ellos mismos en los primeros elementos de la fé, y los americanos comprendieron que debian hacer su educacion religiosa, so pena de formar una generacion de materialistas, y en los Estados-Unidos, donde se consideran las creencias como la condicion esencial de la libertad, están todos convencidos de que un pueblo de incrédulos no podría ser capáz de las virtudes cívicas. Admitidos los negros á formar parte de la nacion, era necesario inculcarles las grandes ideas que constituyen la fuerza vital del país.

El espíritu del Norte vivifica la poblacion negra del Sud, le comunica su energía y prepara sus nuevos destinos. Pero una revolucion tan

súbita no se opera sin sufrimientos, y la ruina de las grandes explotaciones agrícolas no hiere solamente á los plantadores, sino priva de su trabajo, es decir, de pan, á un número considerable de familias negras. No se podría pensar sin estremecerse en la miseria que se hubiera hecho pesar sobre ellos por la hostilidad implacable de los blancos del Sud, envolviéndoles por todas partes, si el gobierno no hubiera venido en su ayuda. Los agentes del Norte recibieron del Congreso en un solo año nueve millones de dollars destinados á aminorar los sufrimientos mas apremiantes.

La caridad privada no permaneció tampoco inactiva, y distribuyó abundantes socorros. El mayor cuidado se puso en encontrar brazos desocupados para el trabajo. En defecto del cultivo de las plantaciones, habia ciudades destruidas que reconstruir: Richmond, Norfolk, Wilmington, estaban en ruinas; iglesias, almacenes y edificios públicos, habian sido presa de las llamas; Charleston habia visto al ejército federal acampado tres años bajo sus muros, á la escuadra bloqueando su puerto y las bombas lloviendo dia y noche en su recinto durante catorce meses.

Gracias á los socorros enviados y á los trabajos de urgencia, se llegó á hacer frente á las primeras dificultades. Durante este tiempo, se rehicieron algunas plantaciones; algunos capitalistas de Nueva-Inglaterra, compraron dominios y emplearon á los negros en su cultivo. Por una dis-

posicion sábia y previsorá, muchos gefes de plantacion adoptaron el sistema de no pagar á su gente en dinero, á fin de no exponerlos á gastar en el dia la totalidad de su salario, dándoles billetes cangeables por los objetos que podian serles necesarios, y saldando á fin de mes en numerario, los bonos que representaban sus economías. Mistrees Harriet Becchek Stowe, el autor de *El Tio Tomás*, ha marchado con uno de sus hermanos, á realizar en la Florida sus planes de regeneracion social del negro, creando una plantacion de azúcar cultivada por el trabajo libre, y que promete ya ámplios beneficios.

Nada se ha descuidado para poner á los negros en estado de atravesar la crisis de que depende su porvenir: pero si se tiene presente la inmensidad de la obra, esos millones de hombres sumergidos física y moralmente en la mas profunda indigencia, no causará admiracion que á despecho de la accion bienhechora del Norte, haya habido espacio para el mal y el desórden. Algunos malvados se han aprovechado de los sufrimientos de los negros y de su ignorancia para predicarles malas doctrinas. Ante aquellas tierras incultas, que puestas en cultivo bastarían á alimentar una nacion entera, han repetido al negro, que debe reclamar su parte en el suelo americano y que solo será verdaderamente libre, el dia en que posea el campo en que trabajaba hace poco como esclavo.

Los plantadores, alarmados por estas tenden-

cias, sostienen que la guerra de razas es inminente y que el Sud se convertirá en otra Jamaica. Este terror no tiene un fundamento serio; la gran mayoría de los negros no piden sino á la instrucción y al trabajo las armas que deben permitirles luchar con los blancos, y los que pudieran ser arrastrados por malos consejos, serán detenidos por su debilidad, puesto que no ignoran que en una guerra de esta clase, el Norte y el Sud se reunirían para aplastarlos.

Algunos espíritus prevenidos, persistiendo en creer en los peligros de una insurrección, han propuesto forzar á los negros directa ó indirectamente á buscar un refugio en Nueva-Inglaterra, reemplazándolos con inmigrantes europeos atraídos por medio de primas y otras ventajas: esto es, según ellos, la sola manera de reconstituir el Sud, porque los negros nunca serán obreros buenos y dóciles, con los que se puedan organizar las plantaciones. Aunque la desconfianza de sus antiguos señores no les impidiera aceptar las proposiciones mas equitativas, no se resolverían tampoco á trabajar; el látigo del capatáz era antes el solo poder que les arrancaba de su inercia nativa.

El espectáculo de esos millares de negros, que sin estar obligados á ello de ninguna manera, se precipitan en las escuelas y no se dejan vencer ni por las dificultades materiales, ni por la avidez de los primeros estudios, basta para destruir esta objeción. Supongamos, sin embargo, que

sea fundada. ¿Se cree que los blancos trabajan en general porque encuentran placer en ello? El hombre religioso ó ilustrado trabaja por obedecer la ley del deber ¿pero qué impulso dirige á la masa del pueblo? La necesidad de ganar el pan de cada dia, y si se quiere también el hábito de hacerlo de generacion en generacion. El negro ¿no se verá obligado como el obrero europeo forzado por este terrible dilema: hacerse útil ó morir de hambre?

Despues de la emancipacion, el negro en vez de rehuir el trabajo que debe alimentar su familia, ha manifestado que la voluntad personal es un móvil mas poderoso que el temor de los golpes. Plantaciones cuyo cultivo exigía antes cien brazos, solo tienen hoy necesidad de cuarenta, y aunque en la primera cifra contienen mujeres y algunos ancianos, la ventaja no deja de resultar incontestablemente á favor del trabajo libre.

La naturaleza de su suelo y de su clima, no permite, por otra parte, á los del Sud, arrojar de su seno la poblacion negra, esta raza venida de los trópicos y mas apropiada que la nuestra para la explotacion de los campos de arroz, de café y de azúcar; el interés bien entendido de los Estados meridionales, exige por el contrario que se estimulen los esfuerzos de los negros. Muchos libertos han llegado ya á hacerse arrendatarios que cultivan por su cuenta; desgraciadamente los plantadores se prestan con menos repugnancia á esta operacion, que sería, sin embargo, ven-

tajosa para ambas partes, puesto que facilitaría el trabajo y pondría en explotación tierras hasta ahora poco productivas. Los propietarios temen no recibir nunca el precio del arrendamiento y que les ha de costar gran trabajo además recuperar las tierras arrendadas. Algunos cuyas plantaciones parecían completamente arruinadas, se han arriesgado, sin embargo, y la experiencia no les ha dado ocasión para arrepentirse del ensayo.

Hoy se abre un porvenir para los hombres de gran temple de la raza de color, como el liberto Henry Pierman, que hasta sin útiles de labranza arrendó una finca rústica, destrozada por la guerra, y á fuerza de economía y privaciones logró hacerse al segundo año con estos instrumentos, y que hoy paga el arrendamiento con la cuarta parte de los productos, dividiendo por partes iguales lo restante, con los compañeros de su raza, que se han asociado á sus trabajos.

No está lejana la época en que la población de color poseerá también riquezas, explotará minas y creará bancos. Otra plantación del Mississippi, situada cerca de Wicksburgo y perteneciente á José Davis, hermano del presidente rebelde, ha sido arrendada á un antiguo esclavo llamado Mont-gomery que la cultiva por el sistema cooperativo, administrando la plantación un Consejo elegido entre los cien negros asociados á su obra, teniendo una caja de ahorros destinada á los enfermos y los viejos, y habiendo

creado tambien un fondo como de enganche, que permite extender la empresa.

No todos los negros tienen el vigor moral que suponen semejantes esfuerzos, y se comprende que la mayor parte necesitan ser dirigidos. Los del Norte no lo olvidan, y se ven formar bajo sus auspicios empresas agrícolas, abiertas exclusivamente, como la de Mister Beecher Stowe, á los antiguos esclavos. Tampoco se queda atrás el celo religioso, y á pesar de la exigüidad de sus recursos, ha resuelto crear el clero católico en las islas que bordan las costas de la Carolina, plantaciones en que los negros se amolden al régimen de la libertad, bajo la vigilancia paternal de algunos eclesiásticos.

La vida comienza, pues, á circular de nuevo en las ciudades y en los campos, las ciudades destruidas se reconstruyen, la agricultura comienza á salir de su entorpecimiento; la abolicion de la esclavitud, que segun decían, debia causar la ruina del país, promete por el contrario cura ventajosa, elevando el nivel moral de su poblacion, y estimulando el espíritu de iniciativa. Una consecuencia terrible se prepara, sin embargo para los negros; aunque se haya renunciado al proyecto de expulsarlos del país no se desperdicia ningun medio para estimular la inmigracion. Ningun europeo pensaba antes en buscar fortuna en el Sud. ¿Qué pudiera haber hecho el colono aleman ó irlandés, sin mas fortuna que sus brazos, en un territorio donde el trabajo era

despreciado por todos, por el plantador que lo descargaba sobre sus esclavos, por el blanco pobre que prefería á él la miseria, y por el mismo negro que lo consideraba como una maldición?

La influencia de las ideas yankees ha cambiado este estado de cosas.

La emigracion no encuentra ya en las preocupaciones de los Estados meridionales una barrera que los detenga; ingleses y alemanes cultivan hoy en Tejas el algodón; en la Georgia y la Carolina del Sud, cuyos distritos montañosos son favorables á los blancos, vé el negro el trabajo disputado ágriamente y no le es mas favorable la situacion en Virginia ó Tennessee. Donde quiera que se han presentado los emigrantes, han obtenido fácilmente la ventaja sobre los libertos á quienes aun persiguen las prevenciones públicas.

No desconfían, sin embargo, los amigos de la raza negra; cuando los capitales y el espíritu de empresa se dediquen con todo ardor á explotar las riquezas de estos negocios, no habrá que temer que falte el trabajo á los obreros, sino será necesario llamar todos los brazos sin mirar el color de su piel.

Por otra parte, aun suponiendo que los negros vean obligados á abandonar ciertos Estados, hay otros en que están garantidos por la naturaleza. La Carolina del Sud, el Missisipi, la Luisiana, no podrian prosperar sin ellos; los negros lo saben y corren á reunirse en los puntos donde no tienen que temer consecuencias. En muchas lo-

calidades de la costa, están en mayoría nombrando las autoridades municipales y poseyendo la influencia política. Es verdad que se trata de oponerles el trabajo de los Chinos, que algunos navíos han desembarcado ya centenares de *colis* en la Luisiana, pero estos obreros nuevos no se hallan aun en un número suficiente para cambiar las condiciones económicas de los Estados del Sud. El mayor obstáculo que puede impedir los progresos de los negros, son las odiosas preocupaciones de la población americana; pero su conducta desde que han adquirido el rango de ciudadanos, vá haciendo volver poco á poco hácia sí, sentimientos mas equitativos, y el tiempo acabará por destruir las prevenciones de raza.

CAPÍTULO V.

COMO CONSIDERAN LOS AMERICANOS LA CUESTION DE ENSEÑANZA.

Entre las causas que contribuyen al engrandecimiento ó ruina de los Estados, no hay otra mas influyente que la educacion. El valor de los ciudadanos constituye la verdadera fuerza de las naciones. En vano poseerán estos dilatados territorios, numerosos ejércitos é instituciones sabiamente combinadas; si los caracteres se enervan y afeminan, la vida se retira del cuerpo social, un crudo trabajo de descomposicion se opera en él, y por una ley tan sabia como inflexible el cadáver desaparece luego, para dar plaza á elementos jóvenes y fecundos. Esta verdad se aplica sobre todo á las democracias. En las monarquías, la voluntad enérgica, el génio de uno solo bastan á veces para imprimir al país entero una impulsión generosa, que aun no siendo mas que

un resplandor pasajero puede deslumbrar y engañar la vista; mas no sucede así en las naciones que se gobiernan por sí mismas. Como en ella no se hacen las cosas sino por consentimiento de todos, si en estos Estados se realizan grandes cosas, debemos deducir que posee una vitalidad poderosa, un vigor incontestable.

El poderoso desenvolvimiento industrial, político y territorial adquirido por los americanos en tan corto tiempo, es claro testimonio á su favor en este punto. ¿Pero cómo se forma y mantiene ese admirable espíritu público que ha llevado su país á tal grado de prosperidad y le ha hecho atravesar recientemente una crisis terrible sin debilitarse? Por medio de la educación dada á la juventud. «La virtud y la inteligencia de los ciudadanos, dice Washington, son las dos garantías indispensables de las instituciones republicanas.»

Desde que pusieron sus piés sobre el suelo del Nuevo-Mundo, comprendieron los colonos que debían formar un todo americano, que para crear en aquellas lejanas soledades sólidos establecimientos, era necesario apoyarse sobre la base de la instrucción y de las creencias religiosas. Ya en 1647, cuando solo hacía veinte y cinco años que habian arribado á la Nueva-Inglaterra, votaban una ley cuyas prescripciones manifiestan la previsorá sabiduría que los animaba. Hombres de fé al mismo tiempo que de acción, comenzaron por invocar la asistencia divina, que-

riendo, como expresamente lo declaran, «arrebatando al enemigo del género humano, las armas que les proporciona la ignorancia de los hombres, esto es, impedir que la santa luz traída de Europa se oscurezca y extinga,» y estas consideraciones, inspiradas por una piedad profunda dan nacimiento al sistema de educación pública mas amplio que jamás ha existido. En una época en que las naciones occidentales miraban todavía la instrucción como el privilegio de un pequeño número, ordenan los legisladores de Massachusetts, que se abran escuelas gratuitas á la juventud en toda la colonia. Toda aldea que contuviera cincuenta habitaciones, debía, segun el texto de la ley, sostener á sus expensas un maestro que enseñase á los niños las primeras nociones de las ciencias, y toda poblacion de doble importancia, debia tener una escuela de *gramática*, cuyos alumnos obtenían una enseñanza sólida y apropiada para ingresar en las universidades, si lo tenían por conveniente. Y no solamente acordaron los autores del decreto las mayores facilidades á cada familia, sino que temiendo la negligencia de los particulares, hicieron obligatoria la enseñanza en toda la extension de la colonia. Una multa de cinco libras esterlinas elevada posteriormente á treinta y hasta á cuarenta castigaba á los padres ó maestros «tan bárbaros» que negaban á sus hijos ó aprendices, una educación considerada como de derecho natural para toda criatura inteligente.

El respeto á la libertad individual, el honor, por la reglamentacion escesiva, hicieron hostil la opinion á estas medidas rigurosas, que no tardaron en caer en desuso; mas no por eso sentían menos los americanos la necesidad de ilustrar al pueblo; sabían que en su país en cada ciudadano partícipe de la soberanía nacional, la ignorancia de las masas puede producir las consecuencias más desastrosas, é hicieron enormes esfuerzos para conjurar el peligro.

Su celo no se ha enfriado hasta nuestros dias. El gobierno no retrocede ante ningun sacrificio cuando se trata de la instruccion pública, cuyo presupuesto escede al de la marina y de la guerra y puede juzgarse de la liberalidad que en esto existe, sabiendo que en algunos Estados absorbe él solo la tercera parte de los impuestos. En cuanto á los particulares, no solo se enorgullecen de pagar para este objeto cuotas que parecerían exorbitantes en otras naciones, sino que fundan cada dia nuevas escuelas. No se ocupan de la instruccion primaria, á la que, como veremos, atiende el Estado de la manera mas completa; sino concentran todos sus esfuerzos en la extension de la enseñanza superior. Aquí lega un comerciante 400.000 duros para la creacion de dos colegios destinados á los jóvenes de uno y otro séxo de la ciudad de Cincinnati; allí un cervecero de Poughkeepsie dá la misma suma para construir una academia, en que se inicie á las mujeres en las mas elevadas especulaciones de las

ciencias: en otra parte un obrero enriquecido por la industria, regala á la ciudad de Ithaca 500.000 duros para fundar una universidad.

El encarnizamiento de la guerra civil, los enormes gastos del ejército federal, la suspensión ó la disminucion del trabajo durante una lucha que absorvía las fuerzas vivas del país, parecería que han debido ejercer triste influencia sobre la prosperidad de las escuelas públicas. Nada menos que eso; jamás votaron las ciudades impuestos mas crecidos ni fueron mas numerosos y considerables los donativos; jamás manifestaron los ciudadanos con mayor energía su voluntad de mantener y extender entre el pueblo, esa institucion que es la salvaguardia de las sociedades democráticas.

«Bajo un gobierno como el nuestro, dice Horacio Mann, es indispensable que la educacion ponga á todos los ciudadanos en estado de cumplir sus deberes civiles y sociales; la justicia le exigirá que sea testigo ó jurado, el Comun y el Estado le pedirán su voto y es necesario que pueda llenar con inteligencia estas funciones inherentes al título de ciudadano de una gran república.»

Daniel Webster, el elocuente orador del Congreso, dice con no menor energía: «De la difusion de las luces entre las masas depende el porvenir de nuestras instituciones. Ningun peligro puede venirnos de fuera, pero no existe en el mundo nacion bastante poderosa para derribarnos; el peli-

gro que yo temo es la indiferencia del pueblo por los asuntos del país: hacedle inteligente y tendrá vigilancia; dadle los medios de descubrir el mal y encontrará el remedio.»

Máximas, que en las naciones del antiguo mundo pasarían por paradójicas, forman la base del orden político de los americanos. Persuadidos de que si los individuos pueden engañarse, la nacion en conjunto desconoce raramente sus verdaderos intereses, se dedican asiduamente á formar ciudadanos capaces de llenar dignamente los deberes que impone la libertad. Una vasta red de escuelas envuelve el territorio de la Union, tomando al niño en su mas tierna edad para dejarlo en la puerta de la academia ó colegios superiores. El rico y el pobre, el hijo del legislador y el del artesano van á sentarse el uno al lado del otro para escribir las mismas lecciones, confundidos en una igualdad perfecta, que las escuelas públicas no se ven allí frecuentadas, como entre nosotros, por los desheredados de la fortuna tan solo, sino instruyen toda la juventud de los Estados-Unidos. En ellas es donde adquieren los americanos ese gusto por la igualdad, ese amor á las instituciones democráticas, que hacen de su pátria una nacion singular en la historia del mundo.

El principio en que descansa el *common schools* no es sin duda aplicable á todas partes. Cada pueblo debe conformar sus leyes ó su carácter, y nada seria mas funesto que seguir in-

variabilmente las mismas reglas cuando las circunstancias difieren. Nuestra intencion no es, pues, preconizar de una manera absoluta las costumbres de los Estados-Unidos; lo que admiramos es el discernimiento con que saben apropiar sus instituciones á sus necesidades, y bajo este aspecto no se puede negar que sus escuelas están en armonia con una democracia como la suya.

Y obtienen por estos aspectos grandes ventajas. Educados en comun los hijos de los pobres y de los ricos, se habituan á simpatizar entre sí, y la sociedad gana en ello el no tener que luchar contra las pasiones envidiosas que la diferencia de condiciones escita con harta frecuencia entre nuestras muchedumbres. El ódio y la desconfianza nacen fácilmente entre los hombres que no tienen el menor contacto, mientras que su contacto diario y los estudios en comun borran esos sentimientos de los corazones americanos. ¿Ni qué rencor ni envidia podrian producirse cuando se abre una carrera ilimitada al paso de cada uno, hallándose rotas todas las barreras y destruidos los principios de tal manera que ninguno puede acusar sino á sí mismo de la inferioridad de su posicion?

Las escuelas son gratuitas, sin que los padres tengan que cuidarse de proporcionar á sus hijos los efectos ni los libros que les sean necesarios. No por eso dejan de estar construidos los establecimientos destinados á la enseñanza pública con notable cuidado, siendo la arquitectura

escolar un arte especial en los Estados-Unidos. Los edificios son espaciosos, las salas ventiladas y templadas de la manera mas inteligente, resplandeciendo por todas partes la luz y el aseo, y hallándose, sobre todo, en las ciudades, ricamente provistas del material que completa las lecciones del maestro.

Los fondos destinados á estos gastos se derivan de dos fuentes; una parte la proporciona el Estado, que en recompensa impone un programa comun á todas las escuelas, y exige relaciones detalladas, cuya publicacion dá á conocer el estado de la enseñanza en cada localidad. Esta subvencion llamada *school fund* forma la cadena que liga entre sí todas las partes de este vasto sistema de instruccion pública: sin ella no existiria la unidad del plan, y el gobierno no ejerceria ninguna inspeccion sobre una materia que por tantos aspectos le interesa.

Los legisladores no han querido, sin embargo, poner las escuelas completamente á cargo del Estado: su único fin era darles ayuda y medios de desenvolvimiento y emulacion, é impedir que el desórden y la confusion se introdujese en ellas. Una vez obtenido este resultado, el carácter libre de los americanos no podia permitir á la administracion central que llegase mas allá. Segun sus doctrinas, el individuo es el solo y el mejor juez de sus propios intereses, y la sociedad no tiene derecho para regular sus actos sino cuando tiene necesidad de su concurso, ó es su conducta

perjudicial á sus conciudadanos. Relativamente al país, cada comuna es una individualidad, y cada poblacion puede establecer sus escuelas, segun sus necesidades y su riqueza, con la sola condicion de conformarse al plan general de los legisladores.

Pero si el Estado deja á las ciudades una amplia parte de iniciativa é independencia, cuenta en cambio con sus celos. Las ciudades se imponen los cargos mas pesados para suplir la insuficiencia de las cantidades que proporciona el gobierno. Los impuestos locales son en Massachusetts seis veces mayores que el *shcool fund*, y en Nueva-York, á pesar de los considerables gastos municipales que exige una capital de su importancia, absorven la quinta parte de ellos.

Variadísimas gradaciones distinguen en los diferentes Estados la organizacion de las escuelas. No pudiendo exponerlos en detalle, nos limitaremos á expresar los caractéres principales del sistema que rige en Nueva-Inglaterra, especialmente en Nueva-York y en Boston, advirtiendo siempre, que esta esposicion no se aplica con exactitud á los distritos del Oeste. En cuanto al Sur, gobernado hace poco por una poderosa aristocracia, y dividido en dos clases separadas por un abismo, la de los plantadores y la de los esclavos, no ofrece ninguna analogia con el Norte. La guerra civil reciente, introduciendo los principios democráticos en esta parte, ha venido, sin embargo, á introducir en ella el sistema de educacion de la Nueva-Inglaterra.

CAPÍTULO VI.

ESCUELAS COMUNES.

Basta examinar el sistema de enseñanza americana para comprender que debe producir una sociedad muy diferente de la nuestra. La *common schools* no se parece en nada á lo que nosotros tenemos en Europa; ni las frecuentan exclusivamente los pobres, ni su programa se limita á los conocimientos elementales, diferencias en que es necesario insistir, porque arrojan una gran luz sobre el órden social y político de los Estados-Unidos.

Entre estos establecimientos los hay de diferentes grados, que el alumno debe franquear sucesivamente, no comprendiendo ninguno de ellos la série completa de los estudios clásicos, sino completándose los unos á los otros. A la edad de cuatro ó cinco años se lleva al niño á la es-

escuela primaria, donde aprende á leer, escribir, contar, y recibir algunas nociones de las artes indispensables á la vida, y lecciones de canto. De allí pasa á la *escuela de gramática*, donde halla profesores encargados de enseñarle ortografía, aritmética, dibujo, física, geografía, historia de los Estados-Unidos y teneduría de libros. Con este pequeño bagaje intelectual, llama á la puerta de la *escuela superior*, que debe completar la educación suficiente para la masa de los ciudadanos. Sus estudios comprenden la literatura inglesa, el latín, la historia antigua y moderna, la moral, las ciencias naturales, y algunas lenguas vivas, que suelen ser generalmente el francés y el alemán.

No todos los niños pueden recibir la instrucción completa, tan liberalmente puesta á su alcance. Aquellos cuyo trabajo es necesario desde tierna edad á sus padres, apenas pasan de la escuela primaria; mas sin embargo, los maestros que emplean aprendices muy jóvenes, están obligados á dejarlos en plena libertad de seguir, dos ó tres meses al menos cada año, los cursos públicos. Estos estudios interrumpidos, parece que no debieran producir resultados satisfactorios; pero la energía del carácter nacional es tanta, que los mismos niños son capaces de una aplicación y de un esfuerzo de inteligencia poco compatibles, de ordinario, con su edad, y que escita con justicia, la admiración de los extranjeros. En los Estados-Unidos, dice un juez competente,

el reverendo Traser, encargado por el gobierno de la Gran-Bretaña para estudiar el sistema de enseñanza del Nuevo-Mundo, adquiere el escolar dos veces mas conocimientos que un inglés en el mismo tiempo. «Este amor que los americanos tienen por el estudio, esplica cómo pueden conciliar las exigencias de la industria con las necesidades de la educacion popular. La escuela y la fábrica marchan á un mismo paso, y no hay país donde el trabajo material esté mas honrado, y la instruccion mas generalmente estendida. Un artesano, una mujer del pueblo, poseen con frecuencia una cultura intelectual que no se esperaria encontrar sino entre las clases ricas y desocupadas. M. Ampere vió en una pequeña ciudad del Ohio á mil obreras seguir un curso de química, y otro viajero pidiendo en una biblioteca cierta obra séria sobre los Países-Bajos, quedó muy sorprendido al saber que se hallaba en poder de una lavandera. Dirigióse á casa de la buena mujer para suplicarle que se lo cediese por uno ó dos dias, ¡Oh! respondió, no me puedo decidir á dárselo antes de acabar su lectura; me interesa mucho; pero puesto que quereis leerlo, retrasaré unas cuantas horas mi trabajo, y os lo enviaré. Estos hechos son característicos. ¡Dichoso el país en que el pueblo tiene sed, no de una literatura mal sana, que desarrolla los malos instintos, sino de lecturas sérias, que fortifican la inteligencia!

Sin embargo, aunque los americanos aman y

buscan la instruccion, solicitan su actividad muchos cuidados, para que tengan tiempo de consagrarse esclusivamente al estudio. «Creo, dice Tocqueville, que no existe en el mundo ningun otro país en que proporcionalmente á la poblacion, se encuentren menos sábios y menos ignorantes que en los Estados Unidos.»

La administracion de los *common schools* está confiada en cada poblacion á una junta cuyos miembros, elejidos por escrutinio secreto, se renuevan anualmente por terceras partes. Estos funcionarios están revestidos de grande autoridad. No cobran, y revocan los profesores, designan los libros de que deben servirse los alumnos cuidando de que el número de las escuelas esté en relacion con la poblacion, abriendo otras nuevas cuando lo consideran necesario. Las ciudades importantes tienen además un *superintendente*, que divide con la junta la direccion de la enseñanza pública, y que tiene bajo sus órdenes los inspectores nombrados por el alcalde para ocuparse de todos los detalles de la administracion. Hace ya algunos años que la solicitud de los ciudadanos ha hecho agregar á esta vigilancia, á pesar de ser tan activa, un nuevo método de inspeccion: cada barrio designa cinco *trustees*, ó curadores, que son responsables de la gestion de las escuelas. Estos representantes del comun no están obligados á intervenir, sino á petición de los inspectores ó del superintendente, y aun que sus funciones sean gratuitas,

las llevan con un celo infatigable; hombres para quienes el tiempo es, sin metáfora de ninguna clase, dinero; negociantes, abogados, mercaderes, consagran bastantes horas cada semana á la visita de los establecimientos escolares, y á asegurarse de la asiduidad de los alumnos y de sus progresos. Es difícil apreciar los excelentes resultados que debe producir semejante concurso de esfuerzos ardientes y entusiastas.

La inteligencia de los profesores y el talento que emplean para poner sus lecciones al alcance de los discípulos no son menos dignos de elogio. A tal maestro, tal discípulo; los niños son sumisos y atentos, porque los profesores saben ser firmes sin dureza, y pacientes sin debilidad; porque mantienen una severa disciplina al mismo tiempo que dan atractivo al estudio, y hacen fácil el cumplimiento del deber. La raza americana tiene una aptitud innata para la enseñanza. Los profesores, penetrados de la importancia de su obra, se consagran á ella con entusiasmo, colocando toda su ambicion en el sostenimiento del renombre de sus escuelas. Saben que educando las generaciones nuevas por el Estado, verifican un acto de patriotismo, é ingresan en la carrera de la enseñanza con tanto ardor como en otros países se precipitan en la carrera de las armas. Y no es que en caso necesario no sepan llevar estas; puede juzgarse sobre ello por el hecho de que en la última guerra figuraban tres mil profesores, alistados voluntariamente casi todos,

solo en el contingente del Estado de Pensylvania.

El aprecio de que la instruccion está rodeada, irradia naturalmente sobre el que la dá. El maestro de una pequeña escuela de aldea ocupa una posicion social que en nada desmerece de la de los majistrados y altos funcionarios. En ninguna parte se ven las huellas de ese desden con que fueron perseguidos por tanto tiempo los pedagogos en Europa. Cierto es tambien que no podria aplicarse á los maestros de la Nueva-Inglaterra la sátira picante de Montaigne: «Así como las aves van en busca del grano y lo llevan en el pico sin tocarlo á sus pequeñuelos, del mismo modo saquean nuestros pedantes la ciencia en los libros, y la toman en el ateneo de sus lábios para desflorarla solamente.» Los profesores americanos, esforzándose en formar hombres, se dirijen á la inteligencia y al corazon, tanto como á la memoria; por eso se ven rodeados de afecto y de respeto. Las familias mas ricas tienen á honra ver figurar sus hijos entre ellos, y los banqueros millonarios, como los miembros del congreso, se complacen en dar á sus hijos la carrera de la enseñanza, no siendo raro encontrar en la sociedad mas escogida de Boston damas que han pasado dos ó tres años de su juventud dirigiendo una escuela, porque este género de trabajo es mirado como una preparacion excelente para los graves deberes de la maternidad.

Por una singular anomalía, los honorarios que reciben los miembros de esta profesion tan

considerada, son escesivamente módicos. Los americanos que pagan á tan alto precio los servicios de todas clases, creen que la enseñanza es una especie de sacerdocio de que la pobreza evangélica forma una de las condiciones esenciales. En un gran número de Estados no llega el salario de los maestros á treinta duros mensuales, siendo aun menor para las mujeres, debiendo tener presente que las cosas indispensables para la vida, el alimento y los vestidos, cuestan en América sesenta por ciento mas caras que en Europa.

Esta insuficiencia de remuneracion se esplica por diversas causas. Por una parte, el número prodigioso de personas que sigue la carrera del profesorado debe hacer bajar naturalmente el nivel de sus salarios; por otra, la educacion está confiada principalmente á las mujeres, ejerciendo su influencia esa ley fatal, que hace su trabajo menos retribuido que el de los hombres en todas partes. De las 10.884 escuelas del Estado de Massachusetts, 9.340 están servidas por mujeres, y esta proporcion aumenta aun en Nueva-York y Filadelfia, á pesar de contarse estas ciudades entre las mas inteligentes é ilustradas de la Union.

Al revés de los Europeos que manifiestan poca estima á los talentos pedagógicos de la mujer y considerarian incompleta la educacion de las hijas sino se terminase por profesores del otro sexo, piensan los americanos, por el contra-

rio, que el hombre no es el mejor maestro de la juventud; no encuentran en él la dulzura y paciencia necesarias, siendo sus dedos muy rudos para manejar esa flor delicada que se llama el alma de un niño. La naturaleza parece mas bien haber hecho de las mujeres las institutrices del género humano; les ha dado el amor inteligente que saben llevar al fondo del corazón, que reprime sin violencia, y obtiene la sumisión y el respeto sin inspirar terror. ¡Cuántos escollos hay que evitar en la árdua tarea de la enseñanza! ¡Cuántas precauciones son necesarias para no marchitar las jóvenes inteligencias al contacto de nuestras amarguras y decepciones! ¡Cuánta abnegación hace falta para absorberse por entero en la investigación de sus aptitudes y tendencias á fin de dirigitas hácia el bien! A los hombres los agitan demasiadas preocupaciones para poder siempre desempeñar con éxito estos trabajos, que en cambio convienen maravillosamente á las mujeres. Accesibles á todas las aspiraciones grandes y generosas, saben inspirarlas á los demás; naturalmente piadosas y puras inculcan el amor á la religion y enseñan á respetar las costumbres; la misma exaltación que se les reprocha, sienta bien á la juventud; mas vale ser á los veinte años accesible al entusiasmo que sentir el frio y estéril decaimiento de la vejez.

«Es imposible, dice un informe de la Junta de Nueva-York, evaluar tan alto como es debido la bienhechora influencia que ejerce en nues-

tras escuelas la enseñanza de las mujeres. Solo ellas son capaces de encender la llama santa que justifica las almas y despoja el carácter de sus escorias, como un metal depurado en el fuego. La ternura que se exala de sus corazones, les dá un poder mayor que el de los hombres con sus teorías reformadoras, sus reglas austeras y sus sistemas inflexibles; su duizura triunfa del espíritu rebelde, que el rigor solo conseguiria irritar; sus persuasivos reproches obran mas seguramente que las demostraciones de una fria dialéctica.

¿Quiere esto decir que no haya que reprochar nada en la manera de considerar la cuestion de enseñanza que tienen los americanos? Confesamos cuantas simpatías nos inspira el sistema que encomienda á las mujeres la educacion de la infancia; mas sin hablar de esos discípulos de negra barba, cuya presencia en medio del auditorio de una jóven profesora choca tanto á nuestras ideas, debemos señalar lamentables defectos en las escuelas de los Estados-Unidos. Los profesores reciben, como hemos dicho, retribuciones mezquinas, y con frecuencia no se ajustan mas que por un trimestre, quedando suprimidos sus honorarios durante largas é inciertas vacaciones. Su existencia es, pues, muy precaria, y tienen que imponerse innumerables privaciones, las cuales unidas al ardor con que se dedican á su fatigosa mision, alteran rápidamente su salud. Es difícil que una mujer pueda soportar mas de

cuatro ó cinco años este género de vida, y los hombres consideran el profesorado como una obra de abnegacion á que se consagra una parte de la juventud, abandonándola luego por un trabajo mas lucrativo. Pocos maestros se hallan en los Estados-Unidos que pasen de treinta años y apenas se halla en las grandes ciudades algunos que sostengan su poderosa vocacion. A estos veteranos, se concede por favor excepcional un salario casi tan elevado como el de un obrero ordinario, y viven en una dichosa medianía, engañando la monotonía de sus ocupaciones cotidianas con el cultivo de las artes y las letras.

Pero esta quietud de espíritu, esta total ausencia de ambicion, son cosas raras en los Estados-Unidos: la mayor parte de los profesores dejan la carrera sin porvenir del profesorado; las mujeres por el matrimonio y los hombres por la gran puerta siempre abierta á las grandes empresas industriales. Durante el corto período en que se dedican á la enseñanza pública, la actividad febril de sus caracteres les impulsa á cambiar incesantemente de residencia, hallándose muy pocos que permanezcan en la misma escuela un año entero. Sucede, pues, que en el momento en que el maestro llega á adquirir alguna influencia sobre sus discípulos, en que los ha familiarizado con su método, y en que podria en una palabra, serles mas útil, los deja para comenzar con nuevos gastos nuevas tentativas. Esta inestabilidad perjudica mucho á los progre-

sos de la infancia; los hombres graves lo conocen y se preocupan con ello; pero hasta ahora no han sido escuchados sus consejos.

La inesperienza de los jóvenes empleados en las escuelas primarias debe contarse tambien entre las causas que impiden al sistema americano producir todos los frutos que la amplitud y fecundidad de su principio generador parecian prometer. Se exige poca ciencia á los maestros encargados de dirigir estos establecimientos, y aunque no se necesita mucha para enseñar á los niños las nociones mas elementales, estas funciones exigen, sin embargo, por modestas que parezcan, un fondo de discernimiento, una sabiduría de método, de que una profesora de diez y siete años, apenas salida de los bancos del aula, es rara vez capaz. Lo mismo que el hombre hecho conserva siempre huellas de las impresiones recibidas en su tierna edad, toda la educacion se resiente de la direccion defectuosa de los primeros estudios. En algunos estados, principalmente en Boston, empieza á reconocerse esto. La Junta de enseñanza pública ha hecho sufrir los mismos exámenes y señalado los mismos honorarios á los maestros de las escuelas de diferentes grados, resultando de ello que los maestros de los establecimientos primarios tengan menos impaciencia por subir á los grados superiores, permaneciendo mas largo tiempo en el mismo puesto y recibiendo sus discípulos lecciones mas continuadas y metódicas.

Expuestos ya á grandes rasgos los principales caracteres de la enseñanza, entremos en una escuela. Delante de nosotros, sobre una altura que domina la poblacion, se eleva un edificio de grande apariencia; mas de dos mil escolares vienen á recibir en él, unos la instruccion primaria y otros la de segundo grado, porque ambas suelen estar, como aquí, unidas bajo el mismo techo. Mientras admiramos las bellas proporciones del edificio, una turba de niños se encuentra como nosotros á su entrada. Mas ¿qué es esto? ¿Niños y niñas entran por la misma puerta y reciben las mismas lecciones? Sin duda; y no es la menor de las singularidades de un pueblo singular la de haber concebido el atrevido pensamiento de esa educacion comun, considerada en todas partes tan peligrosa.

«Nuestros hijos son honrados, dicen, ignoran la existencia de los malos pensamientos, se consideran como hermanos y hermanas y no vemos ningun inconveniente en que la escuela reproduzca la imágen de la familia. Por el contrario hallamos grandes ventajas en ello. Nuestras hijas adquieren con este contacto la energía y el desarrollo intelectual que harán de ellas esposas y madres dignas de realizar la santa mision unida á este título; nuestros hijos aprenden con él á respetar á las mujeres y á considerar en mucho su inteligencia y su corazon. Las relaciones fraternales comienzan así en la infancia y continúan en el mundo. Nuestros jóvenes, educados en

compañía, se encuentran sin emoción y sin esa animosidad peligrosa que excita lo desconocido. Esto en cuanto á las costumbres; en cuanto al trabajo se gana mas todavía. Las niñas tienen la inteligencia viva, y llevan ventajas en los primeros estudios á los chicos; estos por su parte, avergonzándose de dejarse vencer por sus compañeras, redoblan sus esfuerzos, y disfrutamos así una saludable emulación.»

La pureza de las costumbres americanas impide que la educación comun produzca los funestos resultados que en otros puntos. No hay que creer, sin embargo, que se halle tan universalmente extendida y aprobada como se dice. Por lo general los niños de uno y otro sexo se hallan reunidos en las escuelas primarias y separados en las otras; tal es á lo menos la regla seguida en Nueva-York, pero en este punto como en todos los que no tocan á los intereses comunes de la nación, sigue cada Estado sus costumbres particulares. Así es que en Baltimore los establecimientos escolares de los diferentes grados son distintos para varones y hembras, mientras que en Chicago y Nueva-Haren sucede lo contrario. Boston, la ciudad culta, la Atenas de América, parece hallarse aun indecisa sobre el particular, dividiéndose sus escuelas entre los dos sistemas. Algunos padres temen enviar sus hijas á los establecimientos primarios, abiertos á los dos sexos por temor de que contraigan las maneras groseras de los niños pobres; pero no encuentran nin-

gun inconveniente en dejarlas seguir los cursos comunes de gramática, en que el número de escolares de la clase baja es ya mucho menos considerable. Otros que no oponen ninguna objeción á la educación comun hasta la edad de doce ó trece años, la consideran peligrosa cuando los alumnos llegan á la adolescencia.

Mientras nosotros nos hemos detenido á recoger estas noticias han entrado ya los niños en la escuela. Pasemos á nuestra vez el dintel y veamos como funciona esta original organizacion. Los acordes de un piano nos atraen hacia una sala espaciosa en que una jóven de veinte años, una de las maestras sin duda, ejecuta una bellísima sinfonía de Beethoven. Sus alumnos, varones y hembras, alineados unos á derecha y otros á izquierda de la sala ejecutan al compás del instrumento una especie de danza, acompañada de graciosos movimientos de brazos que constituyen un excelente ejercicio gimnástico. Las cadenas se forman, se enlazan y se deshacen con una precision admirable; cada uno vuelve despues á su puesto y permanece inmóvil.

En medio del profundo silencio que reina ya en la sala, se adelanta el jefe de la escuela y dice con tono afectuoso:

—Buenos dias, hijos míos.

—Buenos dias, maestro, responden en coro los alumnos.

Esta salutacion lacónica es todo lo que permite la sencillez americana. El gefe empieza en-

tonces la lectura de algun pasage de la Biblia, y mientras la palabra santa descende de sus lábios, es curioso seguir sobre la fisonomía de su jóven auditorio las impresiones que despierta en su alma. No hay un solo semblante que espese la distraccion ó el fastidio; viéndose que se ha acostumbrado á los niños á recibir desde luego con respeto la enseñanza divina. Ningun comentario acompaña, no obstante al texto, haciendo resaltar su belleza moral suponiéndolo al nivel de aquellas sencillas inteligencias. Para explicar un hecho tan singular en un pueblo tan religioso como el americano, es necesario hacerse cargo de cual es en él el estado de las creencias. Fatalmente divididas por el protestantismo en una multitud de comuniones diferentes, trátase á lo menos de ahogar el espíritu de secta, que podria ocasionar tan graves desórdenes en una sociedad en que la represion es tan débil. Entre tantas congregaciones rivales no seria posible al gobierno dar la preferencia á una sin herir á las otras y tener enseguida contra sí á la gran mayoría de los ciudadanos. La separacion de la Iglesia y el Estado ha sido, pues, uno de los principios fundamentales de las instituciones americanas.

Era, sin embargo, muy difícil conciliar esta regla con la organizacion de las escuelas comunes. Se empezó por prohibir á los maestros explicar ni interpretar la Biblia; temiendo despues que la manera con que el encadenamiento

de los hechos se presentase á los niños, influyera todavía en favor de una creencia sobre otras, se mandó que las lecturas se hicieran al acaso sin continuacion ni método en el libro sagrado. Esto casi era escluir la enseñanza religiosa, y aunque el celo de la familia atenúe los malos efectos de esta abstencion de la escuela, comienza á ser vivamente deplorada por muchos espíritus verdaderamente cristianos.

La oracion dominical, única plegaria en que todas las sectas están de acuerdo, termina este corto ejercicio, durante el cual los alumnos se sientan ó permanecen de pié con una exactitud militar. La jóven maestra que no ha abandonado el piano desde donde ha dado la señal de las diferentes evoluciones, preludia un himno patriótico que los escolares entonan con entusiasmo; acompañando las palabras con una mímica espresiva.

Nada podria pintar la animacion que brilla en la mirada de los niños. El amor apasionado de la pátria es uno de los caracteres distintivos de los americanos; desde la mas tierna edad se exalta en ellos este sentimiento que ha producido milagros en la última guerra. El extranjero podrá sonreir por la exageracion con que se envanecen de las grandezas y virtudes de su país; pero en ello está el secreto de su fuerza. Semejantes á los hijos de familias ilustres, que ven en los actos de sus antepasados la obligacion de no decaer y de mantener á grande altura el

nombre de sus casas, los ciudadanos de los Estados piensan siempre en no desmerecer del nombre de americanos, siendo la consideracion que conceden á este nombre un poderoso estímulo para realizar los actos mas nobles. Esta confianza generosa, nos parece preferible al exceso de modestia que lleva á otros pueblos á presentar como insoportable el peso de sus defectos y á llegar por este camino hasta la duda y el desfallecimiento. «Mas vale para una nacion, dice Mr. Ampere, respetarse y admirarse con algun exceso, que denigrarse ella misma, y tenerse una filosófica compasion.»

Despues del cántico resuena de nuevo la marcha de Beethoven; vuelven á formarse en columnas los alumnos y tornan á sus clases respectivas en el mismo órden y con la misma disciplina: las maniobras de un regimiento-modelo, no serian mas perfectas.

La sala en que entramos, está admirablemente dispuesta para el estudio: dibujos de historia natural, figuras geométricas y físicas, y mapas geográficos, tapizan los muros: debajo se extiende á nuestra vista entre los lados de la pieza un cuadro oscuro, que constituye otro perfeccionamiento.

En vez de las largas filas de mesas y bancos, usadas entre nosotros, y merced á las cuales la disipacion llega á hacerse tan contagiosa, viéndose separado de su trabajo á cada instante el escolar estudioso por los juegos y la ligereza

de sus vecinos, encierra la clase, que examinamos en este momento, cierto número de pupitres aseados y brillantes como espejos, y de asientos particulares correspondientes á ellos. Cada estudiante tiene el suyo, y cuatro enverjados que se cruzan en torno suyo, le aislan por todas partes. De esta manera, si se distrae, es porque quiere, y la responsabilidad es exclusivamente suya, sintiéndose menos tentado para hacerlo, porque la mayor parte de las faltas que cometen los chicos, y podria decirse que tambien los hombres, proviene de haberse arrastrado á cometerlos los unos á los otros.

La leccion á que asistimos primero es un curso de aritmética, estudio muy estendido en este pueblo comerciante. Se presentan á los alumnos problemas complicados; los jóvenes, colocados al lado derecho de la sala, se dedican con ardor á su resolucion por no ser adelantados por sus compañeros; todas las frentes se inclinan en la actitud de una obstinada aplicacion. Esto nos proporciona la ocasion de examinar, y no sin trizteza, los efectos de una tension de espíritu demasiado viva en aquellas frágiles organizaciones. La mayor parte de los niños tienen una palidez enfermiza; sus mejillas y sus ojos hundidos, sus espaldas encorvadas antes de tiempo, todo anuncia un desarrollo escesivo de las facultades mentales que no se adquiere sino á espensas de la salud.

Se han adoptado, sin embargo, las disposicio-

nes mas sábias para restringir las horas de estudio, y se han prescrito ejercicios físicos; mas se han egercido mal ó no han producido los resultados que se esperaban. La raza americana, tan fuerte en su origen, ha perdido hoy su vigor, y esta degeneracion se origina probablemente de que no ha sabido mantener un saludable equilibrio entre el espíritu y el cuerpo.

El problema propuesto á los alumnos se halla ya resuelto, siendo las niñas las que por mayor viveza ó esactitud de cálculo han obtenido la victoria. Pasando entonces á la leccion oral, la jóven maestra propone á su auditorio de doce años, cuestiones que embarazarian á mas de una cabeza grís, por ejemplo:

«Dadas las cinco séptimas partes de cincuenta y seis, averiguar cuantas decenas componen sus diez quintas partes.»

Veinte manos se levantan á la vez, porque ha bastado á aquellos niños un minuto de reflexion para despojar la fórmula de la apariencia compleja y reducirla, sin ayuda de papel ni lápiz, á sus proporciones mas sencillas. Esta especie de gimnasia mental, que puede considerarse á primera vista como un juego pueril, forma la inteligencia de los niños, les enseña á no dejarse asustar por las grandes frases y las palabras sonoras, sino penetrar en el fondo de las cosas; y mas tarde trasladar á la vida cotidiana la costumbre que así han adquirido, ganando con ello su carácter, el no conocer las vacilaciones

que con tanta frecuencia producen las dificultades imaginarias.

A la aritmética sigue la geografía, consagrándosele de ordinario dos lecciones por semana. El país que conocen mejor los niños y cuyos menores detalles reproducen los mapas colgados en los muros, es naturalmente el suyo; sin embargo, por galantería hácia nosotros, se ha propuesto que se ocupen hoy exclusivamente de Francia.

Esta galantería nos ha parecido demasiado atrevida. ¿Qué colegial de doce años podría hablar entre nosotros durante una hora, sobre las montañas, los rios y los lagos de los Estados Unidos, la constitucion geológica del suelo y sus productos naturales? Pues con gran sorpresa nuestra, los jóvenes *yankees* salieron con lucimiento de la prueba. Mientras uno de ellos describia el curso del Loira, los otros de pié ante la pizarra ó encerado que cubre en gran parte la pared de la sala, marcan con el lápiz las sinuosidades del rio, indican la posicion de las ciudades, la forma de los departamentos que atraviesa, y de esta manera la atencion de toda la clase está despierta, aprovechando todos la leccion de cada uno y rectificándose ellos mismos los errores, mas que el profesor. Este método se aplica con iguales ventajas al álgebra, á la geometría y á las ciencias naturales; gracias á él se establece entre los escolares un nivel de instruccion y no se halla, como sucede con

frecuencia en Europa, una especie de aristocracia escolar, concentrando sobre sí los esfuerzos del profesor, en tanto que la plebe permanece tranquilamente en la ignorancia y en la pereza.

Pasemos en silencio la lectura en alta voz, en que es forzoso confesar que brillan poco los americanos, para fijarnos en la parte mas viva de su enseñanza, la historia y la improvisacion. El estudio de los pueblos antiguos y aun el de la Edad Media, ocupan poco en las escuelas comunes: es lícito á los niños ignorar las épocas precisas de las batallas de Leutrec y Mantinea; pero no el que sepan los menores hechos ocurridos en su país, que conozcan la vida de sus grandes hombres y se penetren de su ejemplo. La Constitucion de los Estados-Unidos se lee á los escolares una vez por semana, y un ardiente patriotismo inspira frases elocuentísimas á los maestros para hacer resaltar su sabiduría y grandeza; en una palabra, la educacion entera tiene por objeto inculcar á los niños el amor del órden y la libertad, la idolatría por las instituciones de su pátria. Si en el Sur hubiera habido escuelas semejantes, no habria ensangrentado la guerra el territorio de la Union.

A una señal de la maestra se levanta uno de los alumnos. La fisonomía espresiva, la notable inteligencia que manifiesta su mirada, escitan desde luego el interés. Es el hijo de un pobre artesano del pueblo que hace dos años está

empleado como aprendiz en un taller mecánico. ¿Con qué vá á ocuparnos este niño, formado en los rudos trabajos de la industria?

«Decidnos, se le pregunta, lo que pensais acerca del derecho de sufragio, concedido á los negros.»

El jóven escolar se recoge algunos instantes, y despues, sin desconcertarse por la presencia de sus camaradas y de los numerosos visitantes que asisten como nosotros á la leccion, comienza á exponer con voz tranquila el estado de la cuestion, refuta los argumentos que se emplean ordinariamente por los que combaten los derechos de los negros, examina en seguida los intereses del país y la armonía con los grandes principios de justicia y fraternidad. A medida que habla se anima su fisonomía, su voz vibra y se enardece, se olvidan su pronunciacion incorrecta y sus faltas de lenguaje, (los americanos se ocupan poco del purismo) y no se piensa sino en la conviccion generosa, en el precoz buen sentido, en el verdadero talento oratorio que resaltan en su improvisado discurso. No hay necesidad de decir que el futuro tribuno ha encontrado la manera de introducir en él un pomposo elogio de su pátria, que siempre y por todas partes los Estados-Unidos son la idea fija de los americanos, y todos los caminos los conducen al objeto de su culto.

Así es como uno tras otro se someten á los niños los grandes problemas sociales; la escuela

no es el plácido asilo del recogimiento y el estudio: las agitaciones de las tribunas tienen allí su reflejo. Por lo demás, los jóvenes oradores tienen completa libertad de opiniones; pueden sostener á su gusto el pró ó el contra, sin que el maestro trate de cohibir de manera alguna su independencia.

El conjunto de la educacion en todos los establecimientos públicos se dirige, en resúmen, hácia la política; se vé en el niño al ciudadano, al miembro activo de una sociedad libre, mas bien que al hombre privado, al futuro padre de familia, y bajo este aspecto, el sistema de escuelas comunes produce resultados que escitan con justicia la admiracion de los extranjeros.

«La inteligencia que dedica este pueblo á los negocios públicos es verdaderamente notable, dice Mr. Traser; si por el sentido político y la actividad de pensamiento en las cuestiones gubernativas, se compara un artesano americano con un inglés de la misma profesion, queda uno maravillado de la enorme diferencia que existe entre ellos. He oido decir que en los Estados del Este los labradores, ocupados en conducir el arado, detienen con placer sus bueyes para discutir un complicado problema matemático. Imagino, sin embargo, que si interrumpen su rústico trabajo para entrar en el campo del pensamiento, preferirán la política al cálculo diferencial y se ocuparán mas de las actualidades concretas que de las abstractas especulaciones

algebraicas. Sea como quiera, todo el mundo cree indispensable en los Estados-Unidos enseñar á los niños los principios de la Constitucion que los rigen, y los deberes que tienen que cumplir con sus conciudadanos y con la nacion.»

Esta confesion de superioridad política en la boca de un inglés, delegado por su gobierno para hacerle conocer la situacion de un país rival ¿no tiene grande elocuencia?

CAPÍTULO VII.

ENSEÑANZA SUPERIOR.

Después de habernos asegurado de la solicitud del Estado por la educación de la juventud, no deja de producir sorpresa el saber que permanece completamente extraño á la dirección de las escuelas superiores. Nada de Universidad oficial; de profesores costeados por el gobierno; se dá á todos los ciudadanos una instrucción completa, suficiente para la inmensa mayoría, y las ciencias mas elevadas, cuyo cultivo exige un tiempo que solo tienen las clases ricas, se considera que no tiene que proporcionarlas un Estado democrático. A las familias opulentas es á las que corresponde pagar la enseñanza particular que quieren para sus hijos, y puesto que ellas la costean exclusivamente, justo es que la arreglen á su gusto.

En un país en que la iniciativa individual es tan activa, se puede entregar á los particulares sin temor alguno el cuidado de las escuelas y academias. La administracion central no ha dejado entre sus manos los establecimientos primarios porque queria imprimir al pais un sello de unidad que las instituciones democráticas tienden frecuentemente á destruir, por medio de la educacion de la infancia. Conseguido este objeto, se retira, pero los individuos continúan su obra en el punto en que la ha dejado.

Una multitud de academias nace por todas partes, dotadas por la generosidad pública; lo que la monarquía y la aristocracia hacian en Europa durante la Edad Media, lo ejecutan hoy en América, mercaderes é industriales. Nada es mas fácil que fundar un colegio: el Estado no rehusa jamás conceder la autorizacion, y los particulares abren diariamente su bolsa con el mismo objeto. Los artesanos y labradores tan pobres que no pueden dar testimonio de su celo con dinero, lo dan con frutos. En la Universidad de Cambridge, cerca de Boston, se conservan los nombres de los humildes bienhechores que le han llevado, algunos metros de tela los unos, una sarten de estaño, una cuchara, un plato, etc., los otros.

Estos establecimientos tienen, como los nuestros oficiales, la facultad de conferir todos los grados, haciendo doctores en derecho y en teología. Su programa de estudios es muy vasto; comprende el griego, el latin, las antigüedades clásicas.

sicas, historia antigua y moderna, las diferentes literaturas europeas, filosofía, un curso completo de matemáticas trascendentales, la astronomía, mineralogía, geología etc. Sábios maestros, que hacen ir á veces de Europa, ejercen el profesorado en estos colegios, y sus fundadores no perdonan ningun medio para hacer la enseñanza tan completa como sea posible.

No siempre obtienen, sin embargo, sus esfuerzos un éxito satisfactorio; pero es necesario atribuirlo al estado del país, no á la insuficiencia de la instrucción superior. La cultura intelectual mas superior es el lujo de las sociedades, y no la consiguen sino aquellas que enriquecidas por el trabajo de numerosas generaciones, tienen tiempo sobrado para dedicarse á los trabajos intelectuales. La América es aun demasiado jóven para poder dedicarse exclusivamente á la ciencia; aun se abren á su trabajo inmensos horizontes; territorios que conquistar á la barbarie, bosques que explorar, ciudades que construir, canales, caminos de hierro, puentes, comercio, industria, marina, todo lo solicita á la vez, todo despierta en ella la unidad calenturienta de la acción. En tales circunstancias ¿cómo han de conservarse los jóvenes durante los mas hermosos años de su vida detrás de los muros de un colegio á enflaquecer con los libros científicos? Los que quieren adquirir una instrucción apróposito para colocarse por encima de la muchedumbre, abrevian cuanto pueden el tiempo que á su pesar dedican

al estudio. Saliendo cerca de los diez y siete años de las escuelas comunes, á los veinte y uno pretenden haber recorrido el vasto círculo de los conocimientos humanos; cuatro años deben bastarles para aprender todas las materias que figuran en el programa de la academia, y es inútil añadir que despues de este período pueden llegar á ser hábiles negociantes y miembros influyentes del Congreso, pero están muy léjos de ser sábios.

Pero aunque la actividad inquieta del pueblo americano, le impide consagrar á la ciencia el tiempo necesario, no se puede negar que aplican al estudio una rara inteligencia y una poderosa energía de voluntad. Durante estos cortos cuatro años, se asimilan los jóvenes una dosis de instruccion verdaderamente extraordinaria. Todo favorece por lo demás en torno suyo el recogimiento del espíritu. Las academias no se hallan situadas en medio de las ciudades, el estrépito del comercio y los negocios no llega nunca hasta sus muros; la mayor parte forman pequeñas aldeas llenas de sombra y silencio, en que el ladrillo rojo de los pabellones destinados á los profesores, se oculta discretamente bajo el verde oscuro de los árboles. Cuando se ha puesto el pié en aquellos santuarios, parece que se está muy léjos de la industriosa y agitada América; las grandes naves de los edificios donde se aloja á los alumnos, tienen un aspecto pacífico que hace recordar los monasterios de la Edad Media.

Los maestros encargados de instruir la ju-

ventud en estos retiros tan bien protegidos contra las influencias de fuera, suelen ser sábios de primer orden. La liberalidad pública ha dotado á los principales colegios de observatorios, aparatos de física, gabinetes de historia natural y de anatomía, que envidiarían muchas ciudades del viejo continente. La universidad Harvand ó de Cambridge posee uno de los primeros telescopios del mundo, ha costado 20.000 duros y 5.000 el trozo de granito que lo sostiene. Una nebulosa que habia resistido á los refractores de dos Herschell y hasta al espejo objetivo de lord Ross, ha cedido ante el poder de este magnífico instrumento. El museo de Zoología, creado en el mismo colegio por Monsieur Agassiz, profesor europeo, no es menos notable, y contiene acaso la colección mas numerosa y mejor organizada que se conoce.

Las academias están dirigidas por una sociedad de *trustees* que administran los bienes de la comunidad, confieren los grados, eligen los profesores y ordenan en una palabra, todos los detalles administrativos. En la mayor parte de los Estados se abstiene el gobierno de toda ingerencia; solo en Nueva York y en Massachusetts concede á los cuerpos universitarios algunos subsidios, con la condicion de aceptar cierta intervencion, reducida á un derecho de *veto* que rara vez se ejercita.

La libertad de enseñanza no es el solo carácter que distingue los colegios de la Nueva-Inglaterra. Mientras una deplorable costumbre aisla

entre nosotros los estudios superiores de la religion, y habitúa la juventud á mirar la ciencia y la fé como dos enemigos irreconciliables, los americanos fortifican su fé al mismo tiempo que desarrollan su inteligencia. En los establecimientos primarios hemos visto que el culto ocupa poco lugar, porque se deja á la familia el cuidado de completar la obra. Pero á la edad en que las pasiones se despiertan, en que la razon se hincha con una tintura de saber, levantándose orgullosa y agresiva, se considera necesario redoblar la solicitud en este punto. La mayor parte de las Academias están bajo la advocacion de una iglesia, representando en ellas un gran papel la enseñanza religiosa. Aun en aquellas en que se admiten alumnos de todas las religiones y se deja á los judíos guardar el sábado y á los católicos celebrar todas las fiestas de su culto; no es lícito á nadie ser indiferente ó incrédulo; los protestantes deben ir al templo una vez al dia y dos los domingos y el que deje de hacerlo tres veces en cuatro años es expulsado. Tal es en la libre y tolerante América la fuerza del sentimiento religioso, que se creería haber hecho traicion á los intereses de la pátria, de la sociedad y la familia, sino se basase toda la educacion sobre la fé.

Esto nos trae á la mente una anécdota bastante curiosa. Un viajero europeo comía en mesa redonda en la posada de una pequeña ciudad recientemente conquistada á los bosques. Recayendo la conversacion sobre materias religiosas

se emitieron las opiniones mas distintas; uno era metodista, otro unitario, un irlandés defendió contra un cuáquero el catolicismo de sus padres. Uno de los comensales, volviéndose hácia el europeo que sonreía irónicamente presenciando aquella discordancia, le preguntó súbitamente: —¿Y vos, que pareceis terneros lástima, cual es vuestro símbolo? —Yo, respondió nuestro hombre, considero la religion como eterna fuente de discusiones y disputas, y creo que lo mejor es no tener ninguna.

—¡No tener religion! exclamó el dueño de la posada. Caballero, hacedme el favor de tomar la puerta, nosotros no damos albergue á un hombre que no cree en nada.

Acaso habrá quien encuentre el celo del digno americano algo escesivo; no tratamos nosotros de presentarlo como un modelo de caridad cristiana, pero su respuesta pinta gráficamente el sentimiento que domina en los Estados-Unidos; la convicción profunda de la necesidad de creencias religiosas.

Si la fé sincera sostiene la pureza de costumbres, el amor del estudio borra los pensamientos peligrosos y frívolos. Esto solo explica el éxito de la medida peligrosa y hasta osada, adoptada en muchos colegios del Norte y del Oeste, que consiste en reunir en la misma clase muchachos y doncellas de diez y ocho á veinte años. Como estas universidades forman la parte menos conocida de la enseñanza superior americana, pa-

ra dar una idea de ellas vamos á dirigirnos con el lector al colegio mixto mas antiguo é importante: Oberlin en el Ohio.

Una vez en la fonda que está á la entrada del pueblo, preguntamos por el camino del colegio. El transeunte abre los ojos espantados y exclama:

—¿La academia? ¡pues si está por todas partes en torno vuestro!

Oberlin no se compone, en efecto, sino de edificios afectos á los estudios ó de casas ocupadas por los profesores, por los estudiantes y por los que de una ú otra manera proveen á las necesidades materiales del establecimiento. El conjunto formar una pequeña poblacion de unas cuatro mil almas, cuyas calles irregulares y cuyas habitaciones de madera separadas por grandes jardines, han conservado su aspecto primitivo.

La fundacion de Oberlin tuvo lugar hace mas de cuarenta años. Espesos bosques, donde jamás habia penetrado el hacha, cubrían antes esta parte del Ohio. Los senderos de los cazadores indios, atravesaban solamente estas soledades y los ahullidos de los lobos, los silbidos de las serpientes ó la caída de algunos árboles seculares, eran los únicos ruidos que alli podían oirse.

El reverendo Shipherd, pastor de una iglesia presbiteriana, obtuvo sin gran esfuerzo la concesion de algunas hectáreas de tierra en estos lugares salvajes para establecer una escuela. La empresa era difícil, pero el fundador del nuevo

colegio esperaba grandes resultados de ella. Quería á la vez favorecer la expansion de las doctrinas religiosas y organizar un vasto sistema de educacion para los dos séxos. La tentativa tenia grande importancia á causa del desenvolvimiento que toma hoy la América del Oeste.

Ohio es uno de los principales focos de donde irradiaba la luz intelectual y moral sobre los distritos de Missouri y de Arkansas. La escuela se abrió el dia de Navidad. Un año despues se habian reunido ya cien escolares en esta universidad perdida en medio del desierto, y á la que no podia llegarse sino por caminos casi impracticables.

Este resultado inmediato se debió á una causa poderosa. El reverendo Shipherd realizaba una verdadera revolucion en la enseñanza superior. Hasta entonces el elevado precio de los cursos, la dificultad para consagrar al estudio los años que reclaman un trabajo mas lucrativo, habian limitado la asistencia á las universidades á una pequeña aristocracia intelectual. La creacion de Oberlin era la ciencia puesta al alcance de todos. No solamente se daba la enseñanza por precio fabulosamente módico,—doce duros el año entero—sino se permitía á los estudiantes pobres dedicarse á un trabajo manual cuyo producto pudiera subvenir á sus necesidades cotidianas. Una jóven se escusó un dia de asistir á la clase de física por tener que acabar un vestido cuyo producto dedicaba al pago de la familia que la alo-

jaba. Otra vez fué un zapatero que tenia que acabar el calzado.

No hay que imaginar que se encontrará en Oberlin la distincion que es casi siempre el carácter distintivo de las personas instruidas; los estudiantes estiran sus piernas sobre los pupitres hasta que sus piés se encuentran á la altura de la cabeza, segun la costumbre americana; tienen la voz ruda y los modales groseros. Pero estos alumnos cuyo aspecto deja tanto que desear, pertenecen á la clase pobre, son obreros, hijos de simples leñadores que dan tregua por algun tiempo á los trabajos de su estado para adquirir una instruccion sólida; entre ellos se hallan hasta voluntarios á quienes la paz devuelve á la vida civil y que dedican al estudio el mismo ardor que antes dedicaban á combatir los soldados de Lee. ¡Cosa admirable! Estos muchachos están mezclados durante las lecciones con encantadoras doncellas de diez y ocho años, tienen por profesores otras casi de la misma edad, sin que el órden se turbe un solo instante, ni se oiga jamás una palabra inconveniente.

No menos atrevida ha sido la innovacion que ha llamado á los negros á participar de la instruccion tan liberalmente ofrecida á los blancos de los dos séxos. Conocida es la preocupacion que, aun en los Estados del Norte, marca á los negros con una especie de reprobacion. En ellos se mira la esclavitud como un crimen, es cierto, mas no por eso deja de estar prohibido á los

mulatos subir á los coches públicos; en un vapor no puede sentarse á la mesa redonda, y al principio de la última guerra no les era lícito ni aun morir en el campo de batalla por la libertad de su raza; su sangre confundida en el campo de batalla con la de los blancos, hubiera mancillado la de estos. Mr. Ampere refiere la impresion penosa que le produjo la discrecion de un mozo de fonda, negro, que dándole la vuelta de una moneda, habia evitado cuidadosamente tocar su mano. Las escuelas comunes de Nueva-Inglaterra proclamaban, es verdad, que estaban abiertas á los niños de color como á los blancos; pero esta tentativa generosa honraba la legislacion sin cambiar las costumbres. Mr. Shipherd no temió atacar de frente las preocupaciones, y decidió que los estudiantes negros serian admitidos en Oberlin bajo un pié de igualdad perfecta. Esta medida provocó al principio una viva oposicion; pero el presidente de la nueva universidad no se desanimó ni por las protestas de los enemigos de la raza negra, ni por los consejos timoratos de algunos filántropos que le censuraban por dar á los desgraciados, colocados fuera del derecho comun, una educacion apropiada tan solo para hacerles sentir con mayor amargura la tristeza de su situacion. Los jóvenes de color, educados en la universidad de Oberlin, llevan con efecto en su rostro el sello de una melancolía profunda, saben cuantos obstáculos se levantan aun contra ellos;

mas ¿cómo se han de derribar nunca las barreras sociales que aprisionan á los negros aun despues de su emancipacion sino manifestando que son susceptible de un elevado desenvolvimiento moral é intelectual y que por tanto las inícuas preocupaciones que los colocan á un nivel mas bajo que el de la sociedad ni aun tienen sombra de pretesto?

Al mismo tiempo que las doctrinas anti-esclavistas encontraban en Oberlin poderosos auxiliares, se formaba allí una floreciente escuela teológica cuyos miembros, animados del espíritu de los antiguos puritanos se esparcían durante las vacaciones en las ciudades vecinas, enseñando la fé presbiteriana y predicando la templanza y la sencillez. Una muchedumbre de adeptos oia sus palabras y venia á engrosar la poblacion del colegio, ó si se quiere, de la comunidad, porque las academias del Oeste tienen mas carácter religioso que literario. En Oberlin comienzan invariablemente las clases con un himno ó una invocacion: reuniones piadosas, *prayer-meetings*, tienen lugar casi todos los dias, y los jóvenes asistentes manifiestan en ellos un fervor ascético. Unos se levantan con los ojos llenos de lágrimas para acusarse de no poseer una fé bastante firme, y piden á la asamblea la ayuda de sus plegarias; otros con el rostro radiante de entusiasmo glorifican al Señor Jesús por haberles sacado del abismo, y todos sucesivamente expresan en términos llenos de reconocimiento el

bien que la religion ha hecho á sus almas.

Pero no se crea que estos ardientes neófitos están sumergidos en la contemplacion. Apenas terminado el piadoso ejercicio que acabamos de describir y sin salir de la capilla, entablan diferentes disertaciones sobre asuntos profanos; el púlpito es transformado en tribuna, donde impetuosos oradores llegan á sostener tésis políticas. Uno de los alumnos terminó un dia la sesion con un discurso lleno de verbo que intituló *nuestras antiparras*, en el que pasó revista á las diferentes preocupaciones que toman para nosotros el aspecto de cosas.

Como puede comprenderse en una academia compuesta en su mayor parte de proletarios, el nivel de los estudios no es tan elevado como en los colegios de Harvard Yale ó Nueva-Hamsphire, estas glorias de la enseñanza superior americana. El griego y el latin figuran en el programa, pero no se hace mas que desflorarlos, concentrando los maestros sus esfuerzos sobre ciencias de utilidad mas inmediata.

¿Qué lugar ocupan las universidades católicas en esta vasta red de enseñanza? La Iglesia romana engrandece diariamente en los Estados Unidos gracias á la libertad en que se le ha dejado; reina casi exclusivamente en algunos distritos del Yllinois, domina en el Connecticut donde ha obtenido que la enseñanza religiosa se dé por los sacerdotes á los niños de su comunión, y sus progresos son en todas partes bastante

rápidos para inquietar á los protestantes. En 1861 tenia ya 96 academias para hombres y 212 establecimientos para mujeres; los colegios dirigidos por jesuitas, gozan gran renombre en Nueva-York, Massachusetts, Baltimore, Washington, Cincinnati, San Luis, Nueva-Orleans, Manila, decidiendo la ciencia y el talento de esta órden para la enseñaanza á muchos plantadores á confiarles sus hijos. La propaganda es aun mas activa en los Estados nuevos, terreno vírgen donde toda semilla produce abundante recoleccion.

Instruccion sólida, creencias religiosas, conviccion política, tal es la triple fuerza con que la juventud de las universidades adelanta, á la conquista del Oeste; pero América llena de sávia y de vida, se forma en estas soledades. Las escuelas se elevan por todas partes enmedio de las aldeas nacies al lado de la capilla, viniendo á enseñar allí un jóven y aun con mas frecuencia una doncella, á las generaciones nuevas que el secreto del poder, que la virtud que funda los estados, no se hallan en la materia ni aun en los primeros descubrimientos de la industria moderna, sino residen en Dios y del Él nos vienen.

La libertad que se ha dejado á los individuos en materias religiosas ha dado origen en América á muchos disturbios, á muchos errores. Si se recorre la historia de las sectas que han aparecido en este siglo, asusta hacerse cargo de las

locuras que la imaginacion humana puede discurrir cuando no la detiene ningun freno; mas no obstante, del seno de este desorden se desprende un hecho que llama desde luego así el pensamiento menos atento y es que la grandeza de los Estados-Unidos reposa sobre dos bases sólidas, un profundo sentimiento religioso y una instruccion ámpliamente esparcida y con tales apoyos, desafía una nacion todas las tormentas.

CAPÍTULO VIII.

EDUCACION DE LAS MUJERES EN LOS ESTADOS- UNIDOS.

No hay nadie que desconozca la influencia universal é irresistible, aunque oculta con frecuencia, que ejercen las mujeres en sus costumbres y en los destinos de los pueblos. Donde se hallan envilecidas languidece y muere la civilizacion; los Estados donde las vemos libres, puras y honradas, pueden prometerse un brillante porvenir.

No es solamente una promesa espiritual lo que contiene la escritura: «el hijo de la esclava no heredará con el hijo de la mujer libre.» Estas palabras se aplican igualmente al imperio del mundo, rica herencia de la raza de Adan. La pujanza y la persistencia de una civilizacion se proporcionan casi siempre al respeto de que se rodean la esposa y la madre. Roma adquirió su

mayor gloria en la época en que las matronas inspiraban á sus hijos el amor de las grandes virtudes; y si el Oriente parece amenazado en nuestros dias de una ruina inevitable, es necesario atribuirlo mas que á nada, á la degradacion que desde la frente de los indignos irradia sobre el hogar doméstico.

La América ofrece una indubitable confirmacion de esta regla. «Si me preguntan, dice Tocqueville, á qué pienso que debe atribuirse principalmente la prosperidad singular y la grandeza creciente de este pueblo, responderé que á la superioridad de sus mujeres.» Mas ¿en qué consiste su superioridad, y cómo se mantiene? Para explicarlo hay que remontarse á la educacion y y precisar mas que lo hemos hecho la parte asignada á las jóvenes en la educacion de los Estados-Unidos.

Los americanos, cuyo carácter ardiente no se detiene jamás en los términos medios, no han temido romper abiertamente en este punto con las tradiciones de la vieja Europa. Estimando, no sin razon, que por formar buenas costumbres, para adquirir sobre sus hijos un saludable ascendiente, para conservar la autoridad, el prestigio de que Dios ha querido revestirle, no debe limitarse una madre cristiana á la ciencia de manejar el dedal, el hilo y la aguja, han abierto ámpliamente á las mujeres las fuentes de instruccion preparadas para los hombres.

El hermano y la hermana se sientan uno jun-

to al otro en las escuelas comunes; numerosas universidades se han fundado para las jóvenes, no considerándose ningun estudio demasiado elevado para ellas: en las matemáticas, el álgebra, las ciencias naturales y abstractas rivalizan con los estudiantes del otro sexo, y á veces los esceden, habiendo obtenido los varones en la escuela superior de Chicago solo cuatro premios, de diez y nueve en el año de 1865. Los solos estudiantes de griego y latin que se han hallado en Detroit han sido niñas, así como dos de ellas han sido las únicas dedicadas al estudio de la astronomía y tambien al de la física.

Esta particularidad deja de ser sorprendente cuando se tiene en cuenta las numerosas ocupaciones que arrancan muy temprano del estudio á las jóvenes. Las mujeres, menos solicitadas por las ocupaciones de una existencia activa, emplean en formar su inteligencia el tiempo que los hombres ocupan en enriquecerse. Así adquieren esa seguridad de juicio, esa elevacion de carácter con que obtienen tan gran consideracion por todas partes. Los americanos no ven en ellas una especie de criatura inferior, sobre la cual es de buen gusto inclinarse á causa de su debilidad y sus encantos; pero que en el fondo se tiene en mediana estima: han aprendido á apreciar su razon, á honrar sus virtudes, y el hombre mas depravado conserva siempre el respeto hácia la mujer tan profundamente grabado en su corazon, que una doncella puede sin peligro alguno em-

prender sola largos viajes por los Estados-Unidos, estando segura de obtener en los caminos de hierro, en los vapores, en las salas de reunion, por todas partes, el mejor lugar.

Esta cortesía se lleva mas lejos, estendiéndola á los hombres que llevan consigo una señora, y que participan en este caso de las ventajas acordadas al bello sexo. Ocurre á veces que un astuto viajero busca una vieja paisana que le acompañe y pase delante de todo el mundo porque tiene una *lady ni charge*.

La confianza que inspira la grave instruccion de las americanas ha conducido insensiblemente á poner en sus manos la mayor parte de la educacion pública, devolviéndoles la importante mision de educar la juventud, sin arrebatarle el niño confiado á sus cuidados por temor de afeminarle y enervar sus facultades. Ellas, hemos visto que se muestran dignas de la noble mision que se les ha confiado, y que en ninguna parte es el espíritu público mas libre, mas bravo, mas atrevido, y al mismo tiempo mas religioso y sumiso á las leyes, que en esta república en que la enseñanza se halla confiada á las mujeres en tan gran parte.

A los que puedan asustarse de esta revolucion en las antiguas costumbres y censurar á América por abrir tanto á sus hijos las esferas de la inteligencia, les recordaremos que las nuevas necesidades exigen instituciones nuevas. En otros tiempos, cuando la mujer debia hilar ella misma

la lana, tejer los vestidos de su familia, dirigir la preparacion del aceite y el vino, vigilar la granja y el granero, reunir, en fin, bajo su direccion cuidados domésticos de quince ó veinte clases diferentes, hubiera sido una imprudencia distraer su atencion de lo que depende el bienestar y la prosperidad de la casa. Los progresos de la industria han modificado este estado de cosas, tendiendo á desaparecer los vestigios que aun quedan de ellos, gracias á la direccion del trabajo, á la facilidad de los cambios, al perfeccionamiento de los medios mecánicos, la mujer se ha emancipado del trabajo material que le estaba encomendado. Algunas órdenes rápidas dadas á sus criados, una vigilancia inteligente, pero que exige poco tiempo, hé aquí en lo que por lo general se resume la mision de las mujeres en este punto, y no hay duda de que para llenarla dignamente, para hacer reinar en el interior de la casa la comodidad y el buen gusto, para introducir esa especie de dulce quietud que se exala de las cosas y comunica al alma su perfume, para equilibrar el gasto sin prodigalidad y sin tacañería, son necesarias distinguidas propiedades morales, formando así la madre de familia á su imágen el hogar doméstico.

Pero estos cuidados no bastan á llenar todas las horas de la vida: es necesario proporcionar otros alimentos á la actividad del espíritu, y de aquí esos planes ruidosos, esas distracciones que no tienen otro objeto que engañar el fastidio de

una vida desocupada: y esa frivolidad ¿no es imputable, mas que á la mujer, á la sociedad, que descargándoles de su antigua tarea no les ha proporcionado ninguna educacion equivalente? Los americanos han sido los primeros que han realizado el pensamiento cristiano de la enseñanza, puesta al alcance de todos, y tambien los primeros que han desechado la preocupacion que declara la inteligencia femenina inhábil para las ciencias. Queriendo crear una nacion libre y fuerte han comprendido que era necesario dar un temple mágico al almadelas esposa y de la madre. Las jóvenes aprenden desde muy temprano á reflexionar, á juzgar las cosas por sí mismas: no se las deja en esa dichosa ignorancia que añade en Europa tanto sensible encanto á su belleza, mas se las habitua al horror del mal y al amor de lo verdadero y de lo bello. Despues de haberlas enseñado de este modo, no se tiene miedo de lanzarlas en medio del mundo, y la manera que ellas tienen de dirigirse justifica esta audacia. Nada mas cómico que una reunion de jóvenes de uno y otro sexo; los parientes los dejan sin vigilar en el salon, la conversacion es viva y animada, una libertad completa domina entre la natural alegria, pero jamás se oye una palabra lijera; la misma galanteria es allí desconocida, y se creeria estar en una reunion de hermanos y hermanas.

La variedad de costumbres se refleja en la literatura. En Europa para adquirir reputacion

basta con frecuencia construir un mal libro en que el escándalo supla al talento. Obras de esta clase no hallarían lectores en los Estados-Unidos; el espíritu público, habituado á vivir en una atmósfera elevada y pura, haría justicia, muy pronto justicia, á estos vergonzosos partos de la imaginacion.

La manera como se contratan los matrimonios y la fidelidad conyugal que con ellos resulta, prueban tambien lo prudente que es desenvolver el juicio de las mujeres y ponerlas en estado de proteger por sí mismas la virtud. La jóven americana escoje libremente el esposo que prefiere. En lugar de arrojarla aun niña en los brazos de un marido, poco capaz por lo comun de acabar la obra de su educacion moral, se espera á que haya madurado su razon, y su voluntad se haya fortificado. Saben la extension de las obligaciones que impone el matrimonio: es mujer instruida y formal cuando acepta sus lazos. El hombre con quien vá á unirse no es, por otra parte, un extraño para ella: la sencillez de sus costumbres le han permitido conocerle de mucho antes: acaso han estudiado juntos en los bancos de una misma escuela, y no hay que temer las desilusiones funestas que siguen á una union mal fundada.

Esta estimacion, esta simpatia profunda entre los esposos son tanto mas necesarias quanto al entrar en la vida matrimonial se encuentra la americana enfrente de deberes formales y aus-

teros. No abandona una existencia dependiente por una vida de fiestas y placeres, la economía nupcial no es para ellos una especie de emancipacion, por el contrario, dice adios á la libertad de su juventud para encerrarse en el círculo del hogar doméstico, tan estrechado por la rigidez puritana. Si se ha casado con un *settler*, se confunde con él en las soledades, participando de sus fatigas y privaciones; si con un armador, un negociante ó un industrial, aun necesitará mas energía y abnegacion, pues ya se sabe cuán rápidas, pero tambien, cuán efímeras son las fortunas en los Estados-Unidos.

Los americanos han resuelto, pues, uno de los problemas sólidos mas graves; han formado mujeres virtuosas y fuertes, instruidas en sus deberes y firmes para cumplirlos y han pensado que para hacerlas compañeras dignas de ellos, deben seguirlos en la vía del desenvolvimiento intelectual, y la esperiencia les ha dado la razon. No debe olvidarse, sin embargo, que caminan por senderos desconocidos y que el ardor de la tentativa les ha aventurado á mas de un error. Tomadas en conjunto las sendas que han emprendido para la educacion de la mujer son acertadas y fecundas, aunque la aplicacion, deja bastante que desear.

El mismo uso de dar á los varones y las hembras una enseñanza idéntica, ofrece algunos inconvenientes. La inteligencia femenina es capaz de elevarse á las mas altas regiones del saber,

pero de este hecho incontestable no se sigue que deba aplicarse á las mismas cosas siendo tan diversos los deberes de los hombres y las mujeres. Esto último se comprende en los Estados-Unidos, pero las consecuencias de que esto debe dar origen á diversidad de educacion, la eluden por medio de un espresivo sofisma. «Como las plantas de diferentes especies toman del mismo suelo los jugos que deben alimentarlas, dicen, sin que pierdan por ello ninguna de sus cualidades distintivas, de igual manera la inteligencia del hombre y la mujer sacan de la misma enseñanza un alimento capaz de desenvolver sus facultades particulares.» Lejos de rechazar esta comparacion la llevamos mas lejos y decimos: ¿No es sabido que ciertas plantas piden sombra y frescura en tanto que otras no se abren sino con el calor del sol? A unas conviene la humedad, á otras un terreno seco y arenoso ¿no consiste el talento del cultivador en dar á cada una lo que le conviene?

La falsa direccion impresa al espíritu de las americanas, no ha producido aun peores resultados porque la religion ha atenuado sus efectos. Una educacion varonil ha hecho á las mujeres resueltas é ilustradas, sin impedirles cumplir sus modestos deberes en el seno de la familia; el ardor de una fé viva, les manifiesta la belleza de la abnegacion, y la energía de su alma les dá el valor de sacrificar sin vacilacion el amor de la independencia á los deberes de esposa. Pero ad-

mirándolas, como es debido, se hace preciso reconocer que la manera que se tiene de educarlas, tiende, como dice Tocqueville, que tambien hace justicia á su mérito, «á formar mujeres honestas y frias, mas bien que esposas tiernas y amables compañeras del hombre.»

Esta falta de gracia y expansion, que ya hacia constar hace mas de 30 años el ilustre autor de *La Democracia en América*, y que quita una parte de dulzura á las relaciones de familia, proviene en nuestro juicio de la educacion uniforme de los jóvenes de uno y otro sexo. Se enseña á las mujeres el álgebra y la filosofía, se les hace discutir las cuestiones sociales como si hubieran de ser algun dia miembros del Congreso, y cuando se levantan despues en ellas aspiraciones peligrosas, se las encierra en el interior de una casa, se restringe su horizonte á los deberes domésticos y se les hace saber que su único porvenir es asegurar el bienestar de su marido y de sus hijos.

El sentimiento del deber las contiene; pero en vez de seguirlo con esa satisfaccion íntima que resulta del acuerdo completo entre las facultades y el fin á que se vá, tienen que sostener luchas interiores, cuyas trazas se observan en su continente triste y austero. No han sido educadas para la familia, aceptan como una necesidad la suerte que les ha tocado, mas no hay en ellas la radiante expansion de la planta, que gracias á cuidados razonables, ha llegado á la florecen-

cia natural. Es necesario, sin duda, ensanchar los estudios de las mujeres, y no nos cansaremos de repetir que la instrucción de las jóvenes es de una gran importancia, tanto bajo el punto de vista religioso como social. La Iglesia católica á quien se acusa de oscurantismo, ha sido la primera en proclamarlo, habiendo contado en todo tiempo entre sus Santos almas tan elevadas por el saber como por la virtud.

La instrucción no es, pues, ni nociva ni peligrosa á las mujeres; pero esta instrucción debe ser dirigida de manera que se concilie con el cumplimiento de sus deberes futuros. Si quereis que la esposa, la madre, permanezca en el hogar doméstico para ser su alma y su salvaguardia, conoceréis en que esta es su misión, que la arena pública no se ha hecho para ella, que sus deberes no menos grandes ni menos santos que los del hombre, son de naturaleza diferente; volved, pues, su educación hácia el fin que os proponéis, dejadla el mayor tiempo posible en el seno de la familia, que se forme en las ocupaciones pacíficas de su sexo, que tome gusto por una vida de ternura y abnegación. La ciencia no debe abrirle el camino de los honores y de los empleos, sino permitirle el ejercicio del dulce apostolado del amor. ¿De qué le servirán esas discusiones apasionadas sobre derechos políticos de que no está llamada á gozar, sobre leyes que no tiene encargo de hacer? ¿Para qué tanta álgebra y tantas matemáticas? No valdria mas no enseñarle de

esas cosas mas que lo necesario para formar su juicio y emplear el tiempo en estudios mas útiles para ellas? *Ars longa vita brevis*. Se quita á lo necesario lo que se dá á lo supérfluo. La literatura y las artes que tanto constituyen á embellecer la vida, tienen poca plaza en la educacion de las americanas, y esta falta nos parece sensible, aunque debia producirse desde que la enseñanza se hizo la misma para los varones que para las hembras. Los hombres quieren ante todo y particularmente en los Estados-Unidos, aprender las ciencias políticas y las que se relacionan con la industria y el comercio, siendo estas las que se enseñan con frecuencia en las escuelas comunes.

Los americanos tienen el sentido demasiado recto para no apercibirse pronto del error en que han caido; en Nueva-York se empiezan ya á preguntar si el sistema adoptado realiza todas las esperanzas que habia hecho concebir. Ved como se expresa á este propósito el informe de 1864: «Es muy dudoso que las escuelas de gramática para las niñas respondan tan bien como la de los varones á las exigencias ulteriores de la vida; este defecto choca cada dia mas á las inteligencias sérias y por todas partes se pide que la educacion se haga mas práctica.» Para un pueblo que pasa tan pronto de la teoría á la ejecucion, esta confesion indica la proximidad de la reforma.

La discordancia que existe entre el destino de

la mujer y la enseñanza que recibe, amenaza, sino se le pone remedio, turbar profundamente la familia. Vários indicios precursores anuncian la proximidad de la tormenta. No es raro encontrar en las grandes poblaciones tribunos de enaguas que reivindicán los derechos de su sexo y se deshacen en violentas invectivas «contra los opresores cuya injusticia condena á las mujeres á languidecer en ocupaciones indignas de ellas.» Ya sabemos que no se debe dar grande importancia á estos hechos: las americanas luchan valientemente contra el espíritu de revuelta que en ellas se despierta; el mayor número se manifiesta mas cuidadosa de los menores detalles del hogar que hábiles en las cosas de la inteligencia; el vigor que su saber entero comunica á su alma, se une á la religion para hacerlas triunfar de peligrosas sugerencias; pero siempre seria mas prudente no someterlas á tales pruebas.

CAPÍTULO IX.

RESULTADOS GENERALES DE LA ENSEÑANZA AMERICANA.

Para apreciar con entera justicia el sistema de las escuelas comunes, es necesario recordar el medio en que funciona el carácter y las necesidades del pueblo que las ha imaginado. Dos principios dominan la vida americana: la igualdad absoluta de condicion y la perfecta libertad de conciencia. Estos principios, universalmente respetados, son el punto de partida de una actividad incesante. Como todas las carreras están abiertas á todos, toman los ciudadanos una parte considerable en el movimiento político; la ambicion estimula sus esfuerzos; el espíritu de especulacion se agranda, y las empresas comerciales adquieren gigantescas proporciones. El pallenque religioso no es menos vasto: toda forma de ciencia puede producirse, mas con la condi-

cion de no estorbar la libertad de nadie. Si se piensa, en fin, en la situacion particular de los Estados-Unidos, en sus abundantes recursos naturales, que aseguran siempre recompensa al trabajo y al talento, se podrá formar idea exacta de la nacion americana y comprender como ha nacido el método actual de enseñanza.

La escuela es la reproduccion exacta de la sociedad, encontrándose en ella el amor de la independencia y la igualdad, el ardor inquieto que querria abarcarlo todo á la vez, la sed de progreso que corre ante las innovaciones mas atrevidas; se encuentra en este mundo en miniatura la confianza que no retrocede ante ningun obstáculo, la escesiva sensibilidad al elogio y la censura, el absoluto predominio de lo útil sobre los trabajos que son del dominio de las artes y de la imaginacion. La enseñanza es democrática, igual para todos, accesible á todos, prepara maravillosamente á la vida activa y forma los ciudadanos para los deberes públicos. Inspira acaso una emulacion calenturienta, hace que se desfloren una porcion de ciencias que no tienen tiempo los alumnos de profundizar, favorecen el gusto á lo instable, pero estos defectos son tan inherentes al caracter nacional, que los americanos no los aperciben, ó los consideran como su título de gloria.

Hacer la mayoría de la nacion inteligente y atenta á los negocios de Estado, capaz de asegurar por sí misma el bien del país, formar hombres

á propósito para llevar á cabo la inmensa tarea de la industria y la colonizacion de un suelo nuevo, hé aquí lo que se proponen los legisladores de la Union y lo que su método de enseñanza ha conseguido. En nuestros colegios parece que no se tiene otra ambicion que la de educar sábios y literatos: la juventud sale de ellos ignorante de las cosas prácticas, de las necesidades de la nacion, de los verdaderos elementos de un poder, dispuestos, en una palabra, para ser el juguete de todos los errores. En los Estados- Unidos se creeria servir mal á la pátria si sus sistemas, las condiciones de su existencia y prosperidad, no fuesen el primero de los estudios.

En esta sociedad individualista en que todas las libertades particulares se han desenvuelto tanto, una de las cosas que mas chocan al observador es la rigurosa disciplina de las escuelas comunes. Los alumnos proceden con una precision militar: una palabra, un gesto, hacen mover al instante centenares de niños, estudiándose los medios de domar y dulcificar la voluntad, inspirándoles la mas absoluta sumision. Algunos instantes de reflexion demuestran la sabiduría de este método. La autoridad paternal es estremadamente débil; los padres enseñan muy temprano á los hijos á pensar y obrar porsí mismos y se dedican á desarrollar en ellos una voluntad enérgica que consideran como el primer elemento de éxito; cuanto mas pronto se encuentra un jóven en estado de abrirse camino en el mun-

do, de poder pasarse sin consejos ni apoyos, mas satisfecha se encuentra su familia. Así se crean sin duda individualidades poderosas, pero se pierden el respeto á la autoridad y las enseñanzas de la experiencia, frenos saludables que contienen el ardor de la juventud.

Tal es el precoz espíritu de independencia producido por las corrientes de la vida social, que muchachos y chicas de doce y catorce años, se consideran capaces de decidir por sí solos sobre una multitud de cosas, para las cuales, los europeos de veinte años se hallarian en el caso de obtener el permiso paterno. Esta situacion no es normal, y todo el que tenga grande interés por la gran república americana, debe desear que se aplique pronto remedio á semejante plaga.

Si queremos buscar la causa de ese mal «que alarma profundamente á los hombres prudentes» la encontraremos acaso en la relajacion de la autoridad religiosa, en el extremo fraccionamiento de las ciencias; pero dejando una discusion que no hace á nuestro objeto, nos limitaremos á decir que dos legisladores americanos han atenuado, en cuanto era posible, los perniciosos efectos de esta abdicacion de los padres. La educacion pública es el contrapeso de la de familia. Si el niño desconoce la autoridad paterna se vé obligado, al menos, á doblegarse ante la de su sociedad, de que la escuela es el diminutivo. Asi se explica esa doble tendencia del espíritu americano, tan impetuoso y ávido de libertad, y tan

sumiso, no obstante á la ley. No hay pueblo que obedezca con mejor voluntad las leyes que acepta. La disciplina rigurosa de la escuela es de este modo la salvaguardia de la seguridad pública.

Hasta aquí no hemos examinado mas que el lado social de la enseñanza y la hemos encontrado admirablemente apropiada á las necesidades del país, pero en toda educacion sana tiene amplio lugar la religion, porque ella sola ofrece una base sólida al sentimiento del deber. Dios es el principio fecundo de donde mana la vida moral como la vida física; los americanos no lo ignoran y de aquí la extrema importancia que conceden á las creencias, aun bajo el punto de vista de los intereses terrestres. Convencidos de que para usar sin peligro de la libertad política deben someterse los hombres de antemano á las reglas severas de la conciencia y de la fé, consideran el cristianismo como la condicion de su independencia, y no contentos con conservarla para sí mismos, trabajan con ardor para esparcirla en el territorio que cada dia conquistan sus colonos á la naturaleza salvaje. «Queremos, dicen, que los nuevos Estados sean religiosos para poder permanecer siendo libres.»

Deberia deducirse de estos hechos, que la religion es el alma de la educacion pública en la Union americana, y no es sin una penosa sorpresa como se la vé excluida de ella. Las desconfianzas del espíritu de secta han arrastrado á los

legisladores á prohibir «toda enseñanza que tienda á favorecer una comunión particular.» Esta restricción equivale á una supresión completa, porque es imposible explicar la Escritura ni tender hácia una ú otra de las mil creencias que se dividen el suelo americano. La instrucción ha tenido, pues, que hacerse por inmediata consecuencia puramente laical.

Por fortuna ha podido descansarse en la sociedad y en la familia, poniendo á su cargo el cuidado de atenuar los perniciosos efectos de esta escisión. La atmósfera moral es á los Estados-Unidos esencialmente religiosa y las *escuelas dominicales*, á que se acude puntualísimamente, suplen cuanto es posible las lagunas de la enseñanza pública. Estas reuniones, fundadas por los ministros de las diversas Iglesias, rivalizan en celo para inculcar á la juventud las creencias cristianas.

Aunque funcionando en circunstancias tan favorables el sistema adoptado para las escuelas comunes, suscita en América mas de una objeción y mas de un temor. «La importancia, sino la absoluta necesidad de la educación religiosa, decia en 1864 el *Informe de la Pensylvania*, se hace cada dia mas visible. Si queremos conservar nuestras instituciones es necesario elevar el nivel de los caracteres, reavivar entre nosotros el espíritu cristiano. La generación que vá á sucedernos no debe tener solamente la mano hábil, el corazón fuerte y la inteligencia ilustra-

da: es necesario que aprenda tambien á amar á Dios y á los hombres, á practicar el deber.»

No puede negarse que la ardiente fé de los antiguos puritanos tiende á sufrir entre sus descendientes una dolorosa transformacion, convirtiéndose en un sentimiento vago, mal definido, que flota al soplo de las doctrinas contradictorias y que á pesar de los esfuerzos para reunirse en el lazo comun del amor de Cristo y de la verdad, pierde de dia en dia algo de su bienhechor influjo sobre las almas. Este resultado debe atribuirse en gran parte á la falta de enseñanza religiosa en las escuelas comunes. Los americanos amamantados en la desconfianza del espíritu de secta, se asustan de todo dogma positivo; habituados, sin embargo, á amar y á respetar la religion cristiana, pretenden conservar su espíritu entre ellos, viniendo de aquí el creciente progreso del unitarismo, último baluarte que protege contra la negacion filosófica una fé debilitada pero aun viva. Al lado de esta vasta corriente se forma otra contraria, las creencias amenazadas buscan un refugio en la ortodoxia, se siente la necesidad de un símbolo preciso, en que la inteligencia, fatigada de contradicciones, encuentra al fin el reposo, donde el corazon tome fuerzas al mismo tiempo que amor.

Estos síntomas, atestiguados por todos los observadores, marcan en América la aproximacion inminente de la revolucion prevista por Tocque-

ville, cuando decia: «nuestros nietos tenderán cada vez mas á no dividirse mas que en dos partidos; los unos abandonarán enteramente el cristianismo, los otros entrarán en el seno de la Iglesia romana.»

CAPITULO X.

REORGANIZACION DEL SUR.

El papel que los Estados meridionales han desempeñado siempre en los negocios de América, la influencia que ejercen en la prosperidad general del país, hacen de su restablecimiento á una situacion normal, de su *reconstruccion*, como se dice al otro lado del Océano, una cuestion de suprema importancia. Grandes intereses comerciales se hallan interesados en este problema, y las consecuencias políticas y sociales que deben resultar de su resolucion, influirán, sin duda alguna, sobre la nacion entera. Los productos que alimentan las fábricas del Norte y mantienen las transacciones con el extranjero, se recogen en el Sur, el Oeste necesita de los mercados de la Luisiana, la Florida y la Carolina, para dar salida á sus granos en cambio de los cuales

recibe azúcar y tejidos; el porvenir de la Union depende, en fin, en gran parte de la manera como se reconstituyen los Estados rebeldes. Si los pone en estado de desenvolver sus riquezas y adquirir nueva fuerza y vigor, contribuirán á afianzar el crédito quebrantado por la guerra y comprometido por el enorme aumento de la deuda; si por el contrario quedan fuera de la vida nacional, serán una conquista costosa, absorberán sus recursos y se convertirán en causa incesante de inquietud y malestar.

Pero ¿puede el Sur, separado de ella por su espíritu y sus tendencias, fundirse sinceramente con el resto de la Union? ¿Qué medios deben usarse para obtener tan apetecible resultado? Hé aquí los primeros pensamientos que deben preocupar al gobierno nuevo y la árdua tarea que se presenta al general Grant. El país no ha querido verse mutilado por la liga separatista, y no consentirá tampoco que las provincias conservadas con tanto esfuerzo sean como un miembro muerto, que permanece inútil y aun peligroso para el cuerpo vivo.

Ya que la victoria de los federales ha consagrado la unidad de la nacion, la fortuna del Sur interesa mas que nunca á la América entera. «Nosotros no somos ya, escribe un publicista virginiano, una simple aglomeracion de partes distintas, extrañas las unas á las otras; formamos un todo indisoluble; para el bien como para el mal, para la prosperidad como para la ruina

nos liga un mismo destino, y somos un mismo pueblo.»

Los partidos no tratan de sobrevivir á su ruina en los Estados-Unidos, y dejan de existir desde que consideran imposible la realizacion de su programa. En toda la extension de los distritos rebeldes no se levantará hoy una sola voz en favor de la separacion. «Nuestra gran falta, decia un oficial que habia combatido bizarramente á las órdenes del general Lee, nuestra gran falta ha sido abandonar la bandera americana; debiamos haber guardado el antiguo estandarte nacional y resguardarnos detrás de la Constitucion; así hubiéramos aliado el Oeste á nuestra causa.»

Es dudoso que aun así hubiera conseguido el Sur que prevaleciese su sistema social y conservar su ascendiente político: la corriente de las ideas le era contraria y debia hacer vanos sus esfuerzos. Mas como quiera que sea, todos están hoy convencidos de la necesidad de la Union; este es el grito de alianza universal que tiene en los lábios todo orador, y forma la divisa de cada candidato. Los Estados meridionales agotados, sin crédito y presa de una desorganizacion profunda, comprenden que su única esperanza de salvacion está en entrar en el seno de la gran pátria; todo lo pueden ganar con ello, y nada han de perder, y el gobierno central es solo el que puede darles la proteccion que necesitan.

Mas no basta que los del Sur pidan el olvido de lo pasado. ¿Sobre qué bases debe efectuarse la reconciliacion? ¿Qué medidas deben tomarse para poner la nacion al abrigo de nuevos desgarramientos? Dos planes se han presentado: el uno y el otro han sido defendidos con ardor, y han dividido al país durante cuatro años. El primero, apoyado por el presidente Johnson y los demócratas, consiste en restablecerlo todo, escepto la esclavitud, bajo el mismo pié que estaba antes de la guerra. Esto hubiera satisfecho al Sur, conservándole los derechos políticos y organizacion particular, mas hubiera dejado subsistir el antagonismo moral que existe entre sus instituciones y las del Norte, y no hubiera consolidado la Union de una manera durable. El segundo plan, de mas difícil realizacion, presentaba, en cambio, mayores garantías. Era necesario introducir en los Estados rebeldes un espíritu nuevo, cambiar su carácter, ponerlo en armonía con el del resto de la nacion, á fin de que no hubiera para ellos el menor motivo de separacion. Esta era la única manera de constituir la unidad verdadera del país, y el patriotismo del Congreso no se engañó. El trabajo que tenia que emprender estaba lleno de obstáculos, pero la fuerza de sus convicciones le sostenia; su campaña parlamentaria contra el presidente fué una série de victorias.

Los intereses de la civilizacion y de la humanidad no estaban menos empeñados en ello que

los de la Union americana. Lo que asegura el éxito del Norte es que en política se inspira en nobles ideas, que hacen la grandeza de las sociedades modernas, que su causa se confunde con la de la libertad, la justicia y la filantropía. Mientras mas avanza, mas evidente se hace para todos, que sigue la via derecha; de aquí su seguridad y la unidad de sus planes; de aquí tambien la confusion que ha hecho dar tantos pasos en falso á sus adversarios. Hoy la obra de la reconstruccion política está casi acabada.

La igualdad de sufragio está admitida al menos para los blancos; en toda la extension de los Estados-Unidos se hallan los negros en posesion de sus derechos civiles, participan de la eleccion de las legislaturas particulares y de las autoridades locales, y para acabar la reforma proseguida con tanto vigor ha modificado el Congreso de una manera importante la Constitucion, poniéndola en armonia con la declaracion de independencia que creó la América. «*Todos los hombres son iguales,*» decia esta célebre próclama- cion, y han recibido del Creador derechos inalie- bles, la vida, la libertad, la facultad de buscar su dicha.» Despues de haber visto estos princi- pios inscriptos á la cabeza del pacto social, asom- bra encontrar algunas páginas mas allá la san- cion de la esclavitud, el reconocimiento de los privilegios injustos de los plantadores. El Con- greso usando del derecho que tiene de enmendar la Constitucion cuando dos terceras partes de sus

miembros lo consideran necesario, ha votado una ley concebida en estos términos:

«No se hará distincion alguna en los Estados-Unidos entre los ciudadanos, sea para el ejercicio del sufragio, sea para el derecho de desempeñar funciones en un Estado cualquiera, bajo pretexto de raza ó de color, de nacimiento, de propiedad, de educacion ó de creencias religiosas.»

Apenas se han elevado algunas voces contra esta medida equitativa, reparadora; toda tentativa de oposicion se ha estrellado contra el acuerdo imponente de ámbas cámaras.

Las tres cuartas partes de los Estados, veinte y ocho de treinta y siete, han tenido que aprobar por medio de sus legislaturas particulares esta medida, hallándose la mayor resistencia en el extremo Oeste, porque aunque no encierra negros ni esclavos, contiene implacables preocupaciones de raza. Su celoso orgullo marca con rigoroso estigma á los millares de inmigrantes que el Celeste Imperio les envia cada año. El chino no es mejor tratado en la California que el negro lo era en el Sur. No tenia ningun derecho civil ni político, no podia ejercer ningun empleo, su testimonio no es recibido en juicio, la acusacion de un blanco bastaba para hacerle condenar y no podia obtener reparacion de las mas flagrantes violencias. Despues de la enmienda del Congreso, este pária se encuentra elevado de repente á la categoría de ciudadano, mezclado

en los negocios públicos, y acaso en un porvenir no lejano, la inmigracion incesante de sus compatriotas les conceda la preponderancia. Los habitantes del extremo Oeste temen el efecto que puede causar en el país la infusion de las costumbres y las ideas de un pueblo asiático. Temen que los chinos, esclavos de la tradicion, orgullosos de su pasado, sean refractarios á la influencia de las instituciones americanas; les reprochan, en fin, su indiferencia religiosa, esa llaga de las naciones decrepitas, incapaces del noble ardor y de la valerosa abnegacion de la juventud. Estos peligros se exageran acaso por el espíritu de partido; los chinos, queremos creerlo, no han muerto de tal modo para el progreso que no puedan revivir al contacto de una civilizacion jóven y robusta; pero en todo caso será noble y grande hacer el ensayo. ¿Qué arriesgarán los Estados Unidos con esta tentativa? Si son susceptibles de impregnarse del espíritu americano, aumentarán la fuerza del país; si por el contrario se encierran en su inmovilidad tradicional, se condenan ellos mismos á la impotencia y nada tienen que temer los blancos. Tales son sin duda las consideraciones que han decidido á uno de los Estados del extremo Oeste, el de Nevada, á votar la nueva ley. Esta victoria inesperada demuestra hasta qué punto se esparcen entre los americanos, los sentimientos de justicia y de fraternidad humana, y hace presagiar que las disposiciones opresoras de la antigua



legislacion no tardarán en desaparecer.

La poblacion de color, tan numerosa en los Estados-Unidos, vá á encontrarse armada con los mismos derechos que los blancos. En el Sur los negros se forman para la libertad, se instruyen, trabajan y ejercen una influencia real sobre los asuntos locales de los Estados.

El espíritu liberal del Norte penetra poco á poco todo el cuerpo social; el acuerdo de las ideas es completo y asegura la uniformacion del país. Pero la trasformacion profunda de los territorios esclavistas necesita para producir su fruto ser guiada en su desenvolvimiento, y por eso el Congreso ha pensado con razon que seria arriesgado dejar á los negros bajo la sola direccion de los sudistas, y ha mantenido la oficina de libertos para vigilar los intereses del trabajo libre y de la enseñanza, hasta que la poblacion de color se halle en estado de protegerse eficazmente por sí misma.

El advenimiento á la presidencia del general Grant ha dado nuevas garantías á las reformas inauguradas por el Congreso. Ningun elegido de la nacion ha inspirado, de Washington acá, una confianza tan universal ni ha unido tan completamente los partidos en una admiracion comun. Su gloria militar habia producido el entusiasmo y el vencedor de Lee podia contar con las simpatías ardientes de los unionistas. El Sur honraba tambien en él las cualidades de un hábil capitán y hacía justicia á su moderacion en el

triunfo. Cuando guardó la espada creció la estimación pública que le rodeaba. Se elogia en él todavía el haber sabido conservar entre las mas embriagadoras demostraciones, una modestia rara en los favoritos de la opinion; se aprecian el tacto y la reserva con que ha previsto no escasas circunstancias difíciles y se envanece todos de su justificación, su firmeza y perseverancia.

El desinterés del general Grant aumenta su imperio sobre todos los espíritus: que la nacion celosa de su libertad se hubiera separado pronto del que hubiera amenazado comprometerla. El buen sentido público prefiere á las facultades brillantes las cualidades sólidas que son la mejor prenda de prosperidad de los Estados.

Cuando la eleccion presidencial, trataban sus enemigos de combatir su candidatura, propalando que tenia el entendimiento pesado y la palabra difícil.

—Tanto mejor, respondian sus defensores, no tenemos necesidad de un génio brillante, nos basta un carácter honrado y valeroso que vele lealmente por la aplicacion de las leyes.

La abnegacion de los gefes y la vigilancia y firmeza del pueblo, hacen imposible la dictadura en los Estados-Unidos. Pero este escollo no era el único que las instituciones americanas tenian que evitar: el sucesor de Johnson tenia que temer la herencia de un poder debilitado por la oposicion del Congreso, que aunque necesaria,

habia destruido el equilibrio de las fuerzas. Por otro lado, el general Grant contaba entre sus adherentes los mas exagerados republicanos, conocidos con el nombre de *radicales*, y se encontraba expuesto á sufrir la influencia del espíritu de partido. Despues de haber tenido su presidente demasiado afecto á la causa del Sur, á la autonomía de los Estados, la América, por una imprudente reaccion, podia verse arrastrada á una centralizacion escesiva. Sabido es que una fraccion de la mayoría nordista, haciéndose eco de los errores de Rousseau, quiere absorber todos los derechos particulares, tanto de los Estados como de los ciudadanos, en provecho de una grande unidad, de un poder inmenso, y sin contrapeso de la soberanía nacional que comprendida de este modo degenera en el peor de los despotismos.

La Union americana ha escapado al doble peligro que la amenazaba. Ante el prestigio de Grant, ante la merecida estimacion de su carácter, no ha vacilado el Congreso en devolver al presidente todas sus prerogativas. El gefe del poder ejecutivo elige, como antes, sus ministros y funcionarios; el acta que le despojó de este derecho importante, ha sido revisada y nada pone ya trabas á la legítima autoridad que debe ejercer en el país.

En cuanto á los lazos que le unian al partido radical, se sabe ya hoy lo que debe pensarse sobre ello. La actitud tomada desde su nombra-

miento no deja ya duda sobre sus intenciones sábias y conciliadoras, y la mayor parte de los que ha llamado cerca de sí son hombres nuevos, libres de los compromisos del pasado, y que pueden consagrarse sin reserva al cumplimiento de los fines del jefe del Estado. Algunos ambiciosos han acusado amargamente al presidente de abandonar á sus antiguos amigos políticos; pero olvidan que Grant no pertenece ya á ningun partido, que ha venido á ser el representante de la nacion, cuyos intereses son los que deben preocuparle únicamente.

Un gran número de abusos se habia introducido en la gestion financiera, á favor del desorden que sigue siempre á la guerra. Hombres sin escrúpulos habian invadido los empleos, sirviéndose de su poder para hacer en pocos meses fortunas escandalosas: la enorme deuda contraida durante las discordias civiles amenazaba perpetuarse á pesar de las advertencias de las inteligencias prudentes que señalaban el peligro de semejante situacion. Los americanos no se adormecen tan fácilmente como nosotros sobre el lecho de los empréstitos y veian en ellos no solo una causa de ruina, sino un peligro para la libertad. «Las déudas permanentes, dicen, favorecen los monopolios y dán nacimiento á la aristocracia del dinero; serian fatales á nuestras instituciones.»

Algunos igualmente espantados de mantener tan peligroso cargo, que de tener que imponerse

gravámenes excesivos para librarse de ellos, habían propuesto el medio violento de la bancarota, porque no puede darse otro nombre al expediente de entregar á los acreedores solo una parte de sus créditos, y esta en papel moneda. Esta política, cuyo éxito hubiera sido un azote para la nación, tuvo origen en los Estados del Sur; los plantadores empobrecidos, no podían pensar sino con cólera en soportar los gastos de una lucha que había producido su decadencia y emplearon todos sus esfuerzos en esparcir el sistema de repudiación de la deuda. Esta fué una falta enorme, porque desprovistos de dinero necesitaban crédito, y con esto cegaban su fuente. ¿Quién hubiera querido prestar á deudores que profesaban tal desprecio hácia los compromisos mas sagrados?

Uno de los primeros cuidados del general Grant ha sido vengar la moral pública ultrajada por tales teorías, dar seguridades á la opinion é indicar la marcha que pensaba seguir. Su lenguaje no pudo ser mas explícito y mas firme.

«Creemos que no puede ser repudiado un solo centavo de la deuda pública. Para conservar el honor nacional, cada dollar tomado á préstamo por el Gobierno debe ser reembolsado en oro, á menos que se haya estipulado en otra forma, á la conclusion del contrato.»

La autoridad de estas palabras ha abatido todas las resistencias. El Congreso ha votado el bill que asegura el pago íntegro y en especies;

¿pero que medios habian de adoptarse para liquidar prontamente una deuda que se eleva próximamente á dos mil setecientos millones de duros? El presidente no ha visto otro que la buena gestion de los negocios del Estado; un país como los Estados-Unidos encierra inmensos recursos y deben desenvolverse en él con inteligencia y sin consideracion á nadie, «una percepcion fiel de las rentas del Estado, una estricta contabilidad financiera y la mas rigurosa economía.» Hé aquí los remedios empleados para cerrar la llaga de la deuda: son sencillos y no exigen combinaciones profundas. Su aplicacion, sin embargo, lo sabemos por una triste esperiencia, no es tan fácil, porque supone un buen sentido, una voluntad enérgica y una apreciacion prudente y segura, que son mas difíciles de encontrar que los dones brillantes del espíritu. El general Grant posee estas cualidades en grado eminente, y está sostenido además en las reformas que ha emprendido por las simpatías de la nacion. Trabajando en restablecer el reinado de la economía y en levantar el crédito del Estado ha realizado los votos de la América, que le ha confiado el encargo de salvarla de la ruina y de la desmoralizacion.

Esta política ejerce una accion dichosa sobre la prosperidad del país; la confianza ha renacido; el comercio se ha reanimado y el Sur es el primero en sentir los efectos favorables del cambio que se ha operado en la situacion general de los

Estados-Unidos, Las capitales del Norte comienzan á darle nuevo impulso y gracias á esta ayuda, como tambien á recolecciones cuya abundancia ha sobrepujado todas las esperanzas, los territorios esclavistas ven huir ante ellos un porvenir que no habian osado concebir siquiera desde la guerra.

Al desfallecimiento ha sucedido ya un ardor generoso. Las pasiones se apaciguan, se considera con ojos mas serenos el porvenir que el país se ha abierto y se vé que era infundado el temor que por él se sentia. El territorio de los Estados meridionales encierra, si la agricultura y la industria saben explotarlas, riquezas capaces de curar todas las miserias actuales. Las playas bañadas por el Océano y el golfo de Méjico y fertilizadas por el Mississipi, tienen una rara magnificencia y una fertilidad prodigiosa. Desde la embocadura del Potomac á la del rio del Norte fecundan el suelo veinte corrientes navegables; la faja de tierra arenosa comprendida entre Newbern en la California del Norte y Mobila en Alabama se halla cuajada de espesos bosques de pinos que proporcionan excelentes maderas para los buques y toda clase de construcciones. Esta region goza, y merece que se fije en ella de una manera especial, la atencion de los especuladores. El Gobierno ha reconocido ya las ventajas que presentan las costas del Sur y ha establecido dos vastos talleres para su marina en Portsmouth y en Pensacola.

Cerca de la rica cintura de pinos que borda la playa se prolonga la gran zona del algodón entre los grados 32 y 35 hasta el pié de los Alleghans; su anchura no es menor de 50 leguas y llega en algunas partes á 200. Tiene en general el aspecto de una llanura unida que se eleva insensiblemente hácia la parte de las montañas. Nada mas monótono que estos campos donde crecen por intervalos regulares de dos metros próximamente, hileras de arbustos agudos, casi sin ramas y desprovistos de fisonomía á no ser en el momento en que florecen. Esta planta mezquina al parecer, ha creado, sin embargo, inmensas riquezas, ha hecho correr olas de sangre, ha ejercido una poderosa influencia sobre las instituciones del Sud, y para cultivarla es por lo que han introducido los plantadores la esclavitud en América. Sirve para vestir á todos los pueblos de la tierra, numerosas escuadras se emplean en su transporte y alimentan millares de fábricas; sobre ella reposa la prosperidad de muchos grandes países de Europa, sobre todo de Inglaterra, intereses, en fin, al comercio del mundo entero y no hay ningun punto del globo que pueda sustraerse á su imperio.

Las tierras bajas de los Estados meridionales producen el arroz y la caña de azúcar; las islas próximas á las costas dá el precioso algodón de larga seda; estos distritos son fértiles, pero reinan en ellos las calenturas y se encuentran en ellos grandes plantaciones cultivadas por los ne-

gros que imprimen á las campiñas su carácter particular.

Por encima de la region algodонера se encuentran una série de colinas y de valles mezclados de llanuras que dominan á una grande altura el país que la rodea. Los frutos, los cereales y hasta el tabaco se producen allí maravillosamente; el país es pintoresco y la salubridad del aire reúne allí la casi totalidad de la poblacion blanca.

Las montañas abundan en minerales; la hulla y el hierro esparcidos casi por todas partes, se hallan en ciertos puntos acumulados en grandes masas. El cobre y el zing son mas raros; pero el Tenneesse posee, sin embargo, minas abundantes de estos metales. Para dar idea de la riqueza del Sud, no podemos hacer cosa mejor que describir un distrito de Alabama situado en la estremidad de la cadena de los Alleghanys.

Dos criaderos de hulla bordan en este lugar un valle largo y estrecho, el uno, *Varrriort* tiene una superficie de 230 leguas cuadradas; el otro *Cahaba*, cuenta cerca de 60. En cada uno de estos depósitos, el carbon de excelente calidad, se encuentra casi á flor de tierra en capas de muchos piés de espesor. Algunos pasos mas allá, las minas de hierro de las montañas Rojas se extienden en una longitud de diez leguas, asomando á la superficie el metal cuyos filones llegan á veces hasta diez y quince piés de profundidad. Como si la naturaleza hubiera querido reunir en este lugar todas las condiciones apropósito para

facilitar la industria, contiene el suelo del valle una gran cantidad de piedras carcaseas, y las colinas del contorno pueden proporcionar un excelente hormigon para construir altos hornos.

La mayor parte de los Estados del Sud encierran masas minerales no menos importantes; la Virginia tiene minas de una explotacion tan fácil que los mismos Pielas Rojas extraen sus metales. Hoy están completamente abandonadas, aunque hace doscientos cincuenta años que los blancos se hallan en posesion del suelo. El cultivo, esta fuente fecunda de la fortuna de los países, podría con mejor régimen ofrecer tambien otros recursos que no se han creado hasta el dia.

La esclavitud sin la cual creía el Sud que no podria vivir, habia por el contrario opuesto tales trabas á su progreso, que un instante de reflexion serena hubiera bastado á demostrar cuan desastroso era este sistema bajo el punto de vista de la vida económica. Mientras en la Nueva-Inglaterra, ni un méetro de tierra permanece sin empleo y se aperciben á cada paso campos cultivados, casas y jardines, cáusa sorpresa hallar por todas partes en los Estados meridionales, llanuras y bosques en estado salvaje.

El suelo no pide, sin embargo, otra cosa que trabajo para dar abundantes productos; aun en los lugares mas pobres, produce el algodón y podria mantener una poblacion numerosa. Muchos territorios del Sud se encuentran entre los mas fe-

races de la Union; la Virginia, por ejemplo, posee un clima excelente, se halla surcado por gran número de rios, tiene uno de los mejores puertos del Atlántico y la riqueza de sus minas le abre una brillante carrera industrial. Esto no obstante, y aunque su extension es igual á la de Inglaterra, no encierra mas que un millon de habitantes de raza blanca, y bajo el aspecto agrícola es inferior al Missouri y al Ohio y hasta á los mismos Estados de recientísima fundacion como el Michigan é Illinois. Una cuarta parte de su suelo es solo la que está puesta en producto, y recorriendo el país no se puede dejar de comparar tristemente el aspecto de sus campiñas con el que deberían tener, si la maldicion de la esclavitud no hubiera caido sobre ellas.

La agricultura, la industria y el comercio están llamadas á tomar en el Sud un desenvolvimiento igual. Ya hemos dicho que se han comprado plantaciones por los capitalistas de Nueva-Inglaterra, que otras han sido arrendadas á asociaciones cooperativas formadas por los negros, y que la explotacion de las minas es tambien objeto de constantes esfuerzos. Se han formado notables establecimientos para la extraccion del hierro y de la hulla, la falta de vías férreas les ha impedido producir los resultados que tenían derecho á esperar, pero ricas compañías se ocupan ya de la empresa y las líneas de caminos de hierro, los altos hornos y las fábricas cambiarán muy pronto el aspecto del país. Los capitales y los bra-

zos, encontrando un empleo ventajoso, cesarán de dirigirse exclusivamente hácia el Oeste para llevar á los Estados meridionales su actividad bienhechora.

La union estrecha de los intereses será una nueva causa de pacificacion. Los sudistas tienen necesidad de apoyarse sobre la energía y la riqueza del Norte, y á despecho de las antipatías políticas, las dos fracciones de la familia americana, se verán obligadas á tenderse la mano y á trabajar juntas en el desenvolvimiento de la grandeza comercial del pais.

Las condiciones de la vida moderna no se prestan por otra parte á la conservacion de las enemistades; establecen frecuentes relaciones, crean un cambio de pensamientos continuo y contribuyen poderosamente á disipar las prevenciones que mantienen la discordia. En otros tiempos hubiera parecido imposible fundir en un solo cuerpo, elementos tan opuestos como el Norte y el Sud, cada una de las sociedades rivales hubiera permanecido dentro de su propia atmósfera inaccesible á toda influencia exterior; hoy, los caminos de hierro, la telegrafía, la prensa, han derribado las banderas que las separaban. La inteligencia del plantador se ha abierto á las ideas generales que son el alma de la Union americana, y el Yankee ha podido comprender las necesidades del Sud. La aproximacion de las inteligencias ha preparado la de los corazones.

CAPÍTULO XI.

ESTADO GENERAL DE LA RELIGION.

La organizacion política de los Estados- Unidos y la admirable difusion de la enseñanza de que dan ejemplo, les han conquistado un punto aparte en el mundo civilizado. Al mismo tiempo que han resuelto de la manera mas completa el problema que agita á Europa, de poner en manos del país el cuidado de girar sus propios asuntos, han reconocido que solo la educacion puede proteger las libertades públicas. Un pueblo ignorante será siempre juguete de un despotismo cualquiera, ya obedezca á un autócrata ó á oscuros labradores; y en América han ilustrado las masas para ponerlas en estado de apreciar sus verdaderos intereses.

Es necesario atribuir desde luego una parte del éxito á la misma situacion de América; vír-

gen de preocupaciones y de costumbres antiguas, no presentó obstáculo alguno por esta parte al espíritu innovador de los colonos. Esto no basta, sin embargo, para explicar los Estados-Unidos. Los hombres forman las naciones á su imágen y las ideas son las que hacen á los hombres. No es necesario remontarnos al origen del pueblo americano é investigar los caracteres que desde su llegada al nuevo mundo lo distinguen de todos los otros.

¿Qué motivos preceden de ordinario á la formacion de las sociedades? La necesidad comun de la defensa, el amor de la libertad, la ambicion, el interés. Tales son las fuerzas que crearon á Grecia, Cartago, Roma; tales son, en mas ó menos grados las que han dado movimiento á las nacionalidades europeas. En cuanto á las colonias, tienen siempre por primeros habitantes, especuladores, industriales ó aventureros que arrojados de su país por la miseria van á correr mundo en busca de la riqueza.

Los Estados-Unidos, al menos los del Norte, que han marcado con su caracter la nacion entera, deben su nacimiento á una causa muy diferente: han nacido del sentimiento religioso.

Hombres perseguidos por su fé y que iban á buscar sobre las solitarias playas del nuevo mundo la libertad de adorar á Dios segun su conciencia, fueron los fundadores de la Nueva-Inglaterra, de Nueva-York y Pensylvania. Durante todo el siglo xvii continuó la inmigracion. Estos

colonos que llegaban incesantemente, no salían de las clases pobres á las que todo cambio parece ventajoso; la mayor parte de ellos dejaba tras sí una posición social, una fortuna de que sacrificaban las dulzuras, para exponerse á las fatigas de una empresa difícil. Llegados de diferentes territorios de Inglaterra los unos, otros de Holanda ó Francia, se unieron en un mismo pensamiento, pidiendo á aquella tierra de América que abrigase sus creencias y adoptando el nombre comun de *peregrinos*.

Un historiador de los Estados-Unidos, Nathaniel Morton, cuenta así la partida de los primeros peregrinos. En el momento de dejar la ciudad que había sido para ellos «un lugar de reposo, se manifestaban tranquilos porque sabían que eran extranjeros aquí abajo. No se apegaban á las cosas de la tierra, sino levantaban sus ojos al cielo, su cara patria, donde les tenía Dios preparada su ciudad santa. Llegaron en fin al puerto donde les esperaba el buque; un gran número de amigos que no habían podido partir con ellos, quisieron seguirlos al menos hasta allí. La noche transcurrió sin dormir, dedicada á las expansiones de la amistad, entre discursos piadosos y expresiones llenas de una verdadera ternura cristiana. Al día siguiente se trasladaron á bordo; sus amigos quisieron seguirles todavía hasta allí y entonces fué cuando los profundos suspiros, largos abrazos y ardientes plegarias conmovieron hasta á los extraños. Dada la señal

de partida cayeron de rodillas, y su pastor, levantando al cielo los ojos bañados en lágrimas, llamó sobre ellos la misericordia divina.»

La misma profunda piedad arregló la organización de la colonia. El día de su desembarco firmaron un acta concebida en estos términos:

«Nosotros, los abajo firmados, que *para gloria del Señor desenvolvimiento de la fé cristiana* y honor de nuestra pátria, hemos emprendido la obra de fundar un establecimiento sobre estas apartadas orillas, convenimos ante Dios, por medio de los presentes, en formar un cuerpo civil y político con el fin de gobernarnos *y trabajar por el cumplimiento de nuestros designios.*»

El pensamiento religioso ha sido el que ha formado la América del Norte, el que ha inspirado sus instituciones y sus leyes y el que ilumina toda su historia.

«Debemos acordarnos sin cesar, dice otro autor, de que nuestra colonia ha sido fundada con un fin cristiano, no de comercio. Si alguno entre nosotros estima el mundo antes que la religion, no es un verdadero hijo de la Nueva-Inglaterra.»

Llenos de una fé entusiasta y enardecida por la persecucion, solo habian buscado los primeros peregrinos en las Escrituras las bases de su organización social; de este modo realizaron una obra de que el mundo no tenía ejemplo, y sobra razon á los americanos en pretender que lo juzgamos mal, cuando para apreciar su estado po-

lítico lo comparamos con el nuestro. Mientras que en Europa penetraban en las leyes y en las costumbres los restos del derecho romano, las costumbres germánicas y los recuerdos del feudalismo, en los Estados-Unidos, la sociedad derivaba únicamente de la religion.

El Evangelio proclama la fraternidad de todos los hombres, los declara iguales ante Dios, y los colonos transportaron al orden temporal, estos principios cristianos, presentando desde el origen, el singular fenómeno de un estado donde no hay señores ni pueblo. La democracia tal como no se habian atrevido á soñarla las naciones mas libres de los tiempos antiguos, se fundaba grande y fuerte desde su nacimiento sobre este nuevo suelo.

La Sagrada Escritura presenta como punto de partida de todos los dogmas religiosos, la libertad humana, les afirma desde las primeras páginas del Génesis, y en la continuacion de los tiempos los escritores sagrados nos muestran á Dios despojándose, por decirlo así, de su poder ante el destello de voluntad inteligente que ha puesto en la frente de su criatura; no quiere obtener nada del hombre por la fuerza, sino le demanda que se asocie libremente á la accion divina. Este gran hecho explica todos los demas; sin él la culpa original no existiría, la redencion sería inútil y el cristianismo caería.

Los legisladores de Nueva-Inglaterra habian aprendido en la escuela de los libros santos el

respeto al derecho, la noción de verdadera libertad, y adquirieron ideas puras y profundas sobre los deberes de la sociedad. Apenas salidos de esta Europa donde el absolutismo pisoteaba los últimos vestigios de las franquicias de la edad media, establecieron, como reglas primordiales de la colonia que fundaban, la intervención del pueblo en los negocios públicos, la votación libre de los impuestos, la responsabilidad de los agentes del poder y el juicio por jurados.

Las convicciones religiosas de los nuevos colonos, los sentimientos de fraternidad cristiana de que estaban animados y que los impulsaban á manifestar el mayor celo por los derechos y la libertad de cada uno, llevaron su atención hácia un interés no menos sagrado, el de la educación de la juventud. Consideraron como el primero de los deberes el de ilustrar las almas á fin de prevenirlas contra el error, y fortificarlas en la virtud; pues sabían que el enemigo del género humano tiende sus emboscadas en medio de las tinieblas. Ya hemos mostrado los abundantes frutos que ha producido el piadoso celo de los colonos por la enseñanza; sus descendientes animados aun del mismo espíritu, están llenos de confianza en la eficacia del cristianismo y de la instrucción para mantener el espíritu público y combatir los peligros que amenazan la nación.

El estado social y político de los Estados- Unidos proviene del cristianismo; los *Padres de la Nueva-Inglaterra* eran apóstoles que por medio

de los mas penosos sacrificios buscaban el triunfo de su creencia; hombres de caracter firme que colocaban el honor de sus creencias por encima de todo y á cuyos ojos la fortuna, la pátria, la vida, eran poca cosa si la conciencia no permanecía libre.

«Los principios de la Nueva-Inglaterra, dice Tocqueville, se esparcieron desde el principio en los estados vecinos, ganaron de uno en otro dia los mas lejanos y han acabado por saturar la confederacion entera. La civilizacion de la Nueva-Inglaterra ha sido como esos fuegos encendidos sobre las alturas que despues de haber esparcido el calor en torno suyo, tiñen todavía con su claridad los últimos confines del horizonte.

Mas si los colonos habian tomado á los principios generales de la religion cristiana, las principales líneas de su edificio social, no pudieron dejar de introducir el espíritu de secta en que su mayor parte se hallaba imbuida. Parecia que perseguidos en Europa por su fé, debian haber comprendido los peregrinos todo el precio de la libertad religiosa. No fué así, sin embargo. La creencia á que lo sacrificaron todo, querian verla reinar sin participaciones y de aquí esas disposiciones arbitrarias que pululan en su historia, hallándose en completo desacuerdo con el conjunto de sus instituciones.

En el Connecticut obligaba la ley bajo multa á todos los habitantes á asistir al oficio divino, y fulminó castigos rigurosos contra los cristianos

que querian adorar á Dios bajo una forma diferente de la que ella misma prescribia; los cuáqueros y otros hereges que trataran de penetrar en la colonia, debian ser condenados á prision, y en caso de reincidencia, á verse cortadas las orejas y atravesada la lengua por un hierro ardiendo. Las penas eran aun mas rigorosas para los católicos; el sacerdote que ponía su pié en el territorio de Nueva-Haven ó Massachusetts despues de haber sido arrojado una vez, era castigado con la muerte.

La moral no era objeto de menor vigilancia. La blasfemia, la hechicería, el adulterio, producian la aplicacion de la pena capital, la pereza y la embriaguez, eran severamente castigadas; y el que se hacia culpable de mentira, era condenado á multa ó azotes. En los Estados fundados por los Puritanos, el ardor reglamentario llegaba hasta el ridículo. Se prohibia el uso del tabaco y no solamente trabajar en domingo, sino cocer las viandas, hacer las camas, barrer las casas y afeitarse. Hasta se prohibió á las madres acariciar á sus hijos.

El honor de haber inaugurado los primeros la libertad religiosa en América, corresponde á los católicos. Habiendo obtenido lord Baltimore del rey Jacobo I una concesion de tierras, fué á establecerse con doscientas familias católicas en Maryland. El noble colono habia abdicado el anglicanismo, en vista de las violencias cometidas por los partidarios del culto reformado. Conver-

tido, evadióse de la persecucion: su primer cuidado fué establecer en toda la estension de la provincia la libertad de conciencia. «Atendiendo, dice el *Acta de religion* publicada en 1649, que la violencia en materia de religion ha producido dañosos resultados entre todas las sociedades que la han empleado, á fin de favorecer la paz y la tranquilidad en el gobierno de esta provincia, y de mantener sobre todo una mútua caridad entre sus habitantes, ninguna persona que haga profesion de creer en la divinidad de nuestro Señor, podrá ser inquietada en su religion ni en el libre ejercicio de su culto.»

El legislador restringia en verdad á los cristianos la proteccion de la ley; pero esto importaba poco en la época en que se dictó el acta; el racionalismo no se habia apoderado aun de las inteligencias, y los protestantes, poco alejados entonces de su punto de partida, no pensaban en dividirse sobre los dogmas fundamentales. La proclamacion envolvia á todas las sectas, á todos los colonos en una misma tolerancia.

Esta tentativa se adelantó, por desgracia, á su época. Los disidentes proscriptos en los otros Estados fueron á buscar asilo al Maryland; no tardaron en verse en mayor número que la poblacion católica, y en vez de seguir el noble ejemplo de lord Baltimore, hicieron reinar una odiosa intolerancia en aquel Estado, que habia proclamado el primero la libertad religiosa.

Cincuenta años mas tarde, Guillermo Penn,

marchando sobre las huellas de lord Baltimore, trató de reinvidicar nuevamente los derechos de la conciencia. Arrastrado en su generoso desig-
nio por el espíritu general de su tiempo y por la sombría suspicacia de la madre pátria, tuvo que prohibir, sin embargo, á los católicos el libre ejercicio de su culto.

Tal era la situacion religiosa de América, cuando estalló la guerra de la independencia. Las rivalidades de sectas dividian profundísimamente á todos los Estados; pero el amor de la libertad los reunia, y olvidaron la diversidad de creencias para combatir bajo las mismas banderas; cuando la victoria recompensó su valor, confundieron en una admiracion comun las defecciones de su causa. Por otra parte habian germinado las semillas arrojadas por lord Baltimore, y Guillermo Penn, y el regocijo del triunfo y las necesidades de la política, trajeron el reinado de la tolerancia.

Constituidas las colonias en federacion, el gobierno central encargado de representarlas, no podia tomar mas partido por las creencias de un Estado que por las de otro; así fué que la elevada inteligencia de Washington tuvo poco trabajo en hacer adoptar el principio de la libertad de comercio en el Congreso. Dictóse la ley memorable que consagra la libertad moral del ciudadano de los Estados-Unidos, y que reguló como nunca se habia hecho las relaciones de la Iglesia y del Estado.

El legislador proclama desde luego la igualdad civil y política de todas las comuniones. «No se exigirá jamás ningun juramento religioso para llenar un cargo ó un oficio público cualquiera en los Estados-Unidos.»

La Constitucion no se detuvo en esto. No solamente no quiso restringir bajo pretexto de las creencias los derechos de ningun ciudadano, sino que prohibió las intenciones bajo ninguna forma en el terreno de la conciencia. El Congreso no hará ley alguna para establecer una religion ni para prohibir su libre ejercicio. Estas palabras son toda una revolucion; hasta entonces se habia podido ver y se habia visto á los príncipes tolerar en sus Estados diversas formas de culto, pero la tolerancia supone el derecho de prohibir.

Siempre, por todas partes, en la antigüedad pagana, como en los siglos cristianos, en los países católicos, como en los protestantes, la religion habia estado ligada al poder civil, los príncipes se habian declarado los guardianes de la conciencia pública, y habian protegido ó perseguido á las iglesias, segun servian sus intereses ó contrariaban sus designios. La declaracion del Congreso abrió una era nueva en la historia; la separacion de los dos poderes quedó claramente formulada. Toda forma de doctrina, con tal que no afecte al órden público ó á la moral, es libre de producirse á la luz del dia. Cuando al espirar el último siglo formó la córte de Roma el proyecto de exigir una silla episcopal en los

Estados-Unidos, trató de sondear las disposiciones del Congreso, y el gobierno de los Estados-Unidos le contestó que no tenía nada que ver con aquel asunto, no siendo las religiones de su dominio. Desde entonces el catolicismo aprovechando la libertad absoluta que se le dejaba, ha adquirido rápido acrecentamiento en la Union, sin que el poder civil haya salido jamás de la estricta neutralidad prescrita por la Constitucion de 1787.

Inscrita la libertad de conciencia al frente de las leyes americanas, y respetada por el Congreso, no se habia hecho todo aun; era necesario introducir la aplicacion en el seno de cada Estado de que se componia la federacion. Esta obra fué mas larga y mas difícil, el espíritu de secta resistió largo tiempo, pero la impulsión estaba dada, y los legisladores particulares debian seguir mas pronto ó más tarde el ejemplo del gobierno central.

Nada es hoy objeto de mayor reprobacion que el sectarismo; los americanos consideran la libertad religiosa como una de las mas preciosas conquistas del cristianismo, como el mejor medio de asegurar su imperio. La verdad no es eficaz y fuerte sino cuando ha ganado los corazones por la persuacion; si no es aceptada por la inteligencia, en vano reina en lo exterior, está muerta en lo interno. La libertad es la que permite ejercer el poder de accion que lleva en sí misma; la libertad es el medio por el cual la verdad le

hace fecunda en las almas que la han recibido, y adquiere una maravillosa facultad de expansion.

Que el error recurra á la violencia, este es un buen medio para la mentira; la verdad que descende del cielo no sabria tener otras armas que la paz, la dulzura, la libertad; si defecciones imprudentes tratan de darle otras, le desnaturalizarán, y apenas podrán reconocerle los hombres.

Estos principios están tan profundamente grabados en las almas de los americanos, que uno de los Estados mas refractarios á la libertad religiosa, la Virginia, que hasta 1830 habia guardado las disposiciones opresoras de la antigua legislacion, se espresa del siguiente modo al decidirse á entrar por fin en la corriente de las ideas americanas.

«Consideramos que el Todopoderoso ha creado las almas libres, que todo lo que se hace para influirlas por medio de castigos temporales no tiende sino á engendrar hábitos de hipocresía ó de bajeza: considerando que privar á los ciudadanos de la confianza pública, y no concederles los empleos si no profesan determinada doctrina, es despojarlos injustamente de ventajas á que tienen derecho; considerando que este sistema produce el resultado de corromper la misma religion que se propone favorecer, pues se les gana partidarios, ofreciéndoles el monopolio de los honores y los sueldos; considerando, en fin, que la verdad es potente y no puede dejar de triun-

far en su lucha con el error, si la intervencion humana no la priva de sus fuerzas naturales, que es la libre discusion ante la cual no pueden prevalecer las falsas doctrinas largo tiempo; por todas estas razones declara la Asamblea general que todos los ciudadanos podran profesar sus convicciones en materia de fé, sin que esto pueda nunca amenguar, estender ni afectar en nada su capacidad civil.»

¿Debe concluirse que la igualdad política concedida á todos los cultos haya producido el efecto de que la América de nuestros dias haya dejado de ser una nacion sinceramente cristiana; que reconociendo los mismos derechos á todas las creencias, no participa de ninguna?

Puede contestarse á esto que la intolerancia no es el carácter distintivo de la fé religiosa; así es que los hombres que hacen profesion de no creer en nada, demuestra la esperiencia que no se distinguen por su espíritu de conciliacion, antes al contrario, toda contradiccion les irrita, es un crimen no pensar como ellos, en nombre de una libertad imaginaria, niegan los derechos de la conciencia, y hasta reconocen á Dios para ser considerado por ellos como un enemigo contra el cual son lícitas todas las violencias.

La historia, las costumbres, las instituciones de los Estados-Unidos prueban que la nacion ha permanecido siendo profundamente religiosa. No hay país donde el cristianismo se mezcle mas con la vida social y política; el Congreso

no abre ninguna sesion sin invocar para sus deliberaciones las luces de lo alto, y los miembros de ámbas cámaras se reúnen todos los domingos en una de las salas del Capitolio para asistir al servicio divino. En una palabra, según la feliz espresion de un autor contemporáneo, «el gobierno de los Estados-Unidos ha hallado el secreto de ser el mas religioso de todos los gobiernos sin religion del Estado.»

Si del Congreso trasladamos nuestras miradas á la masa del pueblo, le hallaremos animado de los mismos sentimientos.

Sabido es con que rigor se observa la ley del domingo: viages, placeres, negocios, todo se suspende, las tiendas se cierran, los cafés y los espectáculos dejan de ofrecer á la muchedumbre sus dictracciones equívocas, cada cual se recoge en la plegaria entregándose á pensamientos serios y fortificantes. Este es el dia del alma; se medita sobre los deberes, se graban en sí mismo las leyes eternas del bien y el mal.

Los ciudadanos aprenden en esta escuela las virtudes sólidas que hacen al hombre capaz de la libertad, sin que haya necesidad de encerrarlos en una estrecha red de ordenanzas y reglamentaciones y pudiendo disminuir las trabas exteriores, puesto que tienen en su conciencia su freno mas poderoso y saludable. Así es como la religion despues de haber formado las instituciones de los Estados-Unidos, las sostiene y alimenta, así es á los ojos de los americanos la

condicion esencial de la libertad. «Un pueblo sin creencias, dicen, podrá encontrar el orden y la paz bajo un gobierno despótico: una nacion como la nuestra pereceria en seguida si no fuese cristiana.»

La influencia religiosa penetra tan profundamente las costumbres que se la encuentra por todas partes. Domina en la prensa que permaneciendo estraña á las discusiones de sectas, defiende los grandes principios del cristianismo y la moral del evangelio. Entre los dos mil periódicos que circulan en los Estados-Unidos, se hallarán tres ó cuatro que osen atacar la religion y contra estos se declara de tal modo la opinion, que apenas encuentran lectores mas que entre los extrangeros. La justicia se halla imbuida del mismo respeto.

Los tribunales, no reciben la deposicion de un ateo, porque no conceden aprecio á la palabra del que no reconoce ley divina ni sancion moral; pero respetan la diversidad de creencias y no imponen á todos la misma fórmula de juramento. El cuákero se limita á una afirmacion solemne, el israelita jura sobre el libro del antiguo testamento, algunas sectas levantan la mano, otras la colocan sobre la Biblia. Todos los estados castigan las ofensas hechas á un culto cualquiera y persiguen los juramentos, las blasfemias y los libros licenciosos.

El respeto unánime que profesan á la religion no impide al pensamiento humano fraccionarse

entre ellos, en un número de sectas tan prodigioso, que la imaginacion retrocede espantada ante aquel conflicto de doctrinas y de creencias. El protestantismo que en Europa conserva aun cierta uniformidad, no ha podido sostener la prueba de la libertad americana, mil congregaciones rivales se disputan las almas, y podían citarse familias que cuentan en su seno tantas creencias diferentes como individuos. Sin embargo, en medio de esta confusion se distinguen siete u ocho comuniones principales por el número de sus adeptos y el lugar que han ocupado en la historia primitiva de los Estados-Unidos.

La primera es el *presbiterianismo*, que aun hoy dia conserva las severas tradiciones puritanas y que orgulloso con la influencia que ha ejercido en el desenvolvimiento religioso del país se llama asimismo la «médula espinal de la América.» Es frío, rígido, de una austeridad que llega al exceso; pero auna fuertemente la voluntad; es la religion de los hombres de iniciativa y de empresas, de comerciantes é industriales. La sequedad dogmática no le ha librado de sufrir el fraccionamiento propio de las sectas protestantes; *hay presbiterianos del Norte* que anatematizan la esclavitud y los esclavistas, *presbiterianos del Sur* que la defienden; *presbiterianos de la antigua escuela*, *presbiterianos reformados*, *unidos*, etc. Todos ellos se hacen entre sí la guerra, y sus discordias no contribuyen

poco á mantener las desconfianzas de la Nueva-Inglaterra contra los Estados meridionales, impidiendo que acaben de cicatrizarse las llagas de la guerra civil.

Al lado de los presbiterianos se colocan los *congregacionistas* que tienen gran analogía con ellos. Descienden igualmente de los primeros peregrinos, y sus costumbres conservan las huellas del rigor puritano; son ilustrados, ardientes para el trabajo, enemigos del lujo; su culto, lleno de formalista avidez, se dirige casi siempre á la razon, jamás al sentimiento. Las iglesias completamente independientes las unas de las otras, se gobiernan por sí mismas, y no dejan á sus pastores sino una autoridad puramente moral; pues la congregacion decide por sí sola sobre todas las cosas.

Estas dos sectas forman la parte mas viva del protestantismo; aunque no lleguen reunidas á un millon de fieles que es una minoría muy débil en relacion con la poblacion total de los Estados-Unidos, ocupan en ellos la plaza de honor porque encierran en su seno los hombres mas enérgicos é influyentes del país.

El episcopalismo tiene tambien un lugar distinguido en esta gerarquía de las iglesias americanas. Este es el culto de las clases opulentas á la que atrae y retiene con la pompa de sus ceremonias. La proteccion de la Gran-Bretaña, hizo de ella en un tiempo la religion privilegiada, oficial de mucha parte del territorio; conserva aun

la liturgia anglicana y sus asociaciones y sus templos son mas ricos que los de ninguna otra secta. Se debe decir tambien en su elogio, que se halla en algunos de sus miembros un elevado y puro espiritualismo y un verdadero espíritu cristiano. Estraño á las discordias que perturban la América, ha hecho en estos últimos años notables esfuerzos para conciliar los partidos, y ha tendido una mano fraternal á todos, siguiendo en esto el ejemplo de los católicos y de los cuáqueros, sin distincion de bandera política. Apesar de tantas causas que deberian favorecer su estencion pierde terreno cada dia. Los adeptos apenas llegan á ciento sesenta mil.

El metodista y el baptista son por el contrario las formas del culto preferidas por los artesanos y el pueblo. A estas comuniones se unen ordinariamente los negros.

Nada es mas conmovedor como asisten á una de las iglesias particulares á que las preocupaciones públicas relega á estos desgraciados. La miseria de su situacion ha hecho sus almas mas accesibles á la dulzura de los dogmas cristianos y mas dispuestos á reconocer su sublime profundidad; de aquí sus plegarias entremezcladas de lágrimas, de gritos de amor y de entusiasmo. A veces cuando el predicador habla de la misericordia infinita de Dios, de su ternura para con los pequeños y los débiles se oyen resonar verdaderos torrentes de aleluyas. Los estados del Sur, del Centro y del Oeste, encierran

un considerable número de congregaciones metodistas. Se calculan en doce mil el número de los templos y en cerca de dos millones el de sus adeptos. No hay que creer que todas las iglesias reunidas bajo esta denominacion comun profesan la misma fé y el mismo culto.

Existen el metodismo de los *africanos*, el de los *dicidentes*, y el fraccionamiento de esta secta no iguala ni con mucho el de los baptistas cuyo millon y medio de adeptos le dividen en una multitud de comuniones diferentes.

La principal es la de los regulares; pero las de *El libre arbitrio*, de *El sétimo dia* y de *Los seis mandamientos*, han reclutado numerosos partidarios en Nueva-Inglaterra; *wineanennarios* se estienden en Pensylvania, los discípulos ó *camphellistas* en la Virginia, Kentucky, Ohio y el Illinois. A esta enumeracion hay que agregar los *antimisioneros*, los *mennonitas*, y otras que seria harto prolijo mencionar.

La inmigracion alemana ha aumentado considerablemente de medio siglo á esta parte la importancia del *luteranismo* en América. Los colonos llegan en su mayor parte imbuidos en ese materialismo tan general en las clases bajas de la sociedad germánica, y una vez en América, sumergidos en un medio profundamente cristiano, sienten reanimarse en el fondo de su corazon un resto de fé, adoptando muchos en aquella tierra estrangera el culto que habian rechazado en su país. La iglesia luterana no con-

tará hoy menos de doscientos cincuenta mil miembros.

Los cuákeros ó amigos, esta secta tan dulce y caritativa que ha contado tantas almas evangélicas y que apesar de sus extravagancias ha permanecido siempre digna del respeto general, han decaído hoy mucho del puesto que ocupaban, perdiendo la preponderancia en el mismo estado que formaron. Filadelfia, su metrópoli, guarda aun el sello de paz, recogimiento y sencillez que de ellos recibiera; pero de las cuatrocientas iglesias que posee, apenas pertenece ya una docena á la célebre armonía de los amigos. En medio de las ramificaciones innumerables, las sectas del nuevo mundo merece aun fijar la atención, por que la cifra de sus adeptos no bajará todavía de cien mil.

Habrá comprendido el lector un hecho en la ligera reseña que precede: la debilidad numérica de las iglesias que hemos presentado como principales lugares del pensamiento religioso. Reuniéndolas todas, apenas se llega á un total de cinco millones de fieles; y si se añade á estos cultos el catolicismo, que como demostraremos mas adelante adquiere una estension prodigiosa en los Estados-Unidos, se encontrará que diez millones próximamente de americanos, se hallan clasificados en estas grandes denominaciones; pero si la nación encierra treinta y cinco ¿qué es de los veinte y cinco millones que restan? Si la influencia cristiana penetra todo el cuerpo social ¿cómo es

que la estadística solo presenta tal minoria?

Varias razones esplican este estado de cosas. Desde luego una multitud de iglesias que por su inferioridad relativa escapan á la enumeracion, muchas de las cuales no se estienden mas allá de la poblacion que les ha dado nacimiento, que no reúnen mas de dos á tres mil creyentes, que no poseen sino tres ó cuatro templos y á veces uno solo; pero en todos los cuales se enseñan los grandes deberes. Los dogmas principales del cristianismo; desde luego estas iglesias si tuviéramos tiempo y paciencia para agruparlas nos darian una cifra de fieles muy considerable. La organizacion particular de las comuniones protestantes contribuye tambien á rebajar singularmente las cifras de la estadística religiosa.

Para ser recibido como miembro de una iglesia, son necesarias numerosas formalidades, hay que sufrir un minucioso exámen, esponer ante la asamblea de dignatarios de la parroquia, el estado del alma y los motivos que han impulsado á abrazar una via mas cristiana. La congregacion decide en escrutinio secreto sobre el mérito del candidato; si es aceptado, se hace un *hermano*, es admitido á la cena; si es rechazado, permanece confundido entre la multitud hasta que mayores esfuerzos para enmendarse, le permiten presentarse de nuevo. Grandes ventajas iban unidas antes al título de *comunicante*, solo él conferia los derechos civiles y políticos, y no

se podía votar en ninguna eleccion de magistrado ó funcionario si no se formaba parte de una de estas categorías de fieles.

Hoy que la libertad de conciencia ha triunfado, que ningun deseo obliga á los ciudadanos á ceder ante estas condiciones rigorosas, un gran número de americanos, permaneciendo profundamente cristianos, no abrazan la fé de ninguna secta particular.

Suele ser además oneroso formar parte de las congregaciones. Las iglesias no son en los Estados-Unidos como entre nosotros casas hospitalarias donde el pobre y el rico pueden venir á sentarse el uno cerca del otro bajo la mirada del padre comun de los hombres; tienen en todo su carácter de exclusivismo, son propiedades privadas, pertenecen á los que las han comprado ó construido, y además como la mayor parte de los ministros protestantes reciben crecidos estipendios, se alquilan en los templos los sitios muy caros para subvenir á los gastos de la predicacion. Resulta de aquí, aunque los protestantes ilustrados deploren este estado de cosas, que los pobres quedan de hecho fuera de un gran número de iglesias.

El espectáculo de la multiplicidad de sectas americanas, hay en fin, que convenir en que no es apropiado para inspirar á las almas convicciones ardientes. Ante aquella multitud de doctores que todos con la misma seguridad dan á la fé cristiana interpretaciones diversas, el pen-

samiento público perturbado, ha buscado un refugio contra la incertidumbre. Avido de existencia religiosa no ha pensado en hollar con los piés las creencias en que reposa el edificio social; pero ha querido apegarse á los dogmas no quebrantados por ningun ataque. Esto era cosa difícil. ¿Cuántas verdades cristianas quedaban por minar por unas ú otras sectas religiosas?

Era necesario eliminar mucho, eliminar despues mas todavía, y viéndose inclinado ya sobre el abismo del racionalismo, se detuvo. De este modo nacieron en los Estados-Unidos las doctrinas *unitarias y universalistas*.

Sabido es que apoyándose sobre el principio del libre exámen que es la bandera, la grande arma de guerra del protestantismo, estos nuevos sistemas religiosos han hecho casi tabla rasa de los dogmas consagrados por la adhesion secular de los cristianos. Toda creencia que no emane de las luces naturales ó de la razon ha sido declarada sospechosa y no obligatoria, se ha suprimido todo símbolo por no haber podido entenderse para formular ninguno, y solo se ha pensado encontrar en la caridad evangélica, en el amor comun de lo bueno y lo verdadero, un lazo suficiente para unir las diferentes iglesias.

Doctrinas tan atrevidas y formuladas tan netamente, parece que deben conducir directamente á la negacion absoluta, ó por lo menos á esa religion débil y especulativa que se llama religion natural. Así ha sucedido en Europa,

pero el vigor del sentimiento cristiano ha preservado á la América de este peligro. Un hombre dotado de noble inteligencia y de un gran corazón, Channing, se hizo intérprete de las ideas unitarias, y no se puede dejar de sentir una respetuosa sorpresa leyendo las páginas conmovedoras en que ha desahogado su alma.

Este innovador que se glorifica de no pertenecer á ninguna secta que proclama, la elevada soberanía de la razón, es al mismo tiempo el discípulo mas ferviente del evangelio. Hace de este libro inspirado, la regla de su vida; el cristianismo lo posee todo entero y no hay un pensamiento, una de sus acciones que no refleje su luz. «Los grandes problemas del dia, dice Mr. Laboulaye, educacion, perfeccionamiento moral, elevacion de las clases trabajadoras, templanza, abolicion de la esclavitud, paz universal, derechos políticos, forma de gobierno, todo se reasume para Channing en estos dos principios: «amor religioso de los hombres, respeto religioso de la libertad.»

¿Cómo ha encontrado el famoso gefe del unitarismo el medio de asegurar una virtud tan alta como la suya y que nunca se desmiente sobre una fé tan débil? ¿Cómo rechazando en nombre de la razón todos los dogmas, desde el de la divinidad de Jesucristo, ha encontrado el secreto de permanecer tan profundamente cristiano? Esta es una de las dichosas inconsecuencias que se encuentran en las naturalezas religiosas

y que les hacen escapar á sus propios errores.

Desde su juventud habia sentido Channing arder en su seno la santa pasion de la verdad; la habia perseguido con ardor, pero ninguna de las sectas protestantes habia podido satisfacer la sed de su alma. El catolicismo era entonces en los Estados-Unidos como una especie de enemigo comun y Channing no sabia que uno de sus oradores mas ilustres el P. Lacordaire, podria decir un dia en las conferencias de nuestra señora de París: «La razon que viene de Dios, debe hallarse de acuerdo con el testimonio divino encerrado en la tradicion y la escritura, sin lo cual la luz estará en contradiccion con la luz y Dios consigo mismo.» Así pues, Channing apesar de las muchas simpatías que personalmente le atraian hácia la iglesia, le volvió la espalda para arrojarse en los brazos del libre exámen. «Estoy dispuesto, escribía, á sacrificar por la religion mis bienes, mi honor y mi vida, mas no debo renunciar á la facultad mas alta que Dios me ha concedido: esto sería cometer un sacrilegio.»

La misma razon de que Channing reivindicaba tan noblemente los derechos, le decía, sin embargo, de acuerdo con la experiencia, que la doctrina del libre exámen debe conducir lógica é infaliblemente á su fraccionamiento ilimitado. Desde que se rechaza toda autoridad superior y se abandonan al sentido individual la interpretacion de las escrituras, es necesario para ser consecuente consigo mismo, resolverse á creer que

la fé sufre las modificaciones mas numerosas é inesperadas, y que debe llegar el momento, previsto por Bossuet hace dos siglos, en que el protestantismo contará tantas iglesias como cabezas. Este resultado lo miró Channing frente á frente y lo aceptó resueltamente.

Puede decirse que la doctrina unitaria es el último esfuerzo de la reforma para sustraerse á la disolucion que la amenaza. Reducida á reconocer que todas las verdades dogmáticas se escapan unas despues de otras, que no tienen base sólida para ellos, una sola le es necesario hoy, si quieren permanecer consecuentes con sus principios, declarar que la fé no es el carácter propio esencial del cristianismo.

Nosotros no tenemos credos ni símbolo establecido, decía Channing en 1831 á Mr. de Gerando, cada cual difiere de los demas y piensa por sí mismo de tal modo, que mis escritos os manifestarán mis opiniones personales mas bien que los dogmas de una secta. Así despues de haber emitido la extraña doctrina de que la fé basta para salvar el hombre aun cuando no produzca ningun fruto ni siquiera se manifieste al exterior por las buenas obras, el protestantismo agonizante cae hoy en un exceso contrario: las creencias no son ya nada á los ojos del unitarismo; individuales, mutables y diversas como las ha hecho el libre exámen, no tienen fuerza ni prestigio, no pueden ser la señal distintiva de la iglesia universal fundada por Jesucristo.

¿Cual será pues el lazo de union para tantas inteligencias desemejantes, reconociendo como tenemos que hacerlo que la idea de unidad ha sido grabada en nuestra alma por una mano har- to poderosa para que nos sea dado borrarla?

Hay que buscarlo en el corazon del hombre, responde el unitarismo; debe ser el amor de Dios y del prójimo, la celeste caridad predicada por Jesucristo.

Estas palabras son hermosas, y reconocemos que cierto número de discípulos de la escuela con Channing á la cabeza, las han puesto noblemen- te en práctica; mas ¿no se vé que esto es un sen- timiento y no una doctrina, una aspiracion gene- rosa y no una religion? Además el unitarismo se equivoca cuando supone que creencias inciertas pueden ejercer una accion eficaz sobre las costum- bres. El corazon ama ú odia bajo el influjo del pensamiento, no se sacrifica sino cuando la inte- ligencia le ha mostrado la belleza del objeto para el cual solicita su afecto; las convicciones son las que hacen obrar á la voluntad. El mismo Chan- ning no hubiera desplegado tanto celo y abne- gacion para el cumplimiento del bien si una fé profunda no hubiera penetrado su alma.

Aunque el unitarismo fuera la consecuencia legítima del libre exámen, se suscitó en Améri- ca fuerte oposicion contra él; las sectas protes- tantes se espantaron viendo caer los restos del dogma que consideran, no sin razon, como su so- la defensa contra la invasion del racionalismo.

Sin apercibirse de que ellos lo habian minado hasta su fundamento en sus propias divisiones, que no habia necesidad de la mano de Channing para que se desquiciase por todas partes, y que lejos de querer destruir, se esforzaba el unitarismo en buscar entre el polvo materiales para un edificio religioso duradero, anatematizaron á este por medio de todos los doctores del protestantismo. Pero apesar de estos anatemas habia empezado á esparcirse en los centros mas ilustrados de la Nueva-Inglaterra, cuando la cuestion de la esclavitud, dándole una bandera comun, vino á comunicarle nueva fuerza. En nombre de Dios y de la justicia, defendió Channing á los negros, con una elocuencia que ligó en torno suyo todas las almas generosas. Estos fueron los grandes dias del unitarismo. Privado al presente de los gefes que le habian comunicado la grandeza y la ternura de sus almas, toma aun del medio cristiano que le rodea la fuerza necesaria para seguir siendo un cuerpo religioso; pero esa sombra de fé que le distingue de los sistemas filosóficos se debilita cada vez mas. Si recluta prosélitos, funda pocas iglesias, forma pocas asociaciones filantrópicas, y no creemos formular uu juicio inexacto y severo al decir que la vida cristiana se retira de su seno.

El protestantismo con sus variaciones infinitas, el unitarismo con sus tendencias racionalistas, no resumen aun todo el pensamiento religioso de los Estados. El espectáculo de desunion de las

iglesias reformadas ha producido en las almas otro efecto que el disgusto por toda fórmula precisa de creencia, y ha atraído un número considerable hácia el catolicismo. Se ha querido conocer está fé, que firme y tranquila en medio de las tormentas, ha atravesado diez y ocho siglos sin dejar en las zarzas y espinas del camino un solo giron de su vestidura doctrinal, y que abraza el universo con su serena unidad. Viendo su ejercicio, ha habido que confesar que tambien posée esa caridad divina de que los unitarios habian hecho la piedra angular de su sistema. Channing fué el primero en reconocerlo; porque aunque alejado por el dogma no tenia bastantes elogios para esta iglesia, cuya fecunda ternura era un alma tan digna de admirar y comprender. Un movimiento marcado se espera en favor del catolicismo; en medio de los horrores de la guerra civil, solo él ha reunido en un fraternal amor todos los hijos, sin distincion de partidos ni de opiniones políticas. Hoy continua llenando su mision de aplacar á Dios, y la caridad le gana los corazones, tanto como la penitente unidad de su doctrina conquista las inteligencias.

Cuando se observa la situacion del catolicismo en los Estados-Unidos, y se compara la simpatia de que se le vé rodeado con los ataques de que con tanta frecuencia es objeto de este lado del océano, se presenta naturalmente una pregunta al pensamiento. ¿Cuál es la causa de esta diferencia? ¿Tiene la iglesia en Europa menor

dulzura y mansedumbre? ¿Se halla menos unida en materias de fé? Si lleva en su frente los mismos signos de grandeza, ¿por qué no obtiene los mismos respetos? Es que en los Estados-Unidos la iglesia se halla completamente separada del estado, no se la mira como infeudada en tal ó cual sistema político, en esta ó aquella forma de gobierno. El doble ejemplo de Europa y América manifiesta que la religion gana con quedar abandonada á sus propias fuerzas.

Como dice admirablemente Tocqueville: «al unirse con los diferentes poderes de este mundo, solo puede contraer una alianza onerosa. Apoyándose sobre intereses fugitivos, se hace tan frágil como todos los poderes de la tierra. Sola puede esperar la inmortalidad; ligada con poderes efímeros, sigue su fortuna y cae frecuentemente con las pasiones de un dia que las sostienen.»

Debemos confesar, sin embargo, que la completa libertad acordada á toda creencia, ha permitido que se produzcan en América desviaciones estrañas. Se han visto las tendencias mas contrarias, las sectas mas extravagantes establecerse á la luz del dia, al lado de las formas antiguas del culto establecido: ¿pero estos desarreglos del pensamiento no deben atribuirse á la desorganizacion del protestantismo, que deja tantas conciencias inquietas, mas bien que á la libertad religiosa? El frio del escepticismo no ha helado á los americanos, tienen sed de ideas divinas, sien-

te el terreno de la fé temblar bajo sus pasos, sus mismas aberraciones atestiguan que el sentimiento de lo infinito no se ha extinguido entre ellos. En todas partes donde domina la libertad, el remedio está al lado del mal; cuando la verdad puede medirse con los falsos sistemas, los aplasta con el peso de su fuerza celestial, y las inteligencias encuentran bajo el dominio de sus leyes la confianza y la calma.

CAPÍTULO XII.

LOS MORMONES.

Entre las infinitas sectas que han nacido hace algunos años en el extremo Oeste, la mas extraña y considerable es la de los mormones. Varias relaciones nos han hecho ya conocer ese pueblo extraño, pero casi todos lo representan como una amalgama de insensatos, fanáticos, turbulentos y viciosos. Han fundado, sin embargo, una comunidad floreciente que cuenta cerca de 200.000 miembros, han conquistado el desierto á fuerza de trabajo, creando ciudades y cultivando terrenos, que al decir de los exploradores se hallaban condenados á una esterilidad irremediable. Esto demuestra que algun gérmen vivificante se mezcla á las utopias que solo han servido al principio para hacer reir al público.

En la parte oriental de las montañas Rocosas

se extiende al Norte de la cordillera de Wasatch una llanura que vista en un hermoso día de estío, parece envuelta en un mar de oro y púrpura. Hacia el Sur confunde sus cimas brumosas con las nubes, una cadena de montañas, que los indios llaman Oquirrh, y al Oeste se extienden los rientes bosques de la ciudad *santa*, la Nueva Jerusalen, capital de los mormones; mas allá el Jordan lleva el tributo de sus aguas al lago Salado, cuya inmensa superficie azulada cierra el fondo de la llanura. La ciudad semeja un estenso parque en que se destacan sobre innumerables bosques de árboles de un verde sombrío, un kiosko, una capilla, un tribunal. Sobre una altura mas lejana despliega el campo americano sus tiendas blancas y amarillas, que el gobierno de Washington sigue con mirada inquieta el progreso de la secta, y ha enviado numerosas tropas al Utah. Colocada en esta situacion la Nueva-Jerusalen, debe parecer una verdadera tierra prometida al emigrante fanático y pobre, que no ha conocido antes otra morada que los sótanos infestos de Lóndres y Liverpool.

Si se ha de creer á los mormones, una vision celeste determinó la fundacion de la ciudad. Cuando su gefe Brigham Joung atravesaba las montañas buscando donde establecer su pueblo, se le dió por un ángel que se le apareció la órden de establecer el templo de la ley en una eminencia de forma cónica. El profeta bajó hacia el lago Salado, encontró el lugar indicado por el envia-

do de Dios, y se estableció en él con sus discípulos. La Nueva-Jerusalén está situada entre dos mares interiores, el lago Utah y el Salado, que el Jordan une entre sí.

La ciudad ocupa una superficie de 1,200 hectáreas, dividida en 300 trozos iguales, de los que cada uno se subdivide en ocho secciones. El templo, en construcción todavía, porque antes que la casa de Dios se han elevado los demás edificios en la ciudad de los santos, ocupa el centro, abriéndose por cada lado una calle de 40 metros de ancho, que se dirige en línea recta á la llanura. Vías paralelas á las indicadas corren al Este, al Oeste, al Norte y al Sur, no resultando monotonía por hallarse accidentadas con bosques separados por arroyuelos naturales. La calle principal que desemboca frente á la fachada del templo, y en que las casas mas grandes, tienen un aspecto casi religioso, debia hallarse reservada á los profetas mormones. El comercio no ha tardado, sin embargo, en invadir el lugar santo, y al lado de las casas de Brigham Joung, de Kimball y de Wells, los tres gefes principales de la Nueva-Jerusalén, se elevan los almacenes, los hoteles y las casas de banca. Esta calle ancha, arenosa y desprovista aun de empedrado, presenta á la vez los tres aspectos por que pasan las de los Estados-Unidos, al lado de las casas de ladrillos secados al sol, las de simples troncos de árboles y las de piedras destinadas á los ricos.

Bajo el aspecto exterior difiere poco la capi-

tal del mormonismo de las ciudades de Kansas y Missouri, á no ser, en que no se ven en ella tabernas ni casas de juego, y en que la policía muy severa evita que se vean borrachos ni pendedencieros. Dentro de estas casas de bella apariencia se esconde, sin embargo, el gusano roedor de aquella sociedad extraña; la poligamia.

Destruyendo de este modo el hogar doméstico una secta, que no tiene de cristiana mas que el nombre, trata de introducir en el seno de una sociedad europea las costumbres mal vistas.

No podría esplicarse el éxito de esta doctrina si no se supiese que sus apóstoles se han dirigido y se dirijen á hombres ignorantes, groseros y desprovistos de creencias. Brigham, que introdujo el primero entre los mormones la poligamia, la presentó al principio, no como sus derechos, sino como un don que hacia Dios á sus elegidos. Recibir del cielo, por boca de su enviado, la autorizacion de tomar una nueva esposa, era la recompensa del celo y la santidad. Acaso el profeta quiso reservar á los dignatarios de su iglesia el privilegio; pero luego comprendiendo que la institucion ayudaria al acrecentamiento de la secta, generalizó su uso. El profeta empezó á enseñar que todo fiel es libre de contraer matrimonio con las hijas de los gentiles, y robó en los Estados del Este una jóven americana á su marido, para dar el ejemplo.

Las mujeres sienten, sin embargo, que se hallan rebajadas por el mormonismo, y cierto núme-

ro de ellas, á pesar del disfavor en que se halla el celibato, prefieren una vida de aislamiento y trabajo al harem del profeta. Para un observador imparcial es evidente que han dejado de ser lo que habia hecho de ellas Jesucristo, las compañeras y amigas del hombre, y que se han convertido realmente en las esclavas de un señor. No asisten á las comidas de familia ni presiden con su sonrisa el salon ni la cocina. Cuando se presentan al viajero con un niño en los brazos para llevarle frutas ó dulces, su aspecto es frio, reservado y temeroso. En el lago Salado no se atreveria una jóven á dirijirse á su padre, sino llamándole señor, ni á sentarse en su presencia como no se lo ordene. Verdad es que en compensacion concede el código mormon á las bellas entusiastas que lo adoptan, la libertad de escojer el esposo con quien partirán el trono en la vida futura, porque los profetas para completar su doctrina han imaginado un paraiso muy semejante al de Mahoma. Toda mujer descontenta de su marido ó que ambicione honores celestiales, puede desposarse para la otra vida, á pesar de los lazos que la encadenan en el mundo, con los príncipes del mormonismo. Ni el tiempo ni el espacio ponen obstáculo á estas uniones místicas, que solo tiene derecho de consagrar el profeta. Si la imaginacion de una creyente se inflama en el relato de las acciones de un santo de la nueva fé, puede Brigham Young acceder á su deseo de dárselo por esposo para la eternidad, aunque el objeto de esta pa-

sion se halle en Europa, y aunque haya muerto muchos años antes. Suele ser el desposado favorito de las fervientes mormonas, José Smith, el fundador de la secta, pero reservándose al jefe actual de la Nueva-Jerusalén, cuando la esposa está libre de lazos terrestres, el derecho de dar al profeta difunto sustituto temporal. Las mujeres no se hallan, sin embargo, condenadas á una reclusión perpétua como en Oriente. Brigham, que sabe cuanta influencia conservan todavía, y cuán importante es para él tenerlas unidas á su doctrina, trata de hacerles olvidar en las fiestas que les proporciona lo que les quita de dignidad moral. Brillantes fiestas tienen lugar con frecuencia, y la danza goza gran favor entre los *Santos del último día*, como se intitulan los mormones. El profeta, cuyo sistema parece reposar sobre el principio de reconciliar la religión con el placer, estimula igualmente las representaciones escénicas, que son según él un medio poderoso de moralizar el pueblo. Así es, que mientras el templo no se encuentra aun acabado, posee la Nueva-Jerusalén un teatro verdadero modelo de elegancia.

Este edificio de estilo dórico, muy sencillo por fuera, está sostenido en lo interior por ligeras columnatas á que la ausencia de palcos y balcones presta un aspecto aéreo. Las pinturas son blancas, realzadas por dorados de muy buen gusto. El patio se eleva en anfiteatro desde la orquesta, y en este lugar es donde suelen reunirse

los obispos y ancianos del pueblo, rodeados de sus mujeres y sus hijos. Una hamaca se halla colocada en el centro para que se sienta el profeta en medio de sus santos, colocándose cerca de él algunas de sus esposas. Elisa la inspirada, la pálida Enriqueta, Amelia la magnífica, y después se colocan según su importancia, los principales dignatarios mormones, Heber Keniball, primer consejero de Young; Daniel Wells, general en jefe; Jorge Smith, apóstol é historiador de la Iglesia; Eduardo Hunter, arzobispo primado; Stenhouse, editor del *Daily-Telegraph*, etc. etc. No se limita Brigham á santificar el teatro con su presencia, para reformarle de una manera eficaz, es necesario enaltecer al actor y para ello hace presentarse en la escena á sus propios hijos. Tres de las jóvenes sultanas, Alicia, Emilia y Zina, representan para edificación de los fieles, las piezas del repertorio europeo; porque la purificación soñada por Young no llega hasta el punto de escoger como en los misterios de la edad media, las leyendas bíblicas por asunto de sus dramas.

Uno de los caracteres particulares que distinguen á los mormones y que mas sorprenden al extranjero, es la plaza mínima que la religion ocupa en su órden. Mientras los protestantes van rechazando como inútiles una porción de prácticas piadosas, observan la santificación del domingo con su rigor judáico, mientras los mismos musulmanes son llamados á orar cinco veces por dia, los santos pretenden estar suficiente-

mente recojidos en el fondo de sus corazones y bastante intimamente unidas á Dios para no tener necesidad de vanas fórmulas. Los sermones del profeta están inspirados por el espíritu mas terrestre y positivo. Sirva de testimonio el siguiente dirigido á una banda de colonos llegada el dia antes á la Nueva-Jerusalén:

«Mis muy amados hermanos en Jesucristo Nuestro Señor: habeis sido escogidos por el Dios Omnipotente, y enviados á estos lugares para trabajar en la edificacion de su reino. Una larga marcha ha agotado vuestras fuerzas; descansad aun un dia, dos dias, mas si es necesario. Despues os levantareis llenos de valor y tratareis de ganar vuestra vida haciendooos útiles. No os preocupeis mas de lo necesario con vuestros deberes religiosos; cumplís una obra santa y Dios se encarga del resto. ¡Que la alegría llene vuestros corazones! Mirad este valle tan bello y sonriente; ha sido fecundado por el trabajo de vuestros hermanos en la fé; seguid su ejemplo. Primero han aprendido á roturar la tierra, luego á hacer brotar una cebolla, despues un jardin, á educar las bestias, en una palabra, á vivir. Vuestro primer deber es imitarlos, el segundo, para los que entre vosotros son suecos, alemanes ó suizos, aprender el inglés, la lengua del Señor, la lengua del libro de los mormones, la lengua de los santos. Cumplid por ahora con estos deberes; vuestras demas obligaciones os serán enseñadas á su tiempo.»

En la doctrina de Brigham Young no es, pues, lo único necesario engrandecer el corazón y la inteligencia, purificar el alma para hacerse digno de entrar en comunión con Dios; lo que se debe perseguir ante todo es el bienestar material.

Debe notarse que tomando prestada á la civilización cristiana su actividad creadora, piden los mormones las riquezas, no á la espada ni la violencia, sino al trabajo. Han escogido por emblema la abeja, y sus apóstoles mueven el arado, sus patriarcas construyen molinos y llevan á pacer los ganados. En una población donde el trabajo manual está casi divinizado, se elevan los más altos dignatarios en la consideración pública en proporción de los servicios que hacen al comercio y la industria. Este poderoso impulso dado á la acción del hombre, es lo que constituye la fuerza del mormonismo, porque el trabajo posee una virtud regeneradora y fecunda. Es sin duda, una expiación; pero como la expiación no puede ser estéril en el orden providencial, es al mismo tiempo el esfuerzo redentor que separa la maldición del suelo y de la inteligencia; es el único medio dejado al hombre para reconquistar su perdido reino.

Para que produzca frutos verdaderamente saludables, es necesario, no obstante, que el trabajo esté inspirado por el deber y la caridad, no por la sed de goces. Al ofrecer la posesión de las riquezas como fin á todos los sectarios, han ase-

gurado los mormones el aumento de su número, pero se han creado un peligro para el porvenir.

Hechas estas reservas, hay que admirar la actividad inteligente con que en pocos años han transformado un árido desierto en un país riente y fértil. Ocupan hoy un territorio mas grande que la España, tienen una capital populosa, y gracias al inmenso espacio de que disponen, y á sus cualidades colonizadoras, han sabido dar hasta aquí á sus adherentes la abundancia en cambio del trabajo. Así es como esta secta, que la extravagancia y la inmoralidad de su doctrina parecian condenar á una pronta muerte, se ha extendido no solo en América sino en Alemania y en Inglaterra, con una facilidad que ha alarmado al protestantismo. El mormonismo contaba hace cuarenta años con seis adeptos; hoy tiene 160.000 en los Estados-Unidos, 15.000 en la Gran Bretaña, 10.000 en el resto de Europa y 20.000 en Asia y en los mares del Sud. En caso necesario podrá levantar un ejército de 20.000 hombres, y grandes bandas de emigrantes van á aumentar todavía su número.

El fundador del mormonismo, José Smith, no era, sin embargo, uno de esos espíritus superiores que sondeando con miradas profundas las tendencias de un pueblo y de un siglo saben hacerlos dóciles instrumentos de su voluntad. Ignorante, vicioso y pobre, hubiera visto caer su doctrina en el olvido que merece, si el ódio de sus enemigos no le hubiese concedido la aureola del

martirio. En vano habia promulgado el Evangelio de la nueva ley, grabado por orden de Dios mismo sobre tablas de oro, presentándose como enviado del cielo, y depositado por su profeta Hamado Mormon, sobre la colina del Ontario en el siglo quinto, hasta que naciere el elegido que debia darlo á luz. Nadie, casi, habia sido bastante crédulo para dar fé á sus fábulas. Arrojado por la bancarrota del Ohio al Missouri y despues al Illinois donde habia fundado la colonia de Nanvoo, apenas podia valerse entre las persecuciones de sus acreedores, las intrigas de sus propios partidarios y la vindicta pública, cuando arrestado en 1843 fué muerto en su prision de Cartago por una banda de hombres enmascarados. Desde entonces se olvidó que era un bribon ambicioso, vicioso é ignorante para no ver en él sino un justo perseguido indignamente.

Un hombre dotado de gran habilidad y de un espíritu inminentemente práctico, Brigham Young recogió la herencia de José Smith. Su primer acto de autoridad fué trasladar mas allá la silla de su secta, porque el mormonismo se habia envilecido demasiado en el Illinois para hacer progresos. Los santos debian abandonar un país donde no habian encontrado mas que opresion, y como los antiguos judíos, fueron á buscar otra tierra de Canaam, las tierras circundantes de otro mar muerto, no menos desolado que el de Palestina, el gran lago Salado, adonde Young, que sin duda habia recogido infor-

mes exactos, condujo la colonia de Navao, en el invierno, con hambre y con frio, haciendo un viaje de 500 leguas, bajo la promesa de una revelacion divina que le habia ordenado conducirla á aquel país, donde era necesario sostener una nueva lucha con la naturaleza para proporcionarse morada. Cuando los emigrantes llegaron á las montañas Rocosas, habian cabado mas de una tumba, pero aquellos fanáticos dotados de una voluntad perseverante, entre los cuales todos los hombres servian para todo, como es comun entre los americanos, no se desanimaron á la vista de las montañas abruptas, apenas surcadas por estrechas gargantas perdidas en las nieves. Los hombres jóvenes y vigorosos marchaban á la vanguardia, rechazando las bestias feroces, matando las serpientes á pedradas y abriendo paso á las mujeres y los ancianos.

El profeta puso en seguida manos á la obra; exploró los desfiladeros, indicó las fuentes y las praderas fértiles en medio de aquellos lugares que se consideraban condenados á irremediable esterilidad. El pueblo vió milagros en estos descubrimientos y empezó á sentir por Brigham Toung esa especie de fé ciega que hace del jefe de los mormones, el potentado mejor obedecido de la tierra. Al poco tiempo se sembraron los campos, empezaron á explotarse las salinas y á pacer en las colinas los ganados, saliendo rápidamente del suelo la Nueva-Jerusalen ó *Salt Lake City*. Los indios, hostiles al principio, fue-

ron atraídos por medio del buen trato y las larguezas, porque decia Young «es para nosotros mas económico alimentar á los indios, que combatirlos.» Hoy, la colonia es ya rica y poderosa, sus mercaderes han establecido despachos en Nueva-York y en Lóndres y han tenido un representante en la exposicion universal de París de 1867.

Este acrecentamiento rápido, ha venido además del amor al trabajo, exaltado hasta la pasion de un segundo elemento de fuerza. Los *santos* tienen escuelas, capillas, libros y periódicos en Lóndres, Liverpool, Glasgow, Copemhague y muchas poblaciones de Alemania. Un gran número de apóstoles deja todos los años el lago Salado para ir á convertir las naciones. La forma en que son escogidos para este trabajo, demuestra la inmensa autoridad que ejerce el profeta. Paseando un dia á pasos lentos por Maine-Street apercibió un jóven labrador que conducia su ganado; llamóle, le dijo que el Señor le escogia para extender su palabra y le mandó partir enseguida. La mision podia durar de uno á diez años, el lugar de ella podia ser Liverpool, Damasco, Delhi ó Pekin; pero el jóven no puso la menor objecion, despidióse de sus amigos, abrazó á sus mugeres y sus hijos, y marchó sin dinero y sin provisiones de ningun género á cumplir la órden que habia recibido. El nuevo misionero atendió á su subsistencia vendiendo sus servicios al primer convoy de mercaderes que se

dirigió al lugar de su destino. Los que han de dirigirse á Europa permanecen en Nueva-York, hasta que han ganado con su trabajo el precio del pasage, y aun con mas frecuencia se contratan como marineros predicando á la tripulacion la doctrina de los mormones durante el viaje.

Una vez llegado el misionero á Inglaterra se aloja en la casa de algun santo del país, ó si no tiene este recurso, entra como obrero en alguna gran fábrica. Ya en ella, hace nacer entre sus compañeros el disgusto de su estado presente, el deseo de mejorar de condicion, y les promete, no solo la salvacion para otro mundo, en que muchos ni siquiera han pensado acaso, sino sobre todo, bienes terrestres en este. El mormonismo debe encontrar de este modo acceso entre los descontentos y los desheredados, porque el cielo que anuncia no está enteramente mas allá de la tumba. Las riquezas, dicen los misioneros, son la herencia legítima de los santos; la pobreza no es un estado de bendicion que permite al hombre acumular tesoros de gracia y misericordia. Los poderosos de la tierra han inventado este sofisma para mantener al pueblo en el abatimiento; pero Dios llama á todos los suyos á la fortuna y los goces.

Los mormones explotan, en fin, con rara habilidad, la tendencia á la emigracion, de las clases inferiores que trabajan, en Inglaterra y Alemania. Muchas familias pobres dejarian el

país donde viven tan miserablemente, para dirigirse á esa tierra de América donde la adquisición de la propiedad es tan fácil; mas les espanta lo desconocido. El mormonismo convierte en su provecho esta dificultad, facilitándoles todo á sus neófitos, guiándolos y escoltándolos durante el camino, hombres que no les son completamente extraños y haciéndoles comprender que desde su llegada al Utah encontrarán amigos, casas y trabajo.

La propaganda despliega una actividad particular para convertir las mujeres. A la pobre obrera que se marchita hilando y cuyo sentido moral se debilita en un medio malsano, le pinta el misionero mormon los encantos de un país donde todas las muchachas pueden llegar á ser esposas del profeta, y donde descargadas del peso del trabajo que se ha devuelto á los hombres, no tienen otro las madres de familia que el de cuidar á sus hijos y mantener el órden en una casa rica y confortable.

Terminada su mision vuelve el apóstol al lago Salado seguido de una numerosa banda de discípulos. De esta manera es como bajo la inspiracion de Young, adquiere el mormonismo mayor extension de uno en otro año. El profeta no tiene esa amplitud de miras que funda las instituciones duraderas; pero sabe hacer servir á sus designios las grandes pasiones de las sociedades modernas: el amor del oro y de los placeres. Con ayuda de estas poderosas palancas ha realizado

una obra que parecia imposible; ha fundado en medio de un pueblo libre el poder mas despótico que ha existido; en un país que rechaza las religiones del Estado, ha colocado la Iglesia por encima de las leyes humanas y ha hecho renacer en el siglo XIX las formas sociales que existian en Siria dos mil años antes de Jesucristo. Pisoteando la ciencia y las lecciones de la historia, rechazan los mormones las mas preciosas conquistas del tiempo y del pensamiento, la libertad personal, la vida de familia, la forma representativa de gobierno, los derechos de la prensa y de la tribuna, la igualdad ante la justicia.

Aunque los santos de los últimos dias bautizan á sus adeptos en nombre de Jesus, y pretenden sacar todos sus dogmas de la Biblia, no cabe concederles el título de cristianos. Una mezquita ofrece mayores puntos de semejanza con nuestras iglesias que sus templos; pues los musulmanes han roto sus ídolos, mientras los mormones los restablecen.

Dios ha dejado de ser entre ellos el soberano creador del Universo, no siendo mas que el presidente del reino celeste, una especie de Júpiter antiguo, hecho de carne y hueso como los mortales, sobre los que no tiene ningun derecho, de que no es el Señor ni el padre. Despues de haber manumitido así á los mortales, despues de haberles dicho lo que el orgullo escucha siempre con placer, que no son seres creados que de-

penden necesariamente del que los ha formado, completa el mormonismo su obra, elevándose al nivel de Dios. Participando de la naturaleza divina, sin principio y sin fin, se considera llamado á sentarse un dia sobre tronos celestiales.

Si los mormones han tomado del mahometismo sus costumbres corrompidas, y su gobierno despótico, se cree que difiere profundamente bajo el punto de vista de las doctrinas religiosas, bajo el aspecto de que el Koran desprecia y envilece al hombre, habiendo abortado el fatalismo y hecho del Oriente un cadáver, mientras que el libro de los mormones exalta, por el contrario, al hombre hasta la locura.

El rango asignado á los diferentes séres, no contradice menos las ideas cristianas, porque los santos relegan los ángeles al último grado de la gerarquía intelectual. Colocan en la cima de la escala los dioses inmortales, séres compuestos de un alma y de un cuerpo llevados al mas alto grado de perfeccion; estado á que deben llegar los mormones que se hayan conformado exactamente con la fé en la tierra; vienen despues los hombres, luego los espíritus existentes de toda la eternidad que esperan aun su tabernáculo de carne, y por fin, los ángeles, seres imperfectos, incapaces de elevarse al nivel de los dioses. Ellos han sido sucesivamente espíritus en el espacio, y hombres en la tierra; pero como no han cumplido la ley de vida, se han detenido en su ascension hácia un estado mas perfecto. Su falta

consiste en no haber vivido la vida patriarcal, en no haberse casado con muchas mugeres como Abraham y Jacob, David y Salomon. Los ángeles son, pues, las almas de los celibatarios y los monogamos, que se han cerrado el porvenir privándose de los goces del haren y que se han hecho incapaces con ello de reinar en las esferas celestes.

Los fundadores del mormonismo, impregnados aun en el espíritu de difusión de las razas cristianas, llaman á sí todavía todos los pueblos de la tierra; pero mas ansiosos de fundar un imperio que de arrojar á los horizontes las semillas de una doctrina de que acaso conozcan ellos mismos la debilidad, atraen sus convertidos hacia el lago Salado, con cuya precaucion ponen su fé al abrigo de toda tentacion, y aumentan rápidamente el número de los súbditos de Brigham Young. Y como el error es acomodaticio, la nueva iglesia abre su seno no solamente á todas las naciones, sino á todas las creencias. Para ser mormon no es necesario que el pagano rompa sus ídolos, que el indio renuncie á Brammha, ni el musulman á Mahoma; la religion inaugurada por Smith y Young, es, segun ellos vociferan, una religion de conciliacion; convertirse á sus dogmas, no es renegar la fé propia, es añadir á ella nuevas verdades. Esta tolerancia que ellos toman por una fuerza, nos parece una causa de disolucion; la indiferencia no creará jamás nada porque es la negacion, mientras que una fé

viva, aunque incurra en el error, puede producir grandes cosas. La verdadera tolerancia no consiste, por otra parte, en mirar de igual manera todas las doctrinas, sino en templar con una caridad inmensa hácia las personas, la lucha de las ideas.

Es cierto que si los santos del lago Salado tienen un símbolo indeciso y flotante, suplen el entusiasmo religioso por la ilimitada confianza que tienen en su gefe. Dios gobierna á su pueblo por medio de las revelaciones incesantes que hace á su profeta, y no solo le guia en las circunstancias solemnes, sino en los menores detalles de la vida doméstica y rural; que estos hombres que se suponen iguales á la divinidad se ven obligados por la voz de la conciencia á reconocer su pequeñez y no se atreverían á emprender ningun negocio, á plantar un árbol, á construir una casa, sin consultar al elegido de Dios.

¿Cuánto tiempo permanecerá en manos de los gefes mormones el inmenso poder que se deriva de semejante organizacion severática? Brigham Young despliega sin duda grande habilidad y divide la vida de sus discípulos entre el trabajo y los placeres, de tal modo, que no les queda espacio para la reflexion. Mientras tenga tierras que dar, riquezas que prometer, no le faltarán sectarios; mas cuando, por compromiso del natural desenvolvimiento de las sociedades, se vayan acentuando las diferencias de fortuna y de posicion ¿cómo ha de poder sa-

tisfacer la sed de goces que califica de legítima y santa? Los mormones están hoy embriagados con el éxito, con las victorias obtenidas sobre el desierto; cuando se apacigüe esta fiebre se apercibirán del vacío de su fé, de la degradacion de sus costumbres.

El dogma de la poligamia suscita ya entre ellos encarnizadas disputas y un cisma violento. La muger y los hijos del fundador de la secta, niegan abiertamente que Smith haya profesado jamás tales doctrinas, y se han separado de los santos del Utah volviendo á su morada de Nauvoo, donde se le reunen numerosos disidentes. En vano asegura Brigham haber unido él mismo á José con una veintena de mujeres, y ha reunido en su haren varias de las pretendidas esposas del profeta; su palabra halla muchos incrédulos, alegando victoriosamente sus adversarios, que no han podido manifestar ningun hijo de sus matrimonios secretos.

Es probable que Smith no tuviese el pensamiento de instituir la poligamia, ó que no se creyese al menos bastante fuerte para afrontar de una manera tan violenta las costumbres de nuestra civilizacion; pero cuando Brigham trasportó las sectas del mormonismo á un desierto donde no tenia que temer ninguna ley humana, dió curso á sus pasiones tanto mas libremente, cuanto veia en la pluralidad de las mujeres, un medio rápido de acrecentamiento para su naciente secta.

Pensó tambien que reclutando sus prosélitos entre la gente ignorante en el seno de ese populacho que es como la espuma de las naciones, no tendria que transigir con los principios y las preocupaciones del mundo antiguo. Se engañó igualmente en esto. No puede ser que un pueblo se haya alimentado durante siglos con la verdad, sin haber retenido en sus venas gérmenes de vida que se rebelan contra el veneno del error.

En resúmen, el mormonismo no es una de esas utopias con que no hay que hacer sino reirse; toma su fuerza en todos los malos instintos de nuestro siglo, de los que es como la encarnacion y ha hallado además circunstancias en extremo favorables á su desarrollo; una tierra deshabitada ofreciéndole un inmejorable campo de esperiencias, y una raza, á que debe la mayoría de sus prosélitos reuniendo todas las cualidades de enerjía y perseverancia que favorecen el éxito de las empresas. El buen sentido de los americanos, el recuerdo que solo puede borrarse á medias de la vida de familia, su vago sentimiento religioso, luchan contra estos elementos, y nosotros tenemos la confianza de que el bien obtendrá la victoria; porque un pueblo cristiano, no puede permanecer en un abismo tan profundo de degradacion intelectual y moral.

CAPÍTULO XIII.

LOS TEMBLADORES, LOS ESPIRITISTAS Y LOS PERFECCIONISTAS.

El mormonismo es la mas extendida, pero no la única de las aberraciones á que ha dado lugar en América la desenfrenada libertad de pensamiento.

Sobre una colina situada no lejos de las pintorescas fuentes del Hudson, se eleva un grupo de habitaciones de un aspecto agreste que contiene á pesar de su sencillez algo puritano. Esta colina es el monte Libann, y la pequeña villa, es el asiento principal de la comunidad de los *shakers* ó tembladores como les llama el pueblo, de los *creyentes en la segunda venida de Cristo* como se denominan ellos mismos.

Hombres y mujeres son admitidos igualmente en este cláustro americano, comiendo en una mesa comun y viviendo bajo el mismo techo, pe-

ro sin que otra union que la de las almas, pueda existir entre ellos. Inspirados por la misma Biblia que los mormones, han sacado de ella conclusiones diametralmente opuestas. Dejando atrás el monaquismo católico, enseñan que el celibato es el solo estado agradable á Dios. Segun la doctrina de los shakers, la mayor parte de los hombres son ciegos y sordos, y nada comprenden de los grandes cambios que se han operado en la tierra; solo algunos pocos elejidos responden á la eleccion divina, olvidando las rivalidades y las pasiones del mundo para comenzar una nueva vida del alma, en que el matrimonio es abrogado y la paternidad inútil y sin objeto, no teniendo necesidad los séres inmortales de perpetuarse por su descendencia. Segun los nuevos creyentes, dos grandes leyes dividen el imperio de la humanidad; la ley de *generacion*, que es la de los hijos de la muerte, y la de *regeneracion* que siguen los hijos de la luz y de la vida.

Los shakers, como los pitagóricos, dan gran consideracion al silencio. Ninguna conversacion ameniza sus comidas; reunidos en el refectorio los hombres á un lado de la mesa y las mujeres al otro, al son de campana, si alguno necesita algo murmura en voz baja en demanda al oido del vecino, que le presta el servicio sin decir una palabra ni recibir las gracias. Sus alimentos ordinarios son casi exclusivamente leche, frutas, legumbres y huevos. Las mujeres los preparan con esmero y cuidan de la educacion de los niños ade-

más, pasando sus escuelas por las mejores del Estado de Nueva-York. Los hombres se dedican al cultivo de plantas y flores.

El shakers siente la mas viva ternura por la naturaleza, le mira como amante y se cree unido al suelo por lazos celestiales. Las pasiones que dominan el corazon humano se encuentran para él en el amor á sus campos. La tierra maldecida por el pecado, dice, recobrará su esplendor primitivo por los esfuerzos de la virtud. El hombre imprime su carácter al paisaje, la planta que cultiva se modela por él, y si quiere tener una hermosa hacienda es necesario que empiece por purificar su alma; un árbol tiene sus necesidades y sus deseos, debiéndose usar con él la solitud del preceptor para con los niños confiados á su cuidado, si se ama la planta, que recompensará generosamente á su bienhechor.

Esta secta dulce é inofensiva, estos hombres que no toman parte alguna en la política, ni en las querellas de América, que no votan por ningun presidente ni tienen ningun meeting, ejerce, sin embargo, una gran influencia en los Estados-Unidos. Instruyen á la juventud, inculcan con su ejemplo el espíritu de sacrificio y su institucion sería verdaderamente saludable, si su misticismo no los arrastrase á cometer ciertas locuras.

Pretenden vivir en compañía de los ángeles y tener mas comercio con los muertos que con los vivos. Cuando están en sus celdas ocupados en

sus trabajos, aperciben en torno suyo una multitud de espíritus, oyen voces extrañas y la espresion de su semblante y de sus absortas miradas, demostraria la carencia de razon, si no se les viera manifestar al mismo tiempo el mejor sentido en los actos ordinarios de la vida.

La fundacion de esta secta, aunque poco conocida, data ya de un siglo. Hacia fines del anterior vivía en Bolton-Moors, triste ciudad del Lancashire, una obrera llamada Juana, mujer de un sastre que fué su primer adepto. Impresionada por los vicios y la miseria que les rodeaban, se creyó llamada á regenerar el mundo, y recorrió las calles y plazas predicando á todo el que queria oirla que el reinado de Cristo iba á comenzar y que para su segundo advenimiento tomaría la forma de una mujer. Nunca pretendió ser ella misma el Mesías, pero obraba como si todos los poderes del cielo y la tierra se hallasen en su mano; sus partidarios aseguraban que estaba inflamada por el espíritu de Dios y recibian sus palabras como decretos del cielo.

Su reinado fué corto, sin embargo. Una jóven, Ana Lee, cuyo padre era un pobre herrero de Manchester, fué de las primeras que siguieron á la profetisa. No sabia leer ni escribir, su juventud habia sido marchitada por el contacto de la gente mas viciosa, padecía desde su nacimiento ataques de histérico, y era, en fin, violenta, ansiosa de hacerse notar y ávida de dominacion; como la mayor parte de las muchachas de su país

y su condicion, habia casado muy jóven, á los 16 años, con otro herrero llamado Stanley, de quien tuvo cuatro hijos. La miseria y las necesidades mataron en la cuna estas pobres criaturas y las pruebas sufridas inspiraron á la jóven madre la mayor repugnancia por los deberes de la vida conyugal. Unióse á la secta de Juana, manifestóse en las calles y ya habia reunido en su torno un tropel de discípulos, cuando la policia, para poner término á aquellas perturbaciones, la encerró en una prision del condado.

La reclusion y los sufrimientos no consiguieron mas que exaltar su cerebro enfermo. Al recuperar la libertad proclamó por todas partes que la luz celeste se habia posado sobre ella y que el Verbo divino, encarnándose por segunda vez la habia escogido por tabernáculo. Predicó su doctrina en Manchester y Boston, pero la multitud acogió sus palabras con sarcasmo é instada por la oposicion resolvió buscar en América corazones mas dóciles; los espíritus cuya voz escuchó, le habian enseñado que este país, esperanza de los hombres libres, sería el asiento de la Iglesia futura. Sacudió sobre el viejo mundo el polvo de sus sandalias y partió con siete ú ocho fieles que consintieron seguir su suerte.

Los progresos de la pequeña colonia fueron cortos y penosos. La guerra de la Independencia arrojó á la madre Ana en los calabozos de Nueva-York; pero con una mujer que decia era Jesucristo, el tribunal no tuvo que hacer mas que

declararla loca y mandó que la volvieran á Inglaterra. Las hostilidades no permitieron la ejecución de esta sentencia, que estendió su nombre y recorrió el país predicando que el reino de Dios quedaba en adelante establecido en la tierra gobernando el mundo, no por la mediación de leyes escritas, sino directamente por la persona de su Verbo; que la religion antigua quedaba abolida y remitido el pecado de Adam.

De estos dogmas primordiales se deducian las consecuencias mas extravagantes, el mandamiento de crecer y multiplicarse, la bendición divina caída sobre la primera pareja humana, quedaban inútiles y sin objeto; el matrimonio quedaba proscrito en la nueva Iglesia: la tierra purificada se trasformaba en un paraiso en que los ángeles y los espíritus del mundo invisible, conversan familiarmente con los elejidos.

Estas fantasías encontraron eco en algunas almas débiles y fantásticas. Fundáronse nuevas colonias, y la madre Ana, habiendo reunido en torno suyo algunos centenares de creyentes, escogió para dirigir despues de ella el reino de Dios, cuando conoció la proximidad de su fin, á José Meacham y Lucía Wightrnimas, ardientes sectarios.

Su muerte ocurrida en 1784, puso á prueba la fé de estos, puesto que el Mesías no debía pasar á su segunda venida por la noche de la tumba; pero los gefes que habia dejado la profetiza estuvieron á la altura de la dificultad, asegu-

rando atrevidamente que Ana no habia muerto, sino que la desposada del Cordero habia dejado únicamente su vestidura de carne para tomar la ropa nupcial. Su eco transfigurado se habia hecho invisible para los profanos por el mismo exceso de luz que la rodeaba; pero ellos, sus hijos, no habian cesado de verla y oirla. Su cuerpo lo hicieron desaparecer enseguida.

Los shakers no creen en la resurreccion de la carne, sino que al ser llamados de la vida á la muerte, comienzan, sin metáfora alguna, una nueva existencia sin fin. No existe para ellos la muerte: continúan poblando la tierra, pero sus sentidos depurados de la envoltura terrea, cuyo peso les agoviaba, perciben de una manera perfecta las bellezas y maravillas de nuestro globo, que se convierte en su paraíso. Algo se anticipa de esta segunda fase á los shakers, como elejidos en esta vida, y por eso disfrutan la preeminencia de conversar ya en ella con los espíritus.

Durante bastantes años se consideraron entrados en una existencia superior, permaneciendo extraños á los negocios y disputas terrenales. José y Lucía los reunieron en comunidad y les dieron una regla uniforme, fundando, á medida que se multiplicaba el número de neófitos, nuevos establecimientos, que llegan hoy á 18 en los Estados del Norte.

No hacen, sin embargo, propaganda como los mormones, no prometen á sus adeptos, sino una vida de abnegacion y pobreza, y naturalmente

sus progresos son escasos, tanto por la falta de todo aliciente terrenal, como por la proscripción del matrimonio y la comunicacion de los sexos. Esto no obstante, en los dias de desgracia, cuando el hombre se apercibe de que los bienes acumulados á costa de tanto anhelo no son mas que polvo, suelen reclutar adeptos entre los fatigados de la vida y sus disgustos. Segun el testimonio del hermano Federico, cada movimiento religioso, cada sacudida de la conciencia de ese pueblo vigoroso, cuya fé no se satisface con las antiguas y gastadas fórmulas, produce la fundacion de una nueva colonia de shakers.

Otra doctrina análoga á la de estos, recibe tambien un acrecentamiento considerable de las crisis religiosas; el *espiritismo*, que cuenta hoy cerca de tres millones de adeptos. Varias tentativas se han hecho para establecer un culto apoyado en las revelaciones de los séres invisibles; pero los dogmas de la nueva fé como son demasiado oscuros, y aunque sus profetas están en constante comunicacion con el mundo sobrenatural, no han logrado todavía aclarar sus misterios.

Estas doctrinas nebulosas, parecen, sin embargo, claras y satisfactorias á los *espiritistas*, que no vacilan en declarar que las antiguas religiones son una vestidura envejecida de que muy pronto se desembarazará la humanidad. Proclaman que las Santas Escrituras se borran ante las revelaciones nuevas, y que los fenómenos de que

la América es testigo, son el punto de partida del futuro culto universal. Han organizado su servicio religioso, fiestas, sociedades locales, conferencias públicas, y han creado escuelas y periódicos. Gran número de entre ellos pretenden poseer la facultad de hacer milagros, el don de lenguas, la segunda vista, curan las enfermedades con la imposición de las manos, y por la bagatela de diez ó quince duros hay *medium* que cura el cuerpo y el alma, aun á distancia, atrayendo sobre su propio cuerpo, por un refinamiento de caridad, la afección que sufre el paciente.

El origen de esta secta es tan humilde como el de los Shakers; lo hacen remontar á un pobre zapatero, Andrés Davis, que favorecido con sueños maravillosos se declaró enviado del cielo para regenerar la humanidad. Menos ambicioso que la Madre Ana, no quiso pasar por Jesucristo, pero hizo público que los espíritus de los muertos pueblan la tierra, y los elegidos pueden en esta vida entrar en relaciones con ellos. Añadió que los medicamentos son nocivos, ó por lo menos inútiles, bastando la imposición de las manos para curar todas las enfermedades, introdujo en fin un sistema de educación en el que una especie de danza acompañada de movimientos de brazos y manos, jugaba como entre los Shakers, un papel importante. Como estos, admitió la dualidad de la naturaleza divina, viendo en el Sér Supremo, no solo el Padre, sino tambien la Ma-

dre de la humanidad, y de este principio dedujo la completa igualdad de derechos de los dos séxos sobre la tierra.

Como era fácil prever, las mujeres aceptaron con ardor una doctrina que las emancipaba de la dependencia en que, mas ó menos, las tienen todas las religiones, y no se detuvieron una vez emprendido el camino; destronado el hombre, era necesario colocarse en su puesto, obra que emprendió luego una falange de sacerdotisas, proclamando que con sus vestidos mas groseros, su organizacion mas ruda y su espíritu mas tosco, el hombre es incapaz de remontar su vuelo tan alto como su noble compañera; en una palabra, que ya habia él desempeñado su papel y que el de la mujer empezaba.

Ana Cridge fué la primera que hizo este descubrimiento, hermana de un sábio de Boston, William Denton, tomaba parte en los trabajos de ella y le ayudaba en sus esperimentos cuando las altas prerogativas de su séxo le fueron reveladas de una manera bastante especial. Un médico de Cincinnati habia observado que se puede purgar á ciertas personas delicadas y nerviosas con solo darle á tener en la mano el medicamento. Ana hizo el ensayo, y por una intuicion completamente femenina, infirió que si la imaginacion obra sobre el organismo de una manera tan poderosa, podia aplicarse á usos mas extensos. Colocando un papel cubierto con un sobre sobre su frente, percibió distintamente los caracteres tra-

zados en él y hasta la figura del caballero que los habia escrito, Williams, dotado tambien de una fantasía demasiado viva para ser hombre, sacó de este hecho magníficas consecuencias. La imágen vista por Ana sobre el billete, debía ser una especie de heliografía; el sol pinta todos los dias sobre los cuerpos sometidos á su luz la imágen de los objetos que los rodean, siendo susceptibles de recibir y retener estas impresiones todas las superficies, y si se encontraba una persona capaz de descubrirlos, se llegarían á conocer los mas recónditos secretos de la naturaleza. Asi, colocando un fragmento de roca primitiva sobre la frente de una persona dotada de esta facultad, se leerían como en un libro los misterios antidi-luvianos que embarazan al mundo de los sábios, vería sobre la corteza de un árbol veinte veces secular, la historia de la antigua América, sobre un pedazo de lava de Pompeya, la Italia de los Césares renacería para ella, y con esta luz la ciencia reposaría sobre bases sólidas, encontrando ademas las artes su precioso alimento.

Los dones maravillosos de Ana causaron un amargo despecho á su cuñada Isabel Deuton muger de Williams. Un dia manifestó á su marido que ella tambien *veía* y era capaz de penetrar en el alma de las cosas. Un pedazo de cuarzo fué aproximado á su frontal.

—¡Oh! exclamó, que monstruoso insecto apercibo! Su cuerpo está cubierto de alas escamosas y su cabeza aunada de arterias de un pié de lar-

go, se apoya contra una roca; una enorme serpiente, se oculta á pocos pasos en medio de una vegetacion tropical. Habiendo desenvuelto el ejercicio las facultades de Isabel, dejó pues, pronto atrás á su cuñada. Adquirió el don de leer, no solamente en el silice y en los fósiles, sino en las profundidades del Océano y en el centro de la tierra. Pudo oir las conversaciones de los indios de los siglos pasados, y aun gustar el alimento de los arenques, y los mastodontes antidiuvianos.

Por desgracia los hombres no pueden ver estas imágenes ni sondear tales misterios, su espíritu es demasiado prosáico y deben contentarse con recibir humildemente las revelaciones de las sacerdotisas. Una vez establecido este principio, otra de estas, Elisa Harnham, estendió el sistema y lo erigió en dogma. Rechazando la autoridad de San Pedro y San Pablo que predicaban la sumision de las mujeres, hizo una nueva version del Génesis para uso de sus adeptos. Segun ella, Eva no ha causado los males de la humanidad, sino encontró á Adam esclavo y lo hizo libre, condenado por una implacable ley á permanecer en un estado de tinieblas é ignorancia, á vivir como los animales sin conocer el bien ni el mal, la mujer rompió sus cadenas y le mostró las vías de progreso. La sabiduría, bajo la forma de serpiente, se dirigió con preferencia á ella porque solo ella era capaz de comprenderla; cogió el fruto prohibido para crecer en perfeccion y en luz, de

suerte que la superioridad de la mujer, se manifestó desde el paraiso terrenal.

Este es el pasado, en cuanto al presente, Elisa Harnham declara que comienza el reinado de la mujer. El hombre no ha sabido sacar partido de la ciencia cuyo camino habiale abierto ella para descubrir la verdad fundamental de la naturaleza, la superioridad del séxo femenino.

El tiempo de la ciencia ha llegado por fin, el porvenir es del espiritismo; la ciencia grosera, terrestre, es la parte del hombre, el espiritismo divino, pertenece á la mujer. Elisa reconoce que su Evangelio puede parecer extraño, que el orgullo masculino se revela contra los dogmas que encierra, mas no por eso dejarán sus grandes ideas de conquistar el mundo. La mision de la profetisa no es convertir al hombre; un señor no discute con sus esclavos; á las mujeres es á quien se dirige, siendo en verdad sus palabras bastantes lisonjeras para su auditorio.

Les enseña que su séxo, creado el último, es el mas noble, el que mas se acerca á la naturaleza de los ángeles; goza de una superioridad radical orgánica y es de una ciencia mas depurada, como lo acreditan la sustancia mas delicada de su cerebro y la mayor finura de sus tejidos. La naturaleza perfeccionando cada dia de la creacion su obra, colocó al hombre un grado por encima de los animales y despues á la mujer entre él y los serafines. El hombre debe por consecuencia labrar el suelo mientras su compañera

desempeña las funciones de sacerdotisa y *veyente* comunicando con las esferas espirituales; él trabaja y lucha con la materia, ella ama y es la mediadora entre Dios y la humanidad.

Se adivinan desde luego los desórdenes de la familia y las perturbaciones sociales que deben producir semejantes sistemas; pero la nación americana es fuerte y fecunda, y los elementos de vida que lleva en su seno, inspiran el desenvolvimiento de estos gérmenes de disolución. Es necesario no olvidar, sin embargo, que el nuevo mundo es el asilo donde los utopistas de todo género van á ensayar la aplicación de sus teorías quiméricas; muchas locuras que provocan con razón las burlas de los viajeros, no han nacido allí: la doctrina de los Shakers hemos visto que es una importación inglesa y el espiritismo pertenece á Europa casi tanto como á los Estados-Unidos.

Entre este tropel de errores hay otro de que no podemos dejar de decir todavía algunas palabras, porque también ha trabajado mucho tiempo nuestra sociedad europea.

En los confines del Estado de Nueva-York, se extendían en los primeros años de este siglo, vastos terrenos que se habían dejado á los Oneidas, tribu india, renombrada por su honradez, buena fé é inquebrantable afecto á los blancos. Pero ó los yankees fueron malos maestros, ó los bosques ejercían sobre los Piel-Rojas invencible atracción, porque estos abandonaron el cul-

tivo y volvieron á la vida nómada. En este lugar que quedó desierto, se establecieron los *perfeccionistas ó comunistas de la Biblia*, que pretenden haber basado sobre el Nuevo Testamento, la organización de la familia y establecido en el mundo el gobierno de Dios. El fundador de esta secta fué Juan Humphreus Noyes, hombre corpulento, pálido, de ojos grises y soñadores, con cabellos y barba de un rubio blancuzco. Graduando del colegio Yarmouth de Nueva-Hampshire, estudiante de teología en Massachusetts, predicador en Yale-College y despues disidente, próscrito y agitador público, es hoy tenido por un número considerable de personas, como un profeta iluminado por la claridad celeste que goza del favor particular de Dios.

Muchos falasterios se han creado por los perfeccionistas; pero el de Oneida-Creck es el mas notable. Construido bajo principios de arquitectura enteramente nuevos, porque el P. Noyes rechaza todas las tradiciones del arte antiguo, se halla en perfecta armonia con la sociedad externa que lo habita.

Un largo corredor y una escalera de piedra, conducen á la pieza central que sirve al mismo tiempo de capilla, de taller, de teatro y salon de conciertos. A este salon se abren las puertas de las alcobas. En el piso inferior se encuentran las oficinas y la biblioteca. Construcciones separadas encierran las cocinas, el refectorio, la despensa, el labadero y mas allá se aperciben á

través de los árboles, los molinos, las granjas, los establos y las queserías de la familia comunista.

Los hombres no llevan ninguna vestidura particular, la sola innovacion introducida hasta ahora, consiste en la supresion de los vestidos de fiesta, porque los innovadores han suprimido el domingo, así como han hecho tabla rasa de las demas costumbres humanas. Confiesan, sin embargo, con modestia, que el progreso no ha dicho aun su última palabra en cuanto á la forma de los sombreros y el calzado. Las mujeres han adoptado una vestidura de un corte bastante gracioso y apropiado para realzar la rara belleza de muchas de ellas. Se compone de una túnica corta, negra ó azul para el dia, blanca para las reuniones de la noche, largos pantalones del mismo color, una vesta abotonada hasta el cuello y un sombrero de paja.

Los curiosos que visitan á millares el falauterio, ven el órden y la paz dominando por todas partes, pero si penetramos en los repliegues de esta extravagante sociedad, quedaremos admirados de la fealdad moral que oculta bajo la corteza de su aparente belleza material.

Noyes infiltró en las peligrosas fantasías de los comunistas, algo del espíritu práctico del yankee, y esta es la explicacion del resultado que ha conseguido, aunque él lo atribuye á que sus predecesores no se han apoyado en la Biblia, siendo la religion la raiz de la vida y de toda teoria social aceptada. «La organizacion de la fami-

lia, dice, debe reposar sobre cuatro principios: reconciliación con Dios, emancipación del pecado, fraternidad del hombre y la mujer y comunidad del trabajo y de sus frutos.

En 1831 concibió la primera idea de su sistema. Quejábale del vacío de las doctrinas religiosas de sus compatriotas y buscaba el olvido entre los libros de todo género, pero sin abandonar la lectura de la Biblia en cuyas páginas esperaba hallar el remedio de su inquietud. Meditando entre sus alucinaciones sobre las epístolas de San Pablo, se apercibió en ellas de un sentido misterioso que ningún teólogo de Europa ni América había descubierto jamás en ellas. La sociedad fundada por los apóstoles reposaba sobre la verdad, era una comunidad de hermanos, de iguales, de santos; pero el príncipe de las tinieblas la ahogó en su cuna, y las iglesias de Grecia, de Roma, de Inglaterra, son las plazas fuertes del error. Las sanas tradiciones se conservaban, sin embargo, en algunas almas libres y fuertes; la luz por tanto tiempo oculta, vá á aparecer de nuevo y á irradiar sobre el mundo.

Impaciente por librar á los hombres de los lazos con que Satanás los había encadenado, comenzó á enseñar que la libertad de los elegidos no debe sufrir trabas de ninguna ley, que el matrimonio es una preocupación, la propiedad un robo, la autoridad de los magistrados, de los gobiernos, una tiranía injusta; los mismos derechos de la patria fueron rechazados por el no-

vador que se declaró abiertamente separado, él y los suyos, de los Estados-Unidos. Esta última pretension no debia sorprender mucho, puesto que los shakers, los mormones y otra porcion de sectas, habian declarado ya que la union americana no era sino una especie de clubs político de que podia separarse cada cual segun su antojo. Lo que diferencia á los comunistas de la Biblia de las otras escuelas nuevas, es el rechazar de una manera absoluta toda regla divina ó humana. El perfeccionista tiene el derecho de hacer cuanto se le antoja; el Espíritu Santo que habita en su seno, separa de él la mancha de todo pecado. Poniendo su conducta en armonia con esta bella doctrina pasaba Norges el dia en las tabernas, acompañándose de cortesanas y ladrones.

«Me abandoné á la tentacion, decia, porque estaba seguro de que aquel en quien habia puesto mi confianza era harto fuerte para salvarme.»

Es, pues, cosa establecida, que estos *santos* pueden desafiar impunemente todas las asechanzas del vicio; pero ¿cómo llegará este grado de gracia? Nada mas sencillo; no hay mas que desearlo y la cosa está hecha; no son necesarias las buenas obras ni la plegaria; declarais en público que os adherís á la nueva luz, y con ello os librais de la esclavitud del pecado, quedando vuestra alma pura y sin mancha.

Las primeras tentativas de Norges para poner en práctica su sistema fracasaron misera-

blemente; faltaba el dinero y la santa libertad no producía más que el caos. En tan difíciles circunstancias, encontró el profeta una joven y rica heredera. Euriqueta Holton, que acogió con vivo entusiasmo la doctrina perfeccionista. La fortuna podía poner al novador en estado de realizar sus planes, de organizar un nuevo falauterío ¿mas cómo apropiársela? Casándose era imposible, puesto que el matrimonio se halla proscrito por el Evangelio de los comunistas.

Para conciliar los deseos de su corazón y las necesidades de su bolsa con los principios, escribió Norges á la joven la siguiente carta demasiado curiosa para que dejemos de reproducirla en su parte principal.

«Mi bien amada hermana: después de meditaciones que han durado más de un año, después de haber esperado pacientemente á que el Señor me hiciera conocer su voluntad, me veo por dicha compelido á ofreceros una asociación que no llamaré matrimonio, antes de haberla definido claramente.

En nuestra cualidad de creyentes estamos ya unidos el uno al otro por lazos más fuertes que los de la tierra. De la sociedad de los santos es de la que se ha dicho: «En la resurrección no se dan ni toman mujeres en matrimonio.» No vengo, pues, á pedir os compromisos que limiten vuestras afecciones; mi compañera debe ser libre para amar á todos los que aman á Dios. Yo no quiero esclavizar su corazón ni el mío, sino so-

lamente hacerla entrar conmigo en la familia universal. Si una union basada sobre estos principios puede llamarse matrimonio, no tengo ningun escrúpulo en ofreceros mi corazon y mi mano, ni aun en someterme á las fórmulas legales establecidas por la preocupacion.»

Seguia despues una larga enumeracion de las virtudes de Enriqueta, una descripcion pomposa de los bienes que los dos esposos esparcirian sobre la humanidad; y en fin, para dar seguridades á la jóven acerca de sus tendencias vagamundas, declaraba Noyes, sin engañarla en esto, que experimentaba un vivo deseo de llevar en adelante una vida estable.

Algunos dias despues estaban casados, y el reformador en situacion de construir en Putney un estenso edificio para alojar á sus discípulos, de comprar prensas y de publicar un periódico.

No reinó la paz mucho tiempo en el Edem americano. Los perfeccionistas habian admitido muy fácilmente que es legítima para el hombre la satisfaccion de sus apetitos, sin reserva alguna. Habiéndoles restablecido la convencion al estado de Adam antes de su caida, todo les estaba permitido porque todo para ellos era puro; pero la libertad de unos oprimia á los otros y el establecimiento de Putney se hizo teatro de tales desórdenes, que Noyes se vió obligado á abandonar el falasterio fundado con tanta pena, para refugiarse en Oneida-Creek, territorio que por razon de su aislamiento y fertilidad, debia

poner á los perfeccionistas al abrigo del ódio público y de la miseria.

La pequeña colonia se separó de la Union, como en otro tiempo Abraham de los pueblos de la Palestina. Se impuso por toda regla, el deber—que una sociedad de gentiles juzgaría inútil imponer—de gozar de la vida. Los bienes de cada miembro se abandonaron á Cristo, es decir al P. Noyes, su represante en la tierra. A esta primera comunidad se unió la de las mujeres y los hijos, pues los santos habian descubierto que el matrimonio es una institucion egoista, que la afecion exclusiva de dos personas, la una por la otra, es una idolatría culpable, no menos contraria á la gloria de Dios que á las aspiraciones del corazon humano, rara vez satisfecho por un amor cínico.

Sin embargo, como una primera esperiencia habia enseñado á Noyes los inconvenientes de su sistema, resolvió templar la libertad sin limites dejada á sus discípulos por un segundo elemento, la *simpatía*, que vino á desempeñar entre los perfeccionistas el papel de la opinion pública. La simpatía consigue las desviaciones de la voluntad individual y reconcilia la naturaleza con la obediencia. De este modo puede un hermano hacer lo que quiera, pero es necesario que su deseo no esté en oposicion con lo de los otros miembros de la sociedad; si el juicio general se pronuncia contra él, debe someterse, bajo pena de quedar separado del camino de la gracia.

¿Desea tener un sombrero nuevo, un día de holganza, obtener los favores de alguna jóven? encarga á un anciano que sondee á sus hermanos y no obra hasta haber obtenido su asentimiento. Un profano diria que la introduccion de este principio restringe singularmente la libertad de que los perfeccionistas se muestran tan fieros; pero el comunismo ofrece á sus adeptos bastantes compensaciones, y gracias al correctivo imaginado por el P. Noyes, goza el falauterio de una paz que hasta entonces le habia sido desconocida.

Reprimidos los desórdenes interiores ó cubiertos por un velo, quedaba aun que combatir un enemigo: la bancarrota. Las recolecciones eran abundantes, pero el producto no bastaba á pagar los gastos; de suerte que la sociedad se habria disuelto infaliblemente sin la inesperada ayuda que le llevó uno de sus miembros mas íntimos, un pobre canadiense llamado Sewell.

La venta de trampas, desde las que sirven para cojer los osos como las de los simples ratoncillos, forman en los Estados-Unidos, donde pululan los animales dañinos, un ramo de comercio muy considerable. Los americanos no habian explotado, sin embargo, esta industria, dejando á las fábricas alemanas el cuidado de proveerlas. El hermano Sewel como cazador experimentado, encontró á las trampas llevadas de Europa muchos defectos que era imposible hacer desaparecer, y poniéndose á trabajar por su parte, llegó á construir aparatos mucho mas ligeros, sencillos

y mortíferos. Esparciéndose la fama por todo el Estado de Nueva-York, afluyeron los pedidos á Oneida. Sewell tomó obreros, estableció fráguas y algunos meses despues, el artículo aleman destrozado por su rival, permanecía desdeñado en el fondo de los almacenes. En solo un año fabricó la familia comunista ochenta mil dollars de trampas y aun hoy saca de esta industria, á pesar de la concurrencia, su principal recurso.

El falasterio de Oneida-Creek ha llegado, pues, no solamente á vivir, sino á prosperar, y si un mal interior le mina, el hermano encargado de hacer á los extranjeros los honores del establecimiento, disimula con cuidado sus estragos. Hasta se asegura que el P. Noyes, alentado por el éxito, trata de ensanchar el campo de sus trabajos, y no bastando Oneida á su celo apostólico, trata de fijarse en Nueva-York para propagar su doctrina.

En medio de tantas extravagancias producidas por la necesidad de innovaciones religiosas, se señala la vuelta de las almas hácia un principio saludable, el de la autoridad en materias de fé. Hartos de buscar en sí mismos una verdad de que no llegan nunca á apoderarse, invocan los espíritus, la revelacion divina, pidiendo al cielo luz y gracia, é inclinándose ante todos los falsos profetas que se dicen enviados de Dios.

Hasta en el despotismo inaugurado por la mayor parte de las sectas se envuelve una enseñanza profunda. La libertad y la autoridad son am-

bas hijas del cielo, solo su union asegura la paz y la prosperidad de las sociedades políticas ó religiosas, y cuando la una se sobrepone á la otra, se produce el desórden, convirtiéndose la libertad en anarquía y el poder en absolutismo. La religion cristiana nos ha dado la primera el modelo de conciliacion de los dos elementos; con su admirable sabiduría ha encontrado el secreto de acrecentar la libertad humana y hacer la autoridad mas fuerte, apoyando una y otra en Dios. Proclama que es vil y sin mérito alguno la sumision del esclavo, que solo la libertad dá precio á la virtud, respetándola tanto el mismo Creador, que hasta le permite desfigurar su obra segun nuestros mismos libros santos. La devocion de ningun cristiano, dice Schiller, celebra tanto la grandeza de Dios, como las blasfemias de los espíritus fuertes dejados por Él mismo en libertad para emplearlas. En cuanto al poder, ha recibido la consagracion mas alta, descende del mismo trono del Eterno, es una delegacion de la Omnipotencia creadora, pues para impedir sus extravios, dice sobre las condiciones del poder, el mismo Jesucristo: «Aquel de entre vosotros que quiera ser el primero, será el servidor de todos, á la manera del Hijo del hombre, que no ha venido para ser servido, sino para servir.»

Cada pueblo se inclina, segun su carácter, hácia el uno ó el otro de estos dos principios; las naciones de raza latina, hácia la autoridad, las de raza anglo-sajona, hácia la libertad. Cono-

ciendo unas y otras sus tendencias, deben tratar de desenvolver en sí mismas el elemento mas débil para llegar á su sábio equilibrio. Los Estados-Unidos, que sobre ser suelo vírgen, han creado tantas maravillas, que poseen cualidades tan serias y sólidas, comprenderán esta verdad, de que depende su porvenir. Con el ardor propio de la juventud, se abandonan los americanos á todos los excesos, mas tienen una fibra demasiado práctica para no reconocer á tiempo el peligro. Sus sectas, aun las mas extravagantes, han conservado un elemento salvador; el amor al trabajo, y los hechos vivificantes destinados á vencer los obstáculos materiales de la naturaleza, producen ordinariamente el efecto de arrojar del cerebro las locuras.

CAPÍTULO XIV.

LOS CATÓLICOS DEL NUEVO MUNDO.

La libre discusion de que es objeto en América todo sistema religioso, ha producido un efecto diferente del que se esperaría entre nosotros: lejos de escitar el espíritu de secta ni de provocar ódios, ha esclarecido las inteligencias y pacificado los corazones. La compresion es la que centuplica en silencio las fuerzas terribles, y la ignorancia la que engendra las preocupaciones y los rencores. Nada que á esto se parezca se observa en los Estados-Unidos, toda religion produce sus doctrinas á la luz del dia, sin que ninguna secta rival la oprima, ninguna pesada proteccion la encadene, ni celosa desconfianza restrinja sus derechos; la conciencia pública es el único juez de sus merecimientos y esta admirable libertad, dejando la responsabilidad del éxito

ó el fracaso á cada uno, ha desarmado todas las cóleras, y nada lo prueba mejor que la situacion del catolicismo.

Para qué no se nos acuse de parciales, dejaremos hablar á los mismos americanos protestantes. El cuadro que vamos á desplegar á los ojos del lector, está tomado de vários números del *Atlantic Monthly*, una de las mas acreditadas revistas de Boston.

«No es cosa muy agradable, dice el americano observador á quien nos referimos, levantarse á una hora en que nada anuncia la proximidad del dia, á las cinco de la mañana en el mes de Diciembre. La oscuridad mas profunda reina por todas partes; ni el lechero, por activo que sea, ha dejado oír aun en Nueva-York su grito sonoro, ni el panadero ha turbado el silencio de las calles, ni el gallo ha empezado á lanzar sus advertencias. Es verdad, dirán algunos lectores que para eso han sido inventado los despertadores; pero las personas que tienen costumbre de levantarse á las cinco no tienen necesidad de ellos, y las que solo lo hacen una vez cada cuatro ó cinco años, ó no poseen este instrumento ó han olvidado la manera de tener al pequeño diablillo aprisionado, de manera que no estalle hasta el momento preciso. Esto último me pasó á mí. El caprichoso instrumento no se puso á funcionar hasta una hora mas tarde, en que arrancado del sueño por las fantasías de una porcion de gallos de la vecindad, acababa de encender la bujía pa-

ra consultar mi reloj. Nuestros hermanos, los católicos, por procedimientos de que ellos solos tienen el secreto, vencen esta dificultad, puesto que solo en la ciudad de Nueva-York se podrian contar en ocasiones 50.000 arrodillados en la iglesia antes de que haya aparecido ningun signo precursor del alba.

A pesar del retraso causado por la inexactitud del instrumento, las estrellas resplandecian aun en medio del glacial y helado cielo de invierno: la luna iluminaba con sus rayos de plata los techos cubiertos de nieve, cuando nuestro observador salió de su casa, situada en la tercera avenida para dirigirse á San Estéban. Un polizone, vigilante guardian de la seguridad pública, estaba en un extremo de la calle canturreando un aire nacional, para olvidar el frio; pero desde que vió al paseante insólito interrumpió su canto á fin de examinarle con ojo sospechoso. Tan lejos como podia estender la vista no se distinguia ninguna otra forma humana.

Nuestro americano comenzó á creer que la misa de las seis no era mas que una ficcion y se confirmó en esta idea, cuando, llegando ante la imponente fachada de San Estéban, no vió ningun fiel dirigirse hácia el pórtico. Subió las gradas, no obstante, y entró. Los cirios del altar esparcían una luz indecisa que apenas hacia visibles las tinieblas; un centenar de mujeres y una docena de hombres, arrodillados los mas, sentados los otros y cuidadosamente envueltos en cha-

les, capuchas y capas, estaban diseminados por la vasta nave.

A medida que se aproximaba la hora de la misa, nuevas figuras, cada vez en mayor número, penetraban silenciosamente por las diferentes puertas, y después de haber cumplido con la ceremonia preliminar de tomar el agua bendita y hacer la señal de la cruz, venían á tomar puesto en los bancos. Encendiéronse nuevos cirios y la iglesia no tardó en llenarse, hasta el punto de tener que permanecer muchas personas de pié en las naves laterales. Las mugeres parecían casi todas criadas y los hombres lacayos ó cocheros, haciéndose notar, sin embargo, esta humilde muchedumbre por la decencia y la limpieza de su postura.

«Existe, dice nuestro guia, una diferencia esencial en la manera de orar de católicos y protestantes. Un protestante parece ruborizarse de este acto de piedad, inclinado el rostro y tomando una actitud desgraciada en lo público, y si quiere elevar su alma á Dios particularmente, escoje el lugar mas retirado de su casa y si alguno llega por casualidad á comprenderlo, se turba como un culpable.

Nuestros hermanos católicos proceden de otra manera, se arrodillan con el cuerpo recto y la cabeza descubierta y temen tan poco humillarse ante el Creador que sus mismas manos revelan con movimientos nada equívocos el deber que llenan. Desde la mas tierna edad, se habituan los

niños á esta independencia y este ardor religioso. Cuando nuestros pequeños protestantes murmuran sus plegarias de la noche, esconden sus rostros entre las mantas y diríase que se dirijen únicamente á sus almohadas; las hermanas y hermanos católicos se ponen por el contrario de rodillas, hacen la señal de la cruz y no se cuidan de que los miren ó nó.

«Otro carácter de la iglesia romana, que no sorprende menos al espectador, es la disciplina perfecta que los fieles observan en el templo: llegado el momento de arrodillarse, de levantarse ó de inclinar la cabeza, lo hacen todos. Estas costumbres religiosas, tan diferentes de las nuestras, nacen de una causa que es fácil reconocer. El católico es miembro de la iglesia desde el bautismo; á nadie le dá vergüenza de hacer aquello que todos tienen que cumplir y han mirado desde su infancia como precisa obligacion; nadie se cree humillado por que le vean rezar, como tampoco porque le vean comer, considerando un acto tan natural como el otro.

«La iglesia continúa llenándose de gente hasta las seis menos cuarto; sobreviene una calma profunda que solo turba por intervalos la tos de algunos fieles constipados, y tres ó cuatro minutos despues adelanta el sacerdote hácia el altar seguido de dos niños con túnicas rojas. Todos los asistentes, á escepcion del pobre pagano que escribe estas líneas, se ponen de rodillas y permanecen alguntiempo en esta actitud, reinando un

silencio solemne en medio del cual esperaban oír la voz del oficiante. Ningun sonido llegó á mis oídos; inclinóse, se golpeó el pecho, subió las gradas del santuario, se inclinó de nuevo, volvióse hácia el pueblo, pasó de un lado á otro del altar, hizo diferentes gestos, mas no pronunció una sola palabra inteligible. Los dos niños iban y venían graciosamente en torno suyo, cumpliendo diferentes servicios, y los fieles se sentaban, se levantaban, arrodillaban ó persignaban, conforme el rito, sin proferir una sola palabra. Hácia la mitad del oficio tuvo lugar la colecta en que pocas personas dieron mas de un centavo, pero en que todos depositaron su humilde óbolo en la bolsa del cuestor.

«Recogidas las ofrendas, se dirigió el sacerdote por primera vez á los fieles, de manera que pudiese ser oído. Con voz dulce y agradable que revelaba al hombre bien educado, dijo: «La hermandad del Santo Rosario se reunirá esta tarde; se exigen vuestro concurso y vuestras oraciones.» El servicio divino continúa en seguida y nada interrumpe el silencio solemne de la misa.

Hacia el fin de esta, veinte y cinco ó treinta personas se arrodillan ante el altar para recibir la comunión y en breve comienzan algunas mujeres á abandonar sus puestos, dirigiéndose con paso rápido hácia la puerta de la iglesia, temiendo sin duda que la gana de desayunarse vaya temprano á las familias. El sacerdote se re-

tira á su vez y los asistentes se dispersan en todas direcciones; pero otra asamblea se reúne ya para la misa de las siete y los fieles afluyen por las diferentes calles que conducen á San Estéban, apretándose á la puerta del edificio. Lo mismo pasa á las nueve y la misa mayor, que se celebra generalmente á las diez y media, saben todos cuantos pasan los domingos cerca de esta iglesia, que formarían una congregación respetable, las personas arrodilladas á su puerta, por falta de sitio dentro.

«¡Qué admirable economía! ¡qué sabia disposición! La parroquia de San Estéban contiene una población católica de 25.000 almas y siendo la iglesia capaz para contener 4.000 fieles, pueden todos oír misa el domingo por la mañana. Las vísperas tienen lugar antes del medio día y salvo en los días festivos, la iglesia es bastante capaz para contener los que deseen asistir ordinariamente. Permanece además abierta durante toda la semana y todos los días se destina á su objeto. ¡Cuán diferentes son nuestros templos! Tomemos por ejemplo á San Jorge, cuyos campanarios se distinguen bien lejos de la ciudad. 500.000 dólares se han gastado en este vasto edificio que solo sirve cuatro horas por semana, porque para las reuniones extraordinarias se congregan los fieles en una capilla próxima.

«Nuestros hermanos católicos romanos, administran mas hábilmente; cuando emplean en un monumento capitales tan considerables, hacen

de él un uso que justifica su inversion, y aun las más costosas catedrales no permanecen nunca inútiles, pues además de que llevan el consuelo á las almas, son la glorificación del culto que les inspira, cuentan sus esplendores á todo extranjero que pasa, á todo lector que hojea sus recuerdos ilustres, á todo artista que forme colección de los grabados. La imágen de San Pedro de Roma, de la catedral de Colonia ó de Milan, regocija el corazon y reaniman el valor del sacerdote solitario que combate por el Evangelio sobre las fronteras de la civilización. Aislado, despreciado, odiado, siente que un lazo indisoluble le une al cuerpo poderoso que ha creado esas maravillas y que acaso elevará algun dia un templo magnífico, sobre el lugar que ocupa la miserable cabaña donde celebra los ritos de su iglesia, en presencia de una veintena de adoradores.»

Mientras que la muchedumbre, verdadera marea humana afluye y se retira sucesivamente, otra escena nos espera en la capilla baja y larga que se extiende bajo la nave de San Estéban. Allí es donde la escuela dominical, *sunday school*, reúne á todos los niños de la parroquia. El *Atlantic Monthly* felicita al catolicismo por haber sabido apropiarse esta innovacion protestante, «porque, dice, la vieja iglesia romana, aunque encañecida por los años, no desdeña instruirse cerca de las jóvenes congregaciones que han tomado de ella todos sus dogmas.»

De este modo rechazan los espíritus impávidos al otrolado del Atlántico el reproche de inmovilidad que se dirige entre nosotros al catolicismo. No hay culto que sepa plegarse como él al génio de cada nacion, conservando intacto el depósito de heredad. Se le acusa con frecuencia de no poder vivir mas que bajo la capa del absolutismo y engrandece y se desarrolla, sin embargo, al soplo de la libertad americana.

Aunque hemos citado el testimonio de la revista bostoniense, debemos hacer, sin embargo, alguna reserva a propósito de la escuela dominical. Esta no es necesario en otros países donde la religion y la instruccion se llevan mutuamente de la mano y se aprenden al mismo tiempo; en América se dá á todos la instruccion por el Estado, que no puede dar preferenc á ianinguna secta y de aquí la necesidad de la escuela dominical, que no es por tanto una mejora sino un remedio. El catolicismo que sabe conformarse con todas las situaciones, se ha esforzado en sacar el mejor partido posible del escaso lugar concedido á la educacion religiosa, y estudiando las *sunday schools* de los Estados-Unidos, ha tomado á cada una lo que tenía de bueno, reemplazando la austeridad puritana con la suave y risueña dulzura que le es propia.

La capilla subterránea de San Estéban, larga, estrecha, baja de techo y mal iluminada, no tiene nada de comfortable por sí misma y solo á los que la llenan debe su aspecto. Es como una

fiesta de familia; un tropel de niños con las mejillas enrojecidas por el frío, de mirada viva é inteligente, se precipitan tumultuosamente en la sala, las niñas se colocan á un lado, los muchachos á otro, enciéndense los cirios del altar, se reúne el coro y el órgano hace oír su armonía. Cuando el director Mister Tomás Dwyer abrió la escuela, hace aun pocos años, solo respondió al llamamiento un centenar de niños, pero hoy se cuentan ya cerca de tres mil quinientos.

Dejemos á nuestro observador protestante expresar la impresion que le causó la conmovedora ceremonia con que empiezan los trabajos:

«El momento supremo del oficio religioso, la elevacion de la hostia es anunciado por el repique reiterado de la campanilla. Un profundo recogimiento se vé en todos los semblantes, todas las cabezas se inclinan mientras el sacerdote recita la solemne oracion: *Recibid, Dios santo, Padre Omnipotente y eterno esta hostia sin mancha que os ofrezco, aunque soy indigno, etc.* Una quincena de niños con las manos cruzadas sobre el pecho avanzan hácia el altar para comulgar, vestidos con sus mejores trajes, las niñas con ropas blancas y coronadas de flores, los varones llevando un lazo blanco en el brazo, rodeados todos de sus parientes y amigos, viniendo á hacer su primera comunión al mismo templo decorado para ellos como en los dias de las fiestas mas augustas.

De esta manera alegre, dulce y sin embargo



imponente, es como nuestros hermanos católicos llegan á ser miembros efectivos de la Iglesia. No conocen la distincion deplorable que abre entre nosotros un abismo entre los miembros de la congregacion y los que no forman parte de ella. Hay entre ellos buenos y malos católicos, devotos y tibios, pero todos son católicos, las parroquias no tienen registros donde se inscriben los nombres de sus miembros; el emigrante pobre venido de las tierras mas lejanas se encuentra en su casa en toda Iglesia donde pone el pié.

La misa no dura mas de media hora; una cortina se extiende enseguida sobre el altar, á fin de dejar á la turbulenta juventud alguna mas libertad durante el ejercicio que vá á seguir, que no es otro que el catecismo. Los alumnos se congregan en torno de sus maestros; preguntas, respuestas, explicaciones se suceden durante tres cuartos de hora, despues de lo cual Mister Dwyer sube á una cátedra en medio de su rebaño, lee el Evangelio del dia y recita una corta plegaria. Termina la reunion un cántico cuya melodía es ordinariamente fácil viva y alegre. Algunos de estos cánticos están destinados á celebrar los santos y diferentes particularidades del dogma, pero todos los demas podrian ser cantados en las escuelas protestantes inspirando igualmente el sentimiento religioso mas elevado y el patriotismo mas puro.

Hé aquí algunos de ellos tomados al azar:

«Antes que la paz y la libertad dándose la

mano, hubieran venido á bendecir esta tierra dichosa fijando en ella su mirada, servía nuestro suelo de escabel de su trono orgulloso. Hoy no extiende ningun cetro su imperio sobre nosotros. Ya no tenemos otro rey que Dios.»

«Los americanos se levantaron poderosos y fuertes; inferiores en número triunfaron en desigual combate. Su union los hizo invencibles; la Union, ese grito de guerra enérgico que ha precipitado al tirano desde lo alto de su palacio y ha anonadado sus mercenarios.»

Otros cánticos están impregnados de dulce poesia. Tal es el *del niño al ángel de su guarda*.

«¡Qué bueno eres, hermoso ángel, en dejar tu morada celeste para velar dia y noche junto á un niño miserable y pecador! ¡Cuán puro debia yo ser viviendo siempre cerca de tí! Todos mis momentos se deslizan bajo tu mirada. El mismo suelo que piso está santificado por tus pasos.»

Nunca se encuentran en San Estéban esas horribles pinturas de los tormentos eternos que aterran á nuestros niños. El solo cántico que habla de venganzas se titula el *Peny atonó*; y en verdad que se halla dulcificado por la esperanza de una tierna caridad.

Tales son los ejercicios de las escuelas católicas de los domingos. Todos ellos no duran mas que hora y media, y no se exige de los alumnos en todo el resto del dia otras prácticas religiosas. Nuestros hermanos de la Iglesia romana se guardarian de fatigar á los niños, despues de las clases de la semana, haciéndoles permanecer en la escuela dominical de nueve á diez y media de la mañana, llevándolos al servicio divino hasta

medio día, haciéndolos asistir á una predicacion que no comprenden, y haciéndoles, en fin, ir despues de comer á la escuela y al oficio nuevamente. De todos los medios apropiados para inspirar á los niños un invencible disgusto por los pensamientos grandes y sérios, este es sin duda el mas eficaz. Por fortuna solo se usa ya en un pequeño número de aldeas alejadas donde sobrevive aun el espíritu puritano.»

Hé aquí un cuadro de la escuela dominical, trazado felizmente por una mano imparcial; en él se hace completa justicia al celo é inteligencia de los organizadores de la enseñanza católica; pero nuestro guia no nos muestra con toda su benevolencia mas que la parte exterior de la institucion que describe, porque no conoce los detalles íntimos. Para conocerlos, preguntemos á ese vicario, que terminada la escuela, viene á dirigir con aire paternal algunas palabras á una media docena de niños agrupados en torno suyo. «Todos los domingos y jueves, nos dice, reunimos aquí á nuestros discípulos para darles una instruccion cristiana. Y lo que lo hace mas interesante es la eleccion de los profesores de entre los padres y madres de nuestros alumnos, á quienes obligamos así á participar de la educacion religiosa de sus hijos. Despues nos distraemos, como trabajamos, en familia. En el estío tenemos nuestras partidas de campo, fletamos uno de esos grandes vapores que habeis visto en el puerto y nos vamos todos juntos, 400 ó 500 per-

sonas, á comer sobre la yerba, y á cantar y bailar. A la noche vuelve cada uno á su casa satisfecho de estos inocentes placeres, que no turba ningun remordimiento.»

¿No es esta la amable y dulce alegría que S. Juan, S. Vicente y S. Francisco de Sales nos han hecho conocer, y que practican diariamente á nuestra vista los hermanos de la Caridad? Nada de tristeza, nada de hipocresía. La ternura evangélica sale del corazon y vá al corazon. Uno de los caractéres propios de la virtud cristiana es su sencillez y el efecto de atraer á sí las almas, en vez de espantarlas con austeridades y penas.

Parece que con tanta alegría y caridad no debian encontrar los sacerdotes católicos mas que amigos; pero no es así, y tienen que luchar con muchos ódios y preocupaciones. Sus adversarios les acusan en América, como en todas partes, de ser ambiciosos y avaros, de que tratan de gobernar al pueblo con ayuda de doctrinas que no creen para sí; mas la luz de la libertad disipa las prevenciones; cada uno aparece entre ella tal cual es, y el buen sentido público aprecia y juzga. De este modo comienza el catolicismo á encontrar en el nuevo-mundo mas justicia que en la mayor parte de los paises de Europa.

«Ningun hombre de buena fé, dice el *Atlantic Monthly*, puede tener relaciones frecuentes con los sacerdotes católicos, sin verse obligado á reconocer la virtud de sus caractéres y la sinceridad de sus convicciones. ¿Qué interés podria re-

tenerlos en el sacerdocio si hubieran dejado de creer? Admito desde luego que existen príncipes, hombres de Estado para quienes la religion sea puro cálculo: el mismo Voltaire, cuando los ladrones le desbalijaron la casa, confesó que el infierno es una cosa excelente para espantar á los malvados, y enviaba cordialmente á él á los de que habia sido víctima. Su amigo Federico el Grande, no menos incrédulo, repetia con frecuencia, que si realizándose un imposible llegara Voltaire á destruir el cristianismo, la ignorante multitud se adheriria en seguida á mentiras mas extravagantes y funestas. Los grandes pueden, pues, favorecer una religion útil al estado social, sin tener fé en ella, pero no sucede lo mismo con el clero, y un impostor hábil y ambicioso tiene algo mas útil que hacer que abrazar el estado eclesiástico. Veamos lo que pasa en nuestro pais. El sacerdote ha de levantarse muy temprano para decir la misa, tiene una porcion de oficios religiosos que celebrar, es llamado á la cabecera del moribundo á cualquier hora del dia ó de la noche, tiene que renunciar á los goces domésticos, y que sufrir la pobreza. Si se añade á esto la especie de reprobacion de que es objeto con tanta frecuencia el nombre de católico, se comprenderá que hay pocas religiones hoy capaces de exaltar el entusiasmo de un creyente sincero, pero tambien mas apropósito para desalentar y alejar á los hipócritas. Hace dos años que el vicario de una parroquia populosa de Nueva-York tuvo que

ir durante una epidemia sesenta y cinco veces en una sola semana á llevar á sus enfermos los últimos consuelos de la religion; la mayor parte, dos tercios lo menos de estas peligrosas visitas tuvieron lugar durante la noche. ¿Cuál es la compensacion de estos peligros y estas fatigas? A pesar de la escesiva caridad americana, un vicario no tiene en América un sueldo fijo mayor de 400 dollars, que unido á las obvenciones eventuales, forman una suma apenas suficiente para satisfacer las mas apremiantes necesidades.

El cuidado con que nuestros hermanos católicos preparan á los aspirantes al sacerdocio, no asegura menos la sinceridad de vocaciones. Los estudios del seminario son largos, y su disciplina rigurosa. Desde muchos años antes, cuando no son sino pequeños y asíduos asistentes á la escuela dominical, se hacen notar por su docilidad, celo y fervor, siguiendo el pastor sus progresos con solícita mirada. Mas tarde, desean asistir al altar con el clérigo, y su regocijo es grande cuando su buena conducta recibe tan apetecida recompensa. Un protestante no puede formarse idea de la satisfaccion, del orgullo que sienten los padres católicos, al ver á sus hijos participar del culto de este modo. Consideran el acto de ayudar la misa, no solo como una distincion, un honor, una prenda de la buena conducta futura de sus hijos, sino como una obra meritoria para conseguir el cielo, porque nuestros hermanos católicos, á pesar de la abundan-

cia de su fé, rechazan como irrisoria la idea de la *justificacion por la fé sola*, y se creen obligados á trabajar ellos mismos por la salvacion de sus almas.

Nuestro jóven cristiano convertido en niño de coro, no tarda en ser recibido entre los elegidos que sirven el altar en las misas matinales y en los oficios de la noche. El pastor celebra frecuentes entrevistas con sus padres, y si estos desean que sus hijos reciban las órdenes sin ser bastante ricos para subvenir á los gastos de los estudios preliminares, se procuran los medios de darles ayuda. El niño es colocado en un seminario, donde aprende el latin, el griego, la teología, todas las ciencias que elevan el espíritu y alimentan la fé; se combate en él esa facultad poderosa de las naturalezas superiores con que la inteligencia interroga, duda, razona, sondea los misterios mas profundos; se extingue ese instinto vivaz que impulsa los corazones á unirse en la primavera de la vida, las mortificaciones se suceden, mas ásperas y mas rudas á medida que se aproxima el instante de la irrevocable renuncia. El seminarista recibe, en fin, las órdenes con el cuerpo enflaquecido por las vigiliass y el ayuno, y el alma abrasada por un fuego celestial, mientras los fieles que han corrido á presenciars esta escena se hallan penetrados de un sentimiento que se pareceria á la compasion, si no se mezclase á él un regocijo triunfante. Todos los ojos se llenan de lágrimas en el momento en

que acaba la larga ceremonia, en que el Obispo consagra los nuevos sacerdotes. Mas frio y egoista seria el corazon que no dirigiese á Dios una ferviente plegaria para pedirle que conceda perseverancia á estos obreros celosos, cuya ambicion es trabajar en su viña. «Nunca olvidaré, me decia ultimamente un converso, con qué ansiosa avidez se aprestaba la muchedumbre para oir la primera misa de un jóven sacerdote: su primera bendicion se considera tan preciosa, que antiguos años, los mismos Obispos doblaban sus cabezas blancas bajo estas manos puras, y santificadas en lo sucesivo.»

«Si ciertamente los católicos son sinceros, son los cristianos mas convencidos del mundo entero. La fé como las otras facultades, se fortifica por el ejercicio. Un católico no puede asistir á la misa sin llevar á efecto el acto de fé mas completo que se haya podido pedir jamás al espíritu humano.»

Es con efecto un espectáculo conmovedor, en este nuevo mundo aun casi vírgen, donde tantas carreras se ofrecen á la actividad y al talento, donde tan rápidamente se elevan las fortunas, ofreciendo la industria, el comercio y las empresas de todas clases, ilimitado campo á la ambicion, ver hombres que sacrifican tan brillantes perspectivas para adoptar voluntariamente una vida oscura y pobre perpétuamente. Habitados nosotros á tales ejemplos de abnegacion nos hallan insensibles; pero entre los americanos toda clase de mé-

rito encuentra ámplia recompensa, se admira el tranquilo desapropio de los sacerdotes católicos, y se aprende á estimar una religion que inspira tanta fuerza.

No debe deducirse de lo que decimos sobre la pobreza de los sacerdotes católicos, que en los Estados-Unidos sea solo la iglesia la que permanezca estraña á ese espíritu de iniciativa que es uno de los caractéres de la nacionalidad americana. Con su humildad, ni presupuesto, ni pretensiones, ni proteccion, ni mas recursos que la generosidad de sus miembros, pertenecientes en la mayor parte á las clases menos opulentas, acomete vastas empresas y realiza progresos gigantescos. Los protestantes se conmueven con ello, preguntándose con inquietud donde se detendrá esa fuerza triunfante, que sin luchas ni esfuerzos aparentes, lleva á cabo cada dia nuevas conquistas entre ellos. El clero vive de privaciones, se impone los sacrificios personales mas penosos, pero sobre el óbolo dado por los fieles, economiza sumas destinadas á servir de reserva. Así se vá haciendo poco á poco una especie de capitalista, y á esta ventaja sobre las sectas rivales, que á pesar de las riquezas viven al dia, reúne la de unidad de direccion.

En las inmensas soledades del Oeste se hallan puntos marcados por la naturaleza para llegar á ser asiento de grandes ciudades; los católicos estudian estos lugares y levantan cartas en que no solo se hallan indicadas las ciuda-

des existentes, sino las que surgirán probablemente en un porvenir mas ó menos próximo. Quinientos duros juiciosamente empleados hoy en la compra de terrenos en ciertas localidades, representarán probablemente muchos millones, dentro de treinta ó cuarenta años.

Al principio del siglo no habia en Nueva-York mas que dos ó tres establecimientos católicos insignificantes; hasta 1808 no fué á establecerse allí un Obispo, y hoy se cuentan en su diócesis 88 iglesias, 29 capillas, 4 seminarios y 23 academias ó colegios, sin hacer mencion de las escuelas unidas á cada parroquia; 16 conventos, 11 hospitales, etc. Estas cifras, tan elocuentes ya, no dan, sin embargo, una idea completa de la importancia adquirida por el catolicismo, y debe añadirse que estos monumentos figuran entre los mas bellos y mejor situados de la ciudad.

«Por todas partes, dice el *Atlantic Monthly*, donde la naturaleza y los hombres hayan dotado el suelo de algun atractivo, se puede estar seguro de que la maravillosa prevision de la iglesia ha colocado en seguida un edificio gigantesco coronado por su cruz. La magnífica catedral capaz de contener diez mil personas que se eleva actualmente en la quinta avenida de Nueva-York, podrá servir de iglesia metropolitana tanto tiempo como subsista la ciudad. Esto no obstante, cuando hace algunos años se escogió cerca del mercado de ganados el lugar en

que se quería construir, nadie á no ser su obispo católico, habia adivinado el valor de este terreno pedregoso.»

¿Están dotados realmente los obispos católicos de tan extraordinaria presciencia? Dudamos algo de ello, y nos parece mas natural comprender que la extencion de esa iglesia americana, es la recompensa que sigue siempre á los esfuerzos generosos, ilustrados y perseverantes.

Sea de ello lo que quiera, la sola diócesis de Nueva-York, posee en la actualidad cerca de cincuenta millones de duros de propiedad inmueble. La mitad de esta suma es debida á la hábil gestion del clero, que compra la tierra cuando está barata, para venderla cuando ha subido de valor; mas ¿cómo se ha adquirido la otra mitad por una sociedad compuesta casi enteramente de obreros, criados y tenderos? Este hecho no puede esplicarse de otro modo que por la multitud de conversiones, porque segun confesion de todas las iglesias, no impone cargos pesados á ninguno de sus miembros, tiene á gloria ser iglesia de los pobres, y este es el origen de su fuerza, al mismo tiempo que en ello extriaba su honra. La fé se propaga con acierto, rapidez, y apenas se han empezado á pagar los gastos necesarios para la construccion de un nuevo edificio destinado al culto, cuando ya se ha hecho demasiado pequeño y hay que pensar en levantar otro: Véase como se llega á subvenir á estos gastos.

«Observemos, dice el americano, que nos sirve de guia, el poder y la sencillez del sistema católico. La iglesia de San Estéban, por ejemplo, no basta sino con mucho trabajo á satisfacer las necesidades de los numerosos fieles. Se ha sacado de la circunscripción una faja de cerca de una milla, la cual contiene diez mil almas que deben formar otra parroquia. El arzobispo busca en su clerecía un sacerdote capaz de ser el jefe de la nueva congregacion, el elegido acepta la mision con gratitud, y esto es un motivo de emulacion, puesto que es libre de dirigir la obra como tenga á bien, con la sola condicion de someterse á las leyes y costumbres generales. Porque esta misma iglesia que experimenta con tanto rigor á los aspirantes al sacerdocio, les deja cuando ya les ha consagrado una gran independencia y un poder considerable, dando además á su energía poderosos motivos de accion. El futuro cura, debe construir un templo, crear escuelas, organizar una parroquia; pero se consagra por entero á su obra, no tiene mujer ni hijos, la religion es el único objeto de su vida, y lo que en el resto de ambicion humana le liga con la caridad para aumentar su celo, que esa iglesia cuyos intereses han venido á ser los suyos, la mira como la institucion mas dulce, mas santa y sublime, como el consuelo mas eficaz de los males de la vida, y la guia mas segura para conducir á la dicha eterna.

De la union nace la fuerza; mas para cumplir

su objeto, es bueno que sea una voluntad la que ordene. Nuestros hermanos católicos llevan á sus empresas el poder colectivo de doscientos millones de miembros, y el vigor de direccion que no pertenece sino al individuo. El sacerdote encargado de formar la nueva parroquia, es tan dueño de sus movimientos, como el capitán de una fragata que debe esperar para comenzar el combate, las órdenes del buque almirante; pero que una vez dada la señal, arregla como tiene á bien las maniobras del suyo. Pensando en la vida activa, libre y tan ocupada que llevan los sacerdotes católicos, me admiro de encontrarlos siempre bondadosos, alegres y de buen humor.

Primero se alquila provisionalmente una sala para celebrar el culto en la nueva parroquia. Las tres ó cuatro misas del domingo, las de la semana, el alquiler de los bancos, los matrimonios, bautismos y servicios fúnebres, bastan desde luego para pagar los gastos, y aun queda un resto, afecto á la construcción de la futura iglesia. A cada oficio se hace una colecta con esta intencion, se nombra una comision y se abre una suscripcion. Durante este tiempo, nuestro cura trata con los arquitectos, albañiles y carpinteros. A los siete años vereis como resultado de este trabajo, una grande y hermosa iglesia, un presbiterio, un edificio en fin de cinco á seis pisos, en el que dos mil niños reciben las lecciones de los hermanos de la escuela católica y las

hermanas de la caridad. Y no se me acuse de exageracion, atestiguo con lo que ha pasado á mis ojos en una parroquia vecina, la del Dr. Morrogh. Las nueve décimas de fieles pertenecen á la clase obrera, y esta pobre gente ha sabido economizar sobre sus modestos haberes, la suma necesaria para una construccion cuyo valor se eleva á 200.000 duros. La carga no ha sido pesada, sin embargo, para nadie mas que para el pastor.»

Acabado el edificio, el sobrante que resulta siempre en los fondos de la parroquia, gracias á la modestia de los sacerdotes, se emplea en el establecimiento de escuelas ó comunidades religiosas, hogares de una caridad activa. Allí como en todas partes, las hermanas de San Vicente de Paul, se han atraído la admiracion y el reconocimiento, velando á la cabecera de los enfermos, instruyendo á los niños, consolando todas las miserias, perpetuando, despues de dos siglos, el espíritu de su fundador, con un ejemplo que es la predicacion mas elocuente y continúa.

El espíritu de asociacion parece nace espontáneamente del catolicismo. Con su inmenso deseo de aminorar los sufrimientos de la humanidad, se ha esforzado en todo tiempo en poner remedios proporcionados á los males, y como el individuo aislado no bastaria para la obra; se necesitan las fuerzas colectivas. Una multitud de órdenes religiosas, de sociedades caritativas, se extiende sobre la cristiandad como una red

bienhechora y no dejan pasar ningun dolor sin tratar de dulcificarlo.

Entre las asociaciones láicas fundadas en los Estados-Unidos debemos colocar en primera línea los que bajo el patrocinio de San Vicente de Paul tienen ramificaciones florecientes en las cinco partes del mundo: el Asia, el Africa, la misma Australia, aprenden por su medio á conocer la abnegacion cristiana. En América no hay parroquia algo importante que no posea una, y todas, por la no interrumpida cadena de las diócesis y del comité nacional, se unen al gran centro de la órden, París.

Las buenas obras y la fundacion de escuelas absorven una gran parte de los recursos parroquiales, pero se tiene cuidado de reservar su fondo para atender á las necesidades generales de la diócesis.

La construccion de la catedral de Nueva-York muestra los obstáculos que es capaz de superar esta energía perseverante que nada desanima. Diferentes obras habian vaciado la caja de la diócesis y aun quedaban deudas por pagar; pero se ofrecía la ocasion de construir una iglesia metropolitana en relacion con la prosperidad actual del catolicismo y la grandeza de sus destinos futuros. El edificio debia costar dos millones de duros. El arzobispo Hesghes escribió circulares exponiendo su designio é incitando á las personas á quienes se dirigia á concurrir por la suma de 100 duros, ó de 500 y aun 1000 á los que eran bas-

tante ricos para ello. Estas demandas hechas con discrecion, se desatienden rara vez por los generosos americanos; ningun pueblo reune á tan gran riqueza igual sencillez de gustos y mas abundante liberalidad por los intereses de la religion y del país.

El arzobispo reunió de este modo 300.000 dollars, compró los terrenos y echó los fundamentos de la catedral. Apenas se habian elevado los muros algunos piés, cuando estalló la guerra civil haciendo necesaria la suspension de los trabajos. La miseria de las viudas y de los huérfanos reclamaba pronto socorros; antes de elevar una Iglesia debe socorrerse á sus miembros angustiados. Una vez restablecida la paz se prosiguió la obra con nuevo ardor.

La disciplina severa de la iglesia que posee el secreto de alianza perfectamente con las tendencias liberales de su espíritu, excitaron en los Estados-Unidos el entusiasmo y la admiracion. Lejos de confundir lo espiritual y lo temporal, de añadir á los poderes del Estado ese poder exorbitante de nombrar los directores de las almas, no han cesado de proclamar que el gobierno no debe tener ninguna autoridad en las cuestiones religiosas, que es derecho inalienable de toda criatura humana el de adorar á Dios segun su conciencia, y que este derecho inalterable no tiene otros títulos que los intereses y los derechos de los demas. El Congreso no interviene de ninguna manera en la institucion de los Obispos;

el clero de la diócesis se reúne á su muerte para designarle sucesor. Los nombres de los tres candidatos son enviados á Roma recomendándose sencillamente al primero con la palabra *dignus*, al segundo se le califica de *dignior* y al tercero de *dignissimus*. A este último es al que la Santa Sede, reviste casi invariablemente con la dignidad episcopal. El poder considerable reunido en manos de un Obispo, tiene, pues, por correctivo de una parte, la eleccion; de otra, la dulzura y justicia con que se ejerce. No reconocen en los Estados-Únidos el ejemplo de una apelacion á Roma contra la órden de un superior.

Así por el solo hecho de haber borrado el poder laical, la Iglesia americana tan sumisa al Papa ha llegado á ser al mismo tiempo una de las mas nacionales y patrióticas que existen. Auna las instituciones que con garantía de sus derechos y no pudiendo producirse ningun conflicto entre lo espiritual y lo temporal, la satisfaccion dada á su conciencia fortifica su afeccion hácia el órden de cosas establecido.»

Iniciativa, perseverancia, caridad, organizacion maravillosa que concilia el principio de independencia con el de autoridad: tales son los títulos que han de asegurar á la iglesia la simpatía de las poblaciones americanas. Desde que los Estados-Únidos, poniendo sus actas de acuerdo con sus principios, han dado libertad al catolicismo, una rápida reaccion se ha operado á su favor. Se ha reconocido que esta religion, objeto

de tanta desconfianza, es el mas poderoso auxiliar de la causa del progreso y la civilizacion. Llamada á someter todos los hombres al yugo de la verdad, sabe hacerse lugar por todas partes, porque la verdad, patrimonio comun de las almas, es de todos los tiempos y de todos los países. Donde encuentra el mal le combate, trasforma poco á poco las ideas y las costumbres, y donde halla el bien lo afirma y consolida. Revelando al hombre la grandeza de su origen y de sus fines, rehabilitando la pobreza y el trabajo manual, ha sabido minar sin violencia ni sacudida el reinado del despotismo y preparado el advenimiento de nuestras libertades. No tiene necesidad de atacar abiertamente los abusos; hace algo mejor que ellos, cambia las almas y los abusos caen por sí mismos.

Esta accion renovadora, operada continuamente en el seno de las sociedades modernas, ha creado la atmósfera social que nos rodea, conserva los elementos vitales y puede impedir ella sola que las pasiones se emponzoñen con peligrosos errores. Los americanos, pueblo religioso y práctico, han comprendido hace tiempo, que las grandezas de las naciones reposa sobre el cristianismo y no han tratado nunca de separar del Evangelio la libertad de donde sacan la fuerza. Así han podido presentar al mundo el magnífico ejemplo de una democracia completa y absoluta que sabe preservarse de los escollos de la anarquía.

Han participado, sin embargo, durante largo tiempo de las preocupaciones comunes contra el catolicismo, y aun no hace mucho tiempo que uno de los ciudadanos mas estimados de la Union se vió privado de la presidencia bajo el pretesto de que profesaba creencias religiosas incompatibles con la Constitucion. Con todo, once de los Estados del Norte, esto es, de los territorios mas ilustrados del país, habian dado sus sufragios al católico Frémont. Esto constituye ya un notable triunfo para la Iglesia, y un experimento doloroso, la guerra, ha venido á precipitar el movimiento de los espíritus hácia la fé antigua. Los americanos han podido convencerse de que el protestantismo no ofrece al sentimiento cristiano una base bastante firme para obtener una salvaguardia eficaz y perpétua. Un pueblo celoso de su libertad debe tener principios sólidos, una religion inmutable y positiva, porque mientras mas disminuye la represion externa, mas es preciso fortificar el freno de la conciencia.

Los católicos no se descuidan, por su parte, en esparcir entre las masas ideas exactas de sus doctrinas; libros, periódicos, folletos, llevan por todas partes la luz; el *rasgo*, esa publicacion original que se impone al lector, que le asalta en los omnibus y en los ferro-carriles, que le persigue por las plazas públicas y todos los medios de propaganda esencialmente protestantes en un principio, han llegado á convertirse en arma del catolicismo.

«Las personas condenadas á viajar en los ómnibus y vapores de la ciudad de Nueva-York, dice el *Atlantic Monthly*, encuentran frecuentemente entre sus compañeros de infortunio un señor que saca del bolsillo un paquete de *rasgos* religiosos y los distribuye en torno. Otros mas que yo, habrán hecho seguramente la reflexion de que esas hojas llegarán á ser un instrumento moralizador de los mas eficaces, si se escriben con talento y tratan asuntos menos circunscritos. Es una cosa verdaderamente admirable, que tan fácil manera de esparcir los buenos principios y los conocimientos útiles, haya estado abandonada tanto tiempo por las personas capaces de utilizarla con fruto. Por mi parte no pierdo la esperanza de llegar á ver algun dia nuestros carruajes públicos inundados de *rasgos*, salidos de las plumas de escritores como Emerson, Horacio Greely, Leecher Stow, Cárlos Dickens y otros publicistas, poetas ó novelistas de uno ú otro sexo, que aman á sus semejantes y tienen una buena palabra ó un consejo que dirigirles.

Nuestros hermanos católicos, han reconocido el poder del rasgo de cuatro páginas y lo usan habitualmente. Sus pequeños opúsculos alivian el fastidio de un viaje á través de la ciudad, porque además de que contienen noticias sobre una porcion de asuntos poco conocidos por nosotros los protestantes, se hallan redactados en un estilo ligero y lleno de gracia. No es seguramente desagradable despues de haber recorrido monó-

tonamente la mitad de Nueva-York, encontrarse una persona que os desliza políticamente en la mano un pequeño plieguecito titulado

LO QUE MI TIO PIENSA DEL PAPA.

Un día que estábamos sentados en el Parque Central sobre un banco, á la sombra de un gran árbol, el tío Jorge sacó un periódico.

Acababa apenas de echar los ojos sobre él, cuando lanzó una exclamacion y golpeó violentamente la tierra con su caña.

—¿Os atormenta la gota?

—No, hijo mio, sino que aqui tambien se habla de ese sempiterno papa.

—¡Ah! diríase que no le quereis mucho, tío.

—Convengo en ello, porque es un mal sujeto; y lo que es peor, lo ha sido siempre, respondió el tío Jorge, mirándome por encima de sus espejuelos.

—¿Pues porqué no le detiene la policia? ¿porqué no le someten á un juicio?

—Es preciso dejar de hacerlo por consideracion á los que le creen justo y bueno. En cuanto á someterlo á juicio, se ha hecho muchas veces, aunque á vuestra edad no comprendéis muy bien esto, mi querido Federico. Pero mientras mas se le condena ante ese tribunal, que se llama la opinion pública, menos testigos se encuentran para deponer contra él, y se arregla de manera que queda siempre absuelto.

—No debe haber, sin embargo, muchas personas que lo defiendan, tío. Acaso no lleguen á una docena.

—¡Una docena! exclamó el viejo señor. Haceis una cuenta muy equivocada. Por el contrario, mirad.

Y con su caña se puso á trazar muchas cifras sobre la arena de la alameda.

Cuando hubo terminado añadió:

—¿Cuánto hace esto?

—Ahí hay primero un dos, respondí, despues un cero, luego un ocho y seis ceros además. Pero, tío, ¡yo encuentro ahí doscientos ocho millones!

—Pues esos son próximamente, amigo mio.

Cuando está uno sentado en un ómnibus en-

frente de seis pares de ojos es infinitamente mas distraido leer estos pequeños folletos que ocupan esclusivamente en evitar las miradas de los compañeros de viaje, tarea muy difícil en semejante caso.»

Los católicos han compuesto muchos *rasgos* sobre diferentes puntos del Credo popular. Uno de estos opúsculos examina la máxima tan esparcida en América: «Todos los hombres no sabrían tener las mismas creencias.» Otro tiene por texto este artículo del mismo símbolo: «Importa poco la religion que se profese con tal que se tenga en ella una fé sincera.» La mayor parte de estas hojas se dirigen á la poblacion protestante y tienden á rectificar los errores acreditados á propósito del catolicismo.

Últimamente se ha formado una sociedad para la publicacion de estos rasgos, dirigida por un hombre de tan emprendedor espíritu como recto juicio, de voluntad firme y corazon lleno de nobleza y abnegacion, cuya sociedad ha adquirido ya considerable desenvolvimiento. Nadie, en efecto, mejor que el P. Hecker, conoce los medios propios para obrar sobre sus compatriotas. Aunque ha fundado una órden religiosa, la de los paulistas, de que es superior, no ha encerrado su órden en el recogimiento y la plegaria; la actividad americana se agita en él y se ha hecho uno de los mas valientes campeones de esta Iglesia militante que libra en el nuevo mundo tan brillantes combates.

Además de las conferencias que reúnen en torno suyo numeroso auditorio, además de la dirección de la sociedad de *rasgos*, el infatigable apóstol ha querido tomar puesto en la prensa y ha creado una revista semanal, *El Catholic World*, que sirve de órgano al catolicismo americano. Hace ya cinco años que soporta el peso de esta ruda tarea, que agotaría las fuerzas de cualquiera otro, y para esta alma ardiente no constituye sino un nuevo alimento de su energía. «El P. Hecker, dice *El Atlantinc Monthly* ha tratado de adaptar al antiguo esquife de la Iglesia, los mecanismos modernos, y se dispone á animarla con la rapidez del vapor.» Con efecto, personifica admirablemente la alianza del espíritu católico y del carácter americano, y su vida manifiesta el papel que la religion está llamada á representar en las sociedades democráticas.

FIN.

ÍNDICE.

		<u>PÁGINAS.</u>
INTRODUCCION..		V
CAPÍTULO PRIMERO	Chicago, la reina de los lagos.	21
»	II. Las praderas.	48
»	III. La California y el camino del Pacífico.	67
»	IV. La cuestion negra.	98
»	V. Cómo consideran los americanos la cuestion de enseñanza.	126
»	VI. Escuelas comunes.	135
»	VII. Enseñanza superior.	159
»	VIII. Educacion de las mujeres en los Estados-Unidos.	174
»	IX. Resultados generales de la enseñanza americana.	187
»	X. Reorganizacion del Sur.	195
»	XI. Estado general de la religion.	214
»	XII. Los mormones.	246
»	XIII. Los tembladores, los espiritistas y los perfeccionistas.	267
»	XIV. Los católicos del Nuevo mundo.	292

Índice

7	INTRODUCCIÓN
15	PRIMERA PARTE
15	1. El arte
28	2. El arte y la vida
35	3. El arte y la cultura
45	4. El arte y la historia
55	5. El arte y la filosofía
65	6. El arte y la ciencia
75	7. El arte y la política
85	8. El arte y la religión
95	9. El arte y la moral
105	10. El arte y la ética
115	11. El arte y la estética
125	12. El arte y la crítica
135	13. El arte y la teoría
145	14. El arte y la práctica
155	15. El arte y la educación
165	16. El arte y la pedagogía
175	17. El arte y la psicología
185	18. El arte y la sociología
195	19. El arte y la antropología
205	20. El arte y la etnología
215	21. El arte y la lingüística
225	22. El arte y la filología
235	23. El arte y la historia del arte
245	24. El arte y la arqueología
255	25. El arte y la epigrafía
265	26. El arte y la numismática
275	27. El arte y la paleografía
285	28. El arte y la sigilografía
295	29. El arte y la cartografía
305	30. El arte y la topografía

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

EN SEVILLA.

FUERA DE SEVILLA.

Un año . . . 48 Rvn.

Un año . . . 60 Rvn.



SEVILLA



JONVEAUX
La
America actual



E. PERIÉ

5846.

LOWE